

Diez años atrás, Calamity irrumpió en la ciudad en la forma de una explosión en el cielo que otorgó a algunos seres poderes extraordinarios. A estos se los empezó a llamar Épicos, y pronto subyugaron a la población empleando sus increíbles poderes con el afán de gobernar la voluntad de los hombres y conquistar el mundo. Ahora, un tirano y furioso Épico llamado Steelheart se ha proclamado dueño y señor de la ciudad de Chicago Nova.

De él se dice que es invencible; ninguna bala puede hacerle daño, ninguna espada puede atravesar su piel, ningún fuego quemar su cuerpo. Nadie se atreve a desafiarlo... Nadie salvo los Reckoners, un grupo clandestino que no goza de poderes pero sí de una férrea disciplina, conseguida tras pasarse la vida estudiando el comportamiento de los Épicos con el objetivo de hallar sus puntos débiles y poder así exterminarlos.

El joven David Charleston se unirá a ellos con el fin de vengar la muerte de su padre a manos de Steelheart. Los Reckoners quieren venganza, y el chico tiene una cualidad que le distingue del resto: sabe que el Épico no es invencible. David es el único que ha visto sangrar a Steelheart.



Brandon Sanderson

Steelheart

Reckoners - 1

ePub r1.5

Titivillus 15.09.2019

Título original: Steelheart

Brandon Sanderson, 2013

Traducción: Rafael Marín Trechera

Diseño de portada: Mike Bryan

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Índice de contenido

Presentación

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Segunda parte

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Tercera parte

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Cuarta parte

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

Presentación

Creo que hay que empezar a aceptar que, de nuevo (y nunca se sabe hasta cuándo...), la ciencia ficción está en retirada y la fantasía domina incluso con cierta facilidad. En la ciencia ficción parece existir miedo a la especulación más libre, y esa tendencia a tratar casi exclusivamente del futuro más inmediato (near future) la ha convertido, en demasiados casos, en una especie de thriller tecnológico «avanzado» en torno al futuro de la bio o la infotecnología. Es cierto que el desarrollo de la ciencia y la tecnología en los últimos años complica ese aspecto especulativo, el «¿Qué sucedería si...?» tan típico de la ciencia ficción. La tecnociencia actual ya está respondiendo a la pregunta y no todos los autores saben enmendar la plana a la realidad e imaginar nuevas posibilidades y nuevos mundos. Como siempre, hay honrosas excepciones, pero no es de ellas de lo que voy a hablarles aquí.

Por fortuna, la fantasía, la buena fantasía, nos sale al paso y nos permite disfrutar de lecturas (y, con el tiempo, incluso de versiones cinematográficas) ampliamente satisfactorias.

Atrás hemos dejado ya el mundo de los simples epígonos de Tolkien y, tal vez pronto, dejaremos de reconstruir la historia de Gran Bretaña con seis o siete grandes casas en sustitución de las dos clásicas: York y Lancaster. Y está naciendo o, mejor, consolidándose ya, una nueva fantasía de calidad y «distinta», de la que me atrevo a destacar a un escritor como Brandon Sanderson. Es, sin duda, el más prolífico de todos ellos, manteniendo siempre un elevado nivel de novedad e inventiva, aportando un nuevo enfoque en la manera de tratar los temas fantásticos y, lo más importante, con una importantísima calidad media, como lo demuestran sus obras más conocidas hasta hoy: ELANTRIS, la (primera) trilogía de los MISTBORN (Nacidos de la Bruma) o esa otra maravilla que es EL ALIENTO DE LOS DIOSES (Warbreaker), o la potente y personalísima serie iniciada con EL CAMINO DE LOS DIOSES.

Debo reconocer que una de las más genuinas satisfacciones de un editor es, simplemente, «encontrar» a un autor nuevo y prometedor. En los largos años dirigiendo esta colección he «encontrado» autores nuevos de todo tipo y condición que han sido conocidos en España gracias a NOVA.

Mi más reciente descubrimiento fue este sorprendente Brandon Sanderson, un autor joven al que le han bastado sus primeras obras para renovar la fantasía, durante tanto tiempo encerrada en el clásico «cliché a la Tolkien» ya un tanto agotado. Hoy puedo constatar que la sorpresa que me proporcionó Brandon con su primera novela,

ELANTRIS (2005), se ha confirmado, y ello constituye solo una muestra de las muchas satisfacciones que nos va a deparar a todos.

No he sido el único maravillado por la habilidad narrativa y el universo fabulador de Brandon Sanderson. Cuando Robert Jordan falleció en septiembre de 2007, no resultó extraño que se decidiera que sería precisamente Brandon Sanderson quien se encargara de terminar la inacabada novela de aquel (*A Memory of Light*), que constituiría el volumen final de la famosa serie *La rueda del tiempo*. En manos del laborioso y prolífico Sanderson, esa novela postrera que Jordan dejó algo encarrilada al menos en sus notas, se ha convertido en tres volúmenes que Sanderson ya ha escrito y publicado: *THE GATHERING STORM* (2009), *TOWERS OF MIDNIGHT* (2010) y la esperada *A MEMORY OF LIGHT* (2013) que finaliza el encargo. Y eso sin olvidar sus propias obras (¿hasta qué punto esta trilogía final de *La rueda del tiempo*, con su dilatada extensión, no es una obra más de Brandon Sanderson?).

Porque en esos mismos cuatro años, Sanderson ha iniciado tres trilogías más: la segunda de *Mistborn* (ya iniciada en NOVA con *ALEACIÓN DE LEY*, en 2012), la de los *Rithmatist* (de próxima aparición en España, como siempre en NOVA) y la de los *Reckoners* que hoy presentamos. Y eso sin olvidar algunas novelas cortas como esa fabulosa *THE EMPEROR SOUL* (2012) ambientada en el mundo de ELANTRIS que le valió el Premio Hugo de novela corta en 2013. Y nos ha ofrecido también el primer volumen de la que parece llamada a ser su obra magna (con permiso de ELANTRIS, *MISTBORN* o *EL ALIENTO DE LOS DIOSSES...*): *La guerra de las tormentas*, que Sanderson inició hace más de una década y que constará de unos diez volúmenes (en NOVA ya hemos publicado el primero, *EL CAMINO DE LOS REYES*, en 2012). Ahí es nada.

Calidad y cantidad se aúnan de manera casi inevitable en la obra de Brandon Sanderson, que en mi opinión todavía escribe con frescura, inventiva y, también, la imprescindible calidad para ser un autor de referencia en el mundo de la fantasía. Sanderson parece no saber todavía que está llamado a ser importante, y por eso mantiene su empuje y maneja su habilidad y su descaro narrativo como el joven que se quiere comer el mundo. Que no decaiga.

Para destacar el enfoque «distinto» que Brandon Sanderson imprime a la fantasía, me voy a permitir incluir de nuevo un texto del estudiante Sanderson en un trabajo académico sobre la fantasía que ya les extracté en la presentación de ELANTRIS. Un texto en el que el entonces joven autor desarrolla su tesis en favor del cambio en la narrativa fantástica:

Muchos escritores contemporáneos, algunos de ellos muy buenos, se han restringido al estándar asumido de la fantasía. Escriben relatos sobre jóvenes héroes que son llamados a una búsqueda misteriosa,

ambicionan el poder, y llegan a la madurez al superar sus tribulaciones. Siguen el Síndrome de Campbell paso a paso, e intentan estar seguros de que no dejan nada al margen.

El movimiento ha ganado tal impulso (en parte por Tolkien, cuya obra exhibe el Mito del Héroe pero no lo sigue) que se ha convertido en sinónimo de fantasía. Y, a causa de ello, el género está amenazado de estancamiento.

Esto, por supuesto, plantea un interrogante. La fantasía es todavía un género en su adolescencia —el movimiento contemporáneo no empezó hasta los años setenta—. Las historias que utilizan el mito del héroe siguen vendiéndose bien, en realidad se venden mejor ahora que antes. Y por lo tanto, ¿por qué cambiar?

Respondo que debemos cambiar porque la adolescencia pasa y los lectores de fantasía se hacen mayores. Los lectores de fantasía empiezan a estar cansados. Muchos de mis amigos, antes lectores ávidos de fantasía, han dejado de leer novelas del género a causa de su redundancia. Lo que antes sugería maravillas, ahora se ve como obsoleto y excesivamente trillado. Preveo serios problemas en el futuro si no reconocemos el Síndrome de Campbell y lo afrontamos.

Coincido al cien por cien con esa idea de Sanderson, y debo decir que bastantes novelas de fantasía actuales (esos epígonos de Tolkien tan abundantes) también me aburren. Hay pocos títulos (demasiado pocos...) en mi lista de novelas imprescindibles de fantasía y, con toda seguridad, es por agotamiento de un cliché que, como a Sanderson y a sus amigos, hace tiempo que ya me cansa.

Es posible que la apuesta de Sanderson sea arriesgada. Existe un lector acomodaticio que se conforma con «más de lo mismo» (ese lector al que Julio Cortázar tuvo el desacierto de llamar «lector hembra» en un desliz machista imperdonable). Pero, y esa ha sido siempre mi apuesta como editor, hay lectores inteligentes y amantes de la novedad. Y son (somos) muchos. Muchos más de lo que suele pensar una gran mayoría de editores.

En mi presentación a ELANTRIS, la primera novela de Brandon Sanderson, les contaba la sorpresa que la irrupción de este joven autor ha causado en todo el mundo. Ahora puedo también dar testimonio de cómo el éxito obtenido por ELANTRIS en todo el mundo se ha repetido en España.

Brandon Sanderson creció en Lincoln (Nebraska, EE.UU.) y ahora vive en Provo (Utah, EE.UU.) con su esposa Emily. Obtuvo la licenciatura en Lengua en la Brigham Young University. Ha sido durante dos años profesor de Lengua y Literatura. Antes había estudiado bioquímica y, siendo creyente de la Iglesia de los Santos de los Últimos Días (LDS:

Lost Days Saints, los conocidos «mormones»), estuvo en Corea los preceptivos años como «misionero»... En 2006 se casó con Emily Bushman (antigua compañera de estudios y que ahora trabaja con Brandon como business manager), y tienen ya tres hijos. Hoy, además de escribir (y muy prolíficamente), enseña Escritura Creativa en la Brigham Young University.

Sanderson es autor de muchas novelas, pero la primera publicada fue la sexta, ELANTRIS (escrita en 2000 y publicada en mayo de 2005), recibida por público y crítica como una interesantísima renovación en el tan trillado género de la fantasía. Una sorprendente y amena novela que ofrece de todo para todos: misterio, magia, romance, enfrentamientos políticos, conflictos religiosos, luchas por la igualdad y una escritura penetrante con personajes consistentes y decididamente maravillosos.

ELANTRIS, que parece una novela de fantasía épica, no es solo eso. Faren Miller, de LOCUS, lo detectó claramente, destacando en ella un tono inconformista no excesivamente habitual en la fantasía. No en vano Sanderson dice haber empezado a leer fantasía a los catorce años, cuando cayó en sus manos una novela sumamente inteligente e irónica como es VENCER AL DRAGÓN (1985, NOVA Fantasía número 7), de Barbara Hambly. Faren Miller destaca claramente en ELANTRIS esa posible orientación al recalcar el tono del prólogo, tan clásico en la descripción de una fantástica capital de seres inmortales como había sido la ciudad de Elantris, para finalizar introduciendo ya, en el mismo prólogo, un dato sorprendente y casi subversivo: «La eternidad terminó hace diez años».

Tuve la oportunidad de hablar con Sanderson (y con su esposa Emily) cuando en noviembre de 2006 vino a Barcelona como conferenciante invitado en la ceremonia de entrega del Premio UPC de Ciencia Ficción. Puedo asegurar que ideas no le faltan y que su capacidad de reflexión sobre la narrativa fantástica, unida a su habilidad extraordinaria como narrador y su interés por temas «adultos» (política, estrategia, religión y un interesante etcétera), nos ha de deparar muchas más sorpresas.

En ese par de días tuve la ocasión de hablar largo rato con Brandon sobre su manera de enfocar la magia en sus novelas de fantasía. Entonces, al hablar de los alománticos de MISTBORN, me detalló su idea de que podía haber seres capaces de ejecutar actos de magia, pero que no por ello dejaban de vivir en nuestro universo regido, por ejemplo, por las leyes de la física newtoniana. Si mágicamente se produce un efecto, hay que esperar un contraefecto inevitable en un universo en el que rige la tercera ley de Newton: a toda acción corresponde una reacción.

Ese punto de vista lo ha detallado y precisado más con el tiempo. En su página web habla de ello. (Esa página web, <<http://>

www.brandonsanderson.com/> resulta de gran interés y les invito a visitarla).

Como profesor de Escritura Creativa, Sanderson ha profundizado en su propio arte y en las reglas que lo rigen. Él mismo nos lo cuenta en esa página web cuando establece dos grandes principios presentes no solo en su obra sino, según comprueba el propio Sanderson, en la de grandes autores de fantasía como George R. R. Martin y el británico Joe Abercrombie (The First Law) entre otros.

Los dos principios de Sanderson son sencillos pero tienen un gran efecto:

Primer Principio: La magia ha de tener un coste.

Segundo Principio: El beneficio y el coste han de ser iguales.

Fácilmente se percibe que esos principios formulan esa idea de que, en nuestro universo, a toda acción corresponde una reacción de la que hablé con él a propósito de MISTBORN hace ya unos años.

Los poderes mágicos, como toda clase de poder, necesitan de una especie de regulación para «humanizar» a quien los posee y utiliza. Y de ahí la gran riqueza humana de los personajes de Sanderson: disponen del favor de la magia, pero eso siempre tiene un coste. Lo encontramos ya en EL SEÑOR DE LOS ANILLOS (ese anillo que te hace invisible pero deja rastros en tu psique), y viene a ser el principio de realidad de la economía trasladado al mundo de la magia...

Sanderson se distingue también por inventar distintos sistemas de magia para cada una de sus series. En todas ellas, la magia que, sin perder su poder, está encauzada y es vista, en cierta forma, de manera «racional». Algo que ocurre con los alománticos de MISTBORN, los alientos (breath) que acumulan los personajes de EL ALIENTO DE LOS DIOSES y tantos otros.

La trilogía que hoy empezamos a publicar con STEELHEART, lleva por nombre genérico Los Reckoners. La serie estará formada por STEELHEART (2013), FIREFIGHT (prevista en EE.UU. en 2014) y CALAMITY (prevista en 2015), además de un relato ya publicado, MITOSIS (2013), que se situaría entre el primer y el segundo libro de la trilogía.

Aunque hay otras acepciones, un Reckoner sería una suerte de vengador de los errores o malas acciones del pasado y, también, en el ámbito religioso, una venganza relacionada con el Juicio Final, algo así como, con un título muy cinematográfico, «los vengadores del Juicio Final».

Viene ello a cuento pues, de manera inesperada, incomprensida y trágica, se ha producido una calamidad (Calamity) que ha creado, más bien al azar, una serie de superhéroes en todo el planeta. A esos superhéroes se los llama Épicos y, por desgracia (o, tal vez, muy humanamente), resulta que no son buenas personas.

En el esquema habitual del mundo de los superhéroes de los cómics, ya es conocida la famosa frase «un gran poder conlleva una gran responsabilidad» (que, por ejemplo, tío Ben le dice a Spiderman antes de morir). Pero, infortunadamente, no ocurre así con los Épicos. Tal vez respondiendo a su humano origen, los Épicos son egoístas y procuran por sí mismos, convirtiéndose en dictadores de la humanidad. Son los «malos» de esta serie.

Evidentemente, la humanidad no quiere aceptar esa esclavitud sobrevenida, y se resiste. Los resistentes son los Reckoners, a quienes el protagonista, David, quiere unirse. David, a los ocho años, presenció la muerte de su padre a manos del Épico que rige en lo que antes había sido Chicago, Steelheart. Y en ese lance vio sangrar a Steelheart. Sabe que el Épico no es invencible y desea encontrar a los Reckoners para enfrentarse a él y vencerlo y así vengar a su padre. En esta nueva serie, Sanderson invierte los papeles y deja a los humanos protagonistas el papel de opositores a los poderes (casi mágicos) de los Épicos.

Como siempre en Sanderson, los Épicos cuentan con poderes pero son vulnerables. La magia tiene un coste.

Se trata de algo imprescindible para la existencia de una narración. Si se fijan en un superhéroe todopoderoso como Superman, es evidente que, si lo puede todo, no hay trama posible. Aun aceptando que algunas de las tramas de los cómics de los superhéroes estadounidenses son muy infantiles, la necesidad de que el superhéroe se vea en problemas es imprescindible para que exista narración. De ahí la kriptonita de Superman, su enfrentamiento con otros kriptonianos en la segunda de las películas de la primera serie protagonizada por Christopher Reeves, o, incluso, el enfrentamiento con su otro yo materializado en el tercer filme de la serie. Si no hay un opositor del mismo nivel, no existe aventura.

La nueva trilogía de los Reckoners está llamada a ser una serie de superhéroes o, mejor, de supervillanos, con aventuras de todo tipo que enfrentan a estos supervillanos con simples humanos que solo cuentan con la ayuda de su inteligencia y, sobre todo, su voluntad y determinación. Una aventura épica, humana como pocas, a la que Sanderson proporciona una brillante variedad de poderes sin cuento (ese es el sistema de magia de los Reckoners: los superpoderes de los Épicos). No es poca cosa.

En resumen, una nueva serie de un autor excepcional y sumamente prolífico (sin bajar el alto nivel de calidad al que nos tiene acostumbrados), una rara avis en la fantasía moderna, a la que aporta un enfoque propio y sumamente poderoso y sugerente. Y esta vez en un mundo de superhéroes con toda la imaginación, la aventura, la magia y los entrañables personajes a los que Brandon Sanderson nos tiene acostumbrados.

Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

Prólogo

He visto sangrar a Steelheart.

Sucedió hace diez años, cuando yo tenía ocho. Estaba con mi padre en el First Union Bank de la calle Adams. Por entonces, antes de la Anexión, usábamos los antiguos nombres de las calles.

El banco era enorme: una sala diáfana, con columnas blancas alrededor de un suelo de mosaico, al fondo de la cual unas enormes puertas se abrían al centro del edificio. Daban a la calle dos grandes puertas giratorias flanqueadas por otras dos, estas convencionales. Hombres y mujeres entraban y salían, como si la sala fuera el corazón de una bestia enorme que latiera con la savia de las personas y el dinero.

Yo estaba arrodillado de cara al respaldo de una silla demasiado grande para mí, contemplando el ir y venir de la gente. Me gustaba observar los diferentes rostros, los peinados, la ropa, las expresiones. ¡Todos eran tan distintos en aquella época! Era emocionante.

—David, siéntate bien, por favor —dijo mi padre. Tenía una voz suave. No lo había oído gritar más que una vez, en el funeral de mi madre. Recordar el calvario por el que pasó aquel día todavía me estremece.

Me volví, huraño. Nos encontrábamos al lado de la sala principal del banco, en una de las oficinas donde trabajaban los encargados de las hipotecas. Los tabiques del cubículo eran de vidrio, lo que lo hacía menos agobiante, pero seguía pareciendo de mentira. Había fotos con marco de madera de familiares en las paredes, un tarro de caramelos baratos con tapa de cristal en la mesa y un jarrón con flores de plástico descoloridas sobre el archivador.

Era un hogar confortable tan de imitación como la sonrisa del hombre que teníamos delante.

—Si tuviéramos más avales... —sugirió el de las hipotecas, mostrando los dientes.

—Todo lo que poseo está ahí —dijo mi padre, indicando el papel del escritorio que teníamos delante. Tenía las manos callosas y la piel bronceada de tanto trabajar al sol. Mi madre se habría avergonzado si lo hubiera visto acudir a una cita tan importante como esa con los vaqueros de trabajo y una camiseta vieja con un personaje de cómic.

Al menos se había peinado, aunque se estaba quedando calvo. No parecía importarle tanto como a otros. «Así no tendré que cortarme tantas veces el pelo, Dave», me había dicho riendo y pasándose los

dedos por el cabello pajizo. Yo no le había hecho notar que se equivocaba: tendría que cortárselo el mismo número de veces, al menos hasta que se le cayera todo.

—Me temo que no puedo hacer nada —dijo el de las hipotecas—. Ya se lo habían dicho.

—El otro empleado dijo que con esto sería suficiente —respondió mi padre, con las grandes manos entrelazadas. Parecía preocupado, muy preocupado.

El de las hipotecas dio un golpecito al fajo de papeles que había sobre el escritorio sin dejar de sonreír.

—El mundo es ahora un lugar mucho más peligroso, señor Charleston. El banco ha decidido no correr riesgos.

—¿Peligroso? —preguntó mi padre.

—Bueno, ya sabe. Los Épicos...

—¡Pero si no son peligrosos! —exclamó mi padre con vehemencia—. Los Épicos están para ayudarnos.

«Otra vez no», pensé.

La sonrisa del de las hipotecas se esfumó por fin, como si el tono de mi padre lo hubiera sorprendido.

—¿No lo ve? —dijo mi padre, inclinándose hacia delante—. No son tiempos peligrosos. ¡Son tiempos maravillosos!

El empleado ladeó la cabeza.

—¿No fue un Épico quien destruyó su casa?

—Donde hay villanos, habrá héroes —respondió mi padre—. Espere y verá. Vendrán.

Yo así lo creía. Un montón de gente pensaba como él en esa época. Solo hacía dos años que Calamity había aparecido en el cielo. Hacía solo uno que los hombres corrientes habían empezado a cambiar y a convertirse en Épicos: casi como los superhéroes de las historietas.

Todavía teníamos esperanza, y éramos muy ignorantes.

—Bueno —dijo el de las hipotecas, uniendo las manos sobre la mesa, junto a la foto de unos sonrientes niños de varias etnias—. Por desgracia, nuestros evaluadores de riesgos no están de acuerdo con su valoración. Tendrá usted que...

Siguieron hablando, pero ya no les presté atención. Me arrodillé otra vez en la silla, de espaldas a ellos, mirando a la gente. Mi padre estaba demasiado inmerso en la conversación para reñirme. Así que vi claramente al Épico entrar en el banco. Lo detecté de inmediato, aunque nadie más le prestó atención. La gente dice que no se distingue a un Épico de un hombre corriente a menos que use sus poderes, pero se equivoca. Los Épicos se comportan de un modo diferente, con una sutil autocomplacencia, confiando en sí mismos. Siempre he sido capaz de identificarlos.

A pesar de que era un niño, supe que aquel hombre tenía algo distinto. Llevaba un traje negro holgado con camisa color canela, sin corbata. Era alto y esbelto, pero recio, como suelen ser los Épicos, musculoso. Estaba en forma y se notaba incluso a pesar de la ropa holgada.

Se situó en el centro de la sala. Llevaba unas gafas de sol en el bolsillo de la pechera y sonrió mientras se las ponía. Luego apuntó despreocupadamente con un dedo a una señora que pasaba.

La mujer se desintegró, convertida en polvo; la ropa ardió; el esqueleto se desplomó hacia delante y repiqueteó en el suelo. Los pendientes y el anillo de boda, sin embargo, no se disolvieron. Tintinearón en el embaldosado con tanta claridad que lo oí a pesar del ruido de la sala, una sala que de pronto se quedó en completo silencio.

La gente se quedó paralizada de horror y las conversaciones cesaron, aunque el de las hipotecas siguió soltándole el rollo a mi padre y no se calló hasta que empezaron los gritos.

No recuerdo cómo me sentía. ¿No es extraño? Recuerdo la iluminación: aquellas magníficas lámparas de techo que bañaban la sala de chispitas de luz. Recuerdo el olor de limón y amoníaco del suelo recién fregado. Recuerdo con toda exactitud los penetrantes gritos de terror, la cacofonía de la gente corriendo despavorida hacia las puertas.

Lo que mejor recuerdo es al Épico sonriendo de oreja a oreja, casi con lascivia, mientras iba señalando a los que pasaban y reduciéndolos a ceniza y polvo con un mero gesto.

Me quedé petrificado. Seguramente estaba conmocionado. Me aferré al respaldo de la silla, contemplando la matanza con los ojos como platos.

Algunas personas que estaban cerca de las puertas escaparon. Todo el que se acercó demasiado al Épico murió. Varios empleados y clientes se acurrucaron juntos en el suelo o se escondieron detrás de los escritorios. Por raro que parezca, la sala quedó en silencio. El Épico siguió de pie en el mismo lugar, como si estuviera solo, mientras revoloteaban por el aire pedazos de papel, con los huesos y la ceniza negra esparcidos por el suelo a su alrededor.

—Me llamo Deathpoint —dijo—. No es el más acertado de los nombres, lo admito. Pero lo encuentro fácil de recordar.

Lo dijo con un curioso desenfado, como si conversara con unos amigos tomándose una copa.

Empezó a caminar por la sala.

—Esta mañana se me ha ocurrido una idea —dijo. La sala era lo bastante grande para que su voz creara eco—. Me estaba duchando y se me ocurrió. Me he dicho: «Deathpoint, ¿para qué vas a robar hoy un banco?».

Apuntó perezosamente a un par de guardias de seguridad que habían salido de un pasillo lateral situado justo detrás de los cubículos de las hipotecas. Los guardias se convirtieron en polvo: placas, cinturones, armas y huesos golpearon el suelo. Oí los esqueletos chocar entre sí mientras caían. Hay un montón de huesos en el cuerpo de un hombre, más de los que creía, e hicieron un ruido tremendo cuando se desplomaron. Un curioso detalle para recordar de aquella escena tan horrible, pero lo recuerdo claramente.

Una mano me agarró por el hombro. Mi padre se había agachado delante de su silla. Intentaba hacerme bajar de la mía e impedir que el Épico me viera; pero yo no me movía, y mi padre no podía obligarme a hacerlo sin montar una escena.

—Llevo semanas planeando esto, ¿saben? —dijo el Épico—. Pero la idea se me ha ocurrido esta misma mañana. ¿Por qué? ¿Por qué robar el banco? ¡Puedo tener cuanto quiera de todas formas! ¡Es absurdo!

Rodeó de un salto un mostrador y la cajera que estaba escondida detrás gritó. Yo apenas la veía porque estaba acurrucada en el suelo.

—Para mí el dinero no vale nada —dijo el Épico—. Absolutamente nada.

Apuntó. La mujer quedó reducida a ceniza y huesos.

El Épico giró sobre sus talones y fue señalando sucesivamente hacia varios puntos de la sala, matando a los que intentaban huir. Por último, me apuntó directamente.

Por fin sentí una emoción: una punzada de terror.

Detrás de nosotros, un cráneo rebotó en el escritorio y cayó al suelo esparciendo ceniza. El Épico no me estaba apuntado a mí, sino al de las hipotecas, agazapado junto a su escritorio, detrás de mí. ¿Había intentado huir?

El Épico se volvió hacia los cajeros del mostrador. La mano de mi padre me seguía sujetando el hombro, tensa. Sentí su preocupación por mí casi como algo físico, recorriendo su brazo hasta el mío.

Entonces se apoderó de mí un terror tan intenso que, incapaz de moverme, me acurruqué en la silla, gimiendo, temblando, tratando de desterrar de mi mente las imágenes de las terribles muertes que acababa de presenciar.

Mi padre me soltó.

«No te muevas», leí en sus labios.

Asentí, demasiado asustado para hacer otra cosa. Mi padre se asomó por un lado de su silla. Deathpoint hablaba con un cajero. Aunque yo no los vi, oí caer los huesos. Los estaba ejecutando uno a uno.

El rostro de mi padre se ensombreció y miró hacia un pasillo lateral. ¿Para huir?

No. Allí era donde habían caído los guardias. Vi a través del tabique de cristal del cubículo una pistola en el suelo con el cañón enterrado en ceniza y parte de la culata asomando de una caja torácica. Mi padre, que de joven había pertenecido a la Guardia Nacional, la estaba viendo.

«¡No lo hagas! —pensé, presa del pánico—. ¡Papá, no!».

Pero no fui capaz de articular palabra. Me tembló la barbilla cuando intenté hablar, como si tuviera frío, y me castañetearon los dientes. ¿Y si el Épico me oía?

¡No podía permitir que mi padre hiciera esa locura! Era la única persona que me quedaba en el mundo. No tenía casa, ni familia, ni madre. Cuando se dispuso a actuar, hice un esfuerzo para agarrarlo del brazo. Negué con la cabeza, tratando de encontrar el modo de detenerlo.

—Por favor —conseguí susurrarle—. Los héroes... Has dicho que vendrían. ¡Deja que ellos lo detengan!

—A veces, hijo, hay que ayudar a los héroes. —Se libró de mis dedos, miró a Deathpoint y se escabulló hasta el siguiente cubículo.

Yo contuve la respiración y me asomé con mucho cuidado por un lado de mi silla. Tenía que enterarme. Aunque acobardado y tembloroso, tenía que ver aquello.

Deathpoint saltó el mostrador y aterrizó al otro lado, donde estábamos nosotros.

—Así que tanto da —dijo, todavía en tono coloquial, caminando por la sala—. Robando un banco conseguiría dinero, pero en realidad no necesito comprar nada. —Alzó un dedo asesino—. Un enigma. Por suerte, mientras me duchaba me he dado cuenta de otra cosa: matar a alguien cada vez que quieres algo resulta un incordio. Mejor sería asustar a todo el mundo, demostrar mi poder de modo que, en adelante, nadie me negara nada de lo que deseara. —Rodeó de un salto una columna, sorprendiendo a una mujer que llevaba en brazos a su hijo—. No, robar un banco por dinero no habría tenido sentido; pero demostrar lo que puedo hacer... eso sigue teniendo importancia. Por tanto, he seguido adelante con mi plan. —Apuntó y mató al niño, con lo que dejó a la horrorizada mujer sosteniendo un montón de huesos y ceniza—. ¿No se alegran?

Jadeé al ver que la aterrorizada mujer trataba de sujetar con fuerza la mantita mientras los huesos del pequeño se le escurrían y caían. En ese instante todo adquirió un tinte mucho más real para mí, espantosamente real. De pronto sentí náuseas.

Deathpoint nos daba la espalda.

Mi padre salió del cubículo y se apoderó del arma caída. Dos personas ocultas detrás de una columna cercana corrieron hacia la puerta más próxima y empujaron a mi padre en su precipitación, derribándolo casi.

Deathpoint se volvió. Mi padre seguía arrodillado, intentando apuntar con la pistola. El metal cubierto de ceniza le resbalaba entre los dedos.

El Épico alzó la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí? —tronó una voz.

El Épico dio la espalda a mi padre. Creo que todo el mundo se volvió hacia aquella voz grave y potente.

Una figura se recortaba en la puerta de la calle. A contraluz, era poco más que una silueta debido al brillo del sol: una silueta asombrosa, hercúlea, formidable.

Probablemente hayan visto ustedes imágenes de Steelheart, pero permítanme que les diga que las imágenes no le hacen justicia. Ninguna fotografía, vídeo ni dibujo podría captar jamás la esencia de ese hombre. Vestía de negro: camisa, tensa sobre un pecho inhumanamente grande y fuerte; pantalones anchos pero no bombachos. No llevaba máscara, como hacían algunos de los primeros Épicos, sino una magnífica capa plateada.

No necesitaba máscara. Aquel hombre no tenía ningún motivo para esconderse. Extendió los brazos a los costados y el viento abrió las puertas. A su alrededor, la ceniza se esparció por el suelo y los papeles

volaron. Steelheart se elevó en el aire unos pocos centímetros, con la capa ondeando, y entró flotando en la sala. Sus brazos eran como vigas de hierro, las piernas como montañas, el cuello como el tronco de un árbol. Sin embargo, no era lento ni torpe. Con el pelo negro azabache, la mandíbula cuadrada, un físico imposible y casi dos metros diez de altura, era majestuoso.

Y aquellos ojos de mirada intensa, exigente, intransigente.

Mientras Steelheart entraba volando con elegancia en la sala, Deathpoint alzó rápidamente un dedo y lo señaló con él. Un trocito de la camisa de Steelheart crepitó como si hubieran quemado la tela con un cigarrillo, pero él no se inmutó. Bajó flotando los escalones y aterrizó suavemente a poca distancia de Deathpoint. La enorme capa se posó a su alrededor.

Deathpoint apuntó de nuevo, frenético. Otro breve chisporroteo. Steelheart avanzó hacia el otro Épico, más pequeño, alzándose sobre él.

Supe en ese momento que eso era lo que mi padre había estado esperando. Ese era el héroe cuya aparición había estado aguardando todo el mundo, el que compensaría las maldades de los demás Épicos. Aquel hombre estaba allí para salvarnos.

Steelheart extendió la mano y agarró a Deathpoint cuando, demasiado tarde, este intentaba escapar. Lo paró de golpe. Las gafas de sol se le cayeron y abrió la boca de dolor.

—Te he hecho una pregunta —dijo Steelheart con una voz como el rumor de un trueno. Obligó a Deathpoint a volverse y lo miró a los ojos—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Deathpoint se retorció. Parecía dominado por el pánico.

—Yo... yo...

Steelheart levantó la otra mano, alzando un dedo.

—He reclamado esta ciudad, pequeño Épico. Es mía. —Hizo una pausa—. A mí me corresponde dominar a esta gente, no a ti.

Deathpoint ladeó la cabeza.

«¿Qué?», pensé.

—Pareces fuerte, pequeño Épico —dijo Steelheart, mirando los huesos repartidos por toda la sala—. Aceptaré tu obediencia. Júrame lealtad o muere.

No podía creer las palabras de Steelheart. Me golpearon con tanta fuerza como habían hecho los asesinatos de Deathpoint.

«Sírreme o muere», se convertiría en la piedra angular de su gobierno. Miró en derredor y habló a la sala con voz resonante.

—Ahora soy emperador de esta ciudad. Me obedeceréis. Poseo esta tierra. Poseo estos edificios. Cuando paguéis impuestos, vendrán a mí. Si desobedecéis, moriréis.

«Imposible —pensé—. Él no». No podía aceptar que aquel ser increíble fuera igual que todos los demás.

No fui el único.

—Se supone que no debe ser así —dijo mi padre.

Steelheart se volvió, aparentemente sorprendido al escuchar a uno de los asustados y acobardados peones de la sala.

Mi padre dio un paso adelante, la pistola a su lado.

—No —dijo—. Tú no eres como los demás. Lo noto: eres mejor que ellos. —Se detuvo a pocos pasos de los dos Épicos—. Has venido a salvarnos.

La sala quedó en silencio, a excepción de los sollozos de la mujer que todavía sostenía en brazos los restos de su hijo muerto. Intentaba en vano reunir los huesos, no dejar ni una diminuta vértebra en el suelo, frenética, con el vestido lleno de ceniza.

Antes de que ninguno de los dos Épicos acertara a responder, las puertas laterales se abrieron de golpe. Hombres con armaduras negras y rifles de asalto irrumpieron en el banco y abrieron fuego.

El Gobierno no había arrojado todavía la toalla, por tanto. Seguía intentando combatir a los Épicos, someterlos a las leyes de los mortales. Había quedado claro desde el principio que, en lo referido a los Épicos, no se vacilaba, no se negociaba. Entrabas disparando y esperabas que al Épico al que te enfrentabas lo mataran las balas corrientes.

Mi padre echó a correr, el instinto de combate lo indujo a protegerse tras una columna, cerca de la entrada del banco.

Steelheart se volvió, con cara divertida, mientras una ráfaga de balas impactaba en él. Las balas le rebotaron en la piel; le perforaron la ropa, pero no le causaron ni un solo rasguño.

Los Épicos como él fueron la razón por la que Estados Unidos aprobó la Ley de Capitulación que daba a todos los Épicos inmunidad absoluta. Los disparos no le causaban ningún daño a Steelheart: los cohetes, los

tanques, las armas más avanzadas del hombre no le hacían el menor daño. Aunque logran capturarlos, ninguna prisión lo retendría.

El Gobierno declaró que hombres como Steelheart eran fuerzas naturales, igual que los huracanes o los terremotos. Pretender decirle a Steelheart que no podía coger lo que quisiera habría sido como intentar aprobar una ley para prohibir que soplara el viento.

Ese día, en el banco, vi con mis propios ojos por qué tantos han decidido no contraatacar. Steelheart alzó una mano y la energía empezó a brillar a su alrededor con una fría luz amarilla. Deathpoint se puso tras él a cubierto de las balas. Al contrario que Steelheart, parecía temer que le dispararan. No todos los Épicos son inmunes a las armas de fuego, solo los más poderosos.

Steelheart liberó de su mano un estallido de energía, desintegrando a un grupo de soldados. Se desencadenó el caos. Los soldados corrieron para ponerse a cubierto donde pudieron; el aire se llenó de humo y volaron lascas de mármol. Uno de los soldados disparó una especie de cohete, pero no acertó a Steelheart (que continuó rociando a sus enemigos de energía), sino que impactó en el fondo del banco y reventó la cámara acorazada.

Empezaron a volar billetes en llamas. Las monedas se esparcieron por el suelo.

Hubo gritos, alaridos, locura.

Los soldados sucumbieron rápidamente. Yo continué agazapado en mi silla, tapándome los oídos con las manos. Todo sonaba tan fuerte...

Deathpoint estaba todavía de pie detrás de Steelheart. Mientras yo miraba, sonrió y alzó las manos hacia el cuello de Steelheart. No sé qué se proponía. Probablemente tenía un segundo poder. La mayoría de los Épicos tan fuertes como él poseen más de uno.

Tal vez hubiera sido suficiente para matar a Steelheart. Lo dudo, pero fuera como fuese, nunca lo sabremos.

Se oyó un único estallido, tan fuerte que me dejó sordo. Apenas reconocí el sonido como un disparo. Mientras el humo de la explosión se despejaba, vi a mi padre. Se hallaba a poca distancia de Steelheart con los brazos estirados hacia delante, las manos juntas, la espalda contra la columna. Tenía en el rostro una expresión decidida y empuñaba la pistola con la que apuntaba a Steelheart.

No. A Steelheart no. A Deathpoint, que estaba justo detrás de él.

Deathpoint se desplomó, con una herida de bala en la frente. Steelheart se volvió bruscamente, mirando al Épico inferior. Luego miró a mi padre

y se llevó una mano a la cara. En la mejilla, justo por debajo del ojo, tenía una línea de sangre.

Al principio creía que sería del muerto, pero cuando se la frotó, continuó sangrando.

Mi padre le había disparado a Deathpoint, pero la bala había pasado rozando a Steelheart. Aquella bala lo había herido, mientras que las de los soldados habían rebotado en él.

—Lo siento —dijo mi padre, ansioso—. Iba a agarrarte. Yo...

Steelheart abrió mucho los ojos y se miró la mano sucia de sangre. Parecía completamente atónito. Miró la cámara acorazada que tenía detrás, luego a mi padre. En medio del polvo y el humo que se posaban, las dos figuras permanecieron de pie, una frente a otra. Un enorme y regio Épico frente a un hombrecito sin hogar con una camiseta tonta y vaqueros viejos.

Steelheart saltó hacia delante con cegadora velocidad y golpeó con la palma de la mano a mi padre en el pecho, aplastándolo contra la columna de piedra blanca. Los huesos se le rompieron y de la boca le manó sangre.

—¡No! —grité. Mi propia voz me sonó extraña, como si estuviera debajo del agua. Quise correr hacia él, pero estaba demasiado asustado. Todavía pienso en mi cobardía ese día, y me asquea.

Steelheart dio un paso a un lado y recogió la pistola que mi padre había dejado caer. Con la furia ardiéndole en los ojos, apuntó directamente al pecho de mi padre y le disparó un solo tiro.

Hace eso. A Steelheart le gusta matar a las personas con el arma que han estado usando. Se ha convertido en una de sus peculiaridades. Tiene una fuerza increíble y puede disparar rayos de energía con las manos, pero cuando se trata de matar a alguien especial, prefiere hacerlo con sus armas.

Steelheart dejó que mi padre resbalara por la columna y arrojó la pistola a sus pies. Luego se dedicó a lanzar estallidos de energía en todas direcciones, incendiando sillas, paredes, mostrador, todo. Yo me caí de la silla cuando uno de los rayos impactó cerca, y rodé por el suelo.

Las explosiones desataron una lluvia de astillas y cristales. La sala se estremecía. En pocos segundos, Steelheart causó suficiente destrucción para que el instinto asesino de Deathpoint pareciera mansedumbre. Sembró el caos en la sala, derribando columnas, matando a todo el que veía. No estoy seguro de cómo sobreviví. Me arrastré sobre los cristales y las astillas de madera; la escayola y el polvo caían a mi alrededor.

Steelheart soltó un grito de ira e indignación. Apenas lo oí, pero pude sentirlo rompiendo las ventanas que quedaban, haciendo vibrar las paredes. Luego brotó de él algo, una oleada de energía, y el suelo a su alrededor cambió de color, convirtiéndose en metal.

La transformación se extendió por toda la sala a increíble velocidad. El enlosado debajo de mí, las paredes a mi lado, los cristales del suelo... todo se convirtió en acero. Ahora sabemos que la ira de Steelheart transmuta los objetos inanimados que tiene alrededor en acero, aunque no afecta a los seres vivos ni a nada que estos tengan cerca.

Cuando su grito se apagó, casi todo el banco se había convertido en acero, aunque un gran trozo del techo seguía siendo de madera y escayola, al igual que un pedazo de pared. Steelheart despegó de pronto y atravesó el techo y varios pisos para saltar al cielo.

Me acerqué dando tumbos a mi padre, con la esperanza de hacer algo, de detener de algún modo aquella locura. Sufría espasmos, tenía la cara y el pecho, abierto por la herida de bala, ensangrentados. Me agarré a su brazo, dominado por el pánico.

Increíblemente, consiguió hablar, pero no oí lo que decía. A esas alturas me había quedado completamente sordo. Con una mano temblorosa me cogió la barbilla. Dijo algo más, pero seguí sin poder oírlo.

Me sequé los ojos con la manga y traté de tirar del brazo para que se levantara y viniera conmigo. Todo el edificio temblaba.

Mi padre me agarró del hombro. Lo miré con los ojos llenos de lágrimas. Dijo una sola palabra, que entendí por el movimiento de sus labios.

—Vete.

Comprendí entonces que acababa de suceder algo tremendo, algo que ponía en evidencia a Steelheart, algo que lo aterrorizaba. Por aquel entonces era un Épico nuevo, poco conocido en la ciudad, pero yo había oído hablar de él. Se suponía que era invulnerable.

Aquel disparo lo había herido y todos habían visto su vulnerabilidad. No iba a permitir que siguiéramos con vida: tenía que mantener su secreto.

Con las lágrimas resbalándome por las mejillas, sintiéndome un completo cobarde por abandonar a mi padre, me volví y eché a correr. El edificio siguió temblando por las explosiones; las paredes se agrietaron, secciones del techo se desmoronaron. Steelheart intentaba derribarlo.

A algunos, que salieron huyendo por las puertas delanteras, Steelheart los mató desde arriba. Otros corrieron hacia las puertas laterales, que

conducían al interior del banco, de modo que, cuando la mayor parte del edificio se desplomó, murieron aplastados.

Me escondí en la cámara acorazada.

Quisiera poder decir que tomé una decisión inteligente, pero simplemente me caí. Recuerdo vagamente haberme arrastrado hasta un rincón oscuro y haberme encogido llorando mientras el resto del edificio se hacía pedazos. Como la mayor parte de la planta principal se había convertido en metal por la ira de Steelheart y la cámara acorazada era de acero, esas zonas no se desmoronaron como las demás.

Horas más tarde, una trabajadora de los equipos de rescate me sacó de los escombros. La luz me cegó cuando me liberaron. El espacio en el que me hallaba se había hundido parcialmente, inclinado lateralmente pero prodigiosamente intacto, con las paredes y casi todo el techo de acero. El resto del gran edificio era una completa ruina.

La trabajadora de los equipos de rescate me susurró al oído: «Finge estar muerto». Me llevó a una hilera de cadáveres y me cubrió con una manta. Había deducido lo que Steelheart les haría a los supervivientes. Cuando se marchó a buscar más, me entró el pánico y me escabullí de debajo de la manta. Fuera estaba oscuro, aunque no podía ser de noche todavía. Nightwielder había caído sobre nosotros. El reinado de Steelheart había comenzado.

Me alejé cojeando hasta un callejón. Eso me salvó la vida por segunda vez. Momentos después de que escapara, Steelheart regresó y descendió flotando más allá de las luces de rescate para aterrizar junto al caos. Llevaba a alguien consigo: una mujer delgada con el pelo recogido en un moño. Más tarde me enteraría de que se llamaba Faultline y su poder era mover la tierra. Aunque un día desafiaría a Steelheart, en ese momento le servía.

Faultline agitó la mano y el terreno tembló.

Escapé, confuso, asustado, dolorido. Detrás de mí, el suelo se abrió y se tragó lo que quedaba del banco, los cadáveres, a los supervivientes que recibían atención médica y a los miembros del equipo de rescate. Steelheart no quería dejar ninguna prueba. Hizo que Faultline los enterrara a todos bajo centenares de metros de tierra, matando a todo aquel que pudiera contar lo sucedido en ese banco.

Excepto a mí.

Esa misma noche, más tarde, Steelheart realizó la Gran Transfiguración, la asombrosa muestra de poder con la que transformó la mayor parte de Chicago (edificios, vehículos, calles) en acero, incluida una gran porción del lago Michigan, que se convirtió en una brillante extensión de metal negro. Fue allí donde construyó su palacio.

Sé, mejor que nadie, que ningún héroe vendrá a salvarnos. No hay Épicos buenos. Ninguno de ellos nos protege. El poder corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente.

Convivimos con ellos. Tratamos de vivir a pesar de ellos. Cuando se aprobó la Ley de Capitulación, la mayor parte de la gente dejó de luchar. En algunas zonas de lo que ahora llamamos los Estados Fracturados, el antiguo Gobierno sigue teniendo marginalmente el control. Dejan que los Épicos hagan lo que les dé la gana, e intentan seguir adelante como una sociedad quebrada. Sin embargo, en casi todas partes reina el caos y la ley brilla por su ausencia.

En unos cuantos lugares, como Chicago Nova, un único Épico cuasidivino ejerce su tiranía. Steelheart no tiene rivales aquí. Todo el mundo sabe que es invulnerable. Es invulnerable a todo: a las balas, las explosiones y la electricidad. En los primeros años, otros Épicos intentaron derrocarlo y reclamar su trono, como intentó hacer Faultline.

Todos están muertos. Ahora rara vez alguno lo intenta.

Sin embargo, si a un hecho podemos aferrarnos es a este: todo Épico tiene un punto débil; algo que invalida sus poderes, que los convierte en personas corrientes aunque sea solo momentáneamente. Steelheart no es ninguna excepción: los acontecimientos de aquel día en el banco lo demuestran.

Tengo una pista acerca de cómo matar a Steelheart. Algo hubo en el banco, en la situación, la pistola o en mi padre que contrarrestó su invulnerabilidad. Muchos de ustedes probablemente conocen esa cicatriz que Steelheart tiene en la mejilla. Bueno, pues que yo sepa soy la única persona viva que sabe cómo se la hizo.

He visto sangrar a Steelheart.

Y lo veré sangrar de nuevo.

PRIMERA PARTE

1

Bajé atropelladamente por el hueco de una escalera y choqué contra la grava de acero del fondo. Jadeando, corrí por una de las oscuras calles subterráneas de Chicago Nova. Habían transcurrido diez años desde la muerte de mi padre, desde el aciago día que la gente llamaba «la Anexión».

Llevaba una chaqueta de cuero holgada, vaqueros y el rifle al hombro. La calle estaba oscura a pesar de ser uno de los callejones subterráneos con rejas y respiraderos por los que se veía el cielo.

Siempre está oscuro en Chicago Nova. Nightwielder fue uno de los primeros Épicos en jurar fidelidad a Steelheart, y es miembro de su círculo íntimo. Por culpa de Nightwielder no hay amaneceres ni luna, solo absoluta oscuridad en el firmamento: a todas horas, todos los días. Lo único que se ve en las alturas es a Calamity, que parece un brillante cometa o una enana roja. Calamity comenzó a brillar un año antes de que los hombres empezaran a convertirse en Épicos. Nadie sabe por qué o cómo sigue brillando en medio de la oscuridad. Naturalmente, nadie sabe tampoco por qué empezaron a aparecer los Épicos ni qué relación tienen con Calamity.

Seguí corriendo, maldiciéndome por no haber salido antes. Las luces del techo de la vía subterránea fluctuaban, con las carcassas teñidas de azul. La calle estaba repleta de los perdedores habituales: adictos en las esquinas, camellos (o algo peor) en los callejones. Algunos grupos de obreros iban o venían apresuradamente del trabajo, con el cuello del grueso abrigo vuelto para ocultar el rostro. Caminaban encorvados, con la cabeza gacha.

Yo llevaba casi una década entre gente como ellos, trabajando en un lugar al que simplemente llamábamos «la Fábrica». En parte orfanato y en parte escuela, era principalmente un modo de explotar a los niños como mano de obra gratuita. Al menos la Fábrica me había dado cobijo y alimento todo ese tiempo. Era mucho mejor que vivir en la calle, y no me importaba nada trabajar a cambio de comida. Las leyes que regulaban el trabajo infantil eran reliquias de una época en que la gente podía preocuparse por ese tipo de cosas.

Me abrí paso entre un puñado de obreros. Uno me maldijo en un idioma vagamente similar al español. Alcé la cabeza para situarme. En la mayoría de las intersecciones los nombres de calles estaban pintados con spray en las brillantes paredes metálicas.

Cuando la Gran Transfiguración convirtió la mayor parte de la ciudad vieja en acero sólido, también transmutó el suelo y la roca hasta varios

metros de profundidad. Durante los primeros años de su gobierno, Steelheart fingió ser un dictador benévolo, aunque implacable. Sus Zapadores habían perforado varios estratos de túneles, calles subterráneas con sus edificios, y la gente había acudido en masa a Chicago Nova para trabajar.

Si aquí la vida resultaba difícil, en el resto de los lugares era un caos: los Épicos luchaban entre sí por el territorio y varios grupos militares del Estado o paragubernamentales intentaban recuperar terreno. En Chicago Nova era diferente. Podía asesinarte casualmente un Épico al que no le gustara la manera en que lo mirabas, pero al menos había electricidad, agua y comida. La gente se adapta. Eso hacemos todos, menos los que no quieren.

«Vamos —pensé, comprobando la hora en el móvil que llevaba en la manga del abrigo—. Maldito corte de la vía férrea». Tomé otro atajo, corriendo por un callejón. Era sombrío, pero después de diez años de vivir en penumbra perpetua te acostumbras a ello.

Pasé ante las formas encogidas de los mendigos dormidos, salté por encima de uno tendido en la calle, al fondo del pasadizo, y salí a la calle Siegel, una avenida más ancha y mejor iluminada que la mayoría. Aquí, a un piso bajo tierra, los Zapadores habían abierto habitáculos que se usaban como tiendas. Todavía estaban cerradas, aunque a la entrada de más de una había alguien vigilando con una escopeta recortada. La policía de Steelheart teóricamente patrullaba las calles subterráneas, pero no solía acudir a no ser en casos extremos.

Steelheart había hablado de una grandiosa ciudad subterránea que se extendería docenas de niveles, al principio, antes de que los Zapadores se volvieran locos, antes de que él dejara de fingir que se preocupaba por los habitantes de las calles subterráneas. Con todo, esos niveles superiores no eran terribles. Al menos daban sensación de organización y había en ellos un montón de agujeros excavados que servían como hogar.

Allí las luces del techo eran levemente verdes y amarillas, alternativamente. Si conocías las pautas de colores de las calles, podías navegar bastante bien por las subterráneas. Por los niveles superiores al menos. Incluso los veteranos de la ciudad solían evitar los inferiores, las catacumbas de acero, donde era muy fácil perderse.

«Dos manzanas hasta la calle Schuster», pensé, mirando por un tragaluz los brillantes y mejor iluminados rascacielos de arriba. Corrí las dos manzanas y tomé una escalera de subida cuyos peldaños de acero reflejaban las tenues luces semifuncionales.

Salí a una calle de metal y me metí inmediatamente en un callejón. Un montón de gente decía que las calles de arriba no eran tan peligrosas como las subterráneas, pero yo nunca me sentía cómodo en ellas. A decir verdad, nunca me sentía a salvo en ninguna parte, ni siquiera en la

Fábrica, con los demás estudiantes. Pero ahí arriba... ahí arriba había Épicos.

Llevar rifle en las calles subterráneas era una práctica común, pero arriba llamaría la atención de los soldados de Steelheart o de cualquier Épico que pasara. Era mejor que me mantuviera oculto. Me agazapé junto a algunas cajas del callejón, recuperando el aliento. Consulté el móvil, localicé un mapa básico de la zona y alcé la vista.

Justo delante había un edificio con letreros de neón rojo: el teatro Reeve. Mientras lo miraba, la gente empezó a salir. Dejé escapar un suspiro de alivio. Había conseguido llegar justo cuando la obra terminaba.

Eran todos de las calles de arriba, con trajes oscuros y vestidos de colores. Algunos serían Épicos, pero la mayoría, en cambio, simplemente eran personas a quienes de algún modo les había ido bien en la vida. Tal vez Steelheart los favorecía por las tareas que realizaban o habían nacido ricos. Steelheart podía tomar todo lo que se le antojara, pero para tener un imperio necesitaba gente que lo ayudara a gobernar. Burócratas, oficiales de su ejército, contables, hombres de negocios, diplomáticos. Como la elite de una dictadura de la vieja escuela, esa gente vivía de las migajas que Steelheart dejaba a su paso.

Eso significaba que eran casi tan culpables como los Épicos de la opresión en que vivíamos el resto, pero yo no les tenía demasiada inquina. Tal como estaba el mundo, uno hacía lo que podía para sobrevivir.

Vestían de manera anticuada; era lo que se estilaba: los hombres con sombrero, las mujeres con vestidos que parecían sacados de las fotos que yo había visto de la época de la Prohibición, en contraste absoluto con los modernos edificios de acero y el lejano sonido de un helicóptero militar avanzando.

Los ricos se apartaron de pronto para dejar sitio a un hombre con un traje de raya diplomática rojo vivo, sombrero rojo de fieltro y capa roja y negra.

Me agaché un poco más. Era Fortuity, un Épico con el poder de la precognición, capaz de adivinar los números que saldrían en una tirada de dados, por ejemplo, o de predecir el tiempo. También presentía el peligro, y eso lo elevaba al estatus de gran Épico. No se podía matar a un hombre así de un disparo de rifle. Intuía de dónde venía el tiro y lo esquivaba sin darte tiempo a apretar el gatillo. Sus poderes eran tan precisos que podía evitar una descarga de ametralladora y también saber si le habían envenenado la comida o si un edificio estaba repleto de explosivos.

Los grandes Épicos son tremendamente difíciles de matar.

Fortuity era un miembro de nivel moderadamente alto en el Gobierno de Steelheart. No formaba parte de su círculo íntimo, como Nightwielder, Firefight o Conflux, pero era lo bastante poderoso para que la mayoría de los Épicos menores de la ciudad lo temieran. Tenía un rostro alargado y nariz de halcón. Paseó por la acera del teatro, encendiendo un cigarrillo mientras los otros parroquianos se dispersaban a su paso, con una mujer elegante de cada brazo.

Deseé poder llevarme el rifle a la cara y dispararle. Era un monstruo sádico. Decía que sus poderes funcionaban mejor cuando estudiaba las entrañas de criaturas muertas para adivinar el futuro. Prefería usar vísceras humanas, y le gustaban frescas.

Me contuve. En el momento en que decidiera dispararle, sus poderes se activarían. Fortuity no tenía nada que temer de un francotirador solitario. Probablemente pensaba que no tenía nada que temer de nadie en absoluto. Si mi información era correcta, estaba a punto de enterarse de lo equivocado que estaba.

«Vamos —pensé—. Este es el mejor momento para atacarlo. Tengo razón. Tengo que tenerla».

Fortuity le dio una calada a su cigarrillo y saludó con la cabeza a unos cuantos viandantes. No llevaba guardaespaldas. ¿Para qué los necesitaba? Los dedos le brillaban repletos de anillos, aunque la riqueza no significaba nada para él. Incluso sin las leyes de Steelheart que le garantizaban el derecho a coger lo que quisiera, Fortuity podía ganar una fortuna en cualquier casa de juegos el día que le diera la gana.

No sucedió nada. ¿Estaría yo equivocado? Estaba tan seguro... La información de Bilko solía estar al día. En las calles subterráneas se decía que los Reckoners habían vuelto a Chicago Nova. Fortuity era el Épico al que habían elegido. Yo lo sabía. Había tomado por costumbre (por misión, incluso) estudiar a los Reckoners. Yo...

Una mujer pasó por delante de Fortuity. De unos veinte años, alta, esbelta y de cabello dorado, llevaba un vestido rojo de tela fina con un escote de vértigo. A pesar de llevar a dos bellezas del brazo, Fortuity se volvió para mirarla. Ella le devolvió la mirada, indecisa. Luego sonrió y se le acercó, balanceando las caderas.

No oí lo que dijeron, pero la recién llegada fue quien acabó alejándose con Fortuity calle abajo, susurrándole al oído y riendo. Las otras dos mujeres se quedaron allí plantadas, cruzadas de brazos, sin atreverse a protestar. A Fortuity no le gustaba que sus mujeres le replicaran.

Eso tenía que ser. Quise adelantarme a ellos, pero no podía hacerlo por la calle, así que retrocedí por unos cuantos callejones. Me conocía la zona al dedillo: el estudio de los mapas del distrito teatral era lo que casi me había hecho llegar tarde.

Rodeé un edificio, oculto en la sombra, hasta otro callejón, a cuya boca me asomé para ver la misma calle desde otro ángulo. Fortuity caminaba por la acera de metal.

La zona estaba iluminada por bombillas que colgaban de las farolas. Las farolas en sí se habían convertido en acero durante la Gran Transfiguración, componentes electrónicos y bombillas incluidos; ya no funcionaban, pero valían para colgar las que creaban los charcos de luz en los que la pareja entraba y salía.

Contuve la respiración, observando atentamente. Fortuity iba armado con toda seguridad. El corte del traje ocultaba el bulto del sobaco, pero distinguí la funda de la pistola.

Fortuity no tenía ningún poder ofensivo directo, pero en realidad eso daba igual. Gracias a su precognición nunca fallaba con un arma, no importaba lo desviado que estuviera el disparo. Si decidía matarte, tenías un par de segundos para responder o estabas muerto.

La mujer no parecía ir armada, aunque no podía estar seguro. Aquel vestido se le pegaba a las curvas. ¿Una pistola sujeta al muslo, tal vez? La estudié con más atención cuando entró en otro charco de luz, pero la miré a ella en vez de buscar armas. Era una verdadera belleza de ojos relucientes, brillantes labios rojos y melena dorada. Y aquel escote...

Me estremecí. «Idiota —pensé—. Tienes un propósito. Las mujeres interfieren en los propósitos».

Pero incluso un sacerdote ciego de noventa años se habría parado a mirar a esa mujer. De no haber sido ciego, quiero decir.

«¡Qué comparación más estúpida! —me dije—. Tengo que mejorar en eso. —Las comparaciones no son lo mío—. Concéntrate».

Alcé el rifle sin quitar el seguro y usé la mira telescópica. ¿Dónde iban a atacarlo? La calle se extendía durante varias manzanas de oscuridad interrumpida solo por las bombillas, antes de llegar al cruce con Burnley, centro neurálgico de la movida nocturna. Probablemente la mujer había convencido a Fortuity para que fuera con ella a su club. La ruta más rápida era por esa calle oscura y menos transitada.

La calle desierta era muy buena señal. Los Reckoners rara vez atacaban a un Épico que estuviera en una zona demasiado concurrida. No les gustaban las bajas de inocentes. Escruté las ventanas de los edificios con la mira del rifle. Habían vuelto a poner cristales en algunas de las ventanas convertidas en acero. ¿Había alguien vigilando por ellas?

Yo llevaba años siguiendo a los Reckoners. Eran los únicos que todavía contraatacaban: un grupo clandestino que acechaba, emboscaba y asesinaba a los Épicos poderosos. Los Reckoners, ellos sí que eran

héroes. No como mi padre había imaginado: sin poderes épicos, sin disfraces deslumbrantes. No defendían la verdad, el ideal americano, ni ninguna otra tontería.

Solo mataban. Su objetivo era eliminar a todos los Épicos que se consideraran por encima de la ley, uno por uno. Y como ese era el caso de casi todos los Épicos, tenían un montón de trabajo por delante.

Seguí escrutando las ventanas. ¿Cómo intentarían matar a Fortuity? Había pocas formas de hacerlo. Podían intentar atraparlo en una situación sin salida. Sus poderes de precognición lo llevarían por el camino de autoconservación más seguro, pero si preparabas una situación en la que todos los caminos conducían a la muerte, podías matarlo.

Llamamos a eso «jaque mate». Pero un jaque mate es muy difícil de preparar.

Lo más probable era que los Reckoners conocieran el punto flaco de Fortuity. Todo Épico tiene al menos uno: un objeto, un estado mental, una acción de algún tipo que te permite despojarlo de sus poderes.

«Allí». El corazón me dio un vuelco cuando enfoqué una silueta oscura acurrucada en una ventana del tercer piso de un edificio situado al otro lado de la calle. No la veía con detalle, pero probablemente estaba siguiendo a Fortuity también con un rifle de mira telescópica.

Eso era. Sonreí. Los había encontrado. Después de todas mis prácticas y búsquedas, los había encontrado.

Seguí mirando, cada vez más ansioso. El francotirador sería solamente una pieza del plan para matar al Épico. Las manos me empezaron a sudar. Otra gente se entusiasma con los eventos deportivos o las películas de acción, pero yo no tengo tiempo para emociones prefabricadas. Aquello, sin embargo... La oportunidad de ver a los Reckoners en acción, de ser testigo directo de una de sus encerronas... Bueno, era literalmente mi mayor sueño hecho realidad, a pesar de ser solo la primera etapa de mi plan. No estaba allí únicamente para ver cómo asesinaban a un Épico. Antes de que terminara la noche, tenía intención de haber logrado que los Reckoners me permitieran unirme a ellos.

—¡Fortuity! —gritó una voz cercana.

Bajé rápidamente el rifle y me pegué a la pared. Una figura pasó corriendo por la boca del callejón al cabo de un momento: un hombre recio con esmoquin y pantalones negros.

—¡Fortuity! —volvió a gritar—. ¡Espera!

Yo apunté de nuevo con la mirilla para inspeccionar al recién llegado. ¿Formaba parte del plan de los Reckoners?

No. Ese era Donny Curveball Harrison, un Épico menor con un único poder: la habilidad de disparar un arma sin que se le acabaran nunca las balas. Era guardaespaldas y pistolero en la organización de Steelheart. Resultaba imposible que formara parte del plan de los Reckoners: no trabajaban con Épicos. Nunca. Los Reckoners odiaban a los Épicos. Solo mataban a los peores, pero nunca habrían permitido que uno de ellos se uniera a su equipo.

Maldiciendo para mis adentros, vi a Curveball detenerse junto a Fortuity y la mujer. Ella, con los labios fruncidos y los hermosos ojos entornados, parecía preocupada. Sí, lo estaba. Era de los Reckoners con toda seguridad.

Curveball empezó a explicar algo y Fortuity frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando?

Presté atención a la mujer. «Tiene algo...», pensé, sin quitarle ojo. Era más joven de lo que había creído en un principio, probablemente tuviera dieciocho o diecinueve años, pero aquellos ojos la hacían parecer mucho mayor.

Su expresión de preocupación desapareció repentinamente, sustituida por otra intencionadamente insípida, cuando se volvió hacia Fortuity y le hizo un gesto para que continuara. Fuera cual fuese la trampa, necesitaba que estuviera más adelante en la calle. Eso tenía sentido. Atrapar a un precog es difícil. Si su sentido del peligro capta aunque sea un leve aroma a encerrona, reaccionará. Ella tenía que conocer su punto débil, pero probablemente no intentaría aprovecharse de él hasta que estuvieran más aislados. Y aun así, tal vez no funcionara. Fortuity seguiría siendo un hombre armado, y el punto débil de muchos Épicos era difícilísimo de aprovechar.

Seguí mirando. Fuera cual fuese el problema de Curveball, no parecía tener nada que ver con la mujer. Hacía gestos hacia el teatro. Si convencía a Fortuity para que regresara...

La trampa no saltaría nunca. Los Reckoners se retirarían y escogerían un nuevo objetivo. Podría pasarme años buscando otra oportunidad como aquella.

No iba a dejar que eso sucediera. Tras inspirar profundamente, me llevé el rifle al hombro, salí a la calle y eché a correr hacia Fortuity.

Era hora de entregar mi currículum a los Reckoners.

Corrí por la acera metálica de la calle oscura, entrando y saliendo de las zonas iluminadas.

Quizás hubiera decidido hacer algo muy, muy estúpido. Tanto como comer la comida que venden en las calles subterráneas a oscuras. Tal vez más, incluso. Los Reckoners planeaban sus asesinatos con extremo cuidado. Mi intención no había sido interferir, solo mirar e intentar luego que me aceptaran. Al salir de aquel callejón, cambié las cosas. Me inmiscuí en su plan, fuera cual fuese. Cabía la posibilidad de que todo estuviera saliendo según lo previsto y que Curveball formara parte de la treta.

O tal vez no. Ningún plan era perfecto, e incluso los Reckoners fracasaban. Si dejaba pasar aquella ocasión me arrepentiría durante años.

Los tres (Fortuity, Curveball y la belleza de aire peligroso) se volvieron hacia mí cuando llegaba corriendo.

—¡Donny! —dije—. ¡Te necesitamos en el Reeve!

Curveball frunció el ceño en cuanto vio mi rifle. Metió la mano bajo la chaqueta, pero no sacó la pistola. Fortuity, con su traje y su capa rojo oscuro, me miró con una ceja alzada. Si hubiera sido un peligro, sus poderes se lo habrían advertido. Sin embargo, yo no planeaba hacerle nada en los siguientes minutos, así que no recibió ninguna advertencia.

—¿Quién eres? —me preguntó Curveball.

Me detuve.

—¿Quién soy? ¡Caray, Donny! Llevo tres años trabajando para Spritzer. ¿Te morirías si intentaras acordarte del nombre de la gente de vez en cuando?

El corazón me redoblaba en el pecho, pero traté de que no se notara. Spritzer era el tipo que dirigía el teatro Reeve. Pese a que no era un Épico, estaba a sueldo de Steelheart, igual que casi todos los que tenían influencia en la ciudad.

Curveball me estudió con recelo, pero yo sabía que no prestaba atención a los hampones de mala muerte que lo rodeaban. De hecho, probablemente le habría sorprendido lo mucho que yo sabía acerca de él, como de casi todos los Épicos de Chicago Nova.

—¿Y bien? —pregunté—. ¿Vas a venir?

—A mí no me vengas con esas, chico. ¿Qué eres, portero?

—Estuve en la incursión a Idolin del verano pasado —dije, cruzando los brazos—. Estoy ascendiendo, Donny.

—Llámame «señor», idiota —replicó Curveball, sacando la mano de la chaqueta—. Si estuvieras ascendiendo no harías de recadero. ¿Qué es esa tontería de volver? Spritzer ha dicho que necesitaba que Fortuity le hiciera unos recados.

Me encogí de hombros.

—No me ha explicado por qué: solo me ha enviado a buscarte. Me ha dicho que te dijera que se había equivocado y que no molestaras a Fortuity. —Miré a este último—. No creo que Spritz supiera que... tenía usted planes, señor. —Indiqué a la mujer con la cabeza.

Hubo una pausa larga e incómoda. Yo estaba tan tenso que podría haber partido un clavo con los dientes. Finalmente, Fortuity bufó.

—Dile a Spritz que lo perdono, por esta vez. Tendría que saber que no soy su calculadora personal.

Se volvió, le ofreció el codo a la mujer para que lo cogiera del brazo y echó a andar, dando obviamente por sentado que ella se plegaría a su voluntad.

Antes de seguirlo, la chica me miró con sus profundos ojos azules, parpadeando. No pude evitar sonreír.

Entonces me di cuenta de que, si había engañado a Fortuity, probablemente a ella también. Eso significaba que tanto ella como los Reckoners me tenían ya por uno de los lacayos de Steelheart. Procuraban siempre no poner en peligro a los civiles, pero no tenían nada en contra de cargarse a unos cuantos matones.

«¡Oh, maldita sea! —pensé—. ¡Tendría que haberle guiñado un ojo! ¿Por qué no le he guiñado un ojo?».

¿Habría parecido una estupidez? Nunca había practicado eso de hacer un guiño a alguien. ¿Se podía hacer mal? Era sencillo.

—¿Te pasa algo en el ojo? —me preguntó Curveball.

—Eh... Se me ha metido una pestaña —dije—. Señor —añadí—. Lo siento. Hum, deberíamos regresar.

La idea de que los Reckoners pusieran en marcha su trampa a tiempo para llevarse por delante tanto a Curveball como a mí como agradable efecto colateral, me había puesto de pronto muy, muy nervioso.

Corrí por la acera pisando algunos charcos. La lluvia no se evaporaba rápidamente en la oscuridad y el suelo de acero no la absorbía. Los Zapadores habían excavado algunos desagües, así como tuberías para que el aire circulara por las calles subterráneas, pero la locura había interrumpido sus planes y nunca habían terminado los trabajos.

Curveball me siguió a paso moderado. Frené un poco para adaptarme a su ritmo, temiendo que encontrara un motivo para regresar con Fortuity.

—¿A qué tanta prisa, chico? —refunfuñó.

A lo lejos, la mujer y Fortuity se habían detenido bajo una farola para explorar con la lengua cada cual la boca del otro.

—Deja de mirar —dijo Curveball, adelantándose—. Podría eliminarnos sin pensar siquiera, y no le importaría a nadie.

Era cierto. Fortuity era un Épico tan poderoso que, mientras no interfiriera con ninguno de los planes de Steelheart, podía hacer lo que se le antojara. Ni siquiera Curveball obraba con tanta impunidad. Seguías teniendo cuidado cuando eras de su rango. A Steelheart le habría importado un bledo que un Épico menor como Curveball acabara apuñalado por la espalda.

Aparté la mirada y seguí a Curveball, que encendió un cigarrillo sin dejar de andar: un destello de luz en la oscuridad seguido del chisporroteo de la brasa roja de la punta flotando en el aire ante él.

—Caray con Spritz —dijo—. Para empezar, podría haber enviado a uno de vosotros, los lacayos, tras Fortuity. Odio parecer un tarugo.

—Ya sabes cómo es Spritz —respondí, ausente—. Habrá supuesto que enviarte a ti sería menos ofensivo para Fortuity, porque eres un Épico.

—Supongo que sí. —Curveball le dio una calada al cigarrillo—. ¿En qué equipo estás?

—En el de Eddie Macano —dije, nombrando a uno de los sicarios de la organización de Spritz. Eché un vistazo por encima del hombro. Los otros dos seguían dale que te pego—. Ha sido él quien me ha hecho correr detrás de ti. No quería hacerlo él. Está demasiado ocupado intentando ligarse a una de esas chicas que Fortuity ha dejado plantadas. Qué tarugo, ¿eh?

—¿Eddie Macano? —dijo Curveball, volviéndose hacia mí. La punta incandescente de su cigarrillo le iluminó el rostro perplejo de rojo anaranjado—. Murió en esa escaramuza con los bajasangres de hace dos días. Yo estaba allí...

Me quedé helado. «Ups».

Curveball echó mano a la pistola.

Las pistolas tienen una clara ventaja sobre los rifles: son rápidas. Ni siquiera intenté ser más rápido desenfundando. Me desvié corriendo lo más veloz que pude hacia un callejón.

No muy lejos, alguien gritó.

«Fortuity —pensé—. ¿Me ha visto correr? No estoy en la zona iluminada y él no estaba mirando. Es otra cosa. La encerrona debe de haber...».

Curveball me disparó.

Lo malo que tienen las pistolas es que cuesta mucho dar en el blanco con ellas. Incluso los profesionales con mucha práctica fallan más a menudo de lo que aciertan. Si apuntas de lado, además, como si estuvieras en una estúpida película de acción, aciertas aún menos.

Eso es exactamente lo que hizo Curveball. Los destellos de la boca de su arma iluminaron la oscuridad. Una bala rebotó en el suelo, cerca de mí, levantando chispas en el pavimento de acero. Me escurrí por un callejón y me pegué a la pared para salir de la línea de visión de Curveball.

Las balas continuaron impactando en la pared. No me atreví a mirar, pero oí a Curveball vociferando maldiciones. Yo tenía demasiado pánico para ir contando los tiros. Un cargador como el suyo no podía contener más de una docena de balas o...

«Ah, claro —pensé—. Su poder épico». El tipo podía seguir disparando eternamente y no quedarse sin balas. Acabaría por doblar la esquina y pegarme un tiro directamente.

Solo podía hacer una cosa. Inspiré profundamente, dejando que el rifle resbalara de mi hombro, y lo sujeté con la mano. Me apoyé en una rodilla, allí, en la boca del callejón, poniéndome en peligro, y apunté. El resplandor del cigarrillo me ofrecía la posibilidad de darle a Curveball en la cara.

Una bala alcanzó la pared, por encima de mi cabeza. Me preparé para apretar el gatillo.

—¡Quieto, tarugo! —exclamó una voz, deteniendo a Curveball. Una figura se movió entre nosotros en la penumbra en el preciso instante en que disparé. Fallé el tiro. Era Fortuity.

Bajé el arma mientras otro disparo sonaba a mayor altura. El francotirador. Una bala impactó en el suelo muy cerca de Fortuity,

alcanzándolo casi, pero el Épico se apartó en el momento justo. Su sentido del peligro.

Fortuity corría con dificultad y, a la luz de una bombilla, vi por qué. Iba esposado. A pesar de todo, estaba huyendo; fuera cual fuese el plan de los Reckoners, por lo visto se había ido al garete.

Curveball y yo nos miramos; luego él echó a correr detrás de Fortuity, disparando unas cuantas balas hacia mí al tuntún. Sin embargo, no por tener todas las balas que quisiera era mejor tirador: ninguna me acertó ni de lejos.

Me puse en pie y miré en sentido contrario, hacia donde se hallaba la mujer. ¿Estaba bien?

Resonó un traquido. Curveball gritó y cayó al suelo. Sonreí hasta que sonó un segundo disparo y saltaron chispas de la pared, a mi lado. Maldije y volví a esconderme en el callejón. Un segundo más tarde, la mujer del elegante vestido rojo se metió en él apuntándome a la cara con una diminuta Derringer.

La gente que usa pistola falla, de media, a más de diez pasos... pero yo no estaba tan seguro de las estadísticas teniendo la pistola a treinta centímetros de la cara.

—¡Espera! —dije, alzando las manos y dejando que el rifle volviera a colgar de mi hombro—. ¡Intento ayudar! ¿No has visto a Curveball dispararme?

—¿Para quién trabajas? —me preguntó la mujer.

—Para la Fábrica Havendark —dije—. Antes conducía un taxi, aunque...

—Un tarugo. —Sin dejar de apuntarme, se llevó una mano a la oreja. Vi un pendiente, probablemente conectado a su móvil—. Aquí Megan. Vuélalo, Tia.

Una explosión sonó cerca y di un respingo.

—¿Qué ha sido eso?

—El teatro Reeve.

—¿Habéis volado el Reeve? —dije—. ¡Creía que los Reckoners no hacían daño a inocentes!

Se quedó muy quieta, sin dejar de apuntarme.

—¿Cómo sabes quiénes somos?

—Estáis cazando Épicos. ¿Quién más podríais ser?

—Pero... —Se interrumpió, maldiciendo en voz baja, y volvió a llevarse el dedo a la oreja—. No hay tiempo. ¿Dónde está el objetivo, Abraham?

No pude oír la respuesta, pero obviamente la satisfizo. A lo lejos sonaron unas cuantas explosiones más.

Me miró, pero yo seguía con las manos alzadas y tenía que haber visto a Curveball dispararme. Al parecer, decidió que no era una amenaza. Bajó la pistola y se agachó rápidamente a romper los tacones de aguja de sus zapatos. Agarró el vestido por un lado y lo rasgó.

Me quedé boquiabierto.

Aunque normalmente me considero un tipo sereno, no te encuentras todos los días en un callejón oscuro con una mujer bellísima que se rompe casi toda la ropa. Debajo llevaba una camiseta escotada sin mangas y unos pantalones cortos de licra. Me gustó ver que la pistolera estaba, en efecto, sujeta a su muslo derecho, con el móvil pegado encima.

Se deshizo del vestido, diseñado para librarse de él con facilidad. Tenía los brazos esbeltos y firmes, y la asombrada ingenuidad de antes había desaparecido por completo, sustituida por un semblante duro y una expresión decidida.

Di un paso e inmediatamente volvió a apuntarme a la frente. Me detuve.

—Sal del callejón —dijo, acompañando sus palabras con un gesto.

Nervioso, hice lo que me ordenaba y volví a la calle.

—De rodillas, las manos en la cabeza.

—De verdad, no creo...

—¡Al suelo!

Me puse de rodillas, sintiéndome estúpido, y me llevé las manos a la cabeza.

—Hardman —dijo, con el dedo en la oreja—. Si aquí Knees estornuda siquiera, métele una bala en el cuello.

—Pero...

Sin darme tiempo a terminar la frase, echó a correr calle abajo, moviéndose con mucha más rapidez una vez que se hubo quitado los tacones y el vestido. Me dejó solo. Me sentía como un idiota allí

arrodillado, con el vello de la nuca erizado pensando en el francotirador que me apuntaba con su arma.

¿Cuántos agentes tenían allí los Reckoners? No me cabía en la cabeza que intentaran algo como eso sin al menos dos docenas. Otra explosión sacudió el suelo. ¿Por qué? Alertarían a los Controladores, los soldados de Steelheart. Lacayos y hampones eran ya bastante malos: los Controladores usaban armas avanzadas y la unidad blindada auxiliar: un traje robótico de casi cuatro metros.

La siguiente explosión fue más cercana, a apenas una manzana de distancia. Algo había salido mal en el plan original o Fortuity no habría escapado de la mujer de rojo. ¿Megan? ¿Así había dicho que se llamaba?

Aquello era un plan de contingencia. Pero ¿qué intentaban hacer?

Una silueta salió corriendo de un callejón cercano. Estuve a punto de dar un brinco del susto. Me mantuve inmóvil, maldiciendo al francotirador, aunque volví levemente la cabeza para mirar. El tipo vestía de rojo y seguía esposado: Fortuity.

Entonces lo entendí. «¡Las explosiones eran para asustarlo y que volviera aquí!», me dije.

Cruzó la calle y corrió hacia mí. Megan (si así se llamaba) salió del mismo sitio que él, persiguiéndolo. A lo lejos, un grupo de figuras surgió corriendo tras ella de otra calle.

Eran cuatro de los matones de Spritz, con traje y subfusil, apuntándola.

Observé cómo Megan y Fortuity pasaban de largo. Los matones se acercaban por mi derecha y Megan y Fortuity corrían a mi izquierda, todos nosotros en la misma calle, a oscuras.

«¡Vamos! —pensé, instando al francotirador de arriba—. ¡Ella no los ve! La abatirán. ¡Elimínalos!».

Nada. Los matones apuntaron. Sentí el sudor resbalándome por la nuca. Luego apreté los dientes, rodé de lado, empuñé el rifle y apunté a uno de ellos.

Tomé aire, me concentré y apreté el gatillo, esperando recibir desde arriba un disparo en la cabeza.

Una pistola es como un petardo: impredecible. Enciende un petardo y arrójalos. Nunca sabes realmente dónde va a aterrizar ni el daño que va a causar. Lo mismo pasa cuando disparas una pistola.

Un Uzi es aún peor: es como una sarta de petardos. Es mucho más probable que le des a algo, pero sigue siendo difícil de manejar.

Un rifle es elegante. Es una extensión de tu voluntad. Apuntas, aprietas el gatillo, haces que pasen cosas. En las manos de un experto que actúe con serenidad, nada hay más letal que un buen rifle.

El primer matón cayó abatido por mi disparo. Desplacé ligeramente el arma hacia un lado y volví a apretar el gatillo. El segundo cayó. Los otros dos bajaron las armas, esquivos.

Apunté. Disparé. El tercero fuera. El último iba a la carrera cuando me centré en él y consiguió ponerse a cubierto. Vacilé, con los pelos de punta, esperando el impacto de la bala del francotirador en la espalda. No llegó. Por lo que parecía, Hardman se había dado cuenta de que yo era de los buenos.

Me levanté, inseguro. No era la primera vez que mataba, por desgracia. No lo hacía a menudo, pero una o dos veces había tenido que protegerme en las calles subterráneas. Aquella situación era diferente, pero no tuve tiempo para meditar acerca de ella.

Descarté tales pensamientos. Sin saber qué otra cosa hacer, me volví hacia la izquierda y eché a correr a ciegas por la calle detrás de Fortuity y la Reckoner. El Épico maldijo y se metió por una calle adyacente. Todas las calles estaban vacías. Nuestras explosiones y disparos habían hecho que todos los que estaban cerca se quitaran de en medio: este tipo de cosas no eran infrecuentes en Chicago Nova.

Megan corrió detrás de Fortuity y yo acorté camino por un lateral y la alcancé. Me miró mientras corríamos por la calle transversal, hombro con hombro, detrás del Épico.

—¡Te he dicho que te quedaras quieto, Knees! —me gritó.

—¡Menos mal que no te he hecho caso! Acabo de salvarte la vida.

—Por eso no te he pegado un tiro. Lárgate de aquí.

La ignoré, apunté con el rifle sin dejar de correr y le disparé al Épico. El tiro salió desviado: era demasiado difícil correr y disparar al mismo tiempo. «¡Qué rápido es!», pensé con fastidio.

—Es inútil —dijo la muchacha—. No puedes darle.

—Puedo frenarlo. —Bajé el rifle y pasé ante un pub con las luces apagadas y las puertas cerradas. Un grupo de nerviosos clientes miraba por una ventana—. Tener que esquivar las balas le hará perder el equilibrio.

—No por mucho tiempo.

—Tenemos que disparar los dos a la vez —dije—. Podemos pillarlo entre dos balas, de modo que, esquive hacia donde esquive, una lo alcanzará. Jaque mate.

—¿Estás loco? —exclamó ella, sin dejar de correr—. Eso sería casi imposible.

Tenía razón.

—Bueno, entonces aprovechémonos de su punto flaco. Sé que sabes cuál es... de lo contrario nunca le habrías puesto esas esposas.

—No servirá de nada —dijo ella, rodeando una farola.

—A ti te ha funcionado. Dime qué es. Lo utilizaré.

—¡Tarugo! —me maldijo—. Su sentido del peligro se debilita si se siente atraído por ti. Así que, a menos que te considere mucho más guapo que a mí, no va a servir de nada.

«Oh». Bueno, eso era un problema.

—Tenemos que... —Megan se interrumpió y se llevó el dedo a la oreja mientras corría—. ¡No! ¡No puedo hacerlo! ¡No me importa lo cerca que estén!

«Están intentando que se retire», deduje. No pasaría mucho tiempo antes de que llegaran los Controladores.

Una desdichada conductora, que probablemente iba camino del distrito de los clubes, dobló la esquina. El coche se detuvo con un chirrido de neumáticos y Fortuity cruzó por delante de él, yendo hacia otro callejón de la derecha, por el que llegaría a calles más concurridas.

Tuve una idea.

—Coge esto —dije, dándole el rifle a Megan. Saqué el cargador de repuesto y se lo di también—. Dispárale. Frénalo.

—¿Qué? ¿Quién eres tú para darme...?

—¡Hazlo! —le ordené, deteniéndome junto al coche. Abrí la puerta del acompañante—. Fuera —le dije a la mujer que iba al volante.

La conductora se apeó y echó a correr, dejando las llaves en el contacto. En un mundo lleno de Épicos con legítimo derecho a apoderarse de cualquier vehículo que se les antoje, poca gente hace preguntas. Steelheart es implacable con los ladrones que no son Épicos, así que la mayoría no intentaría nunca lo que yo acababa de hacer.

Megan soltó una maldición, apuntó con destreza el rifle y disparó. Tenía buena puntería, y Fortuity, que estaba a pocos pasos, callejón abajo, se lanzó a la derecha, esquivando la bala, advertido por su sentido del peligro. Como esperaba, eso lo frenó de manera considerable.

Pisé el acelerador. Era un bonito coche deportivo, y parecía prácticamente nuevo. Lástima.

Me lancé calle abajo. Le había dicho a Megan que había sido taxista, lo cual era cierto. Lo había intentado hacía unos meses, justo después de graduarme en la Fábrica. Sin embargo, no le había mencionado que el trabajo me duró solo un día. Era malísimo.

«Nunca sabes cuánto te gusta algo hasta que lo pruebas». Era uno de los famosos dichos de mi padre. La compañía de taxis no esperaba que yo «probara» conducir por primera vez en uno de sus coches. Pero ¿cómo si no se suponía que un tipo como yo iba a ponerse al volante? Era un huérfano que había pasado en la Fábrica la mayor parte de mi vida. Los tipos como yo no ganan exactamente dinero a espuestas, y en las calles subterráneas no hay espacio para los coches, además.

Conducir me había resultado un poquito más difícil de lo que yo esperaba, sin embargo. Doblé derrapando la esquina de la calle oscura, con el acelerador pegado al suelo, sin apenas control. Derribé una señal de stop y un cartel, pero recorrí la manzana en cuestión de segundos y doblé otra esquina. Me llevé por delante unos cuantos cubos de basura cuando me subí a la acera, pero conseguí mantener el control mientras giraba y detenía el coche mirando al sur.

Apuntaba directamente al callejón. Fortuity lo recorría todavía en mi dirección, resbalando con la basura y las cajas mientras Megan le disparaba para frenarlo.

Oí un chasquido. Fortuity esquivó el tiro, y el parabrisas se resquebrajó: una bala lo atravesó a dos centímetros de mi cabeza. El corazón me dio un vuelco. Megan seguía disparando.

«¿Sabes, David? —me dije—. Tendrías que idear más cuidadosamente los planes».

Pisé a fondo el acelerador y me lancé rugiendo por el callejón. Apenas era lo bastante ancho para que cupiera el coche y saltaron chispas por el lado izquierdo cuando me pegué demasiado y destrocé el retrovisor.

Los faros iluminaron una figura vestida de rojo, con las manos esposadas y la capa ondeando. Había perdido el sombrero en la carrera. Tenía los ojos muy abiertos. No podía escapar por ningún sitio.

Jaque mate.

O eso pensé. Mientras me acercaba, Fortuity dio un salto y plantó los pies en mi parabrisas con destreza sobrehumana.

Me pilló completamente desprevenido. Se suponía que Fortuity no tenía ninguna capacidad física aumentada. Naturalmente, un hombre que, como él, evitaba tan fácilmente el peligro, seguramente no tenía demasiadas ocasiones para tales demostraciones. Fuera como fuese, sus pies golpearon mi parabrisas en una experta maniobra que solo podría haber conseguido alguien con superreflejos. Se impulsó y saltó hacia atrás; el parabrisas se hizo añicos y él usó el impulso del coche para dar una voltereta.

Pisé el freno y apreté los párpados mientras los cristales me daban en la cara. El coche se detuvo chirriando en medio de una lluvia de chispas. Fortuity aterrizó con suma facilidad.

Sacudí la cabeza, aturdido. «Sí, superreflejos —pensé colateralmente—. Tendría que haberlo supuesto. El complemento perfecto para el currículum de un precog». Fortuity lo mantenía sabiamente en secreto. Muchos Épicos poderosos se habían dado cuenta de que ocultar una o dos habilidades les daba ventaja cuando otro Épico trataba de matarlos.

Fortuity siguió corriendo. Vi que me miraba con una sonrisa torcida. Era un monstruo: yo había documentado más de cien asesinatos relacionados con él. Y por la expresión de sus ojos, pretendía añadir mi nombre a esa lista.

Saltó sobre el capó.

¡Crac! ¡Crac!

El pecho de Fortuity explotó.

El cadáver de Fortuity se desplomó encima del capó. Megan se cernió sobre él, con mi rifle en una mano y apoyado en la cadera, su pistola en la otra. Los faros del coche la iluminaban.

—¡Caray! —exclamó—. No me puedo creer que haya funcionado.

«Ha disparado las dos armas a la vez. Le ha dado jaque mate con dos disparos», me dije. Probablemente solo había funcionado porque estaba saltando: en el aire le habría resultado más difícil apartarse. Pero, con todo, disparar así era increíble. ¿Con un arma en cada mano, y una de ellas un rifle?

«Caray», pensé, imitándola. Habíamos ganado.

Megan arrastró el cadáver de Fortuity para hacerlo caer del capó y le comprobó el pulso.

—Muerto —dijo. Le disparó dos veces en la cabeza—. Y doblemente muerto, para asegurarnos.

En ese momento, una docena de matones de Spritz aparecieron por el extremo del callejón, empuñando Uzis.

Maldije y me pasé al asiento trasero. Megan saltó sobre el capó, se metió por el parabrisas roto y se agazapó en el asiento del acompañante mientras una andanada de balas asaltaba el vehículo.

Traté de abrir la puerta de atrás, pero las paredes del callejón estaban demasiado cerca. La ventanilla trasera se hizo añicos y trozos del relleno de los asientos volaron por los aires cuando el fuego de los Uzis los destrozó.

—¡Calamity! —exclamé—. Menos mal que no es mi coche.

Megan me miró, puso los ojos en blanco, y se sacó algo de la camiseta: un cilindro pequeño como un lápiz de labios. Giró el extremo inferior, esperó a una pausa en los disparos y lo lanzó por el parabrisas.

—¿Qué es eso? —grité por encima de los tiros.

Me respondió una explosión que sacudió el coche y nos cubrió de basura del callejón. Las balas cesaron un momento y oí a los hombres gritar de dolor. Megan, todavía con mi rifle, saltó por encima del asiento

destrozado, salió ágilmente por el parabrisas trasero roto y echó a correr.

—¡Eh! —dije, reptando tras ella; los pedacitos del cristal de seguridad se me caían de la ropa. Salté al suelo y corrí hasta el fondo del callejón, lanzándome a un lado justo cuando los supervivientes de la explosión empezaban a disparar de nuevo.

«Sabe disparar como nadie y lleva granadas diminutas en la camiseta —pensé, estupefacto—. Creo que podría estar enamorándome».

Oí un grave rumor por encima del tiroteo y un camión blindado apareció en la esquina siguiente. Avanzó rugiendo hacia Megan. Era grande y verde, imponente, con unos faros enormes. Y se parecía mucho a...

—¿Un camión de la basura? —pregunté, corriendo para reunirme con Megan.

Un negro de aspecto duro viajaba en el asiento del acompañante. Le abrió la puerta a Megan.

—¿Quién es ese? —dijo, señalándome con la cabeza. Hablaba con leve acento francés.

—Un tarugo —respondió ella, lanzándome el rifle—. Aunque es útil. Sabe de nosotros, pero no creo que sea una amenaza.

No era exactamente una recomendación deslumbrante, pero valía. Sonreí mientras ella subía a la cabina, empujando al hombre al centro del asiento.

—¿Lo dejamos? —preguntó el tipo con un inconfundible acento francés.

—No —respondió el conductor. No pude distinguirlo: era solo una sombra, pero tenía una voz potente y vibrante—. Viene con nosotros.

Sonreí y subí ansioso al camión. ¿Podía el conductor ser Hardman, el francotirador? Ese me había visto ayudarlos. La gente de dentro me hizo sitio a regañadientes. Megan se pasó al asiento trasero de la cabina y se acomodó junto a un hombre delgado con chaleco de camuflaje de cuero que empuñaba un rifle de francotirador con muy buena pinta. Probablemente ese sí que era Hardman. A su otro lado había una mujer pelirroja de mediana edad con la melena hasta los hombros. Llevaba gafas y traje sastre.

El camión de la basura se puso en marcha, moviéndose más rápido de lo que yo habría creído posible. Detrás de nosotros el grupo de matones salió del callejón y empezó a disparar. No les sirvió de mucho, aunque no habíamos escapado del peligro todavía. En el aire oí el claro sonido

de los helicópteros de los Controladores. Probablemente también unos cuantos Épicos de nivel superior estaban de camino.

—¿Fortuity? —preguntó el conductor. Era un hombre mayor, de unos cincuenta y tantos, con un largo y fino gabán negro. Cosa rara, llevaba unas gafas protectoras en el bolsillo de la pechera del gabán.

—Muerto —respondió Megan desde atrás.

—¿Qué ha fallado? —preguntó el conductor.

—Tenía un poder oculto —dijo ella—. Superreflejos. Lo he esposado, pero se ha escapado.

—También ha sido cosa de este —añadió el de la chaqueta de camuflaje, el que yo estaba bastante seguro de que era Hardman—. Se ha inmiscuido y ha causado un montón de problemas. —Tenía un claro acento del sur.

—Hablaremos de él más tarde —dijo el conductor, doblando la esquina a toda velocidad.

El corazón se me aceleró y miré por la ventana, buscando los helicópteros en el cielo. No tardarían en decir a los Controladores lo que tenían que buscar, y el camión llamaba bastante la atención.

—Tendríamos que haberle disparado a Fortuity inmediatamente —dijo el hombre con acento francés—. Un tiro de la Derringer en el pecho.

—Creo que no habría funcionado, Abraham —repuso el conductor—. Sus poderes eran demasiado fuertes, ni siquiera la atracción podía con ellos. Teníamos que hacer algo menos letal primero: atraparlo, luego dispararle. Los precogs son duros.

En eso, probablemente, tenía razón. Fortuity poseía un sentido del peligro muy fuerte. Probablemente el plan era que Megan lo esposara y tal vez lo sujetara a la farola. Entonces, parcialmente inmovilizado, podría haberle puesto la derringer en el pecho y disparado. Si hubiera intentado eso de entrada, su poder posiblemente lo habría puesto en guardia. Habría dependido de la atracción que sintiera por ella.

—No esperaba que fuera tan poderoso —dijo Megan, como decepcionada consigo misma, poniéndose una chaqueta de cuero marrón y pantalones militares—. Lo siento, Profesor. No debería haber dejado que se me escapara.

Profesor. Ese nombre me sonaba de algo.

—Está hecho —dijo el conductor, el Profesor, aparcando el camión de basura con una sacudida—. Dejemos la máquina. Está comprometida.

Abrió la puerta y bajamos.

—Yo... —empecé a decir, intentando presentarme.

Sin embargo, el hombre mayor al que llamaban Profesor me dirigió una mirada amenazadora por encima del capó del camión de la basura. Me tragué las palabras. De pie en la oscuridad, con su largo gabán y ese rostro curtido, el pelo con canas grises, aquel hombre tenía pinta de ser peligroso.

Los Reckoners sacaron unas cuantas mochilas de equipo de la parte trasera del camión de la basura, incluida una enorme ametralladora que Abraham se echó al hombro. Me condujeron por varios tramos de escaleras hasta las calles subterráneas, donde el grupo siguió un camino lleno de giros y vueltas. Seguí bastante bien la pista de adónde se dirigían hasta que bajamos varios niveles por una escalera muy larga hacia las catacumbas de acero.

La gente inteligente no se acerca a las catacumbas. Los Zapadores se habían vuelto locos antes de que los túneles estuvieran terminados. Las luces del techo rara vez funcionaban, y el tamaño de los túneles cuadrados abiertos en el acero cambiaba a medida que se avanzaba.

El equipo guardó silencio mientras continuaban recorriendo pasadizos, encendiendo las luces de los móviles que la mayoría llevaban sujetos a la pechera de la chaqueta. Yo me había estado preguntando si los Reckoners llevaban móvil, y el hecho de que así fuera me hacía sentir mejor. Todo el mundo sabía que la Fundación Knighthawk era neutral, y que las conexiones de los móviles eran completamente seguras, pero que los Reckoners utilizaran la red era una prueba más de que Knighthawk era de fiar.

Caminamos durante un rato. Los Reckoners se movían en silencio, cuidadosamente. Varias veces Hardman se adelantó para explorar; Abraham cubría la retaguardia con aquella temible ametralladora suya. Difícilmente podía saber dónde me hallaba: las catacumbas de acero eran un sistema subterráneo que a mitad de su construcción se había convertido en ratonera.

Había en ellas puntos ciegos, túneles sin salida y ángulos poco naturales. En algunos lugares los cables eléctricos colgaban de las paredes como esas arterias sinuosas que encuentras en un bocado de pollo. En otros, las paredes de acero no eran sólidas, porque la gente había arrancado pedazos de panelado buscando algo para vender, a pesar de que comerciar con chatarra no merecía la pena en Chicago Nova: había metal más que suficiente por todas partes.

Dejamos atrás grupos de adolescentes con caras sombrías arracimados alrededor de los cubos donde quemaban basura. No pareció hacerles gracia que hubiéramos interrumpido su rato de solaz, pero nadie se metió con nosotros. Tal vez debido a la enorme arma de Abraham, que

contaba con gravatónicos que brillaban azules en la parte inferior para ayudarlo a sostenerla.

Nos abrimos camino por esos túneles durante más de una hora. De vez en cuando pasábamos por delante de respiraderos que insuflaban aire. Los Zapadores habían logrado que algunas cosas funcionaran ahí abajo, aunque la mayoría no tuviera sentido. Con todo, era aire fresco. A veces.

El Profesor nos guiaba con aquel largo gabán. «Es una bata de laboratorio —me dije cuando doblamos otra esquina—, pero la ha teñido de negro». Debajo llevaba una camisa negra.

Evidentemente, a los Reckoners les preocupaba que los siguieran, pero a mí me daba la impresión de que exageraban en su celo. A los quince minutos me había desorientado por completo, y los Controladores nunca bajaban hasta ese nivel. Había un acuerdo tácito: Steelheart ignoraba a los que vivían en las catacumbas de acero, y estos no hacían nada para que el peso de su ley cayera sobre ellos.

Naturalmente... los Reckoners habían incumplido aquel acuerdo. Un Épico importante había sido asesinado. ¿Cómo reaccionaría Steelheart a eso?

Por fin me hicieron doblar una esquina que parecía igual que cualquier otra, solo que esta conducía a una pequeña habitación tallada en el acero. Había un montón de lugares así en las catacumbas. Lugares donde los Zapadores habían planeado poner unos servicios, una tiendecita o una vivienda.

Hardman, el francotirador, se apostó en la puerta. Se había puesto una gorra de camuflaje con un emblema para mí desconocido en la parte delantera, una especie de blasón real. Los otros cuatro Reckoners se colocaron de cara hacia mí. Abraham sacó una linterna grande y pulsó un botón que encendía los laterales, convirtiéndola en un farol que dejó en el suelo.

El Profesor se cruzó de brazos, inexpresivo, inspeccionándome. La pelirroja estaba de pie a su lado. Parecía más pensativa. Abraham seguía sin soltar su enorme arma, y Megan se quitó la chaqueta de cuero y se puso una sobaquera. Traté de no mirarla, pero era como intentar no parpadear, solo que... bueno, más bien al revés.

Di un vacilante paso hacia atrás, advirtiéndole que estaba acorralado. Había empezado a creer que iban a aceptarme en su equipo. Pero al mirar a los ojos del Profesor, me di cuenta de que no era el caso. Me consideraba una amenaza. No me habían llevado porque les hubiera prestado ayuda, sino porque no querían que anduviera suelto por ahí.

Era su prisionero. Y a esas profundidades, en las catacumbas de acero, nadie repararía en un grito o un disparo.

—Analízalo, Tia —dijo el Profesor.

Retrocedí, empuñando nervioso el rifle. Detrás del Profesor, Megan se apoyó contra una pared. Había vuelto a ponerse la chaqueta y a enfundar la pistola en la sobaquera. Llevaba algo en la mano que hacía girar: el cargador de repuesto de mi rifle. No había llegado a devolvérmelo. Sonrió. Me había devuelto el rifle allá arriba en la calle, pero tuve la desalentadora intuición de que había vaciado el cargador. Empecé a sentir pánico.

La pelirroja, Tia, se me acercó. Llevaba en la mano algún tipo de aparato; plano y redondo, del tamaño de un plato, con una pantalla lateral. Me apuntó con él.

—No hay lecturas.

—Análisis de sangre —dijo el Profesor, ceñudo.

Tia asintió.

—No nos obligues a sujetarte —me dijo, sacando un brazalete de tela del costado del aparato; unos cables lo conectaban al disco—. Esto te pinchará, pero no sentirás ningún dolor.

—¿Qué es? —pregunté.

—Un brazalete zahorí.

Un brazalete zahorí: un dispositivo para determinar si eras o no un Épico.

—Yo... creía que esas cosas no eran más que un mito.

—Entonces no te importará, ¿verdad, amigo? —me preguntó Abraham con su acento francés—. ¿Qué importa que un aparato «mitológico» te dé un pinchacito? —Sonrió, con la enorme ametralladora al costado. Era delgado, fibroso y parecía muy tranquilo en comparación con lo tensos que estaban Tia y el propio Profesor.

Eso no me consoló, pero los Reckoners eran un grupo de asesinos experimentados que se dedicaban a matar a grandes Épicos. No tenía opción.

La mujer me rodeó el brazo con la ancha banda, parecida a las que se usan para tomar la tensión. Los cables la conectaban al aparato que

tenía en la mano. Había una cajita en la cara interna del brazalete; me pinchó.

Tia estudió la pantalla.

—Está limpio con toda seguridad —dijo, mirando al Profesor—. Tampoco hay nada en el análisis de sangre.

El Profesor asintió. No parecía sorprendido.

—Muy bien, hijo. Es hora de que respondas a unas cuantas preguntas. Piensa con mucho cuidado antes de responder.

—De acuerdo —dije, mientras Tia me quitaba el brazalete. Me froté el pinchazo del brazo.

—¿Cómo descubriste dónde íbamos a dar el golpe? —me preguntó el Profesor—. ¿Quién te dijo que Fortuity era nuestro objetivo?

—No me lo dijo nadie.

Su rostro se ensombreció. Junto a él, Abraham alzó una ceja, sopesando el arma.

—¡Nadie! ¡De verdad! —insistí, sudando—. Vale... Oí decir a alguien en la calle que tal vez estuvieran ustedes en la ciudad.

—No le dijimos a nadie nuestro objetivo —repuso Abraham—. Aunque supieras que estábamos aquí, ¿cómo sabías a qué Épico intentaríamos matar?

—Bueno —dije—, ¿a quién si no?

—Hay miles de Épicos en esta ciudad, hijo —dijo el Profesor.

—Claro —repliqué—. Pero la mayoría no llaman la atención. Ustedes eliminan a los grandes Épicos, y de esos solo hay unos pocos centenares en Chicago Nova, de los cuales solo un par de docenas tienen invencibilidad suprema... y ustedes siempre se centran en quienes tienen invencibilidad suprema. Sin embargo, no irían detrás de alguien demasiado poderoso ni excesivamente influyente, porque lo considerarían demasiado bien protegido. Eso elimina a Nightwielder, Conflux y Firefight... a todo el círculo íntimo de Steelheart. También descarta a la mayoría de los barones de los barrios.

»Quedaban una docena de objetivos, y Fortuity era el peor del grupo. Todos los Épicos son asesinos, pero él ha matado, con diferencia, a muchos más inocentes. Además, esa forma tan retorcida que tenía de jugar con las entrañas de la gente es exactamente el tipo de atrocidad con que los Reckoners querrían acabar. —Los miré nervioso, luego me

encogí de hombros—. Como les he dicho, nadie tuvo que contármelo: era obvio a quién acabarían escogiendo.

Todos guardaron silencio en la pequeña habitación.

—¡Ja! —dijo el francotirador, que todavía montaba guardia junto a la puerta—. Damas y caballeros, creo que esto significa que tal vez nos estemos volviendo un poquito predecibles.

—¿Qué es la invencibilidad suprema? —me preguntó Tia.

—Lo siento —dije, advirtiendo que no conocían mis términos—. Es como llamo a un poder Épico que neutraliza los medios convencionales de asesinato. Ya saben: regeneración, piel impenetrable, precognición, autoencarnación, ese tipo de cosas.

Un gran Épico tenía alguno de esos poderes. Afortunadamente, nunca había oído de ninguno que tuviera dos.

—Vamos a aceptar de momento que realmente lo descubriste por tu cuenta —dijo el Profesor—. Eso no explica cómo sabías dónde montaríamos nuestra encerrona.

—Fortuity asiste a la función del teatro de Spritz el primer sábado de cada mes invariablemente —dije—, y siempre busca diversión después. Era el único momento en que podían encontrarlo solo y en un estado mental favorable para conducirlo a una trampa.

El Profesor miró a Abraham, luego a Tia. Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Creo que está diciendo la verdad, Profesor —dijo Megan, con los brazos cruzados y la chaqueta sin abrochar.

«No mires...», tuve que recordarme.

El Profesor la miró.

—Tiene sentido —prosiguió ella—. Si Steelheart hubiera sabido a quién íbamos a atacar, nos habría preparado algo más elaborado que un chico con un rifle. Además, Knees, aquí presente, ha tratado de ayudar. Más o menos.

—¡He ayudado! Estarías muerta de no ser por mí. Díselo, Hardman.

Los Reckoners parecían confundidos.

—¿Quién? —preguntó Abraham.

—Hardman —dije, señalando hacia el francotirador de la puerta.

—Me llamo Cody, chaval —dijo él, divertido.

—Entonces, ¿dónde está Hardman? —pregunté—. Megan me ha dicho que estaba apuntándome con su rifle desde arriba... —Guardé silencio.

«Nunca ha habido ningún francotirador —comprendí—. Al menos no uno a quien hayan ordenado específicamente vigilarme».

Megan me lo había dicho simplemente para que me quedara quieto.

Abraham se rio de buena gana.

—Has caído en el viejo truco del francotirador invisible, ¿eh? Te ha hecho quedarte allí arrodillado pensando que te pegaría un tiro en cualquier momento. ¿Por eso te llama Knees?

Me ruboricé.

—Está bien, hijo —dijo el Profesor—. Voy a ser bueno contigo y fingir que nada de esto ha sucedido nunca. Cuando salgamos por esa puerta, quiero que cuentes hasta mil, muy, muy despacio. Luego puedes marcharte. Si intentas seguirnos, te dispararé. —Hizo una señal a los otros.

—¡No, espere! —dije, intentando agarrarlo.

En un abrir y cerrar de ojos, los otros cuatro me apuntaron a la cabeza.

Tragué saliva, luego bajé la mano.

—Esperen, por favor —dije, un poco más tímidamente—. Quiero unirme a ustedes.

—¿Quieres hacer qué? —preguntó Tia.

—Unirme a ustedes —repetí—. Por eso he venido hoy. No quería implicarme. Quería solicitar mi ingreso.

—No aceptamos solicitudes exactamente —contestó Abraham.

El Profesor me estudió.

—Ha sido de cierta ayuda —dijo Megan—. Y yo... admito que dispara decentemente. Tal vez deberíamos aceptarlo, Profesor.

Bueno, pese a todo lo que pudiera haber pasado, había conseguido impresionarla. Eso me pareció casi una victoria tan grande como eliminar a Fortuity.

El Profesor negó con la cabeza.

—No estamos reclutando a nadie, hijo. Lo siento. Vamos a marcharnos, y no quiero volver a verte cerca de ninguna de nuestras operaciones jamás: no quiero ni imaginar siquiera que estás en la misma ciudad que nosotros. Quédate en Chicago Nova. Después del jaleo de hoy, no volveremos en mucho tiempo.

Eso pareció dejar zanjado el tema para todos ellos. Megan me miró y se encogió de hombros, casi a modo de disculpa, como para indicar que había dicho lo que había dicho para agradecerme haberla salvado de los matones de los Uzis. Los demás se reunieron en torno al Profesor y lo siguieron cuando se encaminó hacia la puerta.

Me quedé atrás, sintiéndome frustrado e impotente.

—Están ustedes fracasando —les dije, con un hilo de voz.

Por algún motivo, esto hizo que el Profesor vacilara. Se volvió para mirarme. Casi todos los demás habían cruzado ya la puerta.

—Nunca van tras los verdaderos objetivos —me quejé amargamente—. Siempre escogen a los que, como Fortuity, son un tiro seguro. Épicos a los que pueden aislar y matar. Monstruos, sí, pero relativamente poco importantes. Nunca a los monstruos de verdad, los Épicos que nos hicieron pedazos y convirtieron nuestra nación en un caos.

—Hacemos lo que podemos —dijo el Profesor—. Que nos hiciéramos matar intentando eliminar a un Épico invencible no le sería de utilidad a nadie.

—Matar a hombres como Fortuity tampoco sirve de nada —dije—. Son demasiados, y si siguen escogiendo objetivos como él, nadie los tendrá en cuenta. Solo son una molestia. Así no podrán cambiar el mundo.

—No lo intentamos —dijo el Profesor—. Solo matamos Épicos.

—¿Qué quieres que hagamos, chaval? —dijo Hardman (quiero decir, Cody), divertido—. ¿Que nos enfrentemos al mismísimo Steelheart?

—Sí —dije, envalentonado, dando un paso adelante—. ¿Queréis cambiar las cosas? ¿Queréis darles miedo? ¡Es a él a quien hay que atacar! ¡Demostradles que nadie escapa a nuestra venganza!

El Profesor negó con la cabeza. Continuó su camino; la negra bata de laboratorio susurró.

—Tomé esta decisión hace muchos años, hijo. Tenemos que librar batallas que podamos ganar.

Salió al pasillo. Me quedé solo en la pequeña habitación. La lámpara que habían dejado atrás proyectaba un frío resplandor en la cámara de acero.

Había fracasado.

Me quedé solo en la silenciosa habitación cuadrada iluminada por la lámpara abandonada. Parecía que se le estaba agotando la batería, pero las paredes de acero reflejaban bien la tenue luz.

«No —dije. Salí al pasillo, ignorando las advertencias—. Que me disparen».

Sus siluetas se alejaban iluminadas a contraluz por sus móviles: un grupo de formas oscuras en el estrecho pasillo.

—¡Nadie más lucha! —grité tras ellos—. ¡Nadie más lo intenta siquiera! Vosotros sois los únicos que quedan. Si incluso a vosotros os dan miedo hombres como Steelheart, ¿cómo puede nadie pensar otra cosa?

Los Reckoners continuaron su camino.

—¡Vuestro trabajo significa algo! —chillé—. ¡Pero no es suficiente! Mientras la mayoría de los Épicos se consideren inmunes, nada cambiará. ¡Mientras los dejéis en paz, estáis esencialmente demostrando lo que ellos han dicho siempre! Que si un Épico es lo bastante fuerte, puede coger lo que quiera, hacer lo que le apetezca. Estáis diciendo que se merece gobernar.

El grupo siguió caminando, aunque el Profesor, que iba de los últimos, pareció vacilar solo un momento.

Inspiré profundamente. Solo me quedaba una cosa por probar.

—He visto sangrar a Steelheart.

El Profesor se tensó.

Eso hizo que los demás se detuvieran. El Profesor me miró por encima del hombro.

—¿Qué?

—He visto sangrar a Steelheart.

—Imposible —dijo Abraham—. Ese hombre es completamente invulnerable.

—Lo he visto —insistí, con el corazón retumbándome en el pecho y la cara sudorosa. Nunca se lo había dicho a nadie. El secreto era demasiado peligroso. Si Steelheart se enteraba de que alguien había

sobrevivido al ataque al banco aquel día, me daría caza. No habría escondite para mí ni escapatoria. No si pensaba que yo conocía su punto débil.

No lo conocía, no plenamente; pero tenía una ligera idea, quizá la única que tenía nadie.

—Inventando mentiras no te unirás a nuestro grupo, hijo —me dijo el Profesor lentamente.

—No estoy mintiendo —dije, mirándolo a los ojos—. No en esto. Deme cinco minutos para contar mi historia. Al menos, escúcheme.

—Esto es una tontería —dijo Tia, agarrando al Profesor por el brazo—. Profesor, vámonos.

El Profesor no respondió. Me estudió; sus ojos exploraron los míos, como buscando algo. Me sentí extrañamente expuesto ante él, desnudo, como si pudiera ver todos mis deseos y pecados.

Regresó lentamente a mi lado.

—Muy bien, hijo —accedió—. Tienes quince minutos. —Indicó la habitación—. Escucharé lo que tengas que decir.

Volvimos a la pequeña habitación entre las protestas de los otros. Yo empezaba a tener calados a los miembros del grupo. Abraham, con su gran ametralladora y sus brazos musculosos, tenía que ser el encargado de las armas pesadas. Su misión sería enfrentarse a los agentes de Control si algo salía mal. Intimidaría a la gente para sonsacar información en caso necesario, y probablemente haría funcionar la maquinaria pesada si el plan lo requería.

La pelirroja Tia, de rostro afilado y elocuente, era probablemente la erudita del grupo. A juzgar por su modo de vestir, no participaba en las confrontaciones, y los Reckoners necesitaban a gente que, como ella, supiera exactamente cómo funcionaban los poderes de los Épicos y contribuyera a descifrar los puntos débiles de sus objetivos.

Megan tenía que ser el gancho, la que se ponía en peligro, la que colocaba al Épico en posición. Cody, con su ropa de camuflaje y su superrifle, era probablemente el tirador de apoyo. Deduje que, después de que Megan neutralizara los poderes del Épico de algún modo, Cody lo eliminaba o le daba jaque mate con fuego de precisión.

Lo cual dejaba al Profesor. El jefe del grupo, supuse. ¿Tal vez un segundo gancho, si necesitaban uno? Todavía no lo había catalogado, pero el modo en que lo llamaban me picaba la curiosidad.

Cuando volvimos a entrar en la habitación, Abraham parecía interesado por lo que iba a decirles. Tia, por su parte, parecía molesta, y Cody,

divertido. El francotirador se apoyó contra la pared y se relajó, cruzándose de brazos, para vigilar el pasillo. Los demás me rodearon, esperando.

Le sonreí a Megan, pero su rostro se había vuelto impassible. Frío, incluso. ¿Qué había cambiado?

Tomé aire.

—He visto sangrar a Steelheart —repetí—. Sucedió hace diez años, cuando yo tenía ocho. Estaba con mi padre en el First Union Bank de la calle Adams...

Una vez terminada la historia, guardé silencio. Mis últimas palabras quedaron flotando en el aire: «Y lo veré sangrar de nuevo». Aquello me pareció una bravata, allí de pie delante de un grupo de personas que habían dedicado la vida a matar Épicos.

Mi nerviosismo se había evaporado mientras contaba la historia. Me pareció extrañamente relajante compartirla por fin, dar voz a aquellos terribles acontecimientos. Por fin, alguien más lo sabía. Si iba a morir, habría otros que tendrían la información que solo yo conocía hasta el momento. Aunque los Reckoners decidieran no ir a por Steelheart, el conocimiento existiría, quizá para ser utilizado algún día. Suponiendo que me creyeran.

—Sentémonos —dijo el Profesor por fin, tomando asiento.

Los demás lo imitaron, Tia y Megan algo reacias, pero Abraham relajado como antes. Cody se quedó de pie junto a la puerta, montando guardia.

Me senté, el rifle cruzado sobre el regazo. Tenía puesto el seguro a pesar de estar convencido de no llevarlo cargado.

—¿Bien? —le preguntó el Profesor a su equipo.

—He oído hablar del tema —admitió Tia a regañadientes—. Steelheart destruyó el banco el día de la Anexión. Tenía alquiladas algunas de las oficinas de la planta superior a asesores y contables gubernamentales... nada demasiado relevante. La mayoría de los expertos con los que he hablado dan por hecho que Steelheart atacó el edificio por esas oficinas.

—Sí —coincidió Abraham—. Atacó muchos edificios de la ciudad ese día.

El Profesor asintió, pensativo.

—Señor... —empecé a decir.

Él me interrumpió.

—Ya has dicho lo que tenías que decir, hijo. Es una muestra de respeto que estemos hablando de esto donde puedas oírlo. No me hagas lamentarlo.

—Oh, sí, señor.

—Siempre me he preguntado por qué atacó el banco en primer lugar —continuó Abraham.

—Sí —dijo Cody desde la puerta—. Fue una elección extraña. ¿Por qué cargarse a un puñado de contables antes que al alcalde?

—Pero no es suficiente motivo para cambiar nuestros planes —añadió Abraham, sacudiendo la cabeza. Me hizo un gesto, la enorme ametralladora sobre los hombros—. Estoy seguro de que eres una persona maravillosa, amigo mío, pero creo que no deberíamos basar nuestras decisiones en información de alguien a quien acabamos de conocer.

—¿Megan? —preguntó directamente el Profesor—. ¿Qué opinas tú?

La miré. Megan estaba sentada, un poco apartada de los demás. El Profesor y Tia parecían los más veteranos de aquella célula concreta de los Reckoners. Abraham y Cody a menudo compartían ideas como hacen los buenos amigos. Pero ¿qué había de Megan?

—Creo que es una estupidez —dijo con frialdad.

Fruncí el ceño. «¡Si hace un minuto era de lo más cordial conmigo!».

—Antes lo has defendido —dijo Abraham, como dando voz a mis propios pensamientos.

Ella frunció el ceño.

—Eso ha sido antes de oír esta descabellada historia. Está mintiendo, tratando de entrar en nuestro grupo.

Abrí la boca para protestar, pero una mirada del Profesor me hizo tragarme el comentario.

—Parece que te lo estás pensando —le dijo Cody a este último.

—¿Profesor? —inquirió Tia—. Conozco esa mirada. Recuerda lo que pasó con Duskwatch.

—Lo recuerdo perfectamente —respondió él. Siguió estudiándome.

—¿Qué? —preguntó Tia.

—Sabe lo de los trabajadores de los equipos de rescate —dijo el Profesor.

—¿Los trabajadores de los equipos de rescate? —preguntó Cody.

—Steelheart ocultó que mató a los trabajadores de los equipos de rescate —dijo el Profesor en voz baja—. Pocos saben lo que les hizo, a ellos y a los supervivientes; lo que sucedió en el edificio del First Union. No mató a ninguno de los que fueron a prestar auxilio a los otros edificios de la ciudad que destruyó. Solo mató a los trabajadores de los equipos de rescate del First Union.

»Algo hubo diferente en la destrucción del banco —continuó el Profesor—. Sabemos que entró y habló con la gente de dentro. No lo hizo en los otros lugares. También dicen que salió enfurecido del First Union. Algo sucedió ahí. Lo sé desde hace tiempo. Los otros jefes de célula lo saben. Supusimos que su enfado tuvo que ver con Deathpoint. —El Profesor, que estaba sentado con una mano apoyada en la rodilla, tamborileó con los dedos, pensativo, estudiándose—. Steelheart se hizo la cicatriz ese día. Nadie sabe cómo.

—Yo sí —dije.

—Tal vez —dijo el Profesor.

—Tal vez sí —dijo Megan—. Tal vez no. ¡Profesor! ¡Puede haberse enterado de los asesinatos y de la cicatriz de Steelheart y haber inventado el resto! No hay manera de demostrarlo, porque, si tiene razón, entonces Steelheart y él son los únicos testigos.

El Profesor asintió lentamente.

—Atacar a Steelheart sería casi imposible —dijo Abraham—. Aunque pudiéramos averiguar cuál es su punto débil, tiene guardias, y fuertes.

—Firefight, Conflux y Nightwielder —dije yo, asintiendo—. Tengo un plan para cada uno de ellos. Creo que he descubierto sus flaquezas.

Tia frunció el ceño.

—Ah, ¿sí?

—Diez años —respondí en voz baja—. Durante diez años no he hecho otra cosa que planear cómo llegar a él.

El Profesor seguía pensativo.

—Hijo —me dijo—. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—David.

—Bien, David. Dedujiste que íbamos a atacar a Fortuity. ¿Qué deduces que vamos a hacer ahora?

—Dejaréis Chicago Nova al anoecer —dije inmediatamente—. Es lo que hace siempre un equipo después de poner una trampa. Naturalmente, aquí no hay anoecer. Pero os marcharéis dentro de unas horas para reuniros con el resto de los Reckoners.

—¿Y cuál es el siguiente Épico al que planeamos atacar? —preguntó el Profesor.

—Bueno —dije, pensando rápidamente, recordando mis listas y proyecciones—. Ninguno de vuestros equipos ha estado activo en Medias Llanuras o Calif últimamente. Supongo que vuestro siguiente objetivo sería el Armsman, en Omaha, o Lightning, uno de los Épicos de la banda de Snowfall, en Sacramento.

Cody silbó. Al parecer había discurrido bien, lo cual fue una suerte. No estaba demasiado seguro. Tendía a acertar una cuarta parte de las veces al deducir dónde atacarían las células de los Reckoners.

El Profesor se puso súbitamente en pie.

—Abraham, prepara el Agujero Catorce. Cody, mira a ver si es posible preparar una pista falsa que lleve a Calif.

—¿El Agujero Catorce? —dijo Tia—. ¿Vamos a quedarnos en la ciudad?

—Sí.

—Jon —dijo Tia, dirigiéndose al Profesor. Su verdadero nombre, probablemente—, no puedo...

—No estoy diciendo que vayamos a atacar a Steelheart —respondió él, alzando una mano. Me señaló—. Pero si el chico ha deducido lo que vamos a hacer a continuación, alguien más podría hacerlo. Eso significa que tenemos que cambiar de planes. Inmediatamente. Nos ocultaremos aquí unos cuantos días. —Me miró—. En cuanto a Steelheart... ya veremos. Primero necesito volver a oír tu historia. Quiero oírla una docena de veces si es necesario. Luego decidiré qué hacer.

Me tendió la mano. La acepté, inseguro, dejando que me ayudara a ponerme en pie. Había algo en los ojos de aquel hombre que no esperaba ver: un odio hacia Steelheart casi tan profundo como el mío. Se notaba por la manera en que pronunciaba el nombre del Épico, torciendo los labios y achicando los ojos con ardiente fiereza. Por lo visto nos entendimos mutuamente en ese momento.

«El Profesor —pensé—. El doctor universitario. El fundador de los Reckoners se llama Jonathan Phaedruss y es doctor universitario»^[1] .

No era solo el comandante de un equipo, el jefe de una de las células de los Reckoners. Era Jon Phaedruss en persona, su líder y fundador.

—Entonces —dije mientras salíamos de la habitación—, ¿dónde está ese sitio al que vamos? El Agujero Catorce.

—No te hace falta saber eso —respondió el Profesor.

—¿Podéis devolverme el cargador del rifle?

—No.

—¿Tengo que aprenderme algún...? No sé. ¿Algún apretón de manos secreto? ¿Quizá señales de identificación especiales? ¿Códigos para que otro Reckoner sepa que soy uno de ellos?

—Hijo —dijo el Profesor—, no eres uno de nosotros.

—Lo sé, lo sé —respondí rápidamente—. Pero no quiero que nadie nos sorprenda y me tome por un enemigo o algo y...

—Megan —dijo el Profesor, señalándome con el pulgar—. Entretén al chico. Necesito pensar. —Se adelantó, uniéndose a Tia, y los dos empezaron a hablar en voz baja.

Megan me miró con el ceño fruncido. Probablemente me lo merecía, por acosar a preguntas al Profesor de esa forma. Al mismísimo Phaedrus, el fundador de los Reckoners. Ahora que sabía que lo tenía delante, lo reconocí por las descripciones (escasas como eran) que había leído.

El hombre era una leyenda. Un dios entre guerrilleros por la libertad y asesinos por igual. Me quedé anonadado, incapaz de contener las preguntas. De hecho, estaba orgulloso de no haberle pedido que me firmara un autógrafo en el arma.

Sin embargo, con mi conducta no me había ganado a Megan, aparte de que obviamente no le gustaba que la pusieran a trabajar de niñera. Cody y Abraham charlaban delante de nosotros, así que Megan y yo caminábamos juntos mientras nos movíamos a paso rápido por uno de los oscuros túneles de acero. Ella guardaba silencio.

Era muy bonita y probablemente de mi misma edad, tal vez un año o dos mayor que yo. No estaba seguro de por qué había cambiado de actitud hacia mí. Tal vez un poco de conversación ingeniosa arreglara eso.

—Entonces... —dije—, ¿cuánto tiempo llevas..., ya sabes, con los Reckoners y eso?

Sutil.

—Bastante —respondió ella.

—¿Has estado implicada en alguna de las muertes recientes? ¿Gyro? ¿Shadowblight? ¿Earless?

—Tal vez. Dudo de que el Profesor quiera que dé detalles.

Caminamos en silencio durante un rato más.

—¿Sabes? —dije—. No eres muy entretenida.

—¿Qué?

—El Profesor te ha dicho que me entretengas.

—Eso ha sido para desviar tus preguntas hacia otra persona. Dudo de que nada de lo que yo hago te parezca particularmente entretenido.

—Yo no diría eso. El striptease me ha gustado.

Me miró sorprendida.

—¿Qué?

—En el callejón, cuando te...

Su expresión era tan gélida que se podría haber empleado para enfriar la boca de un cañón de alta potencia, o tal vez algunas copas: copas heladas; esa era una imagen más acertada. Sin embargo, no creo que ella hubiera apreciado que la usara en ese momento.

—No importa —dije.

—Bien —contestó ella, apartándose de mí para continuar.

Resoplé, luego me eché a reír.

—Por un momento me ha parecido que ibas a dispararme.

—Solo le disparo a la gente cuando lo requiere el trabajo —dijo ella—. Estás intentando entablar conversación y eres bastante torpe. No es como para pegarte un tiro.

—¡Oh, gracias!

Asintió con profesionalidad. No era precisamente la reacción que habría esperado de una chica bonita a quien había salvado la vida. Ciertamente, era la primera chica (bonita o no) a quien había salvado la vida, así que no

tenía mucho en lo que basarme. Sin embargo, ella había sido amable conmigo, ¿no? Tal vez solo necesitaba esforzarme un poco más.

—Entonces ¿qué puedes decirme? —pregunté—. Sobre el grupo o los otros miembros.

—Preferiría hablar de otra cosa —respondió ella—. De un tema que no tenga que ver con los secretos de los Reckoners ni con mi ropa, por favor.

Guardé silencio. La verdad es que yo apenas sabía nada que no tuviera que ver con los Reckoners y los Épicos de la ciudad. Sí, había ido a la escuela en la Fábrica, pero solo había aprendido cosas básicas. Y antes había vivido un año en la calle, rebuscando comida, desnutrido, evitando la muerte por los pelos.

—Supongo que podríamos hablar de la ciudad —dije—. Conozco un montón de calles subterráneas.

—¿Qué edad tienes? —me preguntó Megan.

—Dieciocho —dije, a la defensiva.

—¿Y no va a venir nadie a buscarte? ¿No van a preguntarse dónde has ido?

Negué con la cabeza.

—Soy mayor de edad desde hace dos meses. Me echaron de la Fábrica donde trabajaba.

Esa era la norma. Solo trabajabas allí hasta que cumplías los dieciocho años; después tenías que buscarte otro tipo de trabajo.

—¿Trabajaste en una fábrica? ¿Cuánto tiempo?

—Nueve años o así —contesté—. Era una fábrica de armas, por cierto. Fabricaba armas para los Controladores. Algunos habitantes de las calles subterráneas, sobre todo los más viejos, protestan porque la Fábrica explota a los niños trabajando. Es una queja estúpida de viejos que recuerdan un mundo diferente: un mundo más seguro.

En mi mundo, quienes te daban una oportunidad para trabajar a cambio de comida eran santos. Martha se encargaba de que sus obreros estuvieran bien alimentados, vestidos y protegidos, incluso unos de otros.

—¿Estaba bien?

—Más o menos. No es un trabajo de esclavos, como piensa la gente. Nos pagaban.

Más o menos. Martha ahorrraba los sueldos para darnos dinero cuando ya no pertenecíamos a la Fábrica. Lo suficiente para establecernos, ejercer un oficio.

—Era un buen sitio para crecer, considerando cómo están las cosas — dije melancólicamente mientras caminábamos—. De no ser por la Fábrica, dudo de que hubiera aprendido a disparar un arma. Supuestamente allí los chicos no pueden usar el armamento, pero si eras bueno, Martha, la directora, hacía la vista gorda. —Más de uno de sus chicos había acabado trabajando con los Controladores.

—Eso es muy interesante —insistió Megan—. Cuéntame más.

—Bueno, es... —Me callé, mirándola. Acababa de darme cuenta de que ella había seguido caminando, la mirada al frente, sin prestarme apenas atención. Solo me hacía preguntas para que continuara hablando, incluso posiblemente para evitar que la molestara de formas más invasivas.

—Ni siquiera me estás escuchando —la acusé.

—Me ha parecido que querías hablar —dijo ella, cortante—. Te he dado la oportunidad.

«Caray», pensé, sintiéndome un tarugo. Seguimos caminando en silencio, cosa que a Megan le pareció bien.

—No sabes lo irritante que es esto —dije por fin.

Me miró sin dejar entrever ninguna emoción.

—¿Irritante?

—Sí, irritante. Me he pasado los últimos diez años de mi vida estudiando a los Reckoners y los Épicos. Ahora estoy contigo y no me dejas preguntarte cosas importantes. Es irritante.

—Piensa en otra cosa.

—No hay nada más. No para mí.

—Chicas.

—Ninguna.

—Aficiones.

—Ninguna. Solo vosotros, Steelheart y mis notas...

—Espera —dijo ella—. ¿Notas?

—Claro —contesté—. Trabajaba en la Fábrica, atento siempre a cualquier rumor. Los días que libraba me gastaba el poco dinero que tenía en periódicos o relatos de quienes viajaban al extranjero. Conocía a unos cuantos agentes de información. Todas las noches recopilaba las notas. Sabía que tenía que ser experto en los Épicos, así que me convertí en uno.

Frunció profundamente el ceño.

—Lo sé —dije, con una mueca—. Parece que no tenga vida. No eres la primera que me lo dice. Los otros de la Fábrica...

—Calla —dijo ella—. Tomabas notas sobre los Épicos, pero ¿y sobre nosotros? ¿Las tomabas sobre los Reckoners?

—Pues claro que tomaba notas —dije—. ¿Qué iba a hacer, memorizarlo todo? Llené un par de cuadernos, en su mayor parte de deducciones, pues soy bastante bueno deduciendo... —Me callé cuando advertí por qué parecía tan preocupada.

—¿Dónde está todo eso? —me preguntó en voz baja.

—En mi apartamento —respondí—. A buen recaudo. Ninguno de esos matones se me ha acercado lo suficiente para verme bien.

—¿Y la mujer a la que has sacado del coche?

Vacilé.

—Me ha visto la cara. Tal vez pueda describirme. Pero eso no sería suficiente para que me localizaran, ¿verdad?

Megan no dijo nada.

«Sí —pensé—. Sí que sería suficiente». Los Controladores eran muy buenos en su trabajo y, por desgracia, yo tenía unos cuantos antecedentes, como el choque con el taxi. Estaba fichado, y Steelheart daría a los Controladores un montón de motivos para seguir todas las pistas relacionadas con la muerte de Fortuity.

—Tenemos que hablar con el Profesor —dijo Megan, tirándome del brazo para llevarme con los demás.

El Profesor escuchó pensativo mi explicación.

—Sí —dijo cuando terminé—. Tendría que haberlo supuesto. Es lógico.

Me relajé. Temía que se pusiera furioso.

—¿Cuál es la dirección, hijo? —me preguntó.

—El mil quinientos treinta y dos de Ditko Place —dije. Tallado en acero alrededor de un parque, en una de las zonas más agradables de las calles subterráneas—. Es pequeño, pero vivo solo. Lo tengo bien cerrado.

—Los Controladores no necesitarán llave —dijo el Profesor—. Cody, Abraham, id a su apartamento. Colocad una bomba incendiaria, aseguraos de que no haya nadie dentro y voladlo todo.

Me sobresalté como si alguien me hubiera conectado los dedos de los pies a la batería de un coche.

—¿Qué?

—No podemos permitir que Steelheart obtenga esa información, hijo —dijo el Profesor—. No solo la información sobre nosotros, sino la información sobre los Épicos que has recopilado. Si es tan detallada como dices, podría utilizarla contra los otros Épicos poderosos de la región. Steelheart ya tiene demasiada influencia. Tenemos que destruir esos datos.

—¡No podéis! —exclamé, y mi voz resonó en el estrecho túnel de paredes de acero. ¡Aquellas notas eran el trabajo de mi vida! No es que hubiera vivido mucho, claro, pero aun así... Diez años de esfuerzos. Perderlas sería como perder una mano. Si me hubieran dado a elegir, habría preferido perder la mano.

—Hijo —dijo el Profesor—, no me presiones. Tu situación aquí es delicada.

—Necesitan ustedes esa información —insistí—. Es importante, señor. ¿Por qué quemar cientos de páginas de información sobre los poderes de los Épicos y sus posibles puntos débiles?

—Dices que la recopilaste de oídas —dijo Tia, con los brazos cruzados—. Dudo de que nos aporte nada que no sepamos ya.

—¿Conocéis el punto débil de Nightwielder? —pregunté, desesperado.

Nightwielder, uno de los guardaespaldas de Steelheart, un gran Épico cuyos poderes mantenían Chicago Nova en perpetua oscuridad, era una figura tenebrosa, completamente incorpóreo, inmune a los disparos o a cualquier tipo de arma.

—No —admitió Tia—. Y dudo de que tú lo conozcas.

—La luz del sol —dije—. Se vuelve sólido con la luz del sol. Tengo imágenes.

—¿Tienes imágenes de Nightwielder en forma corpórea? —inquirió Tia.

—Creo que sí. La persona a la que se las compré no lo sabía con certeza, pero yo estoy razonablemente seguro.

—¡Eh, chaval! —me llamó Cody—. ¿Quieres comprarme el lago Ness? Te lo dejo baratito.

Lo miré con mala cara, y él se limitó a encogerse de hombros. El lago Ness estaba en Escocia, eso lo sabía, y el blasón de la gorra de Cody podía ser una insignia escocesa o inglesa. Pero su acento no encajaba.

—Profesor —dije, volviéndome hacia él—. Phaedrus, señor, por favor. Tiene que ver mi plan.

—¿Tu plan? —No parecía sorprendido de que hubiera descubierto su nombre.

—Para matar a Steelheart.

—¿Tienes un plan para matar al Épico más poderoso del país?

—Es lo que les he dicho antes.

—Creía que querías unirte a nosotros para conseguir que nosotros lo hiciéramos.

—Necesito ayuda —dije—. Pero no he venido con las manos vacías. Tengo un plan detallado. Creo que funcionará.

El Profesor sacudió la cabeza, divertido.

De repente, Abraham se echó a reír.

—Me cae bien. Tiene... algo. *Un homme téméraire* . ¿Seguro que no estamos reclutando gente, Profesor?

—Seguro —respondió el Profesor llanamente.

—Al menos estudia mi plan antes de quemarlo —dije—. Por favor.

—Jon —dijo Tia—. Me gustaría ver esas imágenes. Lo más probable es que sean falsas, pero a pesar de todo...

—De acuerdo —aceptó el Profesor, lanzándome algo. El cargador de mi rifle—. Cambio de planes. Cody, ve con Megan y el chico a su apartamento. Si los Controladores están allí y parece que van a conseguir esa información, destrúyelo. Pero si el lugar parece seguro, tráela. —Me miró—. Lo que no se pueda transportar fácilmente, destrúyelo. ¿Entendido?

—Claro —respondió Cody.

—Gracias —dije yo.

—No es un favor, hijo —dijo el Profesor—. Y espero que tampoco sea un error. Vamos. Puede que no tarden mucho en identificarte.

Cuando llegamos a Ditko Place el silencio empezaba a instalarse. Se diría que, con la oscuridad perpetua, no hay realmente un «día» o una «noche» en Chicago Nova, pero los hay. La gente tiende a dormir cuando los demás duermen, así que adoptamos rutinas.

Naturalmente, una minoría no hace lo que se le dice, ni siquiera si se trata de algo sencillo. Yo era de esos. No dormir en toda la noche implica estar despierto mientras los demás duermen. Es más tranquilo, tienes más privacidad.

Un temporizador hacía que las luces del techo se volvieran de colores más oscuros cuando era de noche. El cambio era sutil, pero habíamos aprendido a notarlo. Así pues, aunque Ditko Place estaba cerca de la superficie, no había mucho movimiento en las calles subterráneas. La gente dormía.

Llegamos al parque, una gran cámara subterránea tallada en el acero. Tenía numerosos agujeros en el techo para que entrara el aire fresco y unas luces violeta brillaban en los reflectores que lo bordeaban. El centro de la alta cámara estaba repleto de rocas traídas del exterior: rocas de verdad que no se habían convertido en acero. También había atracciones de madera, moderadamente bien mantenidas, robadas de alguna parte. Durante el día el lugar se llenaba de niños demasiado jóvenes para trabajar o cuyas familias podían permitirse que no trabajaran. Ancianos y ancianas se reunían para remendar calcetines o hacer otros trabajos sencillos.

Megan alzó una mano para que se detuvieran.

—¿Móviles? —susurró.

Cody hizo una mueca.

—¿Parezco un aficionado? —preguntó—. Está en modo silencioso.

Yo vacilé, saqué el mío y lo comprobé dos veces. Afortunadamente, estaba en modo silencioso. Le quité la batería de todas formas, por si acaso. Megan salió con sigilo del túnel y cruzó el parque en dirección a la sombra de una gran roca. Cody la imitó y yo los seguí a ambos, agachado y moviéndome lo más silenciosamente que pude, dejando atrás grandes piedras cubiertas de líquenes.

Más arriba, en la carretera, oímos pasar unos cuantos coches por la calle a la que daban las aberturas del techo. Eran de trabajadores que volvían tarde a casa. A veces nos arrojaban basura. Un sorprendente número de ricos tenía todavía un trabajo normal y corriente. Había contables, maestros, vendedores, técnicos informáticos... aunque a la red de datos de Steelheart solamente tenían acceso quienes gozaban de su máxima confianza. Yo nunca había visto un ordenador de verdad, solo mi móvil.

Arriba el mundo era distinto. Los trabajos antaño comunes estaban en manos de los privilegiados únicamente. Los demás trabajábamos en fábricas o cosíamos ropa en el parque mientras veíamos jugar a los niños.

Llegué a la roca y me agazapé junto a Cody y Megan, que inspeccionaban con sigilo las dos lejanas paredes de la cámara donde estaban las viviendas. Docenas de agujeros en el acero constituían habitáculos de diversos tamaños. Habían colocado escalerillas metálicas de incendios de edificios abandonados de la superficie para acceder a ellos.

—¿Cuál es? —me preguntó Cody.

Se lo indiqué.

—¿Ves esa puerta del segundo nivel, al fondo a la derecha? Esa es.

—Muy bonita —dijo Cody—. ¿Cómo podéis permitirlos un sitio como este? —Hizo la pregunta con indiferencia, pero noté que recelaba. Todos lo hacían. Bueno, supongo que era de esperar.

—Necesitaba una habitación para mí solo para investigar —expliqué—. En la fábrica donde trabajé guardan todos tus salarios cuando eres niño y te pagan a plazos anuales la suma acumulada a partir de los dieciocho. Me ha bastado para costearme mi propia habitación durante un año.

—Cojonudo —dijo Cody. Me pregunté si mi explicación lo había convencido o no—. No parece que los Controladores hayan llegado todavía. A lo mejor no han sido capaces de relacionarte con la descripción.

Asentí lentamente, aunque a mi lado Megan miraba alrededor con los párpados entornados.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Demasiado fácil. No me fío de las cosas que parecen demasiado fáciles.

Estudié las paredes más alejadas. Había unos cuantos cubos de basura vacíos y varias motocicletas encadenadas junto a una escalera. Algunos artistas callejeros emprendedores habían grabado pedazos de metal. Se suponía que no podían, pero la gente los animaba tácitamente a hacerlo. Era una de las pocas maneras de rebelarse que le quedaban a la gente corriente.

—Bueno, podemos quedarnos aquí mirando hasta que vengan —dijo Cody, frotándose la cara con un dedo correoso—, o podemos ir. Vamos. —Se levantó y uno de los grandes cubos de basura fluctuó.

—¡Espera! —Agarré a Cody y lo obligué a agacharse con el corazón en un puño.

—¿Qué? —me preguntó él, ansioso, echando mano al rifle. Era muy bueno, antiguo pero bien conservado, con la mira grande y un silenciador de última generación. Yo nunca había puesto las manos en uno de esos. Los más baratos funcionaban mal y me costaba demasiado hacer puntería con ellos.

—Allí —dije, señalando el cubo de basura—. Obsérvalo.

Frunció el ceño, pero hizo lo que le pedía. Yo repasaba frenético la información que recordaba. Necesitaba mis notas. Un Épico ilusionista... La imagen fluctúa... ¿Quién era?

«Refractionary. Una ilusionista de clase C con la capacidad de volverse invisible».

—¿Qué tengo que mirar? —me preguntó Cody—. ¿Te ha asustado un gato o algo pa...? —No terminó la frase, porque la imagen del cubo volvió a fluctuar. Frunció de nuevo el ceño y se agachó más.

—¿Qué ha sido eso?

—Una Épica —dijo Megan, achicando los ojos—. Una de las Épicas menores con poderes de ilusión que tiene problemas para mantener una imagen sin fluctuaciones.

—Se llama Refractionary —añadí en voz baja—. Es muy hábil, capaz de crear manifestaciones visuales complejas. Pero no es demasiado poderosa, y sus ilusiones siempre tienen algo que las delata. Normalmente titilan como si la luz se reflejara en ellas.

Cody apuntó el rifle hacia el cubo de basura.

—Así que me estás diciendo que ese cubo no está realmente ahí, que oculta otra cosa. ¿A agentes de los Controladores, tal vez?

—Yo diría que sí —respondí.

—¿La pueden herir las balas, chaval? —preguntó Cody.

—Sí, no es una gran Épica. Pero puede que no esté ahí, Cody.

—Acabas de decir...

—Es una ilusionista de clase C, pero su poder secundario es el de la invisibilidad de clase B —le expliqué—. Las ilusiones y la invisibilidad a menudo van de la mano. Puede hacerse invisible, pero para ocultar a los demás tiene que crear una ilusión alrededor de ellos. Yo diría que oculta a un pelotón de Controladores en esa ilusión del falso cubo, pero, si es lista, y lo es, estará en otra parte.

Sentí un cosquilleo en la nuca. Odiaba a los Épicos ilusionistas. Nunca sabías dónde podían estar. Incluso los más débiles (los de clase D o clase E, siempre según mi sistema de clasificación) podían crear una ilusión lo bastante grande para ocultarse dentro. Si eran capaces de volverse invisibles, aún peor.

—Allí —dijo Megan, señalando una estructura para jugar: una especie de fuerte de madera para que los niños escalaran—. ¿Veis esas cajas que hay en la parte superior? Acaban de titilar. Hay alguien escondido en ellas.

—Ahí solo cabe una persona —susurré—. Desde esa posición, puede ver el interior de mi apartamento por la puerta. ¿Un francotirador?

—Lo más probable —respondió Megan.

—Refractionary está cerca, entonces —dije—. Tiene que estar viendo tanto el juego como los cubos de basura falsos para mantener la ilusión. El alcance de sus poderes no es muy grande.

—¿Cómo la hacemos salir? —preguntó Megan.

—Si mal no recuerdo, le gusta implicarse —dije—. Si podemos hacer que los Controladores se muevan, se mantendrá cerca de ellos, por si necesita dar órdenes o crear ilusiones para apoyarlos.

—¡Caray...! —susurró Cody—. ¿Cómo sabes todo eso, chaval?

—¿Es que no atiendes? —le preguntó Megan en voz baja—. A esto se dedica. Ha construido su vida en torno a ellos. Los estudia.

Cody se acarició la barbilla. Parecía como si pensara que todo lo que yo había dicho antes era una bravata.

—¿Conoces su punto flaco?

—Está en mis notas —dije—. Trato de acordarme. Eh... Bueno, los ilusionistas no ven nada si se vuelven completamente invisibles. Para ver necesitan que la luz les llegue a los iris, así que se pueden buscar los ojos. Un ilusionista realmente hábil, sin embargo, es capaz de mimetizar el color de sus ojos con el entorno. Aunque esto no es verdaderamente la flaqueza de Refractionary, sino un límite de su capacidad. —«¿Qué más sé?», me dije—. ¡El humo! —exclamé, y me ruboricé por haberlo hecho. Megan me fulminó con la mirada—. Es su punto débil —susurré—. Siempre evita a la gente que fuma y se mantiene apartada de cualquier tipo de fuego. Es algo sabido y razonablemente corroborado, hasta donde cabe corroborar las flaquezas de los Épicos.

—Me parece que tenemos que recuperar el plan de prender fuego al piso —dijo Cody. Parecía entusiasmado con la perspectiva.

—¿Qué? No.

—El Profesor ha dicho...

—Todavía podemos conseguir la información —dije—. Me están esperando, pero solo han enviado a una Épica menor. Eso significa que me buscan pero que aún no han descubierto que los Reckoners están detrás del asesinato de esta noche, posiblemente ni sepan que yo he participado. Seguramente todavía no han limpiado mi habitación, aunque hayan entrado y examinado lo que hay dentro.

—Excelente motivo para quemarla —repuso Megan—. Lo siento, pero si están tan cerca...

—Escuchad. Ahora es esencial que entremos —dije, cada vez más ansioso—. Tenemos que ver qué han tocado. Así sabremos qué han descubierto. Si quemamos la habitación, nos cegaremos a nosotros mismos.

Los dos dudaron.

—Podemos detenerlos —dije—. Y de paso matar a una Épica. Refractionary tiene las manos manchadas de sangre. El mes pasado alguien le cortó el paso mientras iba en su vehículo. Creó la ilusión de que la carretera proseguía, sacó al infractor de la vía e hizo que se estrellara contra una casa. Seis muertos. Había niños en el coche.

Los Épicos carecían de moral o de conciencia hasta un punto increíble. Eso incomodaba a algunos en el plano filosófico. Teóricos y eruditos se hacían preguntas acerca de la absoluta falta de humanidad que demostraban muchos Épicos. ¿Mataban porque Calamity, por el motivo que fuese, solo escogía a gente terrible para que consiguiera poderes o lo hacían porque unos poderes tan asombrosos viciaban a quienes los poseían y los volvían irresponsables?

No había respuestas concluyentes. No me importaba: no era ningún erudito. Sí, yo investigaba, pero igual que un fan de los deportes cuando sigue a su equipo. Me importaba tan poco por qué hacían los Épicos lo que hacían como a un fanático del béisbol las leyes de la física que entran en juego cuando un bate golpea la bola.

Solo una cosa importaba: a los Épicos la vida de un ser humano corriente les traía sin cuidado. Un asesinato brutal era para ellos la respuesta adecuada a la mayoría de las infracciones menores.

—El Profesor no ha aprobado que atacemos a un Épico —dijo Megan—. No forma parte del protocolo.

Cody se echó a reír.

—Matar a un Épico siempre forma parte del protocolo, chavala. No llevas con nosotros el tiempo suficiente para entenderlo.

—Tengo un bote de humo en mi habitación —dije.

—¿Qué? —me preguntó Megan—. ¿Cómo?

—Me crie trabajando en una fábrica de municiones —dije—. Fabricábamos principalmente rifles y pistolas, pero trabajábamos para otras fábricas. De vez en cuando me quedaba con alguna maravilla del montón de piezas descartadas en el control de calidad.

—¿Un bote de humo es una maravilla? —preguntó Cody.

Fruncí el ceño. ¿Qué quería decir? Pues claro que lo era. ¿Quién no acepta un bote de humo si se lo ofrecen? Al final Megan sonrió levemente. Lo comprendía.

«No te entiendo, chica», pensé. ¿Llevaba explosivos en la camisa y era una tiradora excelente pero le preocupaba el protocolo de actuación

cuando tenía ocasión de matar a una Épica? En cuanto me pilló mirándola, su expresión se volvió de nuevo fría y distante.

¿Había hecho algo para ofenderla?

—Si logramos hacernos con ese bote de humo, puedo usarlo para anular los poderes de Refractionary —dije—. A ella le gusta estar cerca de sus equipos. Así que, si conseguimos atraer a los soldados a un espacio cerrado, probablemente los seguirá. Puedo lanzar el bote de humo y dispararle cuando la haga aparecer.

—Muy bien —aprobo Cody—. Pero ¿cómo vamos a conseguir todo eso y encima recuperar tus notas?

—Fácil —dije yo, entregándole reacio mi rifle a Megan. Tendría más posibilidades de engañarlos si iba desarmado—. Vamos a darles a quien esperan: a mí.

Crucé la calle hacia mi apartamento con las manos en los bolsillos de la chaqueta, acariciando el rollo de cinta adhesiva que normalmente llevo encima. A los otros dos no les había gustado mi plan, pero no se les había ocurrido otro mejor. Esperaba que fueran capaces de cumplir su papel.

Sin rifle me sentía completamente desnudo. Tenía un par de pistolas guardadas en mi habitación, pero un hombre no es realmente peligroso si no tiene un rifle. Al menos no aparenta serlo, porque alcanzar a alguien con una pistola siempre parece un hecho fortuito.

«Megan lo ha hecho —pensé—. No solo ha acertado, sino que ha abatido a un gran Épico en mitad de un quiebro disparando dos armas a la vez, una desde la cadera».

Durante nuestra lucha con Fortuity, ella había demostrado pasión, rabia, enojo. Estas dos últimas cosas más por mi culpa, pero algo era algo. Y luego, un instante después de que él cayera... había habido una conexión entre nosotros. Había notado su satisfacción y su aprecio cuando le había hablado bien de mí al Profesor.

Ahora eso había desaparecido. ¿Qué significaba?

Me detuve al final del parque infantil. ¿De verdad estaba pensando en una chica en aquel momento, a cinco o seis pasos del escondite de un grupo de Controladores, probablemente con armas automáticas o energéticas apuntándome?

«Idiota», pensé mientras subía la escalera de metal hacia mi apartamento. Ellos querrían ver si sacaba algo que me incriminara antes de detenerme. Al menos eso esperaba.

Subir de aquel modo los peldaños, de espaldas al enemigo, fue insoportable. Hice lo que siempre hacía cuando tenía miedo. Pensé en mi padre cayendo, ensangrentado, pegado a la columna del vestíbulo del banco, mientras yo me escondía. No lo había ayudado.

No volvería a ser cobarde.

Llegué a la puerta de mi apartamento y jugueteé con las llaves. Oí un roce lejano, pero fingí no darme cuenta. Seguramente era el francotirador del parque infantil, que cambiaba de posición para apuntarme. Sí, desde ese ángulo lo vi perfectamente. Aquella estructura del parque era lo bastante alta para que el francotirador pudiera dispararme a través de la puerta de mi apartamento.

Entré en mi habitación. No había pasillo ni nada, solo un agujero abierto en el acero, como eran la mayoría de los habitáculos de las calles subterráneas. Vale que no tenía cuarto de baño ni agua corriente, pero para las calles subterráneas era una vida de lujo. ¿Toda una habitación para una sola persona?

La tenía bastante desordenada. Unos cuantos cuencos descartables de fideos amontonados junto a la puerta olían a especias. La ropa estaba tirada por el suelo. Un cubo de agua de dos días seguía sobre la mesa, con un montón de cubiertos sucios y abollados a su lado. No los usaba para comer. Formaban parte del decorado, como la ropa. No me la ponía. La que usaba (cuatro conjuntos resistentes, siempre limpios y lavados) estaba doblada en el baúl, junto al colchón, en el suelo. Mantenía mi habitación en un desorden intencionado, lo que de hecho me fastidiaba, porque me gusta la pulcritud.

Había descubierto que el desorden pillaba desprevenida a la gente. Si mi casera subía a husmear, encontraría lo que esperaba. Un adolescente recién entrado en la mayoría de edad que se pulía las ganancias de una vida fácil durante un año antes de que la responsabilidad lo alcanzara. No hurgaría ni buscaría compartimentos secretos.

Corrí al baúl. Lo abrí y saqué la mochila, en la que tenía una muda de ropa, zapatos de repuesto, raciones de comida deshidratada y dos litros de agua. Había guardado una pistola en un bolsillo lateral y el bote de humo en el del lado opuesto.

Me acerqué al colchón y abrí la cremallera. Dentro estaba mi vida: docenas de carpetas llenas de recortes de periódico o fragmentos de información; ocho libretas llenas con mis pensamientos y hallazgos; un cuaderno más grande con los índices.

A lo mejor tendría que habérmelo llevado todo al ir a ver cómo atacaban a Fortuity. A fin de cuentas, esperaba marcharme con los Reckoners. Lo pensé pero acabé decidiendo que no tenía sentido. Abultaba mucho, para empezar. Cargaría con todo en caso necesario, pero me retrasaría.

Y era demasiado valioso. Esa investigación era lo más valioso de mi vida. Para recopilar algunos datos había estado a punto de perder la vida: espionando a los Épicos, haciendo preguntas que era mejor no hacer, pagando a informadores dudosos. Estaba orgulloso de ello y asustado por lo que pudiera suceder con todos esos datos. Me había parecido que allí estarían más seguros.

Unas botas hicieron temblar el rellano. Miré por encima del hombro y me encontré ante una de las visiones más temidas en las calles subterráneas: agentes de Control armados. Estaban en el rellano, apuntándome con los rifles automáticos, los brillantes cascos negros puestos y blindaje militar en pecho, rodillas y brazos. Eran tres.

La visera negra del casco les cubría los ojos, dejando expuestas la boca y la barbilla. La protección ocular les proporcionaba visión nocturna y brillaba, levemente verdosa. Una especie de volutas de humo giraban y se ondulaban en su parte frontal. Resultaba hipnótico y según decían, esa era precisamente la intención.

Abrí unos ojos como platos y me quedé rígido sin necesidad de fingir.

—Las manos sobre la cabeza —dijo el oficial al mando, con la culata apoyada en el hombro y el cañón apuntándome—. De rodillas, súbdito.

Así era como nos llamaban, «súbditos». Steelheart no se molestaba en fingir que su imperio era una república o un gobierno representativo. No nos llamaba «ciudadanos» ni «camaradas». Éramos súbditos de su imperio. Ni más ni menos.

Levanté rápidamente las manos.

—¡No he hecho nada! —gemí—. ¡Estaba allí solo para mirar!

—¡LAS MANOS EN ALTO, DE RODILLAS! —chilló el oficial.

Obedecí.

Los Controladores entraron, dejando la puerta sospechosamente abierta para que su francotirador pudiera apuntar hacia el interior de la habitación. Por lo que había leído, esos tres formaban parte de un pelotón de cinco personas conocido como «núcleo». Tres soldados regulares, un especialista (en este caso un francotirador) y un Épico menor. Steelheart tenía unos cincuenta núcleos como ese.

Casi todas las fuerzas de Control estaban compuestas por equipos de operaciones especiales. Si había que pelear a gran escala, algo muy peligroso, Steelheart, Nightwielder, Firefight o tal vez Conflux (que era jefe de Control) se encargaban de ello personalmente. Los Controladores intervenían en los problemas menores de la ciudad, aquellos con los que Steelheart no quería perder el tiempo. En cierto modo, no le hacían falta. Eran como la versión de un dictador homicida de los aparcacoches.

Uno de los tres soldados no me quitó ojo de encima mientras los otros dos hurgaban con el rifle en mi colchón. «¿Está ella aquí? —me pregunté—. ¿Invisible, en alguna parte?». Mi instinto y lo que recordaba de haberla investigado me indicaban que andaba cerca.

Más me valía albergar la esperanza de que estuviera en la habitación. Sin embargo, no podía moverme hasta que Cody y Megan llevaran a cabo su parte del plan, así que esperé tenso a que lo hicieran.

Los dos soldados sacaron cuadernos y carpetas de entre las dos piezas de gomaespuma que componían mi colchón. Uno revisó las notas.

—Es información sobre los Épicos, señor —dijo.

—Pensaba que podría ver a Fortuity combatir contra otro Épico —dije, mirando al suelo—. Cuando descubrí que estaba pasando algo terrible, traté de huir. Solo estaba allí para ver qué pasaba, ¿comprenden?

El oficial empezó a hojear los cuadernos. El soldado que me vigilaba parecía incómodo por algo. No paraba de mirarme a mí, luego a los otros.

Notaba los latidos de mi corazón mientras esperaba. Megan y Cody atacarían pronto. Tenía que estar preparado.

—Tienes graves problemas, súbdito —dijo el oficial, arrojando uno de mis cuadernos al suelo—. Un Épico, y no uno cualquiera, ha muerto.

—¡Yo no tengo nada que ver! —exclamé—. Lo juro. Yo...

—Bah. —El oficial hizo una señal a uno de los soldados—. Recoge esto.

—Señor —dijo el soldado que me vigilaba—. Probablemente está diciendo la verdad.

Yo vacilé. Esa voz...

—¿Roy? —dije, sorprendido. Había alcanzado la mayoría de edad el año antes que yo... y se había unido a los Controladores.

El oficial me miró.

—¿Conoces a este sujeto?

—Sí —afirmó Roy, reacio. Era un pelirrojo alto. Siempre me había caído bien. Adjunto en la Fábrica, ocupaba un puesto que Martha asignaba a los chicos mayores: tenían que impedir que los trabajadores más jóvenes o más débiles fueran acosados. Había hecho bien su trabajo.

—¿Y no has dicho nada? —dijo el oficial al mando con dureza.

—Yo... señor, lo siento. Debería haberlo hecho. Siempre ha sentido fascinación por los Épicos. Lo he visto cruzar media ciudad a pie y esperar bajo la lluvia solo porque había oído que un nuevo Épico podía estar de paso por la ciudad. Si ha oído que había dos peleando, seguro que ha ido a mirar, fuera buena idea o no.

—Parece exactamente el tipo de persona que no tendría que estar en la calle —dijo el oficial—. Recoged esto. Hijo, vas a venir a contarnos

exactamente lo que has visto. Si haces un buen trabajo, tal vez sobrevivas a la noche. Si...

Fuera sonó un disparo. La cara del oficial quedó destrozada y el frontal de su casco explotó alcanzado por una bala.

Rodé hacia mi mochila. Cody y Megan habían hecho su trabajo, eliminando en silencio al francotirador y colocándose en posición para cubrirme.

Abrí el velcro del lateral de la mochila, saqué la pistola y disparé rápidamente a los muslos a Roy. Las balas lo alcanzaron en un punto que su armadura de plástico avanzada no cubría y cayó al suelo, aunque si no fallé fue por poco. Las dichas pistolas...

El otro soldado cayó alcanzado por un disparo certero de Cody, que seguramente estaba en las estructuras del parque. No me detuve a asegurarme de que el tercer soldado estuviera muerto: Refractionary podía estar en la habitación, armada y lista para disparar. Saqué el bote de humo, tiré de la anilla y la arrojé al suelo. Una humareda gris brotó del cilindro y llenó la habitación. Contuve la respiración, la pistola en ristre. Los poderes de Refractionary se anularían cuando el humo la rodeara. Esperé a que apareciera.

No sucedió nada. No estaba en la habitación.

Mascullando una maldición, todavía conteniendo la respiración, miré a Roy. Intentaba moverse, se sujetaba las piernas y trataba de apuntarme con el rifle. Salté entre el humo y aparté el rifle de él de una patada. Luego le saqué la pistola de la funda y la arrojé lejos. Ninguna de las dos armas me servía porque estaban sintonizadas con sus guantes.

Roy se metió una mano en el bolsillo. Le puse mi pistola en la sien y le agarré la mano. Había intentado marcar. Amartillé la pistola y soltó el móvil.

—Es demasiado tarde de todas formas, David —escupió Roy y empezó a toser por el humo—. Conflux lo sabrá en el momento en que dejemos de estar en línea. Otros núcleos vienen de camino. Enviarán ojos espía a vigilar. Probablemente ya están aquí.

Todavía conteniendo la respiración, le registré los bolsillos de los pantalones militares. No llevaba más armas.

—Te estás comportando como un idiota, David —dijo Roy, tosiendo.

Lo ignoré y observé la habitación. Tuve que empezar a respirar, y el humo se volvía insoportable.

¿Dónde estaba Refractionary? En el rellano, tal vez. Saqué el bote de humo de una patada, con la esperanza de que estuviera fuera.

Nada. O bien me había equivocado respecto a su punto flaco, o ella había decidido no unirse a su equipo para atraparme.

¿Y si planeaba sorprender a Megan y Cody? No la verían. Los pillaría desprevenidos.

Miré el móvil de Roy.

«Merece la pena intentarlo». Lo recogí y consulté la agenda. Refractionary aparecía por su nombre de Épica. La mayoría de los Épicos lo prefieren así.

Marqué.

Casi inmediatamente sonó un disparo en el parque infantil.

Ya no podía seguir conteniendo la respiración. Salí fuera, agachado, y aparté de una patada la granada de humo. Empecé a bajar por la escalera y tomé aliento. Con los ojos llorosos, escruté el parque. Cody estaba arrodillado encima de la estructura, con el rifle en las manos. Megan estaba de pie en su base, con un cuerpo vestido de negro y amarillo a sus pies: Refractionary.

Megan le disparó de nuevo al cadáver, para más seguridad, pero la mujer estaba obviamente muerta.

Otro Épico eliminado.

Lo primero que hice fue volver a la habitación y arrojar por la puerta el rifle hacia el que se estaba arrastrando Roy. Luego comprobé el estado de los otros dos soldados. Uno estaba muerto, el otro tenía pulso, pero no iba a recuperar pronto el conocimiento.

Tenía que actuar con cierta rapidez. Cogí los cuadernos del colchón y los guardé en la mochila. Seis gruesos cuadernos y un índice abultaban bastante. Tras pensarlo un momento, saqué de la mochila mi par de zapatos de repuesto. Podría comprarme zapatos nuevos, pero no sustituir esos cuadernos.

Logré meter los dos últimos y los clasificadores sobre Steelheart, Nightwielder y Firefight. Añadí luego el de Conflux. Era el más delgado. Se sabía muy poco del gran Épico clandestino que dirigía Control.

Roy seguía tosiendo, aunque el humo se había despejado. Se quitó el casco. Fue algo surrealista ver un rostro familiar, un rostro que conocía desde hacía años, con el uniforme del enemigo. No habíamos sido amigos: en realidad no tenía ningún amigo. Lo miré.

—Estás con los Reckoners —me dijo.

Necesitaba sembrar una pista falsa, conseguir que creyera que trabajaba para alguien distinto.

—¿Qué? —dije, haciendo todo lo posible para parecer sorprendido.

—No trates de ocultarlo, David. Es obvio. Todo el mundo sabe que los Reckoners mataron a Fortuity.

Me arrodillé junto a él, la mochila al hombro.

—Mira, Roy, no dejes que te curen, ¿de acuerdo? Sé que Control tiene Épicos que pueden hacer eso. No los dejes, si es posible.

—¿Qué? ¿Por qué...?

—Es mejor que te quedes al margen de lo que va a venir, Roy —dije en voz baja, intensamente—. El poder va a cambiar de manos en Chicago Nova. Limelight va a venir por Steelheart.

—¿Limelight? —dijo Roy—. ¿Quién demonios es ese?

Me acerqué al resto de mis clasificadores, saqué reacio una lata de fluido encendedor del baúl y lo vertí sobre la cama.

—¿Trabajas para un Épico? —susurró Roy—. ¿Crees en serio que alguien puede desafiar a Steelheart? ¡Caray, David! ¿A cuántos rivales ha matado?

—Esto es diferente. —Saqué unas cerrillas—. Limelight es diferente. —Encendí una.

No podía llevarme los demás clasificadores. Eran las notas y los artículos de los que había sacado la información de mis cuadernos. Quería llevármelos, pero no había más espacio en la mochila.

Dejé caer la cerilla. La cama se incendió.

—Puede que uno de tus amigos siga vivo —le dije a Roy, señalando a los dos agentes del suelo. El jefe había recibido un disparo en la cabeza, pero el otro solo en el costado—. Sácalo de aquí y quédate al margen, Roy. Se avecinan días peligrosos.

Me cargué la mochila al hombro, salí deprisa y empecé a bajar por la escalera. Me encontré con Megan en los peldaños.

—Tu plan ha fracasado —dijo en voz baja.

—Ha salido bastante bien —le respondí—. La Épica ha muerto.

—Solo porque ha dejado el móvil en modo vibración —dijo Megan, bajando los escalones junto a mí—. Si no se hubiera descuidado...

—Hemos tenido suerte —reconocí—. Pero hemos ganado.

Los móviles eran algo cotidiano. La gente podía vivir en covachas, pero todo el mundo tenía un móvil para entretenerse.

Nos reunimos con Cody en la base de la estructura del parque infantil, cerca del cadáver de Refractionary. Me devolvió el rifle.

—Chaval —dijo—, ha sido asombroso.

Parpadeé. Me esperaba otra reprimenda como la que Megan acababa de darme.

—Al Profesor le va a dar envidia no haber venido. —Cody se puso el rifle al hombro—. ¿Has sido tú quien la ha llamado?

—Sí —respondí.

—Asombroso —repitió Cody, dándome una palmada en la espalda.

Megan no parecía tan satisfecha. Le dirigió una dura mirada a Cody, luego echó mano a mi mochila.

Me resistí.

—Necesitas dos manos para el rifle —dijo, arrebatándomela y cargándosela al hombro—. En marcha. Los Controladores... —Calló cuando vio a Roy sacar a duras penas al otro agente de la habitación en llamas al rellano.

Me sentí mal, pero solo un poco. Arriba sonaban helicópteros: pronto tendría ayuda. Cruzamos corriendo el parque, camino de los túneles que se internaban en las profundidades de las calles subterráneas.

—¿Los has dejado con vida? —me preguntó Megan mientras corríamos.

—Vivos nos son más útiles —expliqué—. Les he dado una pista falsa. Les he mentado diciendo que trabajo para un Épico que quiere desafiar a Steelheart. Es de esperar que eso los impida buscar a los Reckoners. —Vacilé—. Además, no son nuestros enemigos.

—Claro que lo son —replicó ella.

—No —dijo Cody, corriendo a su lado—. Él tiene razón, chica. No lo son. Puede que trabajen para el enemigo, pero son gente normal. Hacen lo que pueden para vivir.

—No podemos pensar en esos términos —dijo ella cuando llegábamos a una bifurcación. Me miró con frialdad—. No debemos tener piedad con ellos. Ellos no la tendrán con nosotros.

—No podemos ser como ellos, chavala —replicó Cody, sacudiendo la cabeza—. Escucha de vez en cuando lo que dice sobre eso el Profesor. Si hacemos lo que hacen los Épicos para derrotarlos, entonces no merece la pena.

—Lo he oído —dijo ella, sin dejar de mirarme—. No es él quien me preocupa. Me preocupa Knees.

—Le dispararé a un agente de Control si tengo que hacerlo —dije, mirándola a los ojos—, pero no me entretendré en cazarlos. Tengo un objetivo: ver muerto a Steelheart. Eso es lo único que cuenta.

—Bah. —Me dio la espalda—. Eso no es una respuesta.

—Sigamos en marcha —dijo Cody, señalando una escalera que conducía a los túneles más hondos.

—Es un científico, chaval —me explicó Cody mientras recorriamos los estrechos y sinuosos pasillos de las catacumbas de acero—. Estudió a los Épicos en los primeros días, creó algunos artilugios bastante notables basándose en lo que aprendimos de ellos. Por eso lo llaman Profesor en vez de llamarlo por su apellido.

Asentí pensativo. Una vez que estuvimos en las profundidades, Cody se había relajado. Megan seguía tensa. Caminaba delante, sirviéndose del móvil para enviarle al Profesor el informe sobre la misión. Cody había puesto el suyo en modo linterna y lo llevaba adosado al hombro izquierdo de su chaqueta de camuflaje. Yo le había quitado al mío la tarjeta de red, lo que según Cody era lo acertado hasta que Abraham o Tia tuvieran una oportunidad de manipularlo.

Resultó que no se fiaban siquiera de la Fundación Knighthawk. Los Reckoners solían tener los móviles conectados entre sí y sus transmisiones estaban encriptadas, puesto que no usaban la red regular. Hasta que las mías lo estuvieran también, podía usar el móvil como cámara o como linterna.

Cody caminaba con gesto relajado, el rifle al hombro, el brazo por encima del cañón y la mano colgando. Parecía que me había ganado su aprobación con la muerte de Refractionary.

—¿Y dónde trabajaba? —pregunté, ansioso de información sobre el Profesor. Había muchos rumores sobre los Reckoners, pero muy pocos hechos confirmados.

—No lo sé —admitió Cody—. Nadie está seguro del pasado del Profesor, aunque Tia probablemente sepa algo. No habla del tema. Abe y yo hemos hecho una apuesta sobre en qué lugar concreto trabajaba el Profesor. Yo estoy bastante seguro de que era en una especie de organización gubernamental secreta.

—¿De veras? —pregunté.

—Claro —dijo Cody—. No me extrañaría que en la misma que causó Calamity.

Esa era una de las teorías: que el Gobierno de Estados Unidos (o, según otros, la Unión Europea) de algún modo había provocado la aparición de Calamity mientras intentaba iniciar un proyecto sobrehumano. A mí me parecía bastante inverosímil. Siempre había pensado que se trataba de una especie de cometa atrapado por la gravedad de la Tierra, aunque no supiera si eso era posible científicamente. Tal vez fuera un satélite. Eso encajaba con la teoría de Cody.

No era el único que pensaba que apestaba a conspiración. Había un montón de cosas incongruentes sobre los Épicos.

—¡Oh, tienes esa mirada! —dijo Cody, señalándome.

—¿Esa mirada?

—Todos pensáis que estoy loco.

—No. No, por supuesto que no.

—Sí. Bueno, no importa. Sé lo que sé, aunque el Profesor ponga los ojos en blanco cada vez que digo algo al respecto. —Cody sonrió—. Pero eso es otra historia. Respecto al trabajo del Profesor, creo que debió ser en una especie de instalación armamentística. Él creó los tensores, después de todo.

—¿Los tensores?

—El Profesor no querría que hablaras de eso —dijo Megan, volviendo la cabeza—. Nadie tiene su autorización para estar al corriente —añadió, mirándome.

—Se la doy yo —dijo Cody, relajado—. Va a verlo de todas formas, chavala. Y no me cites las normas del Profesor.

Ella cerró la boca. Había estado a punto de hacer precisamente eso.

—¿Los tensores? —pregunté de nuevo.

—Un invento del Profesor —me explicó Cody—. Justo antes o justo después de dejar el laboratorio. Tiene un par de inventos así que nos dan ventaja sobre los Épicos. Nuestras chaquetas son uno de ellos: lo soportan todo. Y los tensores son otro.

—Pero ¿qué son?

—Unos guantes —respondió Cody—. Bueno, unos artilugios en forma de guante. Crean vibraciones que afectan a los objetos sólidos. Van mejor con cosas densas, como el metal, la piedra y algunos tipos de madera. Las convierten en polvo, pero no causan ningún daño a una persona o un animal.

—Estás de guasa —dije. En todos mis años de investigación nunca había oído hablar de una tecnología semejante.

—No —respondió Cody—. Pero cuesta manejarlos. Abraham y Tia son los más hábiles. Verás: los tensores nos permiten ir allí donde se supone que no podemos ir, donde no se espera que estemos.

—Eso es sorprendente —dije, la mente desbocada. Los Reckoners tenían en efecto fama de llegar donde nadie pensaba que podrían. Se contaban

historias de Épicos muertos en su propia habitación, bien protegidos y presumiblemente a salvo, de huidas casi mágicas de los Reckoners.

Un artilugio capaz de convertir la piedra y el metal en polvo... Podías atravesar con él puertas cerradas sin que importaran los sistemas de seguridad. Podías sabotear vehículos, tal vez incluso derribar edificios. De pronto, se esfumaron algunos de los misterios más sorprendentes que rodeaban a los Reckoners: cómo habían conseguido tender una trampa a Daystorm; cómo habían escapado aquella vez en que Calling War casi los había acorralado.

Seguramente tenían que entrar con astucia para no traicionarse dejando agujeros evidentes. Aunque supuse cómo.

—Pero ¿por qué? —pregunté, sorprendido—. ¿Por qué me estás contando esto?

—Como he dicho, chaval —explicó Cody—, vas a verlo en funcionamiento pronto de todas formas. Bien puedes estar preparado para ello. Además, ya sabes tantas cosas que una más no creo que importe.

—De acuerdo —dije animosamente, pero entonces me di cuenta de su tono sombrío. Había algo que no había dicho: yo sabía ya tanto que no podían permitir que me fuera libremente.

El Profesor me había dado la opción de marcharme. Yo había insistido en ir con ellos. A esas alturas, o los convencía por completo de que no era una amenaza y me unía a ellos o me dejarían atrás: muerto.

Incómodo, tragué saliva, con la boca seca de repente. «Esto lo he pedido yo», me dije severamente. Sabía que después de unirme a ellos, si lo conseguía, nunca podría dejarlo. Estaría dentro, y eso sería todo.

—Entonces... —Intenté obligarme a no pensar demasiado en el hecho de que ese hombre, o cualquiera de ellos, podía algún día decir que había que pegarme un tiro en aras del bien común—. Entonces, ¿cómo inventó esos guantes, esos tensores? Nunca había oído hablar de nada parecido.

—Los Épicos —dijo Cody, de nuevo amistoso—. El Profesor lo dejó caer una vez. El invento surgió de estudiar a un Épico que podía hacer algo similar. Tia dice que sucedió en los primeros días, antes de que la sociedad se colapsara. Algunos Épicos fueron capturados y retenidos. No todos son tan poderosos como para escapar fácilmente al cautiverio. En diferentes laboratorios les hicieron pruebas para descubrir cómo funcionaban sus poderes. La tecnología de cosas como los tensores procede de aquellos días.

Era la primera vez que lo oía y algunas cosas empezaron a cobrar sentido para mí. Habíamos hecho grandes avances tecnológicos en la época de la llegada de Calamity: armas energéticas, fuentes de energía

y baterías avanzadas, tecnología innovadora de telefonía móvil gracias a la cual nuestros teléfonos funcionaban bajo tierra y tenían un alcance significativo sin necesidad de usar antenas de repetición.

Naturalmente, lo perdimos casi todo cuando los Épicos se hicieron con el poder, y lo que no perdimos lo controlaban Épicos como Steelheart. Traté de imaginar a aquellos primeros Épicos siendo analizados. ¿Por eso muchos eran malvados? ¿Estaban resentidos por haber sido sometidos a esas pruebas?

—¿Se sometió a las pruebas voluntariamente alguno de ellos? — pregunté—. ¿En cuántos laboratorios las llevaron a cabo?

—No lo sé —respondió Cody—. No creo que sea muy importante.

—¿Por qué no?

Cody se encogió de hombros, el rifle todavía al hombro, la luz del móvil iluminando el pasillo de metal muy parecido a una tumba. Las catacumbas olían a polvo y condensación.

—Tia habla siempre de los fundamentos científicos de los Épicos —dijo—. No creo que tengan una explicación científica. Contravienen demasiado las leyes de la ciencia. A veces me pregunto si no aparecieron precisamente porque nos creíamos capaces de explicarlo todo.

No nos faltaba mucho para llegar. Había advertido que Megan nos guiaba utilizando el mapa de la pantalla de su móvil. ¡Qué curioso! ¿Un mapa de las catacumbas de acero? No creía que existiera una cosa así.

—Aquí —dijo Megan, señalando unos cables que cubrían como una espesa cortina una pared. Cosas como esa eran comunes ahí abajo, donde los Zapadores habían dejado las cosas sin terminar.

Cody se acercó y golpeó una placa cercana a los cables. Un lejano golpe le respondió al cabo de un momento.

—Adelante, Knees —me dijo, indicando los cables.

Tomé aire y di un paso adelante, apartando los cables con el cañón del rifle. Había un pequeño túnel empinado al otro lado por el que había que subir reptando. Miré a Cody.

—Es seguro —me prometió.

No tenía muy claro de si me hacía ir delante por desconfianza o porque le gustaba ver cómo me retorció. No parecía el momento adecuado para preguntárselo ni para echarme atrás. Empecé a reptar.

El túnel era tan pequeño que, si me colgaba el rifle a la espalda, cabía la posibilidad de que un roce rompiera la mira o la desajustara, así que lo sujeté con la mano derecha mientras me arrastraba, lo que complicó todavía más mi avance. El túnel conducía hacia una luz lejana y suave, y tardé tanto arrastrándome que las rodillas me dolían cuando llegué a ella. Una fuerte mano me cogió del brazo izquierdo, ayudándome a salir del túnel. Era Abraham, el hombre de piel oscura. Se había puesto pantalones militares y una camiseta verde sin mangas que dejaba al descubierto sus musculosos brazos. No lo había advertido antes, pero llevaba un pequeño colgante de plata al cuello, por fuera de la camiseta.

La habitación en la que entré era inesperadamente grande. Lo suficientemente amplia para que los miembros del equipo hubieran repartido sus cosas y varios sacos de dormir sin que pareciera abarrotada. Una gran mesa de metal surgía del suelo mismo, así como los bancos adosados a las paredes y los taburetes que rodeaban la mesa.

«Lo han tallado —comprendí, mirando las paredes esculpidas—. Construyeron esta habitación con los tensores y tallaron los muebles dentro».

Era impresionante. Boquiabierto, me aparté para dejar que Abraham ayudara a Megan a salir del túnel. La cámara tenía dos puertas que daban a otras habitaciones aparentemente más pequeñas. Estaba iluminada por faroles, y había cables en el suelo, sujetos fuera de las zonas de paso, que iban hacia otro túnel más pequeño.

—Tenéis electricidad —dije—. ¿Cómo conseguís la electricidad?

—Nos conectamos con una antigua línea de metro —dijo Cody, saliendo del túnel—. Una sin terminar que cayó en el olvido. La naturaleza de este lugar es tal que ni siquiera Steelheart conoce todos sus huecos y callejones sin salida.

—Una prueba más de que los Zapadores estaban locos —dijo Abraham—. Hay cableados extrañísimos. Hemos encontrado habitaciones herméticamente selladas en las que habían dejado las luces encendidas. Llevaban años brillando. *Repaire des fantômes*.

—Megan me dice que has recuperado la información —dijo el Profesor, al tiempo que salía de una de las habitaciones contiguas—, aunque por medios poco... convencionales. —Envejecido pero todavía robusto, llevaba la bata de laboratorio negra.

—¡Demonios, sí! —exclamó Cody, colgándose el rifle.

El Profesor bufó.

—Bueno, veamos qué has recuperado antes de decidir si debo gritarte o no.

Eché mano a la mochila que llevaba Megan.

—La verdad es que puedo... —dije yo, dando un paso adelante.

—Tú te sentarás, hijo —dijo el Profesor—, mientras yo le echo un vistazo a todo. Luego hablaremos.

Su voz era tranquila, pero capté el mensaje. Me senté pensativo a la mesa de acero mientras los demás rodeaban la mochila y empezaban a rebuscar en mi vida.

—Vaya —dijo Cody—. Sinceramente, chaval, creía que estabas exagerando. Pero eres un superfriqui a lo bestia, ¿no te parece?

Me ruboricé, todavía sentado en mi taburete. Habían abierto las carpetas que llevaba en la mochila y esparcido su contenido. Luego pasaron a mis cuadernos; se los repartieron y los estudiaron. Cody acabó por perder el interés y se sentó a mi lado, de espaldas a la mesa, apoyado en los codos.

—Tenía un trabajo que hacer —respondí—. Decidí hacerlo bien.

—Esto es impresionante —dijo Tia. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas. Se había puesto vaqueros, pero todavía llevaba la blusa y la chaqueta, y su pelo rojo corto seguía perfectamente peinado. Alzó uno de mis cuadernos—. La organización de la información es rudimentaria y no utiliza un sistema de clasificación estándar, pero es un trabajo exhaustivo.

—¿Hay sistemas de clasificación estándar? —le pregunté.

—Varios. Usas unos cuantos términos que pertenecen a sistemas distintos, como «gran épico», aunque personalmente prefiero el sistema gradual. Otras veces has dado con términos interesantes. Algunos me gustan. Por ejemplo, «invencibilidad suprema».

—Gracias —respondí, un poco cohibido. ¡Por supuesto que había formas de clasificar a los Épicos! Yo no tenía la educación ni los recursos para aprenderlas, así que me había inventado las mías.

Me sorprendía lo fácil que me había resultado. Había encontrado excepciones, por supuesto (Épicos raros con poderes que no encajaban en ninguna de las categorías), pero muchísimos mostraban similitudes. Aunque hubiese siempre peculiaridades propias, como el titular de las ilusiones de Refractionary, los dones básicos solían ser muy similares.

—Explícame esto —dijo Tia, levantando otro cuaderno.

Inseguro, me incorporé del taburete y me senté con ella en el suelo. Me estaba señalando una anotación que yo había hecho al pie de la entrada de un Épico concreto llamado Strongtower.

—Es mi marca de Steelheart —dije—. Strongtower demuestra tener una habilidad como la de Steelheart. Observo con mucha atención a esta

clase de Épicos. Si los matan, o si manifiestan una pérdida de poderes, quiero estar al tanto.

Tia asintió.

—¿Por qué uniste a los ilusionistas mentales con los manipuladores de fotones?

—Me gusta hacer las agrupaciones basándome en limitaciones —dije, saqué el índice y busqué una página concreta.

Los Épicos con poderes de ilusión encajaban en dos grupos. Algunos producían verdaderos cambios en el comportamiento de la luz, creando ilusiones con los propios fotones. Otros creaban ilusiones afectando al cerebro de la gente que tenían cerca. En realidad, creaban alucinaciones, no auténticas ilusiones.

—Mira —dije, al tiempo que señalaba—. Los ilusionistas mentales tienden a estar limitados de formas parecidas a los otros mentalistas, como los que tienen poderes hipnóticos o capacidad de control mental. Los ilusionistas que pueden alterar la luz actúan de forma distinta; son más parecidos a los Épicos que manipulan la electricidad.

Cody silbó suavemente. Había sacado una cantimplora y la sostenía con una mano mientras seguía apoyado contra la mesa.

—Chaval, creo que nos hace falta tener una conversación sobre de cuánto tiempo dispones y cómo podemos sacarle más partido.

—¿Más partido que investigando cómo matar Épicos? —preguntó Tia, con una ceja enarcada.

—Claro —dijo Cody, y tomó un sorbo de su cantimplora—. ¡Piensa en lo que podría hacer por la birra si lo pusiéramos a llevar todos los pubs de la ciudad!

—¡Oh, por favor! —dijo Tia secamente, pasando una página de mis notas.

—Abraham —dijo Cody—, pregúntame por qué es trágico que el joven David haya pasado tanto tiempo con esos cuadernos.

—¿Por qué es trágico que el muchacho haya hecho toda esta investigación? —le preguntó Abraham, que seguía limpiando su arma.

—Una pregunta muy perspicaz —contestó Cody—. Me alegro mucho de que me la hayas hecho.

—Ha sido un placer.

—De todas formas —dijo Cody, alzando la cantimplora—, ¿por qué deseas con tanto ahínco matar a esos Épicos?

—Por venganza —contesté—. Steelheart mató a mi padre. Pretendo...

—Sí, sí —me interrumpió Cody—. Pretendes volver a verlo sangrar y todo eso. Muy entregado y familiar por tu parte. Pero te digo que no es suficiente. Pones pasión en matar, pero necesitas encontrar una pasión para vivir. Al menos es lo que yo pienso.

No supe qué responder. Estudiar a Steelheart, aprender sobre los Épicos hasta encontrar un modo de matarlo era mi pasión. Si había un lugar donde yo encajaba, ¿no era con los Reckoners? Ese era también el trabajo de su vida, ¿no?

—Cody —dijo el Profesor—, ¿por qué no vas a terminar el trabajo en la tercera cámara?

—Claro, Profesor —respondió el francotirador, y enroscó el tapón de la cantimplora. Se marchó.

—No le hagas demasiado caso a Cody, hijo —dijo el Profesor, dejando uno de mis cuadernos sobre los otros—. Nos dice lo mismo a los demás. Le preocupa que nos concentremos tanto en matar a los Épicos que nos olvidemos de vivir la vida.

—Puede que tenga razón —dije—. Yo... en realidad no he tenido más vida que esto.

—El trabajo que hacemos no tiene que ver con vivir —dijo el Profesor—. Nuestro trabajo es matar. Dejemos que la gente normal disfrute de la vida, que goce de ella, que disfrute de los amaneceres y las nevadas. Nuestro trabajo es conseguir que puedan hacerlo.

Yo tenía recuerdos del mundo anterior. Solo habían pasado diez años, después de todo. Simplemente era difícil recordar un mundo de luz cuando todo lo que veías diariamente era oscuridad. Recordar aquella época era como intentar recordar los detalles concretos del rostro de tu padre. Gradualmente olvidas ese tipo de cosas.

—Jonathan —le dijo Abraham al Profesor, volviendo a colocar el cañón en su arma—, ¿has considerado lo que ha dicho el chico?

—No soy un chico —protesté.

Todos me miraron. Incluso Megan, que estaba de pie junto a la puerta.

—Solo quiero recalcarlo —dije, súbitamente incómodo—. Quiero decir que tengo dieciocho años. Ya he llegado a la mayoría de edad. No soy un niño.

El Profesor me miró. Luego, sorprendentemente, asintió con un gesto de cabeza.

—La edad no tiene nada que ver, pero has ayudado a matar a dos Épicos, lo que para mí está bastante bien. Debería estarlo para cualquiera de nosotros.

—Muy bien —dijo Abraham, en voz baja—. Pero, Profesor, hemos hablado de esto antes. Al matar a Épicos como Fortuity, ¿de verdad conseguimos algo?

—Contraatacamos —dijo Megan—. Somos los únicos que lo hacen. Es importante.

—Y sin embargo —insistió Abraham, que colocó otra pieza en su arma —, tenemos miedo de combatir a los más poderosos. Así que el dominio de los tiranos continúa. Mientras no caigan, los demás no nos temerán verdaderamente. Temerán a Steelheart, a Obliteration y a Night's Sorrow. Si no nos enfrentamos a criaturas como esas, ¿cabe alguna esperanza de que los demás se enfrenten a ellas algún día?

La habitación de paredes de acero quedó en silencio, y yo contuve la respiración. Las palabras eran casi un calco de las mías, pero en la suave voz ligeramente cargada de acento de Abraham tenían más peso.

El Profesor se volvió hacia Tia.

Ella alzó una fotografía.

—¿Este es de verdad Nightwielder? —me preguntó—. ¿Estás seguro?

La foto era una de mis posesiones más preciadas: una fotografía de Nightwielder junto a Steelheart el Día de la Anexión, justo antes de que su oscuridad se cerniera sobre la ciudad. Por lo que sabía, era única. Me la había vendido un chico de la calle cuyo padre la había tomado con una vieja cámara Polaroid.

Nightwielder era normalmente transparente, incorpóreo. Podía atravesar objetos sólidos y controlar la oscuridad misma. Aparecía a menudo en la ciudad, pero siempre en su forma incorpórea. En esa foto era sólido. De rasgos asiáticos, con la melena por los hombros, llevaba un traje negro y sombrero. Yo tenía otras fotos suyas en su forma incorpórea. La cara era la misma.

—Obviamente es él —dije.

—Y la foto no está retocada.

—Yo... —No podía demostrar eso—. No puedo prometer que no lo esté, aunque tratándose de una Polaroid es poco probable. Tiene que ser

corpóreo en algún momento, Tia. Esa foto es la mejor pista, pero tengo otras de gente que ha olido a fósforo y visto a alguien que encaja con su descripción. —El fósforo era una de las señales de que usaba sus poderes—. He encontrado una docena de fuentes que apoyan esta idea. La clave es la luz del sol: sospecho que son los rayos ultravioleta. Bañado en ellos, se vuelve corpóreo.

Tia alzó la foto, contemplándola. Después se puso a repasar mis otras notas sobre Nightwielder.

—Creo que debemos investigarlo, Jon —dijo—. Si tenemos una posibilidad de llegar a Steelheart...

—Podemos —dije—. Tengo un plan. Funcionará.

—Esto es una estupidez —intervino Megan. Estaba junto a la pared, cruzada de brazos—. Una completa estupidez. Ni siquiera conocemos su punto flaco.

—Podemos averiguarlo —repuse—. Estoy seguro. Tenemos las pistas que necesitamos.

—Aunque lo averigüemos —dijo Megan, alzando una mano—, sería prácticamente inútil. ¡Los obstáculos para llegar hasta Steelheart son infranqueables!

La miré a los ojos, combatiendo mi ira. Tenía la sensación de que estaba discutiendo conmigo no porque estuviera en desacuerdo, sino porque me encontraba ofensivo por algún motivo.

—Yo... —empecé a decir, pero el Profesor me interrumpió.

—Seguidme todos —ordenó, poniéndose en pie.

Crucé una mirada con Megan y todos nos pusimos en marcha y lo seguimos a la habitación más pequeña situada a la derecha de la cámara principal. Incluso Cody acudió desde la tercera habitación: no era de extrañar que hubiera estado escuchando. Llevaba un guante en la mano derecha. Brillaba con una suave luz verde en la palma.

—¿Está preparado el creador de imágenes? —preguntó el Profesor.

—Casi —dijo Abraham—. Es una de las primeras cosas que emplacé. —Se arrodilló junto a un aparato que había en el suelo, conectado a la pared por varios cables. Lo puso en funcionamiento.

De repente, todas las superficies de metal de la habitación se volvieron negras. Di un respingo. Me sentí como si estuviéramos flotando en la oscuridad.

El Profesor levantó una mano y dio golpecitos en la pared siguiendo una pauta. En las paredes apareció una vista de la ciudad, como si estuviéramos en el terrado de un edificio de seis plantas. En la oscuridad chispeaban luces que se reflejaban en los cientos de edificios de acero que componían Chicago Nova. Las construcciones antiguas eran menos uniformes: las nuevas, que se extendían sobre lo que antes había sido el lago, eran más modernas, inicialmente construidas con diversos materiales transformados luego intencionadamente en acero. Yo había oído decir que se podían hacer cosas interesantes con la arquitectura si tenías esa opción.

—Esta es una de las ciudades más avanzadas del mundo —dijo el Profesor—, gobernada por quien es sin ninguna duda el Épico más poderoso de Norteamérica. Si actuamos contra él, subiremos dramáticamente las apuestas... y ya estamos apostando hasta el límite de lo que podemos permitirnos. El fracaso puede implicar el final de los Reckoners. Podría causar un desastre, poner fin a los últimos coletazos de resistencia contra los Épicos que le quedan a la humanidad.

—Dejad que os cuente mi plan —dije—. Creo que os convencerá.

Tenía una corazonada. El Profesor quería ir por Steelheart. Si lograba defender bien mi caso, se pondría de mi parte.

Se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—¿Quieres que lo hagamos? Bien, te daré tu oportunidad; pero no quiero que me convenzas a mí. —Señaló a Megan, que seguía junto a la puerta, todavía cruzada de brazos—. Convéncela a ella.

Convencerla a ella.

«Magnífico —pensé. Los ojos de Megan podrían haber taladrado agujeros en... bueno, en cualquier cosa, supongo. Puesto que los ojos no taladran agujeros en nada, el símil es válido en cualquier caso, ¿no? La mirada de Megan habría agujereado la mantequilla—. ¿Convencerla? Imposible».

Pero no iba a rendirme sin intentarlo. Me acerqué a la pared de metal brillante que mostraba el trazado de Chicago Nova.

—¿El creador de imágenes puede enseñarnos cualquier cosa? — pregunté.

—Todo lo que la red espía básica observa o escucha —me explicó Abraham, apartándose del aparato.

—¿La red espía? —dije, incómodo de pronto.

Di un paso adelante. El aparato era asombroso; realmente me sentía igual que si estuviera en el terrado de un edificio, fuera, en la ciudad, en vez de enclaustrado en una habitación. No era una ilusión perfecta: si me fijaba con atención todavía podía ver las esquinas de la habitación donde estábamos, y las imágenes tridimensionales de los objetos cercanos no eran demasiado buenas.

Con todo, mientras no me acercara excesivamente (y no prestara atención a la ausencia de viento y de olores de la ciudad) podía imaginarme de verdad que estaba fuera. ¿Construían esa imagen utilizando la red espía? Aquello era el sistema de vigilancia de la ciudad de Steelheart, el medio por el cual los Controladores se mantenían al corriente de todo cuanto acontecía respecto a los habitantes de Chicago Nova.

—Sabía que nos estaba vigilando —dije—, pero no era consciente de que las cámaras fueran tantas...

—Por fortuna —informó Tia—, encontramos algunos métodos para influir en lo que ve y oye la red. Así que no te preocupes de que Steelheart nos espíe.

Seguía sintiéndome incómodo, pero no merecía la pena pensar en aquello en ese momento. Me acerqué al borde del edificio y contemplé la calle de abajo. Unos cuantos coches pasaron y el creador de imágenes reprodujo los sonidos. Apoyé la mano en la pared de la habitación y fue

como apoyarla en algo invisible que hubiera en el aire. Aquello iba a ser muy desorientador.

Al contrario que con los tensores, yo había oído hablar de las salas de imágenes: la gente pagaba una fortuna para ver películas hechas con creadores de imágenes. La conversación con Cody me había dejado pensativo. ¿Habíamos aprendido a hacer cosas como esa de los Épicos con poderes de ilusión?

—Yo... —empecé a decir.

—No —replicó Megan—. Si tiene que convencerme, entonces yo llevaré la conversación. —Se colocó a mi lado.

—Pero...

—Adelante, Megan —dijo el Profesor.

Refunfuñé para mis adentros y me aparté para no sentirme al borde de una caída de muchos pisos de altura.

—Es sencillo —dijo Megan—. Tenemos un problema enorme para enfrentarnos a Steelheart.

—¿Uno solo? —preguntó Cody, apoyándose en la pared. Parecía que estuviera haciéndolo en el aire—. Veamos: tiene una fuerza increíble, puede disparar rayos mortales de energía con las manos, transformar todo lo que no esté vivo a su alrededor en acero, controlar los vientos y volar con perfecto control... Ah, y es completamente invulnerable a las balas, las armas afiladas, el fuego, la radiación, los golpes, la asfixia y las explosiones. Eso son al menos tres cosas, chavala. —Alzó cuatro dedos.

Megan puso los ojos en blanco.

—Todo eso es cierto —dijo, y se volvió hacia mí—. Pero nada de todo eso es el problema fundamental.

—Encontrarlo es el problema fundamental —dijo el Profesor en voz baja. Había sacado una silla plegable, al igual que Tia, y los dos estaban sentados en el centro del terrado imaginario—. Steelheart es un paranoico. Se asegura de que nadie sepa dónde está.

—Exactamente —coincidió Megan, alzando las manos y haciendo un gesto con los pulgares para controlar el creador de imágenes.

Sobrevolamos la ciudad, los edificios convertidos en un borrón bajo nosotros.

Me tambaleé, el estómago me dio un vuelco. Extendí la mano hacia la pared, pero no estaba seguro de dónde se encontraba y trastabillé hasta

que di con ella. Nos detuvimos bruscamente, flotando en el aire, y contemplamos el palacio de Steelheart.

Era una oscura fortaleza de acero anodizado que se alzaba en el extrarradio de la ciudad, construida sobre la porción del lago convertida en acero. Se extendía en todas direcciones: una larga línea de metal oscuro con torres, vigas y pasarelas; mezcla de antigua mansión victoriana, castillo medieval y plataforma petrolífera. Unas violentas luces rojas surgían de las profundidades de diversos huecos y de las chimeneas salía humo negro contra el cielo negro.

—Dicen que construyó intencionadamente el lugar para que fuera confuso —dijo Megan—. Tiene cientos de habitaciones y duerme en una diferente cada noche, come en una distinta cada comida. Por lo visto ni siquiera el personal sabe dónde estará. —Se volvió hacia mí, hostil—. Nunca lo encontrarás. Ese es el primer problema.

Me tambaleé, todavía sintiéndome de pie en el aire, aunque ninguno de los otros parecía tener problemas.

—¿Podríamos...? —pregunté, mareado, mirando a Abraham.

Él se echó a reír, hizo un gesto y nos devolvió al terrado de un edificio cercano. Había una pequeña chimenea y cuando «atterrizamos» en ella se chafó, volviéndose bidimensional. Aquello no era un holograma: por lo que yo sabía, nadie había imitado el nivel del poder de ilusión por medio de la tecnología. No era más que un uso muy avanzado de seis pantallas y unas imágenes tridimensionales.

—Bien —dije, sintiéndome más seguro—. Vale, puede que eso sea un problema.

—¿Pero...? —preguntó el Profesor.

—Pero no tenemos que buscar a Steelheart —respondí—. Él vendrá a nosotros.

—Rara vez se muestra ya en público —dijo Megan—. Y, cuando lo hace, es de manera errática. ¿Cómo, por los fuegos de Calamity, vas a...?

—Faultline —dije. La Épica que había hecho que la tierra se tragara el banco aquel terrible día en que murió mi padre, y que más tarde había desafiado a Steelheart.

—David tiene razón —me apoyó Abraham—. Steelheart salió de su escondite para luchar contra ella cuando trató de apoderarse de Chicago Nova.

—Y cuando Idus Hatred vino aquí a desafiarlo —recordé—. Steelheart aceptó el desafío personalmente.

—Que yo recuerde —dijo el Profesor—, destruyeron un bloque de edificios entero en esa lucha.

—Menuda fiesta —comentó Cody.

—Sí —afirmé yo. Tenía fotos de aquella pelea.

—Entonces estás diciendo que tenemos que convencer a un Épico poderoso para que venga a Chicago Nova y lo desafíe —dijo Megan, sin inflexiones—. Entonces sabremos dónde va a estar. Parece fácil.

—No, no —dije, volviéndome para mirarlos, de espaldas a la oscura y humeante extensión del palacio de Steelheart—. Esa es la primera parte del plan. Hacemos creer a Steelheart que un Épico poderoso va a venir a desafiarlo.

—¿Cómo haríamos eso? —preguntó Cody.

—Ya hemos empezado —expliqué—. Ahora hacemos correr la voz de que a Fortuity lo mataron agentes de un nuevo Épico. Empezamos a atacar a más Épicos, para que dé la impresión de que todo es obra del mismo rival. Entonces le lanzamos un ultimátum a Steelheart: si quiere detener los asesinatos de sus seguidores, tendrá que salir a luchar.

»Y saldrá. Siempre y cuando seamos lo bastante convincentes. Dijo usted que es paranoico, Profesor. Tiene razón. Lo es... y no puede soportar que desafíen su autoridad. Quiere encargarse personalmente de sus rivales Épicos, igual que hizo con Deathpoint hace tantos años. Si hay algo en lo que los Reckoners son buenos es matando. Si cazamos suficientes Épicos en la ciudad durante un breve espacio de tiempo, Steelheart lo considerará una amenaza. Podremos hacerlo salir, escoger nuestro propio campo de batalla. Podremos hacer que venga a nosotros y se meta directamente en nuestra trampa.

—Eso no sucederá —dijo Megan—. Enviará a Firefight o a Nightwielder.

Firefight y Nightwielder, dos grandes Épicos inmensamente poderosos que actuaban como guardaespaldas el uno y el otro como mano derecha de Steelheart. Eran casi tan peligrosos como él.

—Os he dicho cuál es el punto flaco de Nightwielder —dije—. Es la luz del sol, la radiación ultravioleta. No es consciente de que nadie lo sepa. Podemos utilizar ese conocimiento para detenerlo.

—No has demostrado nada —desestimó Megan—. Nos has dicho que tiene un punto flaco, pero todos los Épicos lo tienen. No sabes si es la luz del sol.

—He repasado sus datos —dijo Tia—. Parece... parece que David tiene algo.

Megan apretó la mandíbula. Si todo se reducía a convencerla de que estuviera de acuerdo con mi plan, iba a fracasar. No parecía dispuesta a estarlo, por buenos que fuesen mis argumentos.

Pero yo no estaba convencido de que necesitara su apoyo, a pesar de lo que había dicho el Profesor. Había visto cómo lo miraban los otros Reckoners. Si él decidía que aquella era una buena idea, lo seguirían. Solo tenía que lograr que mi razonamiento fuera lo bastante bueno para él, aunque me hubiera dicho que tenía que convencer a Megan.

—Firefight —dijo Megan—. ¿Qué hay de él?

—Fácil —respondí, animándome un poco—. Firefight no es lo que parece.

—¿Y eso qué significa?

—Necesitaré mis notas para explicarlo —dije—. Pero será el más fácil de abatir de los tres; eso te lo prometo.

Megan puso cara de ofendida, molesta porque yo no estaba dispuesto a discutir con ella sin mis notas.

—Como quieras —dijo. Hizo un gesto, la habitación giró en círculos y me desequilibré de nuevo, aunque no hubo impulso. Me miró, y vi el atisbo de una sonrisa en sus labios. Bueno, al menos había una cosa que podía con su frialdad: verme a punto de devolver el almuerzo.

Cuando la habitación dejó de girar, nuestro punto de vista se elevó en ángulo. Casi todo mi ser me dijo que debería deslizarme y apretarme contra la pared, pero supe que todo se hacía con perspectivas.

Directamente delante de nosotros un grupo de tres helicópteros volaba bajo, justo por encima de la ciudad. Eran negros y estilizados, con dos grandes rotores cada uno. En sus costados, pintado en blanco, llevaban el emblema de la espada y el escudo de Control.

—Probablemente ni siquiera llegará a mandar a Firefight y Nightwielder —dijo Megan—. Tendría que haber mostrado esto primero: los Controladores.

—Tiene razón —afirmó Abraham—. Steelheart está siempre rodeado de soldados de Control.

—Por eso los eliminaremos antes —respondí—. Es lo que un Épico rival haría: inutilizar el ejército de Steelheart para poder actuar en la ciudad. Eso ayudará a convencerlo de que somos un Épico rival. Los Reckoners nunca se enfrentarían a Control.

—¡No lo haríamos porque sería una absoluta estupidez! —exclamó Megan.

—Parece un poco lejos de nuestras posibilidades, hijo —dijo el Profesor, aunque noté que lo tenía intrigado. Me observaba con interés. Le gustaba la idea de hacer salir a Steelheart. Era el tipo de cosa que los Reckoners sí que harían: jugar con la arrogancia de los Épicos.

Alcé las manos, imitando los gestos que los demás habían estado haciendo, y las lancé hacia delante intentando hacer que la sala de imágenes se moviera hacia el cuartel general de Control. La habitación se movió con torpeza, se ladeó y surcó la ciudad para estrellarse contra el costado de un edificio. Se quedó allí, incapaz de penetrar en la construcción porque la red espía no entraba en ella. Toda la habitación tembló, como desesperada por cumplir mi exigencia pero insegura de adónde ir.

Me incliné hacia la pared y caí al suelo, mareado.

—Uh...

—¿Quieres que me encargue yo? —preguntó Cody, divertido, desde la puerta.

—Sí, gracias. Cuartel general de Control, por favor.

Cody hizo los gestos pertinentes, elevó la habitación, la estabilizó, luego la hizo girar y la movió por la ciudad hasta que estuvimos flotando cerca de un gran edificio negro y cuadrado. Se parecía vagamente a una prisión, aunque no albergaba delincuentes. Bueno, solo a delincuentes que contaban con la aprobación del Estado.

Me levanté, decidido a no quedar como un idiota delante de los demás, aunque no estaba seguro de que eso fuera posible a esas alturas.

—Hay una forma muy sencilla de neutralizar a Control —dije—: eliminar a Conflux.

Por una vez, una idea mía no provocó un clamor. Incluso Megan se quedó pensativa, allí de pie, a poca distancia de mí, con los brazos cruzados. «Me encantaría volver a verla sonreír», pensé, pero inmediatamente hice un esfuerzo para descartar la idea. No debía desconcentrarme; era el momento de pisar terreno firme. Bueno... en sentido figurado, al menos.

—Habéis pensado en esto —deduje, mirando en derredor—. Atacasteis a Fortuity, pero hablasteis de intentarlo con Conflux.

—Sería un golpe fuerte —dijo Abraham en voz baja, apoyado en la pared, cerca de Cody.

—Abraham lo sugirió —reconoció el Profesor—. Vehementemente, por cierto. Usando algunos de los mismos argumentos que tú: que no estábamos haciendo lo suficiente, que no nos encargábamos de Épicos que fueran lo bastante importantes.

—Conflux es más que el jefe de Control —dije, entusiasmado. Finalmente parecía que me estaban escuchando—. Es un dador.

—¿Un qué? —preguntó Cody.

—Es argot —respondió Tia—: un modo de referirse a un Épico de transferencia.

—Sí —dije yo.

—Magnífico —comentó Cody—. ¿Y qué es un Épico de transferencia?

—¿Es que no prestas atención nunca? —preguntó Tia—. Ya hemos hablado de eso.

—Estaba limpiando sus armas —dijo Abraham.

—Yo soy un artista —dijo Cody.

Abraham asintió.

—Es un artista.

—Y la limpieza es primordial para ser letal —añadió Cody.

—¡Oh, por favor! —exclamó Tia, volviéndose hacia mí.

—Un dador es un Épico con la capacidad de transferir sus poderes a otros —expliqué—. Conflux tiene dos poderes que puede dar a otros, ambos increíblemente fuertes; tal vez incluso más fuertes que los de Steelheart.

—Entonces, ¿por qué no gobierna él? —preguntó Cody.

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe? Probablemente porque es frágil. No se dice que tenga poderes de inmortalidad. Así que permanece oculto. Nadie conoce siquiera su aspecto. Sin embargo, lleva con Steelheart más de un lustro, dirigiendo Control. —Miré de nuevo hacia el cuartel general—. Puede extraer de su cuerpo enormes cantidades de energía. Proporciona la electricidad a los jefes de equipo de los núcleos de Control: por eso manejan sus trajes mecanizados y sus rifles energéticos. Sin Conflux no habrá armaduras de poder ni armas de energía.

—Más todavía —dijo el Profesor—. Eliminar a Conflux podría dejar sin energía la ciudad.

—¿Qué? —pregunté.

—Chicago Nova emplea más electricidad de la que genera —explicó Tia—. Todas esas luces constantemente encendidas... es un gasto enorme, tan enorme que habría sido difícil mantenerlo incluso antes de Calamity. Los nuevos Estados Fracturados no tienen la infraestructura necesaria para proporcionarle a Steelheart la energía suficiente para dirigir esta ciudad, pero él lo hace.

—Está utilizando a Conflux para aumentar sus reservas de energía —dijo el Profesor—. De algún modo.

—¡Eso convierte a Conflux en un objetivo aún mejor! —exclamé yo.

—Hablamos de esto hace meses —dijo el Profesor, inclinándose hacia delante, con los dedos entrelazados—. Decidimos que era demasiado peligroso atacarlo. Aunque tuviéramos éxito, llamaríamos demasiado la atención y el propio Steelheart nos daría caza.

—Que es lo que queremos —concluí.

Los demás seguían sin parecer convencidos. Dar ese paso, actuar contra el imperio de Steelheart y quedar expuestos... Se habría acabado lo de ocultarse en los subterráneos urbanos y atacar objetivos cuidadosamente escogidos. Se habría acabado la rebelión silenciosa. Matar a Conflux implicaba que no habría vuelta atrás hasta que Steelheart estuviera muerto o los Reckoners hubieran sido capturados, torturados y ejecutados.

«Va a decir que no», pensé, mirando al Profesor a los ojos. Parecía más viejo de lo que siempre había imaginado. Era un hombre de edad madura, con el pelo moteado de gris y un rostro que mostraba que había vivido el final de una época y trabajado duramente diez años intentando poner fin a la siguiente. Esos años le habían enseñado a ser cauto.

Abrió la boca para hablar, pero el móvil de Abraham sonó y lo interrumpió. Abraham lo sacó de su funda del hombro.

—La hora del Refuerzo —dijo, sonriendo.

«El Refuerzo». El mensaje diario de Steelheart a sus súbditos.

—¿Puedes mostrarlo en la pared? —pregunté.

—Claro —dijo Cody, que volvió su móvil hacia el proyector y pulsó un botón.

—Eso no será nece... —dijo el Profesor.

El programa ya había empezado. Esta vez salía Steelheart. Unas veces aparecía personalmente, otras no. Estaba de pie sobre una de las altas torres de radio de su palacio. Una capa completamente negra ondeaba tras él al viento.

Los mensajes eran todos pregrabados, imposible saber cuándo; como siempre, no había sol, y en la ciudad ya no crecían árboles que indicaran tampoco la estación. Yo casi había olvidado cómo era saber la hora del día con solo asomarme a la ventana.

Steelheart, iluminado por luces rojas, desde abajo, colocó un pie sobre un travesaño bajo, se inclinó hacia delante y escrutó la ciudad: su dominio.

Me estremecí viéndolo a tamaño natural, en la pared, delante de mí. El asesino de mi padre. El tirano. Se le veía tranquilo, pensativo. La melena negrísima le caía en ondas hasta los hombros; la camisa se le ajustaba a un cuerpo inhumanamente fuerte. Llevaba pantalones negros, una mejora de los anchos que usaba aquel día, hacía diez años. Pretendía dar la imagen de un dictador reflexivo y preocupado, como los antiguos líderes comunistas que yo había estudiado en la escuela de la Fábrica.

Alzó una mano, mirando intensamente la ciudad que tenía a sus pies, y la mano empezó a brillar con un fulgor perverso, blanco amarillento, en contraste con el violento rojo de abajo. El poder en torno a su mano no era eléctrico, sino energía pura. La acumuló un momento, hasta que brilló tanto que la cámara no captó más que la luz y la sombra de Steelheart delante. Luego señaló y lanzó una descarga de ardiente fuerza amarilla contra la ciudad. La energía alcanzó un edificio, abrió un agujero en un costado del mismo y las llamas y los restos de la explosión salieron por las ventanas del opuesto. Mientras ardía, la gente huyó. La cámara se acercó, asegurándose de mostrarla. Steelheart quería que supiéramos que estaba disparando a un bloque habitado.

Siguió otra descarga que sacudió el edificio. El acero de un lado se derretió y cedió hacia dentro. Disparó dos veces más a un edificio cercano, encendiendo también su interior. Las paredes se derretieron por el enorme poder de la energía que disparaba.

La imagen se alejó y se centró de nuevo en Steelheart, que continuaba en la misma postura, semiagachado, contemplando impasible la ciudad, la mandíbula cuadrada y los reflexivos ojos resaltados por la luz roja proveniente de abajo. No había ninguna explicación del porqué de la destrucción de aquellos edificios, aunque tal vez un mensaje posterior explicara los pecados, reales o percibidos, de los que eran culpables sus habitantes.

O tal vez no. Vivir en Chicago Nova conllevaba riesgos; uno era que Steelheart decidiera ejecutarte y matar a tu familia sin más

explicaciones. La otra cara de la moneda era que, para compensar esos riesgos, vivías en un sitio con electricidad, agua corriente, empleo y comida: raras comodidades para la época.

Di un paso adelante, plantándome directamente ante la pared para estudiar a la criatura que acechaba allí. «Quiere aterrorizarnos —pensé—. De eso se trata. Quiere que pensemos que nadie puede desafiarlo».

Los primeros estudiosos se habían preguntado si tal vez los Épicos eran una nueva fase del desarrollo humano; un salto evolutivo. Yo no aceptaba esa idea. Esa cosa no era humana. Nunca lo había sido. Steelheart se volvió hacia la cámara, con un atisbo de sonrisa en los labios.

Una silla se movió detrás de mí y me di la vuelta. El Profesor se había levantado y miraba a Steelheart. Sí, había odio en aquella mirada: un odio profundo. El Profesor me miró a los ojos. De nuevo hubo un instante de mutua comprensión.

Cada uno de nosotros sabía cuál era la postura del otro.

—No has dicho cómo lo matarás —me dijo el Profesor—. No has convencido a Megan. Todo lo que has demostrado es que tienes un frágil plan sin concretar.

—Lo he visto sangrar —dije—. El secreto está en algún lugar de mi cabeza, Profesor. Es la mejor oportunidad que cualquiera tendrá jamás de matarlo. ¿Puede dejarla pasar? ¿Puede de verdad darse media vuelta cuando tiene una posibilidad?

El Profesor me miró largamente a los ojos. Detrás de mí, la transmisión de Steelheart terminó y la pared se volvió negra.

El Profesor tenía razón. Mi plan, por muy inteligente que me hubiera llegado a parecer, dependía mucho de la especulación. Hacer salir a Steelheart gracias a un falso Épico. Eliminar a sus guardaespaldas. Acabar con Control. Matar a Steelheart usando un punto débil secreto que podía estar oculto en algún lugar de mi memoria.

Un frágil plan, en efecto. Por eso necesitaba contactar con los Reckoners. Ellos podían llevarlo a cabo. Ese hombre, Jonathan Phaedrus, podía hacerlo realidad.

—Cody —dijo el Profesor, volviéndose—, empieza a entrenar al chico nuevo con un tensor. Tia, vamos a ver si podemos empezar a seguir los movimientos de Conflux. Abraham, vamos a necesitar una buena puesta en común para ver cómo imitar a un gran Épico, si eso es posible.

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿Vamos a hacerlo?

—Sí —dijo el Profesor—. Que Dios nos ayude, vamos a hacerlo.

SEGUNDA PARTE

—Ahora tienes que ser delicado —me explicó Cody—. Como si acariciaras a una mujer hermosa la noche antes del gran lanzamiento de troncos.

—¿Lanzamiento de troncos? —le pregunté, acercando las manos al trozo de acero que había en la silla que tenía delante. Estaba sentado en el suelo del escondite de los Reckoners, con Cody a mi lado, su espalda contra la pared y las piernas estiradas. Había pasado una semana desde el ataque contra Fortuity.

—Lanzamiento de troncos, sí —me dijo. Aunque su acento era sureño y bastante marcado, siempre hablaba como si fuera de Escocia. Supuse que su familia sería de allí o cerca—. Es el deporte que se practicaba en la tierra madre. Consistía en lanzar troncos. Los llamábamos *cabers*.

—¿Troncos finos como jabalinas?

—No, no. Los *cabers* eran tan gruesos que las puntas de tus dedos no podían tocarse cuando los rodeabas con los brazos. Los levantábamos del suelo y los lanzábamos lo más lejos que podíamos.

Arqueeé una ceja, escéptico.

—Obtenías puntos de bonificación si derribabas un pájaro —añadió él.

—Cody —dijo Tia, que pasaba cargada con un montón de papeles—, ¿sabes lo que es un *caber*?

—Un tronco de árbol —respondió él—. Con ellos construíamos salas de espectáculos. De ahí viene la palabra «cabaret», chica. —Lo dijo con tanto aplomo que no supe si hablaba en serio o no.

—Eres un bufón —dijo Tia, sentándose a la mesa, en la que había desplegado varios mapas detallados que yo no había sabido leer. Parecían planos y esquemas de la ciudad anteriores a la Anexión.

—Gracias —respondió Cody, llevándose una mano a la gorra de béisbol.

—No ha sido un cumplido.

—¡Oh, no para ti, chavala! —dijo Cody—. Sin embargo, «bufón» viene de *buff*, que significa «fuerte y guapo», que a su vez...

—¿Estás enseñando a David a manejar los tensores o molestándome? — lo cortó ella.

—Da igual. Puedo hacer ambas cosas. Soy un hombre de muchos talentos.

—Ninguno de los cuales te exige estar callado, por desgracia — murmuró Tia, que se inclinó hacia delante e hizo unas cuantas anotaciones en su mapa.

Sonreí, aunque a pesar de llevar ya una semana con ellos no sabía demasiado bien qué pensar de los Reckoners. Había imaginado que cada célula sería un grupo de elite de las fuerzas especiales, cuyos miembros estarían muy unidos y serían tremendamente leales.

Había algo de eso en este grupo: incluso las pullas entre Tia y Cody solían ser bienintencionadas. Sin embargo, también eran terriblemente individualistas. Cada cual iba a lo suyo. El Profesor no parecía tanto un líder como un intermediario. Abraham se encargaba de la tecnología, Tia de la investigación, Megan de recopilar información y Cody hacía diversos trabajos, «rellenando los huecos de mayonesa», como le gustaba definirlo, significara lo que significase eso.

Se me hacía raro que fueran personas. Me sentía en parte decepcionado. Mis dioses eran seres humanos normales que reñían, reían, ponían a los otros de los nervios y (en el caso de Abraham) roncaban cuando dormían, y fuerte.

—Esa sí que es la expresión de concentración adecuada —dijo Cody—. Buen trabajo, chaval. Tienes que mantener la mente concentrada. Como el mismísimo sir William. Alma de guerrero. —Le dio un bocado a su sándwich.

Yo no me había concentrado en mi tensor, pero no se lo dije. Alcé la mano e hice en cambio lo que me había enseñado. El fino guante que llevaba tenía líneas de metal en la parte anterior de cada dedo que se unían en una pauta en la palma. Todas brillaban suavemente en verde.

Mientras me concentraba, la mano empezó a vibrarme levemente, como si alguien estuviera haciendo sonar música con muchos bajos en algún lugar cercano. Me costaba concentrarme con aquella extraña pulsación corriéndome por el brazo.

Acerqué la mano al trozo de metal; era un trozo de tubería. Al parecer, tenía que expulsar las vibraciones de mí, significara lo que significase eso. La tecnología conectaba directamente con mis nervios mediante sensores situados dentro del guante, interpretando los impulsos eléctricos de mi cerebro. Así me lo había explicado Abraham.

Cody me había dicho que era magia y que no le hiciera ninguna pregunta para no «cabrear a los demonios pequeñitos de dentro, que hacen que los guantes funcionen y nuestro café sepa bien».

Todavía no había conseguido que los tensores hicieran nada, aunque notaba que me faltaba poco. Tenía que permanecer concentrado con las manos firmes y expulsar las vibraciones. Era como exhalar un anillo de humo, había dicho Abraham, o como transmitir el calor corporal en un abrazo... sin brazos. Esta había sido la explicación de Tia. Supongo que cada uno lo interpretaba a su modo.

Las manos empezaron a temblarme más.

—Firme —me dijo Cody—. No pierdas el control, chaval.

Tensé los músculos.

—Ea. No tan tenso —dijo Cody—. Seguro, fuerte, pero tranquilo. Como si estuvieras acariciando a una mujer hermosa, ¿recuerdas?

Eso me hizo pensar en Megan.

Perdí el control y una oleada verde de energía humeante brotó de mi mano y revoloteó ante mí. No le di a la tubería, pero desintegré la pata de metal de la silla. Se levantó una nube de polvo, la silla se torció y la tubería cayó al suelo con un tañido.

—Caray —dijo Cody—. Recuérdame que no te deje acariciarme nunca, chaval.

—¿No le habías dicho que pensara en una mujer hermosa? —dijo Tia.

—Sí. Y si es así como las trata, no quiero saber qué le haría a un escocés feo.

—¡Lo he logrado! —exclamé, señalando el polvillo metálico de los restos de la pata.

—Sí, pero has fallado.

—No importa. ¡Por fin he conseguido que funcionara! —Vacilé—. No es como exhalar humo. Es como... como cantar con la mano.

—Esa es nueva —dijo Cody.

—Es diferente para cada uno —dijo Tia desde su mesa, la cabeza todavía gacha. Abrió una lata de cola antes de seguir con sus anotaciones. Tia no sabía hacer nada sin su refresco de cola—. Usar los tensores no es algo natural para la mente, David. Ya has establecido conexiones neurales y tienes que construir un puente con tu cerebro

para descubrir qué músculos mentales flexionar. Siempre me lo he preguntado: si le diéramos un tensor a un niño, ¿podría incorporarlo mejor y usarlo con más naturalidad, como otra «extremidad» que ejercitar?

Cody me miró.

—Demonios pequeños —me susurró—. No dejes que te engañe, chaval. Creo que trabaja para ellos. La vi dejarles tarta la otra noche.

Lo decía tan serio que me preguntaba si realmente se lo creía. Las chispitas de los ojos me decían que bromeaba, pero lo hacía con una cara tan seria...

Me quité el tensor y se lo entregué. Cody se lo puso, alzó ausente una mano. El tensor empezó a vibrar mientras movía la mano. Cuando la dejó quieta, un leve humo verde alcanzó la silla torcida y la tubería. Ambas se convirtieron en polvo y cayeron al suelo en medio de una vaharada.

Cada vez que veía funcionar los tensores, me sorprendía. Su alcance era muy limitado, de unos pocos palmos como mucho, y nada podían contra la carne. No servían de mucho en una pelea. Claro que podías desintegrar el arma de alguien, pero solo si lo tenías muy cerca, en cuyo caso tomarte el tiempo para concentrarte y también luchar con los tensores probablemente sería menos efectivo que darle un puñetazo.

Con todo, sus posibilidades eran increíbles. Moverte a través de las entrañas de las catacumbas de acero de Chicago Nova, entrar y salir de habitaciones. Si conseguías mantener oculto el tensor, podías escapar de cualquier grillete, de cualquier celda.

—Sigue practicando —me dijo Cody—. Tienes talento; por eso el Profesor quiere que seas bueno con esto. Necesitamos a otro miembro del equipo capaz de usarlos.

—¿No podéis todos? —pregunté, sorprendido.

Cody negó con la cabeza.

—Megan no puede hacer que funcionen, y Tia rara vez está en condiciones de usarlos: la necesitamos atrás, dando apoyo a las misiones. Así que normalmente solo los usamos Abraham y yo.

—¿Y el Profesor? —pregunté—. Él los inventó. Tiene que ser bastante bueno con ellos, ¿no?

Cody sacudió la cabeza.

—No lo sé. Se niega a usarlos por una mala experiencia. No quiere hablar del tema. Probablemente no deba. No necesitamos saberlo. Sea

como sea, deberías practicar. —Cody sacudió la cabeza y se quitó el tensor para guardárselo en el bolsillo—. ¡Qué no habría dado yo por uno de estos antes!

Los otros artilugios tecnológicos de los Reckoners eran también asombrosos. Las chaquetas que servían hasta cierto punto de armadura, por ejemplo. Cody, Megan y Abraham llevaban cada uno la suya, diferente por fuera, pero con una complicada red de diodos por dentro que los protegía de algún modo. El brazalete zahorí que indicaba si alguien era Épico era un ejemplo más. La otra única pieza que yo había visto era algo que llamaban «el reparador», un aparato que aceleraba la capacidad curativa del cuerpo.

«¡Qué triste! Toda esta tecnología podría haber cambiado el mundo, si los Épicos no lo hubieran hecho primero», pensé mientras Cody cogía una escoba para limpiar el polvo. Un mundo destrozado no podía disfrutar de los beneficios.

—¿Cómo era tu vida entonces? —pregunté, tendiéndole el recogedor—. ¿A qué te dedicabas antes de que todo esto sucediera?

—No me creerías —respondió Cody, sonriendo.

—Déjame adivinar —dije, previendo una de las historias de Cody—. ¿Jugador de fútbol profesional? ¿Asesino y espía bien pagado?

—Era poli —dijo Cody con timidez, mirando el montón de polvo—. En Nashville.

—¿Qué? ¿De verdad? —Sí que me había sorprendido.

Cody asintió y me indicó que vaciara el primer montón de polvo en la papelera mientras él barría el resto.

—Mi padre fue también poli en su juventud, en su tierra natal, en una ciudad pequeña. Seguro que no has oído hablar de ella. Se mudó aquí cuando se casó con mi madre. Yo crecí aquí y nunca he estado en su país de origen, pero quería ser igual que mi padre, así que, cuando murió, fui a la academia y me uní al cuerpo.

—Vaya —dije, inclinándome de nuevo para recoger el resto del polvo—. Es mucho menos glamuroso de lo que me imaginaba.

—Bueno, desmantelé yo solo un cártel de la droga, entiéndeme.

—Por supuesto.

—Y una vez el Servicio Secreto escoltaba por la ciudad al presidente. Todos comieron helado y se pusieron malos, así que tuvimos que protegerlo los del departamento de un intento de asesinato. —Alzó la voz

hacia Abraham, que estaba liado con una de las escopetas del equipo—. ¡Eran los franchutes los que estaban detrás, ¿sabes?!

—¡No soy francés! —replicó Abraham—. ¡Soy canadiense, tarugo!

—¡No hay ninguna diferencia! —Cody sonrió y me miró—. La verdad es que tal vez no fuera glamuroso, o no siempre, pero me gustaba. Me gusta hacer el bien para la gente. Servir y proteger. Y luego...

—¿Luego? —pregunté.

—Nashville fue anexionada cuando el país se desmoronó —explicó Cody—. Un grupo de cinco Épicos se hicieron cargo de casi todo el sur.

—El Aquelarre —dije, asintiendo—. Son seis, en realidad. Hay dos gemelos.

—Ah, bien. Olvidaba que eres una mina de información sobre el tema. Pues eso, que se hicieron cargo, y el Departamento de Policía empezó a servirlos a ellos. Si no estábamos de acuerdo, teníamos que entregar la placa y retirarnos. Los buenos lo hicieron. Los malos se quedaron y se volvieron peores.

—¿Y tú? —pregunté.

Cody acarició algo que llevaba en la cintura, atado al lado derecho de su cinturón. Parecía una carterita fina. Abrió el cierre y me enseñó una placa de policía, con arañazos pero todavía pulida.

—No hice ni una cosa ni la otra —dijo, en voz baja—. Hice un juramento. Servir y proteger. No voy a dejarlo porque unos matones con poderes mágicos hayan empezado a dar empujones a todo el mundo. Eso es todo.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. Miré aquella placa, y mi mente empezó a dar vueltas y más vueltas, como una torta en una sartén, tratando de comprender a aquel hombre, tratando de conciliar al bromista fanfarrón que contaba chistes con la imagen de un agente de policía todavía en activo, todavía sirviendo después de que el Ayuntamiento de su ciudad hubiera caído, después de que la comisaría fuera cerrada, después de que se lo hubieran quitado todo.

«Los demás tienen probablemente historias similares», pensé, mirando a Tia, que seguía ocupada trabajando y bebiendo refresco de cola. ¿Qué la había llevado a librar lo que la mayoría de la gente consideraba una batalla sin esperanza, a vivir una vida de fugitiva, a hacer caer el peso de la justicia sobre aquellos a quienes la ley debería haber condenado pero no podía tocar? ¿Qué había impulsado a Abraham, a Megan, al mismísimo Profesor?

Miré a Cody, que se disponía a cerrar la funda de su placa. Había algo guardado detrás del plástico, la foto de una mujer, a la que sin embargo

le faltaba un trozo, el rectángulo correspondiente a los ojos y parte de la nariz.

—¿Quién era?

—Alguien especial —repuso.

—¿Quién?

Sin responderme, Cody cerró la funda.

—Es mejor que no preguntemos por la familia de los demás —dijo Tia desde la mesa—. Normalmente los Reckoners terminan muertos, pero de vez en cuando alguno de nosotros es capturado. Es mejor que no podamos revelar nada de los demás que ponga a sus seres queridos en peligro.

—Ah —dije—. Sí, tiene sentido. —No era algo que yo hubiera tenido en cuenta: no me quedaban seres queridos.

—¿Cómo va, chavala? —preguntó Cody, acercándose a la mesa.

Me acerqué también y vi que Tia había desplegado listas de informes y datos.

—No va en absoluto —respondió Tia con una mueca. Se frotó los ojos bajo las gafas—. Esto es como intentar resolver un rompecabezas complejo con una sola pieza.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté. No les encontraba sentido a los datos, igual que no se lo había encontrado a los mapas.

—Steelheart resultó herido ese día —dijo Tia—. Si tus recuerdos son correctos...

—Lo son —prometí.

—Los recuerdos de la gente se difuminan —dijo Cody.

—Los míos no —insistí—. No los de aquello. No los de ese día. Puedo decirte de qué color era la corbata del empleado de las hipotecas. Puedo decirte cuántos cajeros había. Probablemente podría darte la cifra de las placas del techo del banco. Está todo aquí, en mi cabeza, grabado a fuego.

—De acuerdo —dijo Tia—. Bueno, si tienes razón, entonces Steelheart se mantuvo invulnerable durante gran parte de la pelea y solo le hirieron casi al final. Algo cambió. Estoy estudiando todas las posibilidades acerca de tu padre, del emplazamiento o de la situación en sí. Lo más probable es lo que ya mencionaste: que la cámara acorazada tuviera

algo que ver. Tal vez algo de lo que había en su interior debilitaba a Steelheart y, cuando la cámara reventó, pudo afectarlo.

—Entonces estás buscando una lista del contenido de la cámara del banco.

—Sí —respondió Tia—. Pero es una tarea imposible. La mayoría de los archivos se destruirían con el banco. Los archivos externos estarían almacenados en un servidor en alguna parte. El First Union los tenía alojados en una compañía conocida como Dorry Jones L. L. C. La mayoría de sus servidores estaban localizados en Texas, pero el edificio se quemó hace ocho años, durante los disturbios de Ardra.

»Queda la posibilidad de que tuvieran archivos físicos o una copia de seguridad digital en otra sucursal, pero ese edificio albergaba las oficinas principales, así que las probabilidades son escasas. Aparte de eso, he estado buscando listas de los clientes ricos o notables que frecuentaban el banco y tenían cajas de seguridad en la cámara acorazada. Tal vez almacenaban algo en ellas que conste en los archivos públicos. Una roca extraña, un símbolo concreto que Steelheart pudiera haber visto, algo.

Miré a Cody. ¿Servidores? ¿Alojamiento? ¿De qué estaba hablando Tia? Cody se encogió de hombros.

El problema era que los puntos flacos de los Épicos podían ser cualquier cosa. Tia había mencionado símbolos: había algunos Épicos que, al ver una pauta concreta, perdían sus poderes momentáneamente. Otros se debilitaban al pensar en algo, si no tomaban ciertos alimentos o tomaban los que no les convenían. Las flaquezas eran más variopintas que los poderes.

—Si no resolvemos este rompecabezas —dijo Tia—, el resto del plan es inútil. Estamos iniciando un camino peligroso, pero aún no sabemos si seremos capaces de hacer lo que tenemos que hacer al final. Eso me molesta enormemente, David. Si se te ocurre algo, cualquier cosa, que pudiera darme otra pista para seguir trabajando, dímelo.

—Lo haré —prometí.

—Bien —dijo ella—. Si no, llévate a Cody y, por favor, dejadme concentrarme.

—Tendrías que aprender a hacer dos cosas a la vez, chavala —dijo Cody—. Como yo.

—Es fácil ser un bufón y estropearlo todo, Cody —respondió ella—. Volver a arreglarlo mientras tratas con dicho bufón es una tarea mucho

más difícil. Vete a buscar algo a lo que dispararle, o lo que sea que hagas.

—Creía estar haciendo lo que hago —dijo él, ausente. Señaló con un dedo una línea de una de las páginas, que parecía un listado de los clientes del banco. «Johnson Liberty Agency», ponía.

—¿Qué estás...? —Tia se calló al leer aquello.

—¿Qué? —pregunté yo, leyendo el documento—. ¿Esa es la gente que guardaba cosas en el banco?

—No —respondió Tia—. Esto no es una lista de clientes. Es una lista de gente a la que el banco pagaba. Es...

—El nombre de su compañía de seguros —dijo Cody, sonriendo.

—¡Calamity, Cody! —maldijo Tia—. Te odio.

—Ya lo sé, chavala.

Curiosamente, los dos sonreían mientras hablaban. Tia empezó inmediatamente a revisar los papeles y miró mal a Cody cuando advirtió que había dejado una mancha de mayonesa de su sándwich en el papel que había señalado.

Él me cogió por el hombro y me apartó de la mesa.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté.

—La compañía de seguros —me dijo—. La compañía a la que el First Union Bank pagó montones de dinero para asegurar las cosas que tenía en la cámara acorazada.

—Entonces esa compañía de seguros...

—Tendría que tener un registro detallado y diario de lo que aseguraba —dijo Cody con una sonrisa—. Las compañías de seguros son un poco puntillosas con estas cosas, al igual que los banqueros. Al igual que Tia, en realidad. Si tenemos suerte, el banco cursó una reclamación tras la pérdida del edificio que dejó un rastro en papel adicional.

—Muy listo —dije, impresionado.

—Oh, soy bueno encontrando cosas que están por ahí flotando delante de mis narices. Tengo buena vista. Una vez capturé a un *leprechaun*, ¿sabes?

Lo miré, escéptico.

—¿No son irlandeses?

—Claro. Estaba aquí por un intercambio. Nosotros les enviamos a los irlandeses tres nabos y una vejiga de oveja.

—No me parece un buen negocio.

—Oh, pues yo creo que fue cojonudo, teniendo en cuenta que los *leprechauns* son imaginarios y eso. Hola, Profesor. ¿Cómo está tu *kilt* ?

—Es tan imaginario como tu *leprechaun* , Cody —respondió el Profesor, que entró en la sala desde una de las habitaciones laterales, a la que llamaba su «habitación de pensar», significara lo que significase eso. Era donde estaba el creador de imágenes, y los otros Reckoners se mantenían apartados—. ¿Puedo llevarme a David?

—Por favor, Profesor —dijo Cody—, somos amigos. Ya deberías saber que no hay que pedir una cosa así... Deberías tener clara mi tarifa habitual por alquilar a uno de mis lacayos. Tres libras y una botella de whisky.

No supe si sentirme más insultado por lo de lacayo o por el precio ridículo de mi alquiler.

El Profesor no le hizo caso y me tomó por el brazo.

—Voy a enviar a Abraham y Megan a casa de Diamond.

—¿El traficante de armas? —pregunté, ansioso. Habían mencionado que tal vez tuviera en venta tecnología capaz de ayudar a los Reckoners a hacerse pasar por Épicos. Los «poderes» manifestados tendrían que ser deslumbrantes y destructivos para llamar la atención de Steelheart.

—Quiero que vayas con ellos —dijo el Profesor—. Será una buena experiencia para ti. Pero obedece las órdenes: Abraham está al mando. Y hazme saber si alguien a quien veas parece reconocerte.

—Lo haré.

—Ve a buscar tu arma, entonces. Se marchan ya.

—¿Y el arma? —dijo Abraham mientras caminábamos—. El banco y los contenidos de la cámara acorazada podían ser una pista falsa, ¿no? ¿Y si había algo especial en el arma con la que le disparó tu padre?

—Esa pistola la dejó caer un agente de seguridad cualquiera —respondí—. Era una Smith and Wesson M&P nueve milímetros, semiautomática. No tenía nada de particular.

—¿Recuerdas la pistola exacta?

Le di una patada a la basura mientras caminábamos por el túnel subterráneo de paredes de acero.

—Como decía, recuerdo al detalle ese día. Además, entiendo de armas. —Tras una breve vacilación, lo admití—. Cuando era pequeño, llegué a pensar que el arma debía haber sido especial. Ahorré con la idea de comprar una, pero nadie quiso vendérsela a un chico de mi edad. Planeaba colarme en el palacio y dispararle.

—Colarte en el palacio —dijo Abraham.

—Bueno, sí.

—Y dispararle a Steelheart.

—Tenía diez años —dije—. No me niegues el mérito.

—Un niño con tales aspiraciones tiene todo mi respeto, pero no le prestaría dinero ni le haría un seguro de vida. —Abraham parecía divertido—. Eres un hombre interesante, David Charleston, pero parece que fuiste un niño aún más interesante.

Sonreí. Aquel expresivo canadiense de hablar quedo, con su leve acento francés, tenía algo que despertaba el afecto de uno. Casi no te fijabas en la enorme ametralladora con el lanzagranadas montado que llevaba al hombro.

Todavía estábamos en las catacumbas de acero, donde ni siquiera un armamento de aquel calibre llamaba la atención. Pasamos ante grupos ocasionales de personas arracimadas en torno a hogueras o calefactores enchufados a redes eléctricas pirata. Más de uno llevaba rifle de asalto.

En los días anteriores, yo me había aventurado a salir del escondite un par de veces, siempre en compañía de uno u otro de los Reckoners. Que

me hicieran de niñera me molestaba, pero lo comprendía. No podía esperar que confiaran por completo en mí todavía. Además, aunque yo nunca lo hubiese admitido en voz alta, no quería caminar solo por las catacumbas de acero.

Había evitado aquellas profundidades durante años. En la Fábrica contaban historias de gente depravada, de monstruos terribles que vivían ahí abajo. De bandas que se alimentaban literalmente de los necios que se perdían en pasadizos olvidados, matándolos y comiéndose su carne. De asesinos, criminales y adictos; pero no como los criminales y adictos que teníamos arriba, tampoco, sino especialmente depravados.

Tal vez fueran exageraciones. La gente con la que nos cruzábamos parecía peligrosa, pero más bien de un modo hostil, no demencial. Te miraban con expresión un tanto sombría y seguían todos tus movimientos hasta que finalmente te perdías de vista.

Esa gente quería estar sola. Eran los parias de los parias.

—¿Por qué los deja Steelheart vivir aquí abajo? —pregunté mientras pasábamos ante otro grupo.

Megan no respondió (caminaba delante de nosotros, algo apartada), pero Abraham miró por encima del hombro la hoguera y la fila de gente que se había asomado para asegurarse de que nos marchábamos.

—Siempre habrá gente como ellos —dijo Abraham—. Steelheart lo sabe. Tia piensa que ideó este lugar para ellos; para tenerlos localizados. Es útil saber dónde se reúnen tus parias. Mejor conocerlos que no poder preverlos.

Me sentí incómodo. Creía que estábamos completamente fuera del alcance de Steelheart ahí abajo. Tal vez aquel lugar no fuera tan seguro como había supuesto.

—No se puede mantener confinado a todo el mundo constantemente sin disponer de una buena prisión —dijo Abraham—. Así que permites cierto grado de libertad a quienes realmente la quieren. De ese modo, no se convierten en rebeldes. Eso si lo haces bien.

—Con nosotros lo hizo mal —mascullé.

—Sí. En efecto.

Seguí mirando hacia atrás mientras caminábamos. No podía librarme de la sensación de que alguien podía atacarnos en esas catacumbas. Sin embargo, no lo hicieron. Ellos...

Me sobresalté al darme cuenta de que, en ese momento, algunos nos seguían.

—¡Abraham! —susurré—. Nos están siguiendo.

—Sí —dijo él, tranquilo—. Algunos nos esperan también más allá.

Delante de nosotros el túnel se estrechaba. En efecto, allí había un grupo de siluetas, esperando en la oscuridad. Llevaban la ropa harapienta y dispareja propia de muchos habitantes de las catacumbas, y cargaban con viejos rifles y pistolas envueltos en cuero, armas que probablemente solo funcionaban un día de cada dos y habían pasado por una docena de manos en los últimos diez años.

Los tres dejamos de andar, y el grupo de detrás nos alcanzó, dejándonos atrapados. No les veía la cara. Ninguno llevaba móvil y, sin su luz, estaba oscuro.

—Bonito equipo, amigo —dijo uno de los del grupo que teníamos delante.

Nadie hizo ningún movimiento claramente hostil. Empuñaban las armas pero sin apuntarnos directamente.

Empecé a descargar el rifle del hombro, con cuidado, el corazón latiéndome enloquecidamente. Abraham, sin embargo, me detuvo con una mano. Llevaba su enorme ametralladora en la otra, con el cañón apuntando hacia arriba, y vestía una chaqueta de los Reckoners, como Megan, aunque la suya era gris y blanca, con el cuello alto y varios bolsillos, mientras que la de ella era de cuero marrón corriente.

Siempre llevaban la chaqueta cuando salían del escondite. Yo nunca había visto funcionar una, y no sabía cuánta protección ofrecían realmente.

—Tranquilo —me dijo Abraham.

—Pero...

—Yo me encargo de esto —insistió, la voz perfectamente tranquila mientras daba un paso adelante.

Megan se colocó a mi lado, con la mano en la pistolera. No parecía más tranquila que yo. Los dos tratábamos de vigilar a la gente que teníamos delante y detrás al mismo tiempo.

—¿Os gusta nuestro equipo? —preguntó Abraham amablemente.

—Deberíais dejar las armas —replicó el matón—. Continuad.

—Eso no tiene sentido —respondió Abraham—. Si tengo armas que queréis, eso implica que mi potencia de fuego es mayor que la vuestra. Si vamos a pelear, perderíais. ¿Ves? Tu intimidación no funciona.

—Somos más que vosotros, amigo —dijo el tipo en voz baja—. Y estamos dispuestos a morir. ¿Y vosotros?

Sentí un escalofrío en la nuca. No, esos no eran los asesinos que yo creía que vivían ahí abajo. Eran más peligrosos, como una manada de lobos.

Lo noté por la forma en que se movían, por la forma en que los grupos nos habían mirado pasar. Eran parias, pero parias unidos para ser uno solo. Ya no vivían como individuos, sino como grupo.

Y armas como las que llevaban Abraham y Megan aumentarían sus probabilidades de sobrevivir. Estaban dispuestos a apoderarse de ellas, aunque eso significara perder a varios de sus miembros. Eran una docena de hombres y mujeres contra solo tres, y estábamos rodeados. Las probabilidades eran escasísimas. Yo ansiaba empuñar mi rifle y empezar a disparar.

—No nos habéis emboscado —señaló Abraham—. Esperáis poner fin a esto sin que haya muertes.

Los ladrones no respondieron.

—Sois muy amables al ofrecernos esa opción —dijo Abraham, asintiendo. Había una extraña sinceridad en él: dicho por otra persona, aquello habría parecido condescendiente o sarcástico, pero viniendo de él parecía sincero—. Nos habéis dejado pasar varias veces cruzando un territorio que consideráis vuestro. También por eso os doy las gracias.

—Las armas —dijo el matón.

—No puedo dáros las —contestó Abraham—. Las necesitamos. Aparte de eso, si os las diéramos, os iría mal a ti y a los tuyos. Otros las verían y las desearían. Otras bandas querrían quitáros las como vosotros habéis querido quitárnos las a nosotros.

—Eso no es asunto tuyo.

—Tal vez no. Sin embargo, en honor al respeto que nos habéis demostrado, te ofrezco un trato. Un duelo entre tú y yo. Solo tiene que morir un hombre. Si nosotros ganamos, nos dejaréis en paz y nos permitiréis pasar libremente por esta zona en el futuro. Si ganas tú, mis amigos entregarán sus armas y podréis hacer lo que queráis con mi cadáver.

—Esto son las catacumbas de acero —dijo el hombre. Algunos de sus compañeros susurraban y los miró con hosquedad antes de continuar—. No es sitio para tratos.

—Y, sin embargo, ya nos has ofrecido uno —dijo Abraham tranquilamente—. Nos has honrado. Confío en que vuelvas a hacerlo.

A mí aquello no me parecía ningún honor. No nos habían atacado porque nos tenían miedo; querían las armas, pero no querían pelea. Su intención era intimidarnos.

El jefe de los matones, sin embargo, acabó por asentir.

—Bien —dijo—. Trato hecho. —Apuntó rápidamente con su rifle y disparó. La bala alcanzó a Abraham en el pecho.

Di un salto, maldiciendo, al tiempo que agarraba mi arma.

Pero Abraham no cayó. Ni tan siquiera pestañeó. Dos disparos más sonaron en el estrecho túnel y las balas lo alcanzaron, una en la pierna, otra en el hombro. Ignorando su poderosa ametralladora, Abraham se llevó la mano al costado y desenfundó su pistola. Luego le disparó al matón en el muslo.

El tipo gritó, dejó caer su viejo rifle y se desplomó, sujetándose la pierna herida. La mayoría de sus amigos parecían demasiado asombrados para responder, aunque unos cuantos bajaron las armas, nerviosos. Abraham volvió a enfundar la pistola como si tal cosa.

Sentí que el sudor me corría por la frente. La chaqueta parecía estar haciendo su trabajo, y mejor de lo que yo esperaba. Pero yo aún no tenía una de esas. Si los otros matones abrían fuego...

Abraham le entregó su ametralladora a Megan, luego avanzó y se arrodilló junto al matón caído.

—Por favor, aplica presión aquí —le dijo en tono amistoso, colocando la mano del hombre sobre su muslo—. Ahí, muy bien. Ahora, si no te importa, te vendaré la herida. Te he disparado donde la bala pudiera atravesar el músculo, para que no se te quedara alojada dentro.

El matón gimió de dolor mientras Abraham sacaba una venda y le vendaba la pierna.

—No podéis matarnos, amigo —continuó Abraham, hablando todavía con más suavidad—. No somos lo que creéis que somos. ¿Comprendes?

El matón asintió vigorosamente.

—Sería muy aconsejable que fuerais nuestros aliados, ¿no crees?

—Sí —dijo el matón.

—Magnífico —respondió Abraham, apretando la venda—. Cámbiatela dos veces al día. Usa vendas hervidas.

—Sí.

—Bien. —Abraham se levantó, recuperó su arma y se volvió hacia el resto del grupo del matón—. Gracias por dejarnos pasar —les dijo a los otros.

Parecían confundidos, pero se apartaron dejándonos paso. Abraham echó a andar y lo seguimos rápidamente. Miré por encima del hombro mientras el resto del grupo se congregaba en torno a su jefe caído.

—Eso ha sido sorprendente —dije mientras nos alejábamos.

—No. Era un grupo de gente asustada defendiendo lo poco que puede decir que es suyo: su reputación. Me he sentido mal por ellos.

—Te ha disparado. Tres veces.

—Les he dado permiso.

—¡Solo después de que nos amenazaran!

—Y solo después de que violáramos su territorio —dijo Abraham. Le entregó de nuevo la ametralladora a Megan y se quitó la chaqueta sin dejar de andar.

Vi que una de las balas la había atravesado. Manaba sangre de un agujero en su camisa.

—¿La chaqueta no lo para todo?

—No son perfectas —dijo Megan mientras Abraham se quitaba la camisa—. La mía falla cada dos por tres.

Nos detuvimos mientras Abraham se limpiaba la herida con un pañuelo y se extraía una pequeña lasca de metal. Era todo lo que quedaba de la bala, que al parecer se había desintegrado al golpear la chaqueta. Solo un pedacito la había atravesado hasta su piel.

—¿Y si te hubiera disparado a la cara? —pregunté.

—Las chaquetas ocultan un escudo avanzado —me explicó Abraham—. No es la chaqueta en sí lo que protege, en realidad, sino el campo que se extiende a partir de ella. Ofrece protección a todo el cuerpo; es una barrera invisible que resiste los impactos.

—¿Qué? ¿De verdad? Es sorprendente.

—Sí. —Abraham vaciló, luego volvió a ponerse la camisa—. Sin embargo, probablemente no habría detenido una bala directa a la cara. Así que tengo suerte de que no decidiera dispararme ahí.

—Como decía —intervino Megan—, distan mucho de ser perfectas. — Parecía molesta con Abraham—. El escudo funciona mejor para cosas como caídas y choques. Las balas son pequeñas e impactan a tanta velocidad que el escudo se sobrecarga rápidamente. Cualquiera de esos disparos podría haberte matado, Abraham.

—Pero no lo ha hecho.

—Podrían haberte herido. —La voz de Megan era severa.

—Me han herido.

Ella puso los ojos en blanco.

—Podrían haberte malherido.

—O podrían habernos disparado y matado a todos —dijo—. La jugada ha funcionado. Además, creo que ahora piensan que somos Épicos.

—A mí casi me lo has parecido —admití yo.

—Normalmente no revelamos esta tecnología —dijo Abraham, volviéndose a poner la chaqueta—. La gente no puede preguntarse si los Reckoners no son en realidad Épicos: eso sería perjudicial para lo que defendemos. Sin embargo, en este caso creo que servirá a nuestros intereses. Tu plan requiere que se rumoree que hay nuevos Épicos en la ciudad maquinando contra Steelheart. Esperemos que esa gente haga correr el rumor.

—Supongo —dije—. Ha sido una buena jugada, Abraham, pero, caray, por un momento he creído que estábamos muertos.

—Las personas rara vez quieren matar, David —dijo Abraham tranquilamente—. No es un deseo básico de la mente humana sana. En la mayoría de los casos, la gente se toma muchas molestias para evitar hacerlo. Recuerda eso, te será de ayuda.

—He visto matar a un montón de gente —respondí.

—Sí, y eso te indica algo. Una de dos: les pareció que no tenían otra opción (en cuyo caso, si hubieras podido darles otra probablemente la habrían aceptado) o no estaban mentalmente sanos.

—¿Y los Épicos?

Abraham se llevó la mano al cuello y acarició el pequeño colgante de plata.

—Los Épicos no son humanos.

Asentí. En eso estaba de acuerdo.

—Creo que han interrumpido nuestra conversación —dijo Abraham, que recogió el arma y se la puso al hombro tranquilamente mientras continuábamos caminando—. ¿Cómo resultó herido Steelheart? Puede que fuera por el arma que empleó tu padre. Nunca pusiste a prueba tu valiente plan de encontrar un arma idéntica y luego... ¿qué fue lo que dijiste? ¿Colarte en el palacio de Steelheart y dispararle?

—No, no llegué a intentarlo —respondí, ruborizándome—. Lo razoné detenidamente. Pero no creo que fuera cosa del arma, porque las M&P de nueve milímetros no son exactamente poco comunes. Alguien tiene que haber intentado dispararle con una. Además, nunca he oído hablar de ningún Épico cuyo punto flaco fuera que le disparan con un calibre especial de bala o una marca determinada.

—Tal vez —dijo Abraham—, pero los puntos flacos de muchos Épicos no tienen sentido. Puede haber sido por algo que tenía que ver con ese fabricante de armas en concreto o con la composición de la bala. Muchos Épicos son vulnerables a aleaciones concretas.

—Cierto —admití—. Pero ¿qué tendría esa bala en particular que no tuvieran las otras balas que le han disparado?

—No lo sé, aunque merece la pena reflexionar sobre ello. ¿Qué crees que lo debilitó?

—Tía piensa que algo que había en la cámara acorazada —dije, seguro solo a medias—. Eso o algún factor de la situación misma. Tal vez la edad de mi padre le permitió alcanzarlo (ya sé que es raro, pero había un Épico en Alemania a quien únicamente podía herir alguien que tuviera exactamente treinta y siete años) o puede que se debiera al número de personas que le estaban disparando. A Marca Cruzada, una Épica de México, solo pueden hacerla cinco personas que intenten matarla a la vez.

—No importa —me interrumpió Megan, volviéndose en el pasillo y deteniéndose en el túnel a mirarnos—. Nunca vas a averiguarlo. Su punto flaco podría ser cualquier cosa. Incluso sabiendo la historia de David, suponiendo que no se la haya inventado, no hay forma de saberlo.

Abraham y yo nos detuvimos. Megan se había puesto colorada y parecía a punto de perder los estribos. Después de pasarse una semana

actuando de manera fría y profesional, su furia fue para mí una gran sorpresa.

Se volvió y siguió caminando. Yo miré a Abraham, que se encogió de hombros.

Continuamos nuestro camino, pero la conversación languideció. Megan apretó el paso cuando Abraham trató de alcanzarla, así que la dejamos adelantarse. Tanto ella como Abraham habían recibido instrucciones para encontrarse con el traficante de armas, así que ella podía guiarnos igual que él. Al parecer ese tal Diamond iba a estar en la ciudad poco tiempo y durante sus visitas no hacía negocios nunca en el mismo lugar.

Recorrimos durante casi una hora el laberinto de catacumbas antes de que Megan nos hiciera detenernos en una intersección. Su móvil le iluminó el rostro cuando comprobó el mapa que le había cargado Tia.

Abraham se quitó el suyo del hombro de la chaqueta e hizo lo mismo.

—Casi hemos llegado —me dijo, señalando—. Por aquí. Al final de este túnel.

—¿Hasta qué punto podemos confiar en ese tipo? —pregunté.

—No podemos —contestó Megan. Su rostro había recuperado la habitual máscara de impasibilidad.

Abraham asintió.

—Es mejor no confiar nunca en un traficante de armas, amigo mío. Venden a ambos bandos, puesto que son los únicos que salen ganando si un conflicto continúa indefinidamente.

—¿A ambos bandos? —pregunté—. ¿También le vende a Steelheart?

—No lo admitirá si se lo preguntas —dijo Abraham—, pero seguro que sí. Incluso Steelheart sabe que no hay que hacer daño a un buen traficante de armas. Mata o tortura a un hombre como Diamond y los futuros traficantes no vendrán aquí. El ejército de Steelheart nunca tendrá buena tecnología comparada con la de sus vecinos. Eso no quiere decir que a Steelheart le guste: Diamond nunca podría abrir su negocio en las calles de arriba. Sin embargo, aquí abajo, Steelheart se hará el tonto mientras sus soldados continúen consiguiendo su equipo.

—Entonces, Steelheart sabrá lo que le compremos —dije.

—No, no —contestó Abraham. Parecía divertido, como si yo estuviera haciendo preguntas sobre algo tan simple como las reglas del juego del escondite.

—Los traficantes de armas no hablan de otros clientes... —dijo Megan—. Mientras esos clientes siguen con vida, al menos.

—Diamond volvió a la ciudad ayer mismo —dijo Abraham, guiándonos por el túnel—. Abrirá el negocio durante una semana. Si somos los primeros en llegar, podemos ver lo que tiene antes que la gente de Steelheart. De esta forma tendremos ventaja, ¿no? Diamond tiene a menudo artículos muy... interesantes.

«Muy bien, pues», pensé. Supuse que daba igual que Diamond fuera rastrero. Estaba dispuesto a utilizar cualquier medio para llegar hasta Steelheart. Las consideraciones morales habían dejado de turbarme hacía años. ¿Quién tenía tiempo para la ética en un mundo como ese?

Llegamos al pasillo que conducía a la tienda de Diamond. Esperaba encontrarme con guardias, quizá con armaduras de plena potencia. Sin embargo, la única persona que había allí era una niña con un vestido amarillo. Tendida en una sábana, en el suelo, dibujaba en un papel con un boli plateado. Nos miró y se puso a mordisquear el extremo del boli.

Abraham le tendió amablemente un pequeño chip de datos, que ella aceptó y examinó un momento antes de conectarlo a su móvil.

—Estamos con Phaedrus —dijo Abraham—. Tenemos una cita.

—Pasad —respondió la niña, lanzándole el chip.

Abraham lo atrapó al vuelo y seguimos pasillo abajo. Miré a la niña por encima del hombro.

—No es una medida de seguridad muy eficaz.

—Con Diamond siempre te encuentras algo nuevo —dijo Abraham, sonriendo—. Probablemente esconde algo elaborado, algún tipo de trampa que la niña puede activar. Explosivos, quizás. A Diamond le gustan los explosivos.

Doblamos una esquina y entramos en el cielo.

—Hemos llegado —anunció Abraham.

La tienda de Diamond no estaba en una habitación, sino en uno de los largos pasadizos de las catacumbas. Supuse que el otro extremo era un callejón sin salida o que habría guardias en él. El espacio estaba iluminado desde arriba por lámparas portátiles que, en contraste con la oscuridad de las catacumbas, resultaban casi cegadoras.

Esas luces iluminaban armas, cientos de armas que colgaban de las paredes del pasillo. Hermosas armas de acero bruñido y silencioso negro mate. Rifles de asalto. Pistolas. Bestias enormes electro-comprimidas como la que llevaba Abraham, con gravatónicos plenos. Revólveres a la antigua usanza, granadas apiladas, lanzacohetes.

Yo solo había poseído dos armas en la vida: mi pistola y mi rifle. El rifle era un buen amigo. Hacía tres años que lo tenía y confiaba mucho en él. Trabajaba cuando lo necesitaba. Teníamos una estupenda relación: yo lo cuidaba y él me cuidaba a mí.

Sin embargo, al ver la tienda de Diamond me sentí como un niño que solo ha tenido un coche de juguete y al que acaban de ofrecerle una sala llena de Ferraris.

Abraham entró en el pasadizo. No prestó demasiada atención a las armas. Megan entró también y yo la seguí, pegado a sus talones, mirando las paredes y su mercancía.

—Guau —dije—. Es como... un bananal de armas.

—Un bananal —repitió Megan inexpresivamente.

—Claro. ¿Sabes cómo las bananas crecen y cuelgan de los bananos y todo eso?

—Knees, eres un caso con las comparaciones.

Me ruboricé. «Una galería de arte —pensé—. Tendría que haber dicho “como una galería de arte para armas”. No, espera. En ese caso habría significado una galería para que la visitaran las armas. ¿Una galería de armas, entonces?». ».

—¿Cómo sabes siquiera lo que son las bananas? —preguntó Megan en voz baja mientras Abraham saludaba a un hombre grueso que estaba ante un pedazo de pared despejado. Solo podía tratarse de Diamond—. Steelheart no importa de América Latina.

—De mis enciclopedias —contesté, distraído. «Una galería de arte para criminales con afanes destructores. Eso tendría que haber dicho. Impresiona, ¿verdad?»—. Las leí unas cuantas veces. Algo se me quedó.

—Enciclopedias.

—Sí.

—Y las has leído «unas cuantas veces».

Callé al darme cuenta de lo que acababa que decir.

—Esto... no. Quiero decir que las hojeé. Ya sabes, buscando imágenes de armas. Yo...

—Eres todo un empollón —dijo ella, adelantándose para reunirse con Abraham. Parecía divertida.

Suspiré, me uní a ellos y traté de llamar su atención para decirle mi nueva comparación, pero Abraham nos estaba presentando.

—... chico nuevo —dijo, señalándome—. David.

Diamond me saludó con un gesto de cabeza. Llevaba una camiseta de flores algo chillona, como supuestamente hacía antiguamente la gente de los trópicos. Tal vez eso me había inspirado el símil de las bananas. Con barba y melena blancas, pero con entradas, sonreía abiertamente con chispitas en los ojos.

—Supongo que quieres ver lo nuevo —le dijo a Abraham—. Lo emocionante. ¿Sabes qué? Ejem. Mis otros clientes no han llegado todavía. ¡Sois los primeros! ¡El primero elige!

—Y paga el precio más alto —dijo Abraham, volviéndose para mirar la pared llena de armas—. ¡La muerte cuesta tanto hoy en día!

—Y eso lo dice el hombre que lleva una Manchester 451 electro-comprimida —dijo Diamond—. Con gravatónicos y lanzador de granadas completo. Bonitas explosiones. Un poco pequeñas, pero las puedes ir repitiendo de formas muy divertidas.

—Enséñanos lo que tienes —pidió Abraham, amable aunque algo forzadamente.

Hubiese jurado que parecía más tranquilo hablando con los matones que le habían disparado. Curioso.

—Voy a traer unas cosas para enseñároslas —dijo Diamond. Tenía sonrisa de pez loro, que siempre he supuesto que tiene aspecto de loro,

aunque nunca haya visto un animal ni el otro—. ¿Por qué no echáis un vistazo? Curiosead un poco. Decidme qué se os antoja.

—Muy bien —respondió Abraham—. Gracias.

Nos hizo un gesto con la cabeza: sabíamos lo que teníamos que hacer. Buscar algo que se saliera de lo común. Un arma tremendamente destructiva, cuyo poder de destrucción pareciera obra de un Épico. Si íbamos a imitar a uno, necesitábamos algo demoledor.

Megan se detuvo a mi lado, inspeccionando una ametralladora de balas incendiarias.

—No soy un empollón —le susurré en voz baja.

—¿Qué más da? —me preguntó ella tan tranquila—. No hay nada malo en ser listo. De hecho, si eres inteligente serás un activo más interesante para el equipo.

—Es que... no me gusta que me llamen empollón. Además, ¿quién sabe de algún empollón que salte de un avión en pleno vuelo y le dispare a un Épico mientras se lanza hacia el suelo?

—Nunca he oído que nadie haya hecho eso.

—Phaedrus lo hizo —dije—. En la ejecución de Redleaf; hace tres años, en Canadá.

—Esa historia se exageró —dijo Abraham en voz baja, acercándose—. Era un helicóptero. Y todo formaba parte de un plan: fuimos muy cuidadosos. Ahora, por favor, concentrémonos en la tarea que nos ocupa.

Cerré la boca y empecé a estudiar las armas. Las balas incendiarias eran impresionantes, pero no particularmente originales. No eran lo suficientemente impactantes para nosotros. De hecho, ninguna arma básica nos serviría; disparara balas, cohetes o granadas, no sería convincente. Necesitábamos algo más parecido a las armas de energía que tenía Control, un medio para imitar la potencia de fuego innata de los Épicos.

Recorrí el pasillo. Las armas parecían más brillantes cuanto más me alejaba. Me detuve junto a un curioso grupo de objetos. Parecían bastante inocentes: una botella de agua, un teléfono móvil, un bolígrafo. Estaban colocados en la pared como si fueran armas.

—Ah... eres un entendido, ¿verdad, David?

Di un respingo y me volví. Diamond estaba detrás de mí, sonriente. ¿Cómo podía moverse con tanto sigilo un hombre tan gordo?

—¿Qué son? —pregunté.

—Explosivos camuflados avanzados —respondió con orgullo. Dio un golpecito con una mano en una sección de la pared y apareció una proyección. Al parecer tenía un creador de imágenes conectado allí. Había una botella de agua en una mesa. Un hombre de negocios pasó mirando unos papeles que llevaba en la mano. Los dejó sobre la mesa y destapó la botella. Explotó.

Retrocedí de un salto.

—Ah —dijo Diamond—. Espero que aprecies el valor de estas imágenes: no suelo conseguir buenas tomas de la detonación de un explosivo camuflado. Esta es notable. ¿Ves? La explosión lanza el cuerpo hacia atrás sin dañar mucho lo que hay alrededor. Eso es importante en el caso de un explosivo camuflado, sobre todo si la persona a la que vas a asesinar puede llevar documentos valiosos encima.

—Es repugnante —dije, dándole la espalda.

—Nos dedicamos al negocio de la muerte, jovencito.

—Me refiero al vídeo.

—No era una persona muy agradable, si te sirve de algo. —Dudé de que eso le importara a Diamond. Parecía afable mientras señalaba la pared—. Una buena explosión. Te seré sincero: tengo esto a la venta porque me gusta mostrar ese vídeo. Es único.

—¿Explotan todos? —pregunté, examinando los artilugios de aspecto inocente.

—El bolígrafo es un detonador —dijo Diamond—. Lo pulsas y estalla uno de los borradores que hay al lado. Son detonadores universales. Depende de la sustancia, pero están programados con algoritmos de detección bastante avanzados. Pega uno de esos borradores a una granada de cualquier tipo, aléjate, y luego pulsa el bolígrafo.

—Si puedes pegar uno a la granada —explicó Megan, acercándose—, puedes tirar de la anilla o, mejor aún, disparar al objetivo.

—No son válidos para todas las situaciones —dijo Diamond, a la defensiva—. Pero son muy divertidos. ¿Qué puede haber mejor que detonar los explosivos de tu enemigo cuando menos se lo espera?

—Diamond —llamó Abraham desde el fondo del pasillo—, ven a hablarme de esto.

—¡Ah! Excelente opción. Maravillosos explosivos... —Se escabulló.

Contemplé el panel lleno de objetos letales aparentemente inocentes. Algo en ellos me pareció perverso. Yo había matado a hombres, pero lo había hecho de frente, con una pistola en la mano, y solo porque me había visto obligado a ello. No tenía muchas ideas filosóficas sobre la vida, pero una de ellas la había heredado de mi padre: nunca des el primer puñetazo; si tienes que dar el segundo, asegúrate de que no se levanten para el tercero.

—Podrían ser útiles —dijo Megan, todavía cruzada de brazos—. Aunque dudo de que ese capullo realmente entienda para qué.

—Lo sé —dije, tratando de redimirme—. Quiero decir, ¿grabar así la muerte de un pobre tipo? Es una completa falta de profesionalidad.

—La verdad es que vende explosivos —dijo Megan—, así que tener una grabación así es profesional por su parte. Sospecho que tiene grabaciones de la utilización de todas y cada una de estas armas, ya que no podemos probarlas aquí abajo.

—Megan, esa grabación es de un tipo volando por los aires. —Sacudí la cabeza, asqueado—. Es horrible. No se deberían mostrar cosas así.

Ella vaciló, como preocupada por algo.

—Sí. Naturalmente. —Me miró—. No has llegado a decirme por qué te molesta tanto que te llamen empollón.

—Sí que te lo he dicho. No me gusta porque, verás, quiero hacer cosas asombrosas. Y los empollones no...

—No es por eso. —Me miró fríamente. ¡Caray, qué ojos tan bonitos!—. Hay algo más que te molesta, y tienes que superarlo. Es una flaqueza. —Eché un vistazo a la botella de agua, luego se volvió y se acercó a lo que Abraham estaba inspeccionando. Era una especie de bazuca.

Me aseguré el rifle al hombro y me metí las manos en los bolsillos. Parecía que últimamente pasaba mucho tiempo recibiendo sermones. Creía que al salir de la Fábrica eso se terminaría, pero supongo que estaba equivocado.

Me di la vuelta y observé la pared más cercana. Me costaba concentrarme en las armas; era algo nuevo para mí. Le daba vueltas a lo que ella me había preguntado. ¿Por qué me molestaba tanto que me llamaran empollón?

Me acerqué a su lado.

—No sé si es lo que queremos —estaba diciendo Abraham.

—Pero las explosiones son enormes —añadió Diamond.

—Es porque eliminaron a los listos —le dije a Megan en voz baja.

Noté sus ojos sobre mí, pero continué mirando la pared.

—Un montón de chicos de la Fábrica intentaron con todas sus fuerzas demostrar lo listos que eran —dije, en voz baja—. Íbamos a clase, ya sabes. Íbamos a la escuela medio día, trabajábamos el resto de la jornada, a menos que el maestro te expulsara. Si te iba mal, te echaba y tenías que trabajar todo el día. La vida en la escuela era más fácil que en la Fábrica, así que la mayoría de los chicos se esforzaban.

»Sin embargo, los listos, los realmente listos, los empollones... se marchaban. Se los llevaban a la ciudad de arriba. Si demostrabas talento con los ordenadores, o con las matemáticas, o escribiendo, allá que ibas. He oído decir que encontraban buenos trabajos. En los cuerpos de propaganda de Steelheart o en sus oficinas de contabilidad o algo así. Cuando era pequeño, me hacía gracia que Steelheart tuviera contables. Tiene un montón, ya lo sabes. Hace falta gente así en un imperio.

Megan me miró, curiosa.

—Entonces, tú...

—Aprendí a hacerme el tonto —dije—. El mediocre, más bien. A los tontos los expulsaban de la escuela y yo quería aprender; sabía que necesitaba aprender, así que tenía que quedarme. También sabía que, si iba arriba, perdería la libertad. Él vigila mucho mejor a sus contables que a los obreros de sus fábricas.

»Había otros chicos como yo. Un montón de chicas ascendieron rápido, las listas. Sin embargo, para algunos de los chicos que conocía era una cuestión de orgullo que no se los llevaran arriba. No quería ser de los listos. Tuve que tener muchísimo cuidado, porque hacía muchas preguntas sobre los Épicos. Tuve que esconder los cuadernos, encontrar formas de engañar a quienes me consideraban listo.

—Pero ya no estás allí. Estás con los Reckoners. Así que no importa.

—Importa —dije—. Porque no soy listo, solo soy insistente. Mis amigos listos no tenían que estudiar. Yo tenía que estudiar como un burro para los exámenes.

—¿Como un burro?

—Ya sabes. Porque los burros trabajan duro tirando de carros y arados y eso.

—Sí, ignoraré el comentario.

—No soy listo —insistí.

No le conté que en parte tenía que estudiar tan duro porque necesitaba conocer perfectamente la respuesta a todas y cada una de las preguntas. Solo entonces podía asegurarme de que respondería mal al número exacto de ellas para permanecer en el término medio, pareciendo lo suficientemente listo para continuar en la escuela sin destacar.

—Además —proseguí—, los muy listos aprendían porque les encantaba. A mí no. Odiaba estudiar.

—Leíste la enciclopedia unas cuantas veces.

—Buscando posibles flaquezas de los Épicos —dije—. Necesitaba conocer diferentes metales, elementos y compuestos químicos, símbolos. Prácticamente cualquier cosa podía ser un punto flaco. Esperaba que algo hiciera clic en mi cabeza. Algo sobre él.

—Entonces todo es por él.

—Todo en mi vida es por él, Megan —dije, mirándola—. Todo.

Nos quedamos callados, aunque Diamond siguió con su charla. Abraham se había vuelto hacia mí. Parecía pensativo.

«Magnífico —pensé—. Me ha oído. Genial».

—Ya basta por favor, Diamond —dijo Abraham—. Esta arma no nos sirve.

El traficante suspiró.

—Muy bien. Tal vez puedas darme una pista de lo que puede servirnos.

—Algo distintivo —explicó Abraham—. Algo nunca visto y a la vez destructivo.

—Bueno, no tengo muchas cosas que no sean destructivas —dijo Diamond—. Pero distintivo... Déjame ver.

Abraham nos indicó que siguiéramos buscando. Sin embargo, mientras Megan continuaba haciéndolo, me agarró por el brazo. Su presa era bastante fuerte.

—Steelheart se lleva a los listos porque los teme —me dijo en voz baja—. Lo sabe, David. Todas estas armas no lo asustan. No serán lo que lo derroque. Será la persona lo bastante lista para descubrir el punto débil de su armadura. Sabe que no puede matarlos a todos, así que les da trabajo. Cuando muera, será a manos de alguien como tú. Recuerda eso.

Me soltó el brazo y se fue detrás de Diamond.

Lo miré marcharse y me acerqué a otro conjunto de armas. Sus palabras no cambiaban nada en realidad, pero curiosamente me sentí un poco más alto mientras miraba la hilera de armas y podía identificar a cada uno de los fabricantes.

No soy ningún empollón, sin embargo. Al menos sigo sabiendo eso.

Examiné las armas unos minutos, orgulloso de poder identificar muchas. Por desgracia, ninguna parecía lo bastante distintiva. De hecho, que pudiera identificarlas implicaba que no eran lo suficientemente específicas. Necesitábamos algo que nadie hubiera visto nunca.

«A lo mejor no tiene nada —pensé—. Si mantiene las existencias en circulación, puede que hayamos elegido el peor momento para venir. A veces comprando por comprar no te llevas nada que merezca la pena. Es...».

Me detuve al ver algo diferente. Motos.

Había tres en fila, al fondo del pasillo. No las había visto al principio, concentrado como estaba en las armas. Eran estilizadas, verde oscuro con motivos negros. Sentí ganas de encogerme y agacharme para ofrecer menos resistencia al viento. Me imaginé recorriendo las calles en una. Parecían agresivas como caimanes. Caimanes rapidísimos vestidos de negro. Caimanes ninja.

Decidí no usar esa comparación con Megan.

No llevaban armamento en apariencia, aunque sí unos extraños artilugios a los lados. ¿Tal vez armas energéticas? No encajaban con mucho de lo que tenía Diamond, pero claro, lo que tenía era bastante ecléctico.

Megan pasó de largo y alcé un dedo para señalar las motos.

—No —dijo ella, sin mirar siquiera.

—Pero...

—No.

—¡Pero si son asombrosas! —dije, como si eso fuera argumento suficiente. Y, caray, debería haberlo sido. ¡Eran asombrosas de verdad!

—Apenas fuiste capaz de conducir el coche de una mujer, Knees —me dijo Megan—. No quiero verte montado en algo con gravatónicos.

—¡Gravatónicos! —Eso era aún más asombroso.

—No —repitió Megan con firmeza.

Observé a Abraham, que inspeccionaba algo cerca. Me miró, luego miró las motos y sonrió.

—No.

Suspiré. ¿No se suponía que ir a comprar armas era divertido?

—Diamond —llamó Abraham al traficante de armas—, ¿qué es esto?

El otro se acercó.

—Oh, es maravilloso. Produce grandes explosiones. Es... —Su expresión cambió cuando vio lo que estaba mirando Abraham—. ¡Ah, eso! Hum, es maravilloso, aunque no sé si responde a vuestras necesidades...

El artículo en cuestión era un gran rifle con un cañón muy largo y mira telescópica. Parecía un AWM, un rifle para francotiradores que la Fábrica había utilizado como modelo para construir sus productos, pero con el cañón más largo y unas extrañas bobinas en torno al guardamanos. Estaba pintado de verde oscuro y tenía un gran agujero donde debería haber encajado el cargador.

Diamond suspiró.

—Esta arma es maravillosa, pero eres un buen cliente. Debería advertirte que no tengo los recursos necesarios para hacerla funcionar.

—¿Qué? —preguntó Megan—. ¿Vendes un arma rota?

—No es eso —respondió Diamond, dando un golpecito en la sección de la pared situada junto al arma. Apareció la imagen de un hombre en posición de disparo, en el suelo, empuñando el rifle y observando por la mirilla unos edificios desvencijados—. Se llama Gauss y es un arma desarrollada a partir de estudios sobre uno de esos Épicos que lanza balas a la gente.

—Rick O'Shea —dije, asintiendo—. Un Épico irlandés.

—¿Se llama de verdad así? —preguntó Abraham en voz baja.

—Sí.

—Es horrible. —Se estremeció—. Coger una hermosa palabra francesa^[2] y convertirla en... en algo que diría Cody. ¡Maldita sea!

—Ese Épico puede volver inestables los objetos al tocarlos —dije yo—. Luego explotan cuando se ven sometidos a un impacto importante. Básicamente carga las rocas de energía, las lanza a la gente y explotan. Es el típico Épico de energía cinética.

Me interesaba más la idea de que hubieran desarrollado una tecnología basándose en sus poderes. Ricky era un Épico nuevo. No existía en los viejos tiempos en que, como habían explicado los Reckoners, los Épicos fueron encarcelados y se experimentó con ellos. ¿Significaba esto que ese tipo de investigaciones seguían en marcha? ¿Había un lugar donde los Épicos estaban cautivos? Yo no había oído hablar de nada parecido.

—¿El arma? —le preguntó Abraham a Diamond.

—Bueno, como decía —Diamond tocó la pared y el vídeo empezó a reproducirse—, es un tipo de arma Gauss que usa un proyectil que ha sido cargado de energía. La bala, una vez vuelta explosivo, es impulsada a velocidades extremas usando imanes diminutos.

El hombre que empuñaba el rifle en el vídeo accionó un interruptor y las bobinas se iluminaron en verde. Apretó el gatillo y se produjo un estallido de energía casi sin retroceso. Una luz verde brotó del cañón dibujando una línea en el aire. Uno de los edificios lejanos explotó en una extraña lluvia verde que pareció deformar el aire.

—No estamos seguros de por qué hace eso —admitió Diamond—. Ni de cómo. La tecnología convierte la bala en una carga explosiva.

Sentí un escalofrío y pensé en los tensores, las chaquetas, la tecnología utilizada por los Reckoners. Lo cierto era que gran parte de la tecnología que empleábamos había llegado con los Épicos. ¿Hasta qué punto la entendíamos?

Nos basábamos en una tecnología que no entendíamos del todo para estudiar a criaturas enigmáticas que ni siquiera sabían cómo hacían lo que hacían. Éramos como sordos intentando bailar a un son que no podíamos oír mucho después de que la música hubiera parado. O... espera un momento: no sé qué pretendo decir con eso.

En cualquier caso, las luces que provocaba la explosión de esa arma eran muy distintivas, incluso hermosas. No dejaba muchos escombros, solo un poco de humo verde flotando en el aire. Era casi como si el edificio se hubiera transformado directamente en energía.

Entonces se me ocurrió.

—La aurora boreal —dije, señalando—. Se parece a las imágenes que he visto de la aurora boreal.

—La capacidad destructora parece considerable —comentó Megan—. Ese edificio ha quedado destruido casi por completo con un solo tiro.

Abraham asintió.

—Podría ser lo que necesitamos. Sin embargo, Diamond, ¿puedo preguntarte lo que has dicho antes? Has dicho que no funcionaba.

—Funciona bien —repuso el traficante rápidamente—. Pero requiere un paquete de energía para disparar. Uno potente.

—¿Cómo de potente?

—De cincuenta y seis KC —dijo Diamond y, tras vacilar, añadió—: por disparo.

Abraham silbó.

—¿Eso es mucho? —preguntó Megan.

—Sí —dije yo, asombrado—. Como varios miles de células de combustible estándar.

—Normalmente hay que conectarlo por cable a su propia unidad de energía —dijo Diamond—. No se puede conectar este chico malo a un simple enchufe de pared. Los tiros de esta demo fueron disparados usando varios cables de doce centímetros conectados a un generador exclusivo. —Miró el arma—. La compré esperando poder adquirir para cierto cliente algunas células de combustible de alta potencia y luego vendérsela en pleno funcionamiento.

—¿Quién conoce la existencia de esta arma? —preguntó Abraham.

—Nadie —respondió Diamond—. Se la compré directamente al laboratorio que la creó y quien hizo este vídeo era empleado mío. Nunca ha estado en el mercado. De hecho, los investigadores que la construyeron murieron al cabo de unos meses... Volaron por los aires, pobres idiotas. Supongo que es lo que pasa cuando tienes por costumbre construir aparatos que sobrecargan la materia.

—Nos la llevamos —dijo Abraham.

—¿Os la lleváis? —Diamond parecía sorprendido. Luego una sonrisa iluminó su rostro—. Bueno. ¡Es una elección excelente! Estoy seguro de que os encantará; pero, una vez más, para que quede claro, te recuerdo que no disparará a menos que dispongáis de vuestra propia fuente de energía, una fuente muy poderosa que probablemente no podáis transportar. ¿Comprendes?

—Encontraremos una —dijo Abraham—. ¿Cuánto?

—Doce —respondió Diamond sin perder un segundo.

—No se la puedes vender a nadie —dijo Abraham—, y no puedes hacer que funcione. Te daré cuatro. Gracias.

Abraham sacó una cajita. La pulsó y se la entregó.

—Y nos llevaremos uno de esos bolígrafos detonadores —dije de pronto mientras acercaba el móvil a la pared y descargaba el vídeo del arma Gauss en acción. Estuve a punto de pedir una moto, pero supuse que sería pasarme.

—Muy bien —aprobo Diamond, alzando la caja que Abraham le había dado. ¿Qué era, por cierto?—. ¿Está Fortuity aquí dentro? —preguntó.

—¡Ay, nuestro encuentro con él no nos dio tiempo para una cosecha adecuada! —se lamentó Abraham—. Pero contiene otros cuatro, incluido Absence.

¿Cosecha? ¿Qué significaba eso? Absence era un Épico a quien los Reckoners habían matado el año anterior.

Diamond gruñó. De pronto sentí mucha curiosidad por lo que había dentro de aquella caja.

—Toma esto también. —Abraham le tendió un chip de datos.

Diamond sonrió, aceptándolo.

—Sabes cómo endulzar un trato, Abraham. Sí que sabes.

—Que nadie se entere de que tenemos esto —dijo Abraham, indicando el arma—. Ni siquiera le digas a nadie que existe.

—¡Por supuesto que no! —Diamond se hizo el ofendido. Se acercó a su mesa para sacar de debajo una funda de rifle estándar y guardó el arma.

—¿Con qué le hemos pagado? —le pregunté a Megan en un susurro.

—Cuando los Épicos mueren, su cuerpo sufre una... —respondió ella.

—Mutación mitocondrial —terminé por ella—. Sí.

—Bueno. Cuando matamos a un Épico, cosechamos parte de sus mitocondrias. Los científicos que construyen este tipo de cosas las necesitan. Diamond comercia con ellas con los laboratorios de investigación secretos.

Silbé en voz baja.

—Guau.

—Sí —dijo ella, preocupada—. Las células mueren al cabo de minutos si no las congelas, lo que hace difícil cosecharlas. Hay algunos grupos por ahí que se ganan la vida cosechando células: no matan a los Épicos, solo roban una muestra de sangre y la congelan. Se ha convertido en una moneda secreta de mucho valor.

De modo que así era como sucedía. Los Épicos ni siquiera tenían por qué enterarse. Sin embargo, aquello me preocupó profundamente. ¿Hasta qué punto entendíamos el proceso? ¿Qué opinarían los Épicos de que su material genético se vendiera en el mercado negro?

A pesar de todas mis investigaciones sobre los Épicos, yo nunca había oído nada de eso. Me sirvió de recordatorio. Podía haber descubierto unas cuantas cosas, pero había un mundo entero desconocido para mí.

—¿Y el chip de datos que le ha dado Abraham? —pregunté—. Eso que Diamond ha llamado «endulzar un trato».

—Contiene explosiones —dijo ella.

—Ah. Claro.

—¿Por qué quieres ese detonador?

—No lo sé —contesté—. Lo encuentro divertido. Y como parece que pasará tiempo hasta que tenga una de esas motos...

—Nunca tendrás una de esas motos.

—... se me ha ocurrido que debía pedir algo.

Ella no respondió. Me pareció que la había molestado sin querer. Otra vez. Me costaba entender qué la molestaba: parecía que Megan tenía sus normas particulares acerca de lo que era «profesional» y lo que no.

Diamond terminó de guardar el arma y, para mi deleite, metió el bolígrafo detonador y un puñadito de «borradores» en la funda. Estaba encantado de llevarme algo extra.

Entonces noté olor a ajo. Fruncí el ceño. No olía exactamente a ajo, pero se parecía. ¿Qué era...?

Ajo.

El fósforo huele a ajo.

—Tenemos problemas —dije inmediatamente—. Nightwielder está aquí.

—¡Es imposible! —dijo Diamond, comprobando su móvil—. Se supone que no deben llegar hasta dentro de una hora o dos. —Vaciló y se llevó la mano a un pequeño auricular, le vibraba el móvil.

Se puso pálido, probablemente al escuchar la noticia de que alguien llegaba antes de tiempo que le comunicaba la niña de fuera.

—¡Oh, cielos!

—Caray —dijo Megan, echándose al hombro la funda del arma Gauss.

—¿Tenías una cita con Steelheart hoy mismo...? —preguntó Abraham.

—No con él —respondió Diamond—. Suponiendo que fuera cliente mío, nunca vendría en persona.

—Solo envía a Nightwielder —dije, olfateando el aire—. Sí, está aquí. ¿No lo oléis?

—¿Por qué no nos has advertido? —le preguntó Megan a Diamond.

—No hablo de otros clientes con...

—No importa. Nos marchamos. —Abraham señaló hacia el fondo del pasillo, al extremo opuesto a aquel por el que habíamos venido—. ¿Adónde conduce?

—No tiene salida —dijo Diamond.

—¿Has venido aquí sin una ruta de escape? —pregunté, incrédulo.

—¡Nadie puede atacarme! —replicó Diamond—. No con toda la quincalla que tengo. ¡Calamity! Esto es inaudito. Mis clientes saben que no pueden llegar antes de la hora acordada.

—Detenlo fuera —dijo Abraham.

—¿Detener a Nightwielder? —preguntó Diamond, incrédulo—. Es incorpóreo. ¡Puede atravesar las paredes, por el amor de Calamity!

—Entonces impídele que recorra el pasillo hasta el fondo —dijo Abraham tranquilamente—. Al final está oscuro. Nos esconderemos.

—Yo no... —empezó a decir Diamond.

—No hay tiempo para discutir, amigo mío —replicó Abraham—. Todo el mundo finge que no le importa que vendas a todos los bandos, pero dudo de que Nightwielder te trate bien si nos descubre aquí. Me reconocerá: me tiene visto. Si me encuentra aquí, moriremos todos. ¿Comprendes?

Diamond, todavía pálido, volvió a asentir.

—Vamos —ordenó Abraham, echándose el arma al hombro y corriendo hacia el fondo del pasillo.

Megan y yo lo seguimos. El corazón me latía con fuerza. ¿Nightwielder reconocería a Abraham? ¿Qué historia tenían juntos?

Había cajas de madera y metálicas amontonadas en el extremo del pasillo. Era en efecto un callejón sin salida, pero sin iluminar. Abraham nos indicó que nos pusiéramos a cubierto detrás de las cajas. Seguíamos viendo las paredes llenas de armas que habíamos estado estudiando hacía un momento. Allí continuaba Diamond, retorciéndose las manos.

—Toma —dijo Abraham, apoyando su enorme ametralladora en una caja y apuntando directamente a Diamond—. Encárgate de esto, David. No dispaes a menos que sea preciso.

—No servirá contra Nightwielder, de todas formas —dije—. Tiene invencibilidad suprema: balas, armas energéticas y explosiones pasan a través de él.

A menos que pudiéramos exponerlo a la luz del sol, suponiendo que yo tuviera razón. Por convincente que fuera con los demás, la verdad era que no sabía más que habladurías.

Abraham rebuscó en el bolsillo de su pantalón militar y sacó algo: un tensor.

Inmediatamente sentí un arrebató de alivio. Iba a abrirnos camino hacia la libertad.

—Entonces, ¿no vamos a esperar a que se vayan?

—Por supuesto que no —dijo él con total calma—. Me siento como una rata en una trampa. Megan, contacta con Tia. Necesitamos saber cuál es el túnel más cercano a este. Abriré una ruta hasta él.

Megan asintió, se arrodilló y se cubrió la boca con la mano mientras susurraba a su móvil. Abraham calentó el tensor y yo desplegué la mira de su ametralladora, situando el interruptor en modo descarga. Él asintió, aprobando el movimiento.

Eché un vistazo por la mira. Era buena, mucho mejor que la mía, con indicadores de distancia, monitores para la velocidad del viento y compensadores opcionales para la falta de luz. Logré ver bastante bien a Diamond mientras les daba la bienvenida a sus nuevos clientes con los brazos abiertos y sonriendo de oreja a oreja.

Me puse tenso. Eran ocho: dos hombres y una mujer trajeados, y cuatro soldados de Control. Aparte de Nightwielder, un asiático alto, solo a medias presente; leve, incorpóreo. Llevaba un traje bonito, con la chaqueta larga de estilo oriental, el pelo corto, y caminaba con las manos a la espalda.

Puse el dedo en el gatillo. Esa criatura era la mano derecha de Steelheart, la fuente de la oscuridad que aislaba Chicago Nova del sol y las estrellas. Una oscuridad similar se agitaba en el suelo a su alrededor, deslizándose hacia las sombras y arremolinándose. Nightwielder podía matar con eso, crear tentáculos de bruma oscura que se solidificaba y atravesaba a un hombre.

La incorporeidad y la manipulación de esa bruma eran sus dos únicos poderes conocidos, pero eran peliagudos. Capaz de atravesar materia sólida, como todos los incorpóreos, podía volar a velocidad constante, oscurecer por completo una habitación y atravesarte con esa oscuridad. También podía mantener toda la ciudad en la noche perpetua. Muchos pensaban que dedicaba a esto último la mayor parte de su energía.

Eso me había preocupado siempre. De no estar tan ocupado manteniendo la ciudad en la oscuridad, habría sido tan poderoso como el propio Steelheart. Fuera como fuese, era perfectamente capaz de encargarse de nosotros tres, desprevenidos como nos había pillado.

Nightwielder y sus dos sicarios conversaban con Diamond. Deseé oír lo que decían. Vacilé y me aparté de la mira telescópica. Muchas armas avanzadas tenían...

Sí. Conecté el interruptor lateral y activé el amplificador de sonido direccional de la mira. Saqué el auricular de mi móvil, lo pasé ante el chip de la mira para sincronizarlo y me lo metí en la oreja. Inclinado hacia delante, apunté al grupo. El receptor captó lo que estaban diciendo.

—... está interesado en un tipo concreto de arma, esta vez —decía una de los sicarios de Nightwielder. Llevaba traje y el pelo corto por encima de las orejas—. A nuestro emperador le preocupa que nuestras fuerzas confíen demasiado en las unidades blindadas para recibir apoyo pesado. ¿Qué tienes para unidades móviles?

—Eh... bastante —dijo Diamond.

«Caray, parece nervioso». No nos miró, pero temblaba y estaba sudando. Para tratarse de un hombre que se dedicaba al comercio clandestino de armas, desde luego no sabía controlar los nervios.

Diamond dejó de mirar a la mujer y se volvió hacia Nightwielder, que seguía con las manos a la espalda. Según mis notas, rara vez hablaba directamente durante las negociaciones comerciales. Prefería usar sicarios. Era alguna costumbre cultural japonesa.

La conversación continuó, y Nightwielder siguió de pie, con las manos a la espalda y en silencio. No se acercaron a mirar las armas de las paredes, ni siquiera cuando Diamond los invitó a hacerlo. Lo obligaron a llevárselas, y fue uno de los ayudantes quien se encargó de la inspección y las preguntas.

«Eso le conviene —pensé, y una gota de sudor nervioso me bajó por la sien—. Puede concentrarse en Diamond: estudiar y pensar, sin molestarse en entablar conversación».

—Lo tengo —susurró Megan.

Miré hacia atrás y la vi moviendo el móvil y cubriendo la luz con la mano para mostrarle a Abraham el mapa que había enviado Tia. Él tuvo que acercarse para verlo, porque había reducido el brillo de la pantalla del móvil casi por completo.

Abraham refunfuñó en voz baja.

—Dos metros recto, unos pocos grados hacia abajo. Voy a tardar unos cuantos minutos.

—Deberías ponerte manos a la obra, entonces... —dijo Megan.

—Necesitaré tu ayuda para ir quitando el polvo.

Megan se colocó a un lado y Abraham apoyó la mano en la pared del fondo, cerca del suelo, y activó el tensor. Un gran disco de acero empezó a desintegrarse bajo su contacto, creando un túnel por el que podríamos pasar arrastrándonos. Megan iba recogiendo y apartando el polvo de acero mientras Abraham se concentraba.

Volví a mi labor de vigilancia, tratando de respirar lo más suavemente posible. Los tensores no hacían mucho ruido, solo producían un leve zumbido. Era de esperar que nadie se diera cuenta.

—... amo piensa que esta arma es de baja calidad —dijo el sirviente, devolviendo una ametralladora—. Nos sentimos cada vez más decepcionados con tu selección, mercader.

—Bueno, quieren ustedes armamento pesado, pero no lanzadores. Es una exigencia difícil de cumplir. Yo...

—¿Qué es eso de la pared? —preguntó una voz suave, escalofriante. Sonaba como un susurro fuerte, con un acento característico, pero penetrante. Me hizo estremecer.

Diamond se envaró. Varié ligeramente el ángulo de la mira. Nightwielder estaba de pie junto a la pared de las armas. Señalaba un hueco del que sobresalían unos ganchos: el lugar donde había estado colgada el arma Gauss.

—Había algo aquí, ¿no? —preguntó Nightwielder. Casi nunca le hablaba a nadie directamente. No era buena señal—. Has abierto hoy mismo. ¿Ya has hecho negocios?

—Yo... no hablo de otros clientes —dijo Diamond—. Lo saben.

Nightwielder volvió a mirar la pared. En ese momento, Megan chocó con una caja mientras retiraba polvo de acero. No hizo mucho ruido; de hecho, ella ni siquiera se dio cuenta. Nightwielder volvió la cabeza hacia nosotros, sin embargo. Diamond siguió su mirada: al traficante de armas le temblaba tanto la mano de los nervios que podría haber hecho mantequilla con solo meterla en un cubo de leche.

—Ha notado algo —dije en voz baja.

—¿Qué? —preguntó Abraham, todavía concentrado.

—Tú a lo tuyo —le dije, poniéndome en pie—. Y permaneced callados.

Había llegado el momento de improvisar un poco más.

Me eché al hombro el arma de Abraham, ignorando la imprecación de Megan. Salí de detrás de las cajas antes de que pudiera detenerme, y en el último momento me acordé de quitarme el pinganillo de la oreja y guardármelo.

Cuando salí de la oscuridad, los soldados de Nightwielder volvieron sus armas hacia mí rápidamente. Sentí una punzada de ansiedad, el hormigueo de la indefensión. Odio que la gente me apunte con un arma, como todo el mundo, supongo.

Continué avanzando.

—Jefe —dije, palpando el arma—. La he hecho funcionar. El cargador sale ahora con facilidad.

Los soldados de Nightwielder se volvieron para mirarlo, como pidiendo permiso para disparar. El Épico se llevó las manos a la espalda, estudiándome con sus ojos etéreos. No parecía darse cuenta, pero con el codo rozaba la pared y atravesaba el acero sólido.

Me estudió, aunque permaneció inmóvil. Los matones no dispararon. Buena señal.

«Vamos, Diamond —pensé, tratando de controlar mi nerviosismo—. No seas idiota. Di algo...».

—¿Era la corredera? —me preguntó.

—No, señor. Un lado del cargador estaba ligeramente abollado. — Saludé respetuosamente con la cabeza a Nightwielder y sus acólitos, y luego me dispuse a dejar la ametralladora en el hueco de la pared. Encajaba, afortunadamente. Lo había supuesto, considerando que tenía más o menos el mismo tamaño que el arma Gauss.

—Bien, Diamond —dijo la ayudante de Nightwielder—. ¿Quieres hablarnos de esta nueva arma? Parece que...

—No —la interrumpió Nightwielder suavemente—. Que hable el muchacho.

Me detuve y me volví, nervioso.

—¿Señor?

—Háblame de esta arma —me pidió Nightwielder.

—El chico es nuevo —intervino Diamond—. No sabe...

—No pasa nada, jefe —dije—. Es una Manchester 451. El arma es una pasada: calibre 50, con cargadores electro-comprimidos. Cada uno contiene ochocientas balas. El sistema de selección de tiro permite disparos individuales, andanadas y ráfagas automáticas. Tiene reducción gravatónica del retroceso para el hombro, con mira opcional de magnitud avanzada, incluido receptor de audio, cálculo de alcance y un mecanismo de disparo remoto. También incluye un lanzagranadas opcional. Las balas suministradas son incendiarias y capaces de perforar blindajes, señor. No podría pedir un arma mejor.

Nightwielder asintió.

—¿Y esto? —dijo, señalando el arma que había al lado.

Me sudaban las palmas de las manos. Me las metí en los bolsillos. Eso era... era una... Sí, lo sabía.

—Browning M3919, señor. Un arma inferior pero muy buena para su precio. También calibre 50, aunque sin el reductor de retroceso, los gravatónicos ni la compresión de electrones. Es excelente como arma montada: con los reductores avanzados de calor en el cañón, puede disparar ochocientas balas por minuto. Más de un kilómetro y medio de alcance efectivo con precisión notable.

El pasillo quedó en silencio. Nightwielder observó el arma, luego se volvió hacia sus sicarios e hizo un gesto cortante. Estuve a punto de dar un respingo del susto, pero los otros se relajaron. Al parecer, había aprobado la prueba de Nightwielder.

—Queremos ver la Manchester —dijo la mujer—. Es exactamente lo que estamos buscando; tendrías que haberla mencionado antes.

—Yo... me avergonzaba el atasco del cargador —dijo Diamond—. Me temo que es un problema común de las Manchester. Cada arma tiene sus pegas. He oído que si se lima uno de los bordes superiores del cargador, encaja mucho más fácilmente. Traiga, déjeme bajársela...

La conversación continuó, pero se olvidaron de mí. Pude retirarme a un lugar donde no molestara. «¿Debería intentar escabullirme?», me pregunté. Parecería sospechoso que me fuera de nuevo al fondo del pasillo, ¿no? Caray. Daba la impresión de que iban a comprar la ametralladora de Abraham. Esperaba que me lo perdonara.

Si Abraham y Megan escapaban por el agujero, yo podría esperar a que Nightwielder se marchara y después alcanzarlos. Entonces quedarme quieto parecía la mejor opción por el momento.

Me encontré mirando la espalda de Nightwielder mientras sus sicarios continuaban con las negociaciones. Estaba... ¿a cuánto? ¿A tres pasos de él? Uno de los tres de confianza de Steelheart, uno de los Épicos vivos más poderosos, estaba ahí mismo, y yo no podía tocarlo. Bueno, no podía tocarlo literalmente, ya que era incorpóreo, pero tampoco figuradamente.

Así había sido siempre desde la aparición de Calamity. Muy pocos se atrevían a resistirse a los Épicos. Yo había visto a niños asesinados delante de sus padres, sin que nadie tuviera el valor de mover una mano para impedirlo. ¿Para qué intentarlo? Los hubieran matado igualmente.

También influía en mí hasta cierto punto. Estaba ahí a mi lado, pero lo único que quería era escapar. «Nos vuelves egoístas a todos, Nightwielder —pensé—. Por eso te odio. Os odio a todos». A Steelheart más que a nadie.

—... vendrían bien algunas herramientas forenses mejores —decía la servidora de Nightwielder—. Ya veo que no son tu especialidad.

—Siempre le traigo algo a Nightwielder... —respondió Diamond—. Y, desde luego, solo para ustedes. Déjenme enseñarles lo que tengo.

Parpadeé. Habían terminado la conversación sobre la Manchester y, al parecer, la habían comprado. Además le habían pedido un cargamento de trescientas más a Diamond, que hizo la venta aunque el arma no era suya.

«Forenses», pensé. Algo al respecto me cosquilleó en la memoria.

Diamond se puso a buscar unas cuantas cajas bajo su escritorio. Reparó en mí y me hizo apartarme.

—Puedes regresar al fondo y continuar con el inventario, chico. Ya no te necesito aquí.

Probablemente tendría que haber hecho lo que me decía, pero cometí una estupidez.

—Casi he terminado con eso, jefe —dije—. Y me gustaría quedarme, si puedo. Sigo sin saber mucho de equipo forense.

Él se quedó quieto, estudiándome, e hice todo lo posible para parecer inocente, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Una voccecita en mi interior murmuraba: «Eres un idiota, eres un idiota, eres un idiota». Pero ¿cuándo volvería a tener una ocasión como esa?

Formaba parte del equipo forense todo lo que se usa para estudiar el escenario de un crimen, y yo sabía un poco más al respecto de lo que acababa de darle a entender a Diamond: al menos había leído sobre el

tema. Acababa de recordar que se puede encontrar ADN y huellas dactilares usando luz ultravioleta. Luz ultravioleta: eso que según mis notas era el punto flaco de Nightwielder.

—Bien. —Diamond continuó buscando—. Pero mantente apartado del Grandioso.

Retrocedí unos cuantos pasos y bajé la mirada. Nightwielder no me prestaba ninguna atención, y sus sicarios permanecían cruzados de brazos mientras Diamond sacaba un puñado de cajas. Empezó a preguntar qué necesitaban, y no tardé en enterarme por sus respuestas de que alguien del Gobierno de Chicago Nova (Nightwielder o tal vez el propio Steelheart) estaba preocupado por el asesinato de Fortuity.

Querían equipo para detectar Épicos. Diamond no tenía nada parecido. Dijo que había oído que existía algo a la venta en Denver, pero que había resultado ser solo un rumor. Parecía que ni siquiera alguien como Diamond tenía facilidad para encontrar los brazaletes zahoríes de los Reckoners.

También querían equipo para determinar mejor el punto de origen de los casquillos de bala y los explosivos. Esta petición sí podía satisfacerla, sobre todo en lo concerniente a los explosivos. Sacó variosartilugios de sus envoltorios de cartón y espuma de poliestireno; luego mostró un escáner que identificaba el compuesto químico de un explosivo analizando la ceniza que producía.

Esperé, tenso, mientras que la mujer cogía algo que parecía un maletín de metal con cerraduras. Lo abrió, revelando un puñado de pequeños artilugios dentro de huecos de gomaespuma. Parecía el maletín forense acerca del que yo había leído.

Encima de todo había un pequeño chip de datos que brillaba débilmente una vez que el maletín estaba abierto. Debía de ser el manual. La mujer acercó el móvil para descargar las instrucciones. Me acerqué e hice lo mismo; me miró con mala cara, pero enseguida me ignoró y continuó con su inspección.

El corazón se me aceleró. Repasé el contenido del manual hasta que lo encontré: un escáner ultravioleta para huellas dactilares con cámara adosada. Leí las instrucciones. Si conseguía sacarlo del maletín...

La mujer extrajo un aparato y lo inspeccionó. No era el escáner dactilar, así que no le presté atención. Cogí el escáner en cuanto apartó los ojos y lo manoseé, fingiendo curiosidad.

En el proceso, lo encendí. Emitió una luz azul. Tenía una pantalla en la parte posterior. Funcionaba como una cámara digital, pero emitía luz ultravioleta. La proyectabas sobre un objeto y grababas las imágenes que revelaba. Era muy útil si hacías un barrido en una habitación en busca de ADN: te proporcionaba una grabación de lo que habías visto.

Encendí la función de grabación. Lo que estaba a punto de hacer podía valerme la muerte. Había visto asesinar a gente por muchísimo menos. Pero sabía que Tia quería pruebas más consistentes. Era hora de proporcionarle algunas.

Encendí la luz ultravioleta y apunté con ella a Nightwielder.

Nightwielder se volvió hacia mí de inmediato.

Apunté hacia un lado el haz ultravioleta, con la cabeza gacha, como si estuviera estudiando el aparato y tratando de entender su funcionamiento. Quería que pareciera que proyectaba la luz sobre él por casualidad mientras la manejaba.

No miré a Nightwielder. No podía mirarlo. No sabía si la luz le había hecho efecto, pero si así era y sospechaba siquiera que yo me había dado cuenta, moriría.

Podía morir de todas formas.

Era doloroso no saber qué efecto había producido la luz, pero el aparato estaba grabando. Le di la espalda a Nightwielder y seguí tocando algunos botones del aparato con una mano, como si intentara hacerlo funcionar. Con la otra, los dedos temblando de nervios, saqué el chip de datos y lo oculté en la palma de mi mano.

Nightwielder seguía observándome. Podía sentir sus ojos como taladros en la espalda. La habitación se volvió más oscura, las sombras se estiraron. Diamond continuaba hablando de las características del aparato que enseñaba. Nadie parecía haber advertido que yo había atraído la atención de Nightwielder.

Fingí no advertirlo yo tampoco, aunque el corazón se me salía del pecho. Seguí toqueteando la máquina un poco más, luego la alcé como si por fin hubiera descubierto cómo funcionaba. Di un paso adelante, toqué la pared con el pulgar y retrocedí para ver la huella dactilar a la luz ultravioleta.

Nightwielder no se había movido. Estaba decidiendo qué hacer. Matarme lo protegería si yo había advertido lo que le hacía la luz ultravioleta. Podía hacerlo. Podía argumentar que yo había invadido su espacio personal o que lo había mirado mal. ¡Caray! Ni siquiera necesitaba poner una excusa. Podía hacer lo que quisiera.

Sin embargo, mi muerte encerraba un peligro para él. Cuando un Épico mataba de manera errática o inesperada, la gente se preguntaba siempre si era un intento de ocultar su flaqueza. Sus sicarios me habían visto manejar un escáner ultravioleta. Podían atar cabos. Así que para más seguridad tendría que matar a Diamond y a los soldados de Control. Probablemente también a sus propios ayudantes.

Yo estaba sudando. Era horrible estar allí, sin poder mirarlo siquiera mientras él decidía si matarme o no. Tenía ganas de volverme, mirarlo a los ojos y escupirle mientras me mataba.

«Tranquilo», me dije. Desterré la expresión retadora, me volví y fingí advertir por primera vez que Nightwielder me estaba mirando. Su pose era la misma de antes, con las manos a la espalda, el traje negro y la fina corbata negra, la mirada fija, la piel transparente. No había rastro de lo sucedido, si en efecto había sucedido algo.

Al verlo, di un respingo. No tuve que fingir miedo. Me noté palidecer. El color se borró de mi rostro. Dejé caer el escáner dactilar y solté un gritito. El aparato se rompió contra el suelo. Solté una imprecación y me agaché junto a él.

—¿Qué haces, idiota? —Diamond corrió hacia mí. No parecía muy preocupado por el escáner, sino más bien por que yo hubiera ofendido de algún modo a Nightwielder—. Lo siento mucho, Grandioso. Es un puñetero idiota, pero es lo mejor que he podido encontrar. Es...

Diamond se calló cuando las sombras aumentaron y giraron sobre sí mismas convirtiéndose en gruesos cables negros. Se apartó y yo me levanté de un salto. Sin embargo, la oscuridad no me atacó, sino que recogió el escáner dactilar.

La negrura se arremolinó en el suelo, en volutas que giraban sobre sí mismas. Los tentáculos levantaron el escáner en el aire, delante de Nightwielder, que lo estudió con indiferencia. Nos miró. La oscuridad se alzó y rodeó el escáner. Se oyó un crujido como el de cien nueces abriéndose a la vez.

El mensaje estaba claro: moléstame y tendrás el mismo destino. Nightwielder disimulaba hábilmente su miedo al escáner y su deseo de destruirlo bajo el disfraz de una simple amenaza.

—Yo... —dije en voz baja—. Jefe, ¿por qué no vuelvo ahí atrás y sigo trabajando en ese inventario, como me ha dicho?

—Es lo que deberías haber hecho desde el principio —dijo Diamond—. Lárgate.

Me marché, con la mano al costado, agarrando el chip de datos del escáner ultravioleta. Avivé el paso, sin importarme lo que pudiera parecer, hasta que eché a correr. Llegué a las cajas y la relativa seguridad de sus sombras. Allí, cerca del suelo, encontré un túnel completo que atravesaba la pared del fondo.

Tomé aliento y me colé a gatas por la abertura. Recorrí los dos metros y pico de acero y salí al otro lado.

Algo me agarró del brazo y me resistí por instinto. Alcé la cabeza, intentando encontrarle la lógica al modo en que Nightwielder había logrado que la oscuridad misma cobrara vida. Me sentí aliviado al ver un rostro familiar.

—¡Silencio! —dijo Abraham, sujetándome el brazo—. ¿Te persiguen?

—Creo que no —respondí en voz baja.

—¿Dónde está mi ametralladora?

—Hum... creo que se la he vendido a Nightwielder.

Abraham me miró alzando una ceja, luego tiró de mí para situarme a un lado, donde Megan nos cubría con mi rifle. Era la viva imagen de una profesional: los labios en una línea tensa, escrutando los túneles cercanos en busca de peligros. La única luz procedía de los móviles que Abraham y ella llevaban sujetos al hombro.

Abraham le hizo un gesto, y ya no hubo más conversación mientras los tres huíamos pasillo abajo. En la siguiente intersección de las catacumbas, Megan le entregó mi rifle a Abraham (ignorando que yo había extendido la mano para cogerlo) y desenfundó una de las pistolas. Asintió hacia él, apuntó y avanzó por el túnel de acero.

Continuamos así, sin hablar, un rato. Yo estaba completamente perdido antes, pero dimos tantas vueltas que apenas sabía ya dónde estaba arriba y dónde abajo.

—Muy bien —dijo por fin Abraham, levantando una mano para llamar a Megan—. Hagamos una pausa para ver si nos sigue alguien. —Se sentó en un pequeño hueco del pasillo, desde donde podía ver un buen tramo, por si alguien nos seguía. Por lo visto prefería apoyarse el arma en el hombro sano.

Me agaché junto a él y Megan se reunió con nosotros.

—Has hecho una jugada inesperada ahí arriba, David —dijo Abraham en voz baja, con calma.

—No he tenido tiempo de pensar —respondí—. Nos habían oído trabajar.

—Cierto, cierto. Y luego Diamond te ha sugerido que volvieras al fondo, pero has dicho que querías quedarte.

—Entonces, ¿lo has oído?

—No podría comentártelo si no. —Continuó vigilando el pasillo.

Me fijé en Megan, que me dirigió una mirada glacial.

—Falta de profesionalidad —murmuró.

Rebusqué en el bolsillo y saqué el chip de datos. Abraham lo miró y frunció el ceño. Obviamente, no se había quedado el tiempo suficiente para ver qué hacía yo con Nightwielder. Conecté el chip al móvil y descargué la información. Tres segundos más tarde, empezó el vídeo del escáner ultravioleta. Abraham se acercó, e incluso Megan dobló el cuello para ver qué mostraba.

Contuve la respiración. No sabía con seguridad si tenía razón respecto a Nightwielder... y, aun en caso de tenerla, no tenía la certeza de que una rápida grabación con el escáner hubiera registrado alguna imagen utilizable.

En la imagen del vídeo se veía el suelo y a mí, agitando una mano delante de la lente. Luego enfocó a Nightwielder y el corazón me dio un vuelco. Pulsé la pantalla, congelando la imagen.

—¡Astuto tarugo! —murmuró Abraham.

Allí, en la pantalla, aparecía la mitad de Nightwielder plenamente corpóreo. Costaba distinguirlo, pero estaba allí. Bajo la luz ultravioleta no era transparente, y su cuerpo parecía más pesado.

Pulsé otra vez la pantalla. La luz ultravioleta pasó de largo y Nightwielder se volvió de nuevo incorpóreo. El vídeo duraba un segundo o dos, pero era suficiente.

—Un escáner forense ultravioleta —expliqué—. Me ha parecido que esta sería la mejor ocasión que tendríamos para saber con seguridad...

—No me puedo creer que hayas corrido ese riesgo sin consultar a nadie —dijo Megan—. Podrían habernos matado a los tres.

—Pero no lo han hecho. —Abraham cogió de mi mano el chip de datos. Lo estudió con reverencia. Luego alzó la cabeza, como si se acordara de que debía vigilar el pasadizo por si había alguien siguiéndonos—. Tenemos que llevarle este chip al Profesor. Ahora mismo. —Tras una breve vacilación, añadió—: Buen trabajo.

Se levantó para ponerse en marcha, y yo no pude evitar sonreír. Cuando me volví hacia Megan, me dirigió una mirada aún más fría y hostil que la de antes. Se levantó y siguió a Abraham.

«Caray», pensé. ¿Qué hacía falta para impresionar a esa chica? Sacudí la cabeza y corrí tras ellos.

Cuando regresamos, Cody había salido en misión de exploración para Tia, que nos indicó con un gesto las raciones que había en la mesa del fondo de la habitación principal esperando a ser consumidas.

—Ve a contarle al Profesor lo que has descubierto —me dijo Abraham en voz baja, caminando hacia el almacén.

Megan se acercó a la comida.

—¿Adónde vas? —le pregunté a Abraham.

—Por lo visto necesito un arma nueva —dijo él con una sonrisa, mientras cruzaba la puerta.

No me había echado la bronca por lo que había hecho con su ametralladora: comprendía que había salvado al equipo. Al menos esperaba que así lo entendiera. Sin embargo, se le notaba en la voz que acusaba la pérdida. Le gustaba aquella ametralladora y era fácil ver por qué: yo nunca había poseído un arma tan bonita como esa.

El Profesor no estaba en la habitación principal, y Tia me miró enarcando una ceja.

—¿Qué tienes que contarle al Profesor?

—Yo te lo explicaré —dijo Megan, sentándose a su lado.

Como de costumbre, Tia tenía la mesa llena de papeles y latas de refresco de cola. Por lo visto había encontrado los archivos de las aseguradoras que Cody había mencionado y los tenía en pantalla, delante de ella.

Si el Profesor no estaba allí, supuse que estaría en su habitación de pensar con el creador de imágenes. Me acerqué y llamé suavemente a la pared: la puerta era solo una tela.

—Pasa, David —respondió la voz del Profesor desde dentro.

Vacilé. No había vuelto a entrar en la habitación desde que le conté mi plan al grupo. Los otros casi nunca entraban. Era el santuario del Profesor, y normalmente era él quien salía en vez de invitar a entrar a alguien con quien necesitara hablar. Miré a Tia y a Megan. Ambas parecieron sorprendidas, pero ninguna dijo nada.

Aparté la cortina. Me había imaginado lo que estaría haciendo el Profesor con los creadores de imágenes de las paredes; tal vez sirviéndose de la conexión del equipo con la red espía para moverse por la ciudad y estudiar a Steelheart y sus sicarios.

No hacía nada tan teatral.

—¿Pizarras? —le pregunté.

El Profesor se volvió. Estaba de pie, en la pared del fondo, escribiendo con tiza. Las cuatro paredes, el techo y el suelo se habían convertido en pizarras y estaban llenas de escritura blanca.

—Lo sé —dijo el Profesor, haciéndome una seña para que pasara—. No es muy moderno, ¿verdad? Tengo tecnología para representar cualquier cosa del modo que quiera y prefiero las pizarras. —Sacudió la cabeza, divertido por su propia excentricidad—. Pienso mejor de esta forma. La costumbre, supongo.

Me acerqué a él y vi que no había escrito en las paredes. Lo que el Profesor tenía en la mano era un pequeño punzón en forma de tiza. La máquina interpretaba sus movimientos, haciendo aparecer las palabras a medida que las iba trazando.

La cortina había vuelto a caer, ocultando la luz de las otras habitaciones. Apenas distinguía al Profesor; la única luz procedía del suave brillo de las letras blancas de las seis superficies. Me sentí como si flotara en el espacio y las palabras fueran estrellas y galaxias que me iluminaban desde rincones lejanos.

—¿Qué es esto? —le pregunté, mirando hacia el techo y leyendo.

El Profesor había encuadrado partes para distinguirlas del resto y había trazado flechas y líneas apuntando a secciones diferentes. No le vi mucho sentido. El texto estaba en inglés, más o menos, porque muchas palabras eran muy pequeñas y parecían escritas con algún tipo de taquigrafía.

—El plan —dijo el Profesor, ausente. No llevaba las gafas ni la bata (ambas estaban en el suelo), y se había arremangado la camisa negra hasta los codos.

—¿Mi plan? —pregunté.

La sonrisa del Profesor quedó iluminada por el pálido brillo de las líneas de tiza.

—Ya no. Pero quedan semillas.

Sentí una profunda sensación de decepción.

—Pero, quiero decir...

El Profesor me miró, y luego me puso una mano en el hombro.

—Hiciste un gran trabajo, hijo, considerando las circunstancias.

—¿Qué tenía de malo? —pregunté. Me había pasado años, en realidad toda la vida, con ese plan, y confiaba bastante en lo que se me había ocurrido.

—Nada, nada —dijo el Profesor—. Las ideas son buenas, notablemente buenas. Convencer a Steelheart de que tiene un rival en la ciudad, atraerlo para que salga, atacarlo. Aunque está el hecho patente de que no sabes cuál es su punto débil.

—Bueno, sí —admití.

—Tia trabaja en ello. Si alguien puede descubrir la verdad es ella —dijo el Profesor. Tras una breve pausa, continuó—: La verdad es que no tendría que haber dicho que este no es tu plan. Lo es, y hay algo más que semillas en él. He examinado tus cuadernos de notas. Has pensado muy bien las cosas.

—Gracias.

—Pero tu visión era demasiado estrecha, hijo. —El Profesor apartó la mano de mi hombro y se acercó a la pared. La golpeó con el punzón que imitaba una tiza y el texto de la habitación rotó. Él ni siquiera pareció darse cuenta, pero yo me mareé cuando las paredes giraron a mi alrededor hasta que un nuevo texto se situó delante del Profesor.

»Déjame empezar por lo siguiente —dijo—. Aparte de no saber el punto débil exacto de Steelheart, ¿cuál es el mayor fallo de tu plan?

—Yo... —Fruncí el ceño—. ¿Eliminar a Nightwielder, tal vez? Pero, Profesor, acabamos...

—No, no es eso.

Fruncí el ceño aún más. No creía que mi plan tuviera ningún fallo. Los había resuelto todos, limándolos como la crema exfoliante elimina las espinillas de la barbilla de un adolescente.

—Vamos por partes —dijo el Profesor, que alzó el brazo y despejó un trozo de pared como si limpiara barro de una ventana. Las palabras se agruparon a un lado sin borrarse, amontonándose como si hubiera desenrollado una nueva sección de pared tirando de un carrete. Acercó la tiza al espacio despejado y empezó a escribir—. Primer paso: imitar a un Épico poderoso. Segundo paso: empezar a matar a los Épicos importantes de Steelheart para conseguir que se preocupe. Tercer paso:

atraerlo. Cuarto paso: matarlo. Al hacer esto devuelves la esperanza al mundo y animas a la gente a seguir peleando.

Asentí.

—Pero hay un problema —observó el Profesor, sin dejar de escribir en la pared—. Si conseguimos matar a Steelheart, lo habremos hecho imitando a un Épico poderoso. Todo el mundo pensará entonces que un Épico ha sido el causante de la derrota. ¿Y qué ganamos pues?

—Después podemos anunciar que ha sido cosa de los Reckoners.

El Profesor negó con la cabeza.

—No funcionaría. Nadie nos creería. No después de todas las molestias que nos habremos tomado para que Steelheart se lo crea.

—Bueno, ¿qué importa? —dije—. Estará muerto. —Entonces, en voz más baja, añadí—: Y yo me habré vengado.

El Profesor vaciló, tiza en mano.

—Sí —afirmó—. Supongo que te habrás vengado.

—Usted también lo quiere muerto —dije, dando un paso hacia él—. Lo sé. Lo veo.

—Quiero que todos los Épicos mueran.

—Más que eso —dije—. Se lo noto.

Me miró con severidad.

—Eso no importa. Es vital que la gente sepa que estamos detrás de esto. Tú mismo lo has dicho: no podemos matar a todos los Épicos que hay ahí fuera. Los Reckoners dan vueltas en círculos. La única esperanza que tenemos, la única esperanza que tiene la humanidad, es convencer a la gente de que puede contraatacar. Para que eso suceda, deben ser los humanos quienes acaben con Steelheart.

—Pero, para que salga, tiene que creer que un Épico lo amenaza —dije.

—¿Ves el problema?

—Yo... —Estaba empezando a verlo—. Entonces, ¿no vamos a imitar a un Épico?

—Sí —dijo el Profesor—. Me gusta la idea. Solo estoy señalando los problemas que debemos resolver. Si este... Limelight va a matar a Steelheart, necesitamos un modo de asegurarnos de poder convencer a

la gente de que fuimos en realidad nosotros. No es imposible, pero por eso he tenido que mejorar el plan, que ampliarlo.

—De acuerdo —acepté, relajándome. Así que seguíamos adelante según lo previsto. Con un Épico falso. El alma del plan seguía intacta.

—Por desgracia, hay un problema más grave —dijo el Profesor, marcando la pared con su tiza—. Tu plan exige que matemos a los Épicos de la administración de Steelheart, para amenazarlo y hacerlo salir. Según tú debemos hacerlo para demostrar que un nuevo Épico ha llegado a la ciudad. Sin embargo, no va a funcionar.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque es lo que harían los Reckoners —dijo el Profesor—. Matar Épicos en silencio, sin descubrirse nunca. Recelará. Tenemos que pensar como lo haría un auténtico rival. Todo el que quiera Chicago Nova pensará en términos más ambiciosos que nosotros. Cualquier Épico que pueda haber ahí fuera es capaz de tener una ciudad propia, no es tan difícil. Para querer Chicago Nova hay que ser ambicioso. Tienes que querer ser rey. Tienes que querer que los Épicos estén a tu entera disposición. Y por eso matarlos uno a uno no tiene sentido. ¿Lo ves?

—Los querrías con vida para que te sirvieran —dije, comprendiendo lentamente—. Cada Épico que mataras reduciría tu poder cuando te apoderaras de Chicago Nova.

—Exactamente. Nightwielder, Firefight, tal vez Conflux tendrán que morir. Pero debes tener mucho cuidado con a quién matas y a quién intentas comprar.

—Y no podríamos comprarlos —deduje—. No podríamos convencerlos de que somos un Épico. No a largo plazo.

—Ahí tienes otro problema —dijo el Profesor.

Tenía razón. Me vine abajo, como un refresco abierto toda la noche que se queda sin burbujas. ¿Cómo no había visto yo ese fallo de mi plan?

—He estado trabajando en estos dos problemas —dijo el Profesor—. Si vamos a imitar a un Épico (y pienso que deberíamos hacerlo), tenemos que ser capaces de demostrar que nosotros estábamos detrás. De esa forma, la verdad puede propagarse por Chicago Nova y, desde aquí, a los Estados Fracturados. No basta con matarlo simplemente: tenemos que filmarnos haciéndolo. Y tenemos, en el último minuto, que enviar información sobre nuestro plan a las personas adecuadas de la ciudad, para que lo sepan y respondan por nosotros. Gente como Diamond, magnates del crimen que no sean Épicos, gente con influencia pero sin relación directa con el Gobierno de Steelheart.

—De acuerdo. Pero ¿qué hay del segundo problema?

—Tenemos que golpear a Steelheart donde le duela, pero no durante demasiado tiempo, y no podemos concentrarnos en los Épicos. Necesitamos uno o dos golpes a gran escala que lo hagan sangrar, considerarnos una amenaza, y actuando además como un rival que quiere desbancarlo.

—Entonces...

El Profesor tocó la pared, haciendo subir el texto desde el suelo hasta tenerlo delante de los ojos. Pulsó una sección y una parte empezó a brillar en verde.

—¿Verde? —dije, divertido—. ¿No le gustan las cosas a la vieja usanza?

—Se pueden usar tizas de colores en una pizarra —gruñó él rodeando tres palabras: «Sistema de alcantarillado».

—¿Sistema de alcantarillado? —dije. Esperaba algo un poco más grandioso, un poco menos escatológico.

El Profesor asintió.

—Los Reckoners nunca atacamos las infraestructuras: nos centramos en los Épicos. Si golpeamos una de las principales infraestructuras de la ciudad, Steelheart creerá que no han sido los Reckoners quienes han actuado contra él, sino alguna otra fuerza cuyo objetivo es en concreto derrocarlo, ya sean rebeldes de la ciudad u otro Épico que ha entrado en su territorio.

»El funcionamiento de Chicago Nova se basa en dos principios: el miedo y la estabilidad. La ciudad tiene instalaciones básicas de las que muchas otras ciudades carecen y que atraen a la gente. El miedo a Steelheart los mantiene a raya. —Volvió a hacer rodar las palabras, acercando una serie de dibujos que había hecho con “tiza” en la pared más alejada. Parecían un plano algo burdo—. Si empezamos a atacar sus infraestructuras actuará más rápido contra nosotros que si atacamos a sus Épicos. Steelheart es listo. Sabe por qué viene la gente a Chicago Nova. Si pierde las cosas básicas (el sistema de alcantarillado, la energía, las comunicaciones), perderá la ciudad.

Asentí lentamente.

—Me pregunto por qué.

—¿Por qué? Acabo de explicártelo... —El Profesor se calló y me miró. Frunció el ceño—. No te refieres a eso.

—Me pregunto por qué le importa. ¿Por qué tomarse tantas molestias en crear una ciudad donde quiera vivir la gente? ¿Por qué le importa que la población tenga comida o agua o electricidad? Mata cruelmente a sus habitantes y, sin embargo, se encarga de que estén atendidos.

El Profesor guardó silencio. Al cabo de un rato, sacudió la cabeza.

—¿Para qué ser rey si no tienes súbditos?

Recordé el día de la muerte de mi padre. «Esta ciudad es mía...». Mientras lo pensaba, me di cuenta de algo referente a los Épicos, algo que, a pesar de todos mis años de estudio, nunca había comprendido del todo.

—No es suficiente —susurró el Profesor—. No es suficiente tener poderes divinos, ser inmortal a todos los efectos, poder doblegar los elementos a voluntad y surcar los cielos. No es suficiente a menos que puedas utilizarlo para que los demás te sigan. En cierto modo, los Épicos no serían nada sin la gente corriente. Necesitan a alguien a quien dominar, necesitan alardear de sus poderes.

—Lo odio —susurré, aunque no pretendía decirlo en voz alta. Ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba pensando.

El Profesor me miró.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Va a decirme que mi ira no sirve de nada?

Me lo habían dicho otras veces, Martha sobre todo. Decía que la sed de venganza me devoraría.

—Tus emociones son asunto tuyo, hijo —dijo el Profesor, dándole la espalda a la pizarra—. No me importa por qué luchas, mientras luches. Tal vez tu ira te consuma, pero es mejor consumirse que encogerse bajo el pulgar de Steelheart. —Hizo una pausa—. Además, decirte que pares sería como si el fuego le dijera al horno que se enfríe.

Asentí. Él lo comprendía. Lo sentía también.

—En cualquier caso, el plan está reencarrilado —dijo el Profesor—. Atacaremos la planta de tratamiento de aguas residuales, porque es la menos protegida. Lo difícil será asegurarse que Steelheart relacione el ataque con un Épico rival en vez de con los rebeldes.

—¿Sería malo que la gente pensara que hay una rebelión?

—No haría salir a Steelheart, para empezar —dijo el Profesor—. Y si pensara que la población se rebela, se lo haría pagar. No quiero que mueran inocentes por cosas que hayamos hecho nosotros.

—Pero ¿no se trata de eso? ¿La cuestión no es demostrar a los otros que pueden contraatacar? Lo cierto es que, ahora que lo pienso, podríamos establecernos definitivamente en Chicago Nova. Si ganamos, tal vez podamos gobernar cuando...

—Basta.

Fruncí el ceño.

—Nosotros matamos Épicos, hijo —explicó el Profesor, su voz súbitamente calma, intensa—. Y somos buenos en ello. Pero que no se te meta en la cabeza que somos revolucionarios, que vamos a derribar lo que existe y ponernos en su lugar. En el momento en que empecemos a pensar así, estaremos perdidos.

»Queremos que los demás contraataquen. Queremos inspirarlos. Pero no nos atrevamos a tomar el poder. Eso será el fin. Somos asesinos. Arrancaremos a Steelheart de su sitio y encontraremos un modo de arrancarle el corazón del pecho. Después, que otros decidan qué hacer con la ciudad. Yo no quiero formar parte de ello.

La ferocidad de esas palabras, aunque eran suaves, me hizo callar. No supe qué responder. Sin embargo, tal vez el Profesor tuviera razón. Se trataba de matar a Steelheart. Teníamos que permanecer centrados.

Me seguía pareciendo extraño que no me hubiera reprendido por mi pasión por la venganza. Era la primera persona que no me daba un sermón sobre el desquite.

—Bien —dije—. Pero creo que la estación de alcantarillado no es el lugar apropiado para atacar.

—¿Dónde atacarías tú?

—En la central eléctrica.

—Demasiado bien protegida. —El Profesor examinó sus notas y vi que también tenía un esquema de la central eléctrica con anotaciones alrededor. Lo había considerado.

Me gustó la idea de que los dos pensáramos de un modo parecido.

—Si está tan protegida —dije—, entonces volarla resultará mucho más impresionante. Además, podríamos robar una de las células de energía de Steelheart mientras estemos allí. Trajimos un arma de Diamond, pero está seca. Necesita una fuente de energía muy potente para funcionar.

Acerqué el móvil a la pared y descargué el vídeo del arma Gauss disparando. La imagen apareció en la pared, apartando algunos de los escritos con tiza del Profesor, y empezó a reproducirse.

Él observó en silencio y, cuando terminó, asintió.

—Así que nuestro falso Épico tendrá poderes energéticos.

—Y por eso destruiré la central eléctrica —dije—. Una cosa tiene que ver con la otra. —A los Épicos les gustaban las líneas temáticas.

—Lástima que no baste con destruir la central eléctrica para neutralizar los equipos de Control —dijo el Profesor—. Conflux les da suministro directamente. También lo proporciona a parte de la ciudad, aunque según nuestros informes lo hace cargando las células de energía almacenadas aquí. —Recuperó el plano de la central eléctrica—. Una de estas células podría dar energía a esta arma: son muy compactas y cada una contiene más energía de lo que parece físicamente posible. Si volamos la central y el resto de estas células, causaremos graves daños a la ciudad. —Asintió—. Me gusta. Es peligroso, pero me gusta.

—Y no evitaremos tener que enfrentarnos a Conflux —dije—. Sería lógico incluso para un Épico rival. Primero destruir la central eléctrica, luego eliminar las fuerzas policiales. Caos. Saldrá especialmente bien si podemos matar a Conflux con esa arma y montando un buen espectáculo de luces.

El Profesor asintió.

—Tendré que estudiarlo un poco más —dijo, y alzó una mano para borrar el vídeo. Desapareció como si hubiera estado dibujado con tiza. Apartó otros párrafos y alzó el punzón para empezar a trabajar. Sin embargo, se detuvo y me miró.

—¿Qué? —pregunté.

Se acercó a su chaqueta de Reckoner, que estaba sobre la mesa, y sacó algo de debajo. Regresó y me lo dio. Era un guante: un tensor.

—¿Has estado practicando?

—Todavía no soy muy bueno.

—Mejora. Rápido. No quiero tener al equipo en desventaja, y Megan no parece capaz de hacer funcionar los tensores.

Cogí el guante sin decir nada, aunque quería preguntarle: «¿Por qué no usted, Profesor? ¿Por qué se niega a usar su propio invento?». La advertencia de Tia para que no curioseara demasiado me hizo morderme la lengua.

—Me he enfrentado a Nightwielder —farfullé, recodando el motivo por el que había ido a hablar con el Profesor.

—¿Qué?

—Estaba en la tienda de Diamond. He fingido ser un empleado. Yo... He usado un escáner dactilar de rayos ultravioleta que había para confirmar el punto flaco de Nightwielder.

El Profesor me estudió, impasible, sin delatar ninguna emoción.

—Has tenido una tarde muy ajetreada. Supongo que lo has hecho poniendo en riesgo a todo el equipo.

—Yo... Sí. —Mejor que se lo dijera yo a que lo hiciera Megan, que sin duda lo informaría, con todo detalle, de cómo me había desviado del plan.

—Eres prometedor —dijo el Profesor—. Corres riesgos, consigues resultados. ¿Tienes pruebas de lo que decías sobre Nightwielder?

—Tengo una grabación.

—Impresionante.

—A Megan no le ha hecho mucha gracia.

—A Megan le gustaban las cosas como estaban antes. Añadir un nuevo miembro al equipo siempre altera la dinámica. Además, creo que le preocupa que la superes. Todavía está molesta porque es incapaz de hacer funcionar los tensores.

¿Megan? ¿Preocupada por que yo la estuviera superando? El Profesor no debía de conocerla muy bien.

—Es cosa tuya, entonces —prosiguió—. Quiero que avances con el tensor cuando atacemos la central eléctrica. Y no te preocupes demasiado por Megan...

—No lo haré. Gracias.

—Preocúpate por mí.

Me quedé helado.

El Profesor se puso a escribir en la pizarra y no se volvió hacia mí para hablar, pero sus palabras fueron punzantes.

—Obtienes resultados arriesgando la vida de los míos. Deduzco que nadie ha resultado herido, de lo contrario lo habrías mencionado ya. Eres prometedor, como he dicho, pero si tu intrepidez lleva a la muerte

a uno de mi equipo, David Charleston, no será Megan tu problema. No dejaré de ti lo suficiente para que ella se moleste en empezar.

Tragué saliva. Se me había secado la garganta.

—Te confío sus vidas —dijo el Profesor, sin dejar de escribir—, y confío a ellos la tuya. No traiciones esa confianza, hijo. Controla tus impulsos. No actúes porque puedes: actúa porque es lo adecuado. Si recuerdas eso, no habrá ningún problema.

—Sí, señor —dije, y crucé a paso rápido la puerta cubierta con la cortina.

—¿Qué tal es la señal? —preguntó el Profesor por el auricular.

Me llevé la mano a la oreja.

—Buena —respondí. Llevaba en la muñeca el móvil, recién sintonizado con los de los Reckoners y completamente inmune a los sistemas de espionaje de Steelheart. También me habían dado una chaqueta. Parecía una chaqueta deportiva negra y roja de tela fina, pero tenía cables en el forro y una pequeña batería portátil cosida a la espalda. Eso desplegaría a mi alrededor un campo de fuerza si me golpeaban.

El Profesor me la había preparado personalmente. Decía que me protegería de una caída o una pequeña explosión, pero que no intentara saltar por ningún precipicio y que evitara que me disparasen a la cara. Desde luego, yo no tenía intención de hacer ninguna de las dos cosas.

La llevaba con orgullo. No me habían nombrado oficialmente miembro del grupo, pero esos dos cambios equivalían en esencia a ello. Naturalmente, participar en aquella misión era seguramente también buen indicio.

Miré el móvil; solo estaba en línea con el Profesor. Pulsando la pantalla podía pasar a una línea conjunta de todo el grupo, conectarme a un único miembro, o escoger unos cuantos para hablar con ellos.

—¿Estáis en posición? —preguntó el Profesor.

—Lo estamos.

Me encontraba en un oscuro túnel de puro acero. La única luz que había procedía de mi móvil y el de Megan, que iba delante. Ella llevaba vaqueros oscuros y su chaqueta de cuero marrón sin abrochar encima de una camiseta ceñida. Estaba inspeccionando el techo.

—Profesor —dije en voz baja, volviéndome—, ¿está seguro de que no puedo tener de pareja a Cody para esta misión?

—Cody y Tia son el equipo de apoyo —dijo el Profesor—. Ya hemos hablado de esto, hijo.

—Podría ir con Abraham, entonces, o con usted. —Eché un vistazo por encima del hombro y luego hablé en voz aún más baja—. A ella no le caigo muy bien.

—No consentiré que dos miembros de mi grupo no se lleven bien —me reprendió el Profesor severamente—. Aprenderéis a trabajar juntos. Megan es una profesional. No habrá problemas.

«Sí, es una profesional —pensé—. Demasiado profesional». Pero el Profesor no me hacía ningún caso.

Inspiré profundamente. Sabía que parte de mi nerviosismo se debía a la misión. Había pasado una semana desde mi conversación con el Profesor y el resto de los Reckoners habían estado de acuerdo en que atacar la central eléctrica simulando que lo hacía un Épico rival era el mejor plan.

Había llegado el día. Nos internaríamos en la central eléctrica de Chicago Nova y la destruiríamos. Esta sería mi primera operación real con los Reckoners. Por fin era miembro del grupo. No quería ser el más débil.

—¿Estás bien, hijo? —me preguntó el Profesor.

—Sí.

—En marcha. Sincroniza tu reloj.

Inicié en mi móvil una cuenta atrás de diez minutos. El Profesor y Abraham iban a irrumpir primero por el otro lado de la central, donde estaban los equipos grandes. Se abrirían paso hacia arriba, colocando cargas. A los diez minutos, Megan y yo entraríamos y robaríamos una célula de energía para usarla con el arma Gauss. Tia y Cody serían los últimos. Se colarían por el agujero que habían abierto el Profesor y Abraham. Eran el equipo de apoyo, preparado para actuar y ayudarnos a salir en caso necesario, pero se mantendrían en segundo plano y nos darían información y guía.

Tomé aire. En la otra mano llevaba el tensor de cuero negro con brillantes franjas verdes desde las yemas de los dedos a la palma. Megan me miró mientras avanzaba hacia el fondo del túnel que Abraham había excavado el día anterior durante una misión de exploración.

Le mostré la cuenta atrás.

—¿Seguro que puedes hacer esto? —me preguntó. Había cierto escepticismo en su voz, aunque su rostro era impassible.

—He mejorado mucho con los tensores —respondí.

—Olvidas que he visto la mayoría de tus sesiones de prácticas.

—Cody no necesitaba esa supervisión —dije.

Me miró, alzando una ceja.

—Puedo hacerlo —dije, dirigiéndome al fondo del túnel, donde Abraham había dejado una columna de acero que sobresalía del suelo. Era lo bastante baja para que yo pudiera subirme a ella y alcanzar el techo. El reloj seguía corriendo. No hablamos. Pensé unas cuantas formas de empezar una conversación, pero todas murieron en mis labios en cuanto abrí la boca. En cada ocasión me encontré con la mirada glacial de Megan. No quería charlar. Quería hacer el trabajo.

«¿Por qué me importa siquiera? —pensé, mirando al techo—. Aparte del primer día, no me ha demostrado más que frialdad y, de vez en cuando, desdén».

Sin embargo, tenía algo... Aparte de ser hermosa, aparte de llevar granadas diminutas en la camiseta, tenía algo que seguía pareciéndome asombroso.

Había chicas en la Fábrica; pero, como todo el mundo, eran complacientes. Decían que vivían la vida, pero tenían miedo. Miedo de Control, miedo a que un Épico las matara.

Megan no parecía temer nada, nunca. No jugaba con los hombres, lanzando miraditas y diciendo cosas que no pensaba. Hacía lo que había que hacer, y era muy buena en ello. Eso me resultaba increíblemente atractivo. Deseaba poder explicárselo, pero las palabras se me atascaban en la garganta como canicas en el agujero de una cerradura.

—Yo... —empecé a decir.

Mi móvil sonó.

—Ve —dijo ella, mirando hacia arriba.

Tratando de convencerme de que no me sentía aliviado por la interrupción, acerqué las manos al techo y cerré los ojos. Estaba, en efecto, mejorando con el tensor. No era todavía tan bueno como Abraham, pero ya no era un desastre. Al menos casi nunca. Apoyé la palma de la mano en el techo de metal del túnel y empujé cuando empezaron las vibraciones.

El zumbido era como el ansioso ronroneo de un coche potente en marcha pero en punto muerto. Era otra de las maneras que tenía Cody de describirlo. Yo había dicho que daba la sensación de ser una lavadora desequilibrada con cien chimpancés epilépticos en el tambor. Estaba muy orgulloso de esa comparación.

Empujé y mantuve la mano firme, tarareando para mí en el mismo tono. Eso me ayudaba a concentrarme. Los otros no lo hacían ni tenían tampoco que mantener siempre la mano apretada contra la pared. Con

el tiempo también quería aprender a hacerlo como ellos, pero mi método me valía de momento.

Las vibraciones aumentaron pero las contuve, las retuve en la mano. Las controlé hasta que me pareció que las uñas de los dedos saldrían disparadas. Entonces aparté la mano y de algún modo empujé.

Imaginen tener en la boca un enjambre de abejas y escupirlas tratando de que vayan todas en una misma dirección por la pura fuerza de tu aliento y tu voluntad. Es más o menos así. Mi mano voló hacia atrás y lancé las vibraciones semimusicales hacia el techo, que se sacudió y estremeció con un suave zumbido. El polvo de acero cayó alrededor de mi brazo y hasta el suelo, como si alguien hubiera aplicado un rallador de queso a un frigorífico.

Megan se cruzó de brazos y observó, alzando una ceja. Me preparé para algún comentario frío e indiferente. Ella asintió.

—Buen trabajo —dijo.

—Sí, bueno, ya sabes, he practicado mucho en el viejo gimnasio para desintegrar paredes.

—¿En el qué? —Frunció el ceño mientras acercaba la escalerilla que habíamos llevado con nosotros.

—No importa —dije, subí por ella y asomé la cabeza al sótano de la Central Siete: la central eléctrica. Yo nunca había estado dentro de ninguna de las centrales de la ciudad, naturalmente. Eran como búnkeres, con altas paredes de acero y valladas. A Steelheart le gustaba tenerlo todo vigilado; un lugar como ese, aparte de ser una central eléctrica, también tenía oficinas gubernamentales en los pisos superiores. Todo cuidadosamente rodeado, protegido y controlado.

En el sótano, por fortuna, no había cámaras. La mayoría estaban en los pasillos.

Megan me tendió mi rifle y salí a la habitación de arriba. Era un almacén, oscuro a excepción de unas cuantas lucecitas encendidas que en esa clase de sitios... bueno, suelen tener siempre en funcionamiento. Me acerqué a la pared y pulsé el móvil.

—Estamos dentro —dije en voz baja.

—Bien —respondió la voz de Cody.

Me ruboricé.

—Lo siento. Pretendía comunicarme con el Profesor.

—Lo has hecho. Me ha dicho que os echara un ojo. Enciende el vídeo de tu auricular.

El auricular era uno de esos que te rodean toda la cabeza, con una pequeña cámara que me sobresalía de la oreja. Pulsé unas cuantas veces la pantalla del móvil para activarlo.

—Bien —dijo Cody—. Tia y yo nos hemos colocado aquí, en el punto de entrada del Profesor.

Al Profesor le gustaban los planes de contingencia, y habitualmente dejaba a una persona o dos atrás para crear distracciones o ejecutar acciones si los grupos principales se veían en apuros.

—No tengo mucho que hacer aquí —continuó Cody, su acento sureño tan fuerte como siempre—. Así que voy a darte la lata.

—Gracias —dije, mirando a Megan, que salía del agujero.

—No hay de qué, chaval. Y deja de mirar la camisa de Megan.

—Yo no...

—Es guasa. Espero que sigas haciéndolo. Será divertido ver cómo te pega un tiro en el pie cuando te pille.

Aparté la mirada. Afortunadamente, parecía que Cody no había incluido a Megan en esa conversación concreta. Lo cierto es que respiré un poco más tranquilo sabiendo que Cody nos vigilaba. Megan y yo éramos los dos miembros más jóvenes del grupo: si alguien agradecía que le echaran una manita éramos nosotros.

Megan llevaba nuestra mochila a la espalda, llena de todo lo que necesitaríamos para la incursión. Sacó una pistola, más útil en aquellas estrecheces que mi rifle.

—¿Preparado? —me preguntó.

Asentí.

—¿Para cuánta «improvisación» tuya tengo que prepararme hoy? —preguntó.

—Solo para la que haga falta —refunfuñé, alzando la mano hacia la pared—. Si supiera cuándo es necesaria, no sería improvisación, ¿verdad? Sería un plan.

Ella se echó a reír.

—Un concepto ajeno a ti.

—¿Ajeno? ¿No has visto todos los cuadernos llenos de planes que he dado al grupo? Ya sabes, esos por cuya recuperación estuvimos a punto de morir.

Ella se volvió sin mirarme, rígida.

«Malditas mujeres —pensé—. A ver si por una vez eres coherente». Sacudí la cabeza y coloqué la mano contra la pared.

Uno de los motivos por los que las centrales de la ciudad eran consideradas inexpugnables era por la seguridad. Había cámaras en todos los pasillos y las escaleras. Se me había ocurrido colarnos en el sistema y cambiar las imágenes de las cámaras. El Profesor dijo que podíamos cambiar las imágenes para vigilarlos a ellos, pero hacerlo para que disimularan nuestra irrupción no salía tan bien como en las películas antiguas. Steelheart no contrataba a oficiales de seguridad estúpidos, y si el vídeo entraba en bucle se darían cuenta. Además, había soldados patrullando por los pasillos.

Sin embargo, había un modo mucho más sencillo de asegurarnos de que no nos vieran. Solo teníamos que permanecer alejados de los pasillos. No había cámaras en la mayoría de las habitaciones, ya que los experimentos y la investigación que en ellas se desarrollaban se mantenían en secreto. Ni siquiera los agentes de seguridad que vigilaban el edificio estaban al corriente. Además, lógicamente, si vigilabas con mucha atención todos los pasillos, pillabas a los intrusos. ¿De qué otra manera podía pasar nadie de una habitación a otra?

Alcé la mano y, con un poco de concentración, abrí un agujero de cuatro palmos en la pared. Me asomé y lo iluminé con el móvil. Había estropeado un equipo informático adosado a la pared y tuve que apartar una mesa para pasar, pero no había nadie dentro. A esa hora de la noche la central estaba prácticamente desierta, y Tia había trazado nuestro camino con mucho cuidado, con la intención de reducir al mínimo las posibilidades de que nos topáramos con alguien.

Después de salir a gatas, Megan sacó algo de la mochila y lo colocó en la pared, junto al agujero que yo había hecho. Tenía una lucecita roja que parpadeaba ominosamente. Debíamos colocar cargas explosivas junto a cada agujero que creáramos para que, cuando voláramos el edificio, fuera imposible descubrir el trabajo de los sensores entre los escombros.

—Seguid moviándoos —dijo Cody—. Cada minuto que estéis ahí es un minuto más para que alguien entre en una habitación y se pregunte cómo han aparecido todos esos malditos agujeros.

—Estoy en ello —respondí, deslizando un dedo por la pantalla de mi móvil y recuperando el mapa de Tia.

Si continuábamos recto, pasando por tres habitaciones, llegaríamos a una escalera de emergencia con menos cámaras de seguridad. Era de esperar que pudiéramos evitarlas atravesando varias paredes y subiendo dos plantas. Luego tendríamos que abrirnos paso hasta la sala de almacenamiento principal de las células de energía. Colocaríamos las cargas restantes, robaríamos una célula de energía o dos y saldríamos por piernas.

—¿Estás hablando solo? —preguntó Megan, que vigilaba la puerta, con el brazo estirado a la altura del pecho y la pistola preparada.

—Dile que estás escuchando los demonios de los oídos —me sugirió Cody—. A mí siempre me funciona.

—Cody está en línea —dije, trabajando la siguiente pared—. Y me hace deliciosos comentarios sobre la marcha. Me habla de los «demonios de los oídos».

Eso estuvo a punto de hacerla sonreír. Juraría que vi una sonrisa, momentáneamente al menos.

—Los demonios de los oídos son totalmente reales —me dijo Cody—. Gracias a ellos los micrófonos como estos funcionan. También te dicen que te comas el último trozo de tarta cuando sabes que Tia lo quería. Espera un segundo. Estoy conectado con el sistema de seguridad y hay alguien recorriendo el pasillo. Espera.

Me quedé muy quieto y rápidamente silencié el tensor.

—Sí, entran en la habitación de al lado —dijo Cody—. La luz estaba encendida. Puede que ya hubiera alguien dentro... no puedo saberlo por las imágenes de seguridad. Acabas de evitar tener que esquivar una bala. Tener que esquivar unas cuantas, más bien.

—¿Qué hacemos? —pregunté, tenso.

—¿Respecto a Cody? —preguntó Megan, frunciendo el ceño.

—Cody, ¿podrías conectarte también con ella? —pregunté, exasperado.

—¿De verdad quieres hablar de su canalillo cuando está en línea? —me preguntó Cody inocentemente.

—¡No! Quiero decir, no hables de eso.

—Bien. Megan, hay alguien en la habitación de al lado.

—¿Opciones? —preguntó ella, con calma.

—Podemos esperar, pero la luz ya estaba encendida. Deduzco que hay científicos del último turno trabajando todavía.

Megan alzó la pistola.

—Uh... —dijo yo.

—No, chavala —dijo Cody—. Ya sabes lo que piensa el Profesor de eso. Dispara a los guardias si tienes que hacerlo. A nadie más. —El plan incluía hacer sonar una alarma y evacuar al edificio antes de que detonáramos las cargas.

—No tendría que dispararle a la gente de la habitación de al lado —dijo Megan tranquilamente.

—¿Y qué otra cosa harías, chavala? —preguntó Cody—. ¿Dejarlos inconscientes y luego abandonarlos ahí mientras volamos el edificio?

Megan vaciló.

—De acuerdo —dijo Cody—. Tia dice que hay otro camino. Vais a tener que subir por el hueco de un ascensor.

—Maravilloso —ironizó Megan.

Volvimos rápidamente a la primera habitación que habíamos cruzado. Tia cargó un nuevo mapa para mí, con puntos para los sensores, y me puse a trabajar. Esta vez estaba un poco más nervioso. ¿Íbamos a encontrarnos con científicos y trabajadores por todas partes? ¿Qué haríamos si nos sorprendía alguien? ¿Y si era algún trabajador inocente?

Por primera vez en mi vida estaba casi tan preocupado por lo que podía acabar haciendo que por lo que alguien pudiera hacerme a mí. Era una situación incómoda. Lo que estábamos haciendo era, básicamente, terrorismo.

«Pero nosotros somos los buenos», me dije, mientras abría la pared y dejaba pasar primero a Megan. Naturalmente, ¿qué terrorista no se considera el bueno? Estábamos haciendo algo importante, pero ¿qué le importaría eso a la familia de la mujer de la limpieza a la que matáramos accidentalmente? Mientras cruzaba rápidamente la siguiente habitación a oscuras (un laboratorio con algunos matraces y otro material de cristal), me costó trabajo sacudirme de encima estas preocupaciones.

Y por eso me concentré en Steelheart. En aquella horrible y odiosa sonrisa suya, allí de pie, con la pistola que le había quitado a mi padre, el cañón apuntando al inferior humano.

Esa imagen funcionó. Podía olvidarme de todo lo demás cuando pensaba en aquello. No tenía todas las respuestas, pero al menos tenía un objetivo: la venganza. ¿A quién le importaba si me carcomía y me dejaba vacío? Mientras me impulsara para hacer mejor la vida de los demás... El Profesor lo entendía. Yo lo entendía.

Llegamos al hueco del ascensor sin incidentes y entramos en él desde un almacén. Desintegré un gran agujero en la pared, y luego Megan asomó la cabeza y miró el largo y oscuro hueco.

—Oye, Cody, ¿se supone que hay un modo de subir?

—Claro. Hay asideros en las paredes. Los hay en todos los huecos de ascensor.

—Parece que alguien se olvidó de informar a Steelheart de eso —dije, asomándome junto a Megan—. Las paredes son completamente lisas. No hay escalerilla ni nada parecido. No hay cuerdas ni cables tampoco.

Cody soltó una maldición.

—Entonces, ¿volvemos por el otro camino? —preguntó Megan.

Escruté de nuevo las paredes. La negrura parecía extenderse infinitamente por encima y por debajo de nosotros.

—Podríamos esperar a que llegue el ascensor.

—En los ascensores hay cámaras —dijo Cody.

—Pues entonces viajaremos encima —dije yo.

—¿Y alertar a la gente que haya dentro cuando saltemos? —preguntó Megan.

—Esperemos uno en el que no vaya nadie —repuse—. Los ascensores van vacíos casi la mitad de las veces, ¿no? Respondiendo a la llamada de la gente.

—Muy bien —dijo Cody—. El Profesor y Abraham se han topado con un pequeño contratiempo: están esperando a que una habitación quede libre para pasar. El Profesor dice que tenéis cinco minutos de espera. Si no sucede nada para entonces, cancelamos la misión.

—De acuerdo... —respondí, sintiendo una punzada de decepción.

—Voy a pasarles algunas imágenes —dijo Cody—. Estaré desconectado de vosotros un ratito. Llamadme si me necesitáis. Vigilaré el ascensor. Si se mueve, os lo haré saber.

La línea chasqueó cuando Cody cambió de frecuencia, y nos pusimos a esperar. Permanecimos sentados en silencio, esforzándonos por oír cualquier sonido que indicara que el ascensor se movía, aunque era imposible que lo captáramos antes de que Cody lo hiciera con sus imágenes de vídeo.

—¿Esto pasa muy a menudo? —pregunté tras permanecer varios minutos arrodillado con Megan, atrapado en la habitación, junto al agujero que había abierto en el hueco del ascensor.

—¿El qué? —preguntó ella.

—Tener que esperar.

—Más de lo que crees —respondió Megan—. Los trabajos que hacemos a menudo dependen del tiempo. Un buen cronometraje requiere un montón de tiempos de espera. —Me miró la mano y me di cuenta de que estaba dando golpecitos nerviosos en la pared.

Me obligué a parar.

—Te sientas y esperas —dijo ella, con más suavidad—. Repasas y vuelves a repasar el plan mentalmente. Luego suele salir mal, de todas formas.

La miré receloso.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Eso que acabas de decir es exactamente lo que yo pienso.

—¿Y?

—Que si algo suele salir siempre mal, ¿por qué me das tanto la lata con lo de improvisar?

Frunció los labios.

—No —dije—. Es hora de que hables claro conmigo, Megan. No solo de esta misión, sino de todo. ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué me tratas como si me odiaras? ¡Fuiste tú quien me apoyó al principio, cuando quise unirme a vosotros! Parecías impresionada conmigo: el Profesor nunca habría escuchado mi plan si tú no hubieras dicho lo que dijiste. Pero, desde entonces, has actuado como si fuera un gorila en tu bufé.

—¿Un... qué?

—Un gorila en tu bufé. Ya sabes. Alguien que se come toda tu comida, que te molesta. Ese tipo de cosas.

—Eres una persona muy especial, David.

—Sí, me tomo una píldora de especialidad todas las mañanas. Mira, Megan, no voy a dejar de insistir en esto. Desde que estoy con los Reckoners parece que hago algo que te molesta. Bueno, ¿qué es? ¿Qué te ha hecho ponerte en mi contra?

Apartó la mirada.

—¿Es por mi cara? —pregunté—. Porque es lo único que se me ocurre. Te pusiste de mi parte después del ataque a Fortuity. Tal vez sea mi cara. No me parece demasiado fea en comparación con otras, pero parezco un poco estúpido a veces cuando...

—No es por tu cara —me interrumpió.

—Eso me parecía a mí, pero necesito que hables conmigo. Di algo.

«Porque pienso que estás buenísima y no comprendo qué va mal». Por fortuna me contuve antes de decir esto último. Mantuve los ojos al frente, por si Cody estaba mirando.

Ella no dijo nada.

—¿Bien? —la insté.

—Han pasado cinco minutos —dijo ella, comprobando el móvil.

—No voy a rendirme tan fácilmente. Yo...

—Han pasado cinco minutos —intervino Cody—. Lo siento, chicos. La misión es una cagada. No se mueven los ascensores.

—¿No nos puedes enviar uno? —pregunté.

Cody se echó a reír.

—Estamos conectados al sistema de seguridad, chaval. Eso no nos permite ni de lejos controlar los elementos del edificio. Si Tia consiguiera que tuviéramos tanto control, podríamos volar el edificio desde dentro sobrecargando las centrales o algo.

—¡Ah!

Miré el cavernoso hueco. Parecía una garganta enorme en ascenso, una garganta que teníamos que remontar. Lo que nos convertía...

Mala analogía. Muy mala analogía. De todas formas, sentí un retortijón. Odiaba la idea de dar marcha atrás. Sobre nosotros se abría el camino para destruir a Steelheart. Detrás había más esperas, más planificación. Yo llevaba años planeando.

—¡Oh, no! —exclamó Megan.

—¿Qué? —le pregunté, ausente.

—Vas a improvisar, ¿verdad?

Acerqué la mano del tensor al hueco, la apreté contra la pared e inicié un pequeño estallido vibrador. Abraham me había enseñado a crear estallidos de diferentes tamaños: decía que un maestro con los tensores era capaz de controlar las vibraciones, dejando pautas o incluso formas en el objetivo.

Apreté la palma de la mano con fuerza, sintiendo el guante sacudirse; no solo el guante, sino toda la mano. Eso me había confundido al principio. Parecía que era yo quien creaba la energía, no el guante: el guante solo contribuía a dar forma al estallido.

No podía fallar. Si lo hacía, la operación se cancelaría. Tendría que haber estado muy nervioso, pero no. Por algún motivo, advertí, cuando las cosas se ponían feas, feas de verdad, a mí me resultaba más fácil relajarme.

Steelheart cerniéndose sobre mi padre. Un disparo. «No retrocederé».

El guante vibraba; el polvo de pared se amontonó alrededor de mi mano. Deslicé los dedos hacia delante y palpé lo que había hecho.

—Un asidero —dijo Megan en voz baja, iluminándolo con su móvil.

—¿Qué? ¿De verdad? —preguntó Cody—. Conecta la cámara, chavala.

—Un momento después silbó—. Me tenías engañado, David. No sabía que tuvieras la suficiente práctica para hacer una cosa así. Te lo habría sugerido de haberte creído capaz de hacerlo.

Desplacé la mano y tallé otro asidero junto al otro, en el hueco, al lado del agujero de la pared. Hice dos más para los pies y me metí en el hueco por el agujero, colocando manos y pies en los asideros.

—¿Pueden esperar el Profesor y Abraham un poco más? —preguntó Megan desde abajo—. David parece que trabaja a buen ritmo, pero subir podría llevarnos unos quince minutos.

—Tia está calculando —dijo Cody.

—Bien, yo voy detrás de David —dijo Megan con voz ahogada. Eché un vistazo por encima del hombro: se había cubierto la boca con un pañuelo.

«El polvo de los asideros; no quiere respirarlo». Muy lista. Yo tenía problemas para evitarlo, e inhalar polvo de acero no parecía una cosa inteligente. Abraham decía que el polvo provocado por los tensores no era tan peligroso como parecía, pero yo seguía pensando que no era buena idea, así que ladeaba la cabeza y contenía la respiración cada vez que practicaba un agujero nuevo.

—Estoy impresionado —dijo una voz en mi oído: la voz del Profesor. Estuve a punto de dar un respingo, lo que habría sido desastroso. Seguramente había conectado con mi señal visual mediante el móvil y veía las imágenes que tomaba la cámara de mi auricular.

»Esos agujeros son limpios y bien formados —continuó el Profesor—. Sigue así y pronto serás tan bueno como Abraham. Puede que ya hayas superado a Cody.

—Parece usted preocupado por algo —dije, entre asideros.

—Preocupado no. Solo sorprendido.

—Había que hacerlo —dije, gruñendo mientras me aupaba y dejaba atrás otra planta.

El Profesor guardó silencio unos instantes.

—Así es. Mira, no podemos sacaros por la misma ruta porque sería demasiado lento. Tendréis que salir por otra parte. Tia os indicará por dónde. Esperad a la primera explosión.

—Afirmativo —dije.

—Y, David... —añadió el Profesor.

—¿Sí?

—Buen trabajo.

Sonreí, aupándome de nuevo.

Continuamos escalando por el hueco del ascensor. Me preocupaba que el ascensor bajara en cualquier momento, aunque si lo hacía teníamos unos centímetros de margen para que no nos golpeará. Estábamos en la pared del hueco donde debería haber habido una escalera. Solo que no habían instalado ninguna.

«Quizá Steelheart haya visto las mismas películas que nosotros», pensé con una mueca mientras pasábamos por fin la segunda planta. Quedaba una más.

El móvil chasqueó en mi oído. Comprobé mi muñeca: alguien había silenciado nuestro canal.

—No me gusta lo que le has hecho al grupo —dijo Megan.

La miré por encima del hombro. Llevaba la mochila con nuestro equipo y la nariz y la boca cubiertas por el pañuelo. Aquellos ojos suyos me miraban, suavemente iluminados por el brillo del móvil sujeto a su antebrazo. Unos ojos hermosos, asomando por encima del velo del pañuelo.

Con un enorme y negro pozo extendiéndose tras ella. Guau. Me tambaleé, mareado.

—Tarugo —me recriminó—. No te desconcentres.

—¡Eres tú la que habla! —susurré, volviéndome—. ¿A qué te refieres cuando dices que no te gusta lo que le he hecho al grupo?

—Antes de que tú aparecieras, íbamos a marcharnos de Chicago Nova —dijo Megan desde abajo—. Atacar a Fortuity y luego marcharnos. Por tu culpa nos quedamos.

Continué escalando.

—Pero...

—¡Oh, cállate y déjame hablar de una vez!

Me callé.

—Me uní a los Reckoners para matar a Épicos que se lo merecían —continuó Megan—. Chicago Nova es uno de los lugares más estables y seguros de todos los Estados Fracturados. Creo que no deberíamos matar a Steelheart, y no me gusta cómo has camelado al grupo para que libere tu propia guerra personal contra él. Es brutal, sí, pero está haciendo un trabajo mejor que la mayoría de los Épicos. No se merece morir.

Aquello me dejó totalmente anonadado. ¿Pensaba que no debíamos matar a Steelheart? ¿Que no se merecía morir? Era una locura. Resistí las ganas de mirar de nuevo hacia abajo.

—¿Puedo hablar ya? —pregunté, haciendo otro par de asideros.

—Vale, bien.

—¿Es que estás loca? Steelheart es un monstruo.

—Sí. Lo admito. Pero es un monstruo efectivo. Mira, ¿qué estamos haciendo hoy?

—Destruir una central eléctrica.

—¿Y en cuántas ciudades sigue habiendo centrales eléctricas? —preguntó ella—. ¿Lo sabes siquiera?

Seguí escalando.

—Crecí en Portland —prosiguió—. ¿Sabes qué sucedió allí?

Lo sabía, pero no lo dije. Nada bueno.

—Las guerras territoriales entre Épicos dejaron mi ciudad en ruinas —continuó Megan, en voz más baja—. No queda nada, David. Nada. Todo Oregón es tierra yerma: incluso los árboles han desaparecido. No hay central eléctrica, plantas de tratamiento de residuos ni tiendas de alimentación. Chicago Nova podría haberse convertido en eso si Steelheart no hubiera aparecido.

Continué escalando, el sudor me corría por la nuca. Pensé en el cambio de actitud de Megan: se había producido justo después de que yo hablara de acabar con Steelheart. Cuando peor me trataba era cuando conseguía logros. Cuando nos habíamos dispuesto a seguir mis planes y cuando descubrí cómo matar a Nightwielder.

No eran mis «improvisaciones» lo que la ponía en mi contra. Eran mis intenciones, mi éxito al conseguir que el equipo convirtiera a Steelheart en su objetivo.

—No quiero ser la causa de que suceda de nuevo algo como lo de Portland —continuó Megan—. Sí, Steelheart es terrible; pero es un horror con el que la gente puede vivir.

—Entonces, ¿por qué no has renunciado? —pregunté—. ¿Por qué estás aquí?

—Porque soy una Reckoner —dijo ella—. Y mi trabajo no es llevarle la contraria al Profesor. Haré mi trabajo, Knees. Lo haré bien. Pero creo que esta vez estamos cometiendo un error.

Usaba de nuevo el mote que me había puesto. Se me antojó que era buena señal, ya que solo parecía utilizarlo cuando estaba menos molesta conmigo. Era afectuoso, ¿no? Aunque desde luego me habría gustado que el mote no hubiera surgido de un episodio tan embarazoso. ¿Por qué no Supershot? Eso habría sido otra cosa, ¿no?

Escalamos el resto del camino en silencio. Megan conectó la señal de radio con el resto del equipo, lo que parecía indicar que nuestra conversación se había terminado. Tal vez así fuera; desde luego, yo no sabía qué más decir. ¿Cómo podía pensar que vivir bajo el dominio de Steelheart era bueno?

Pensé en los otros chicos de la Fábrica, en la gente de las calles subterráneas. Supuse que muchos pensarían lo mismo: habían venido sabiendo que Steelheart era un monstruo, pero seguían considerando que la vida era mejor en Chicago Nova que en otros lugares.

Pero ellos eran acomodaticios; Megan era cualquier cosa menos eso. Era activa, increíble, capaz. ¿Cómo podía pensar como ellos? Aquello hacía que lo que yo sabía del mundo se tambaleara; al menos, lo que creía saber. Se suponía que los Reckoners eran diferentes.

¿Y si ella tenía razón?

—¡Oh, caray! —dijo de pronto Cody en mi oído.

—¿Qué?

—Tenéis problemas, chaval. Es...

En ese momento las puertas del hueco del ascensor que teníamos justo encima, las de la tercera planta, se abrieron. Dos guardias uniformados se acercaron al borde y se asomaron a la oscuridad.

—Te digo que he oído algo —dijo uno de los guardias, mirando hacia abajo. Parecía estar mirándome directamente. Pero el hueco del ascensor estaba oscuro, más oscuro de lo que yo pensaba que estaría con las puertas abiertas.

—Yo no veo nada —dijo el otro. Su voz resonó suavemente.

El primero sacó una linterna del cinturón.

El corazón me dio un vuelco.

Apreté la mano contra la pared; fue lo único que se me ocurrió. El tensor empezó a vibrar y traté de concentrarme, pero era difícil con aquellos dos ahí arriba. La linterna chasqueó.

—¿Oyes eso?

—Parece el horno —dijo el segundo guardia secamente.

Mi mano sacudía la pared con un soniquete mecánico. Hice una mueca, pero continué. La luz de la linterna iluminó el hueco. A punto estuve de perder el control de la vibración.

Era imposible que no me vieran con esa luz. Estaban demasiado cerca.

—No hay nada —refunfuñó el guardia.

¿Qué? Alcé la cabeza. De algún modo, a pesar de estar solo a corta distancia, no me habían visto. Fruncí el ceño, confuso.

—Hum —dijo el otro—. Pues yo oigo algo.

—Viene de... ya sabes —respondió el primero.

—¡Oh! —dijo el otro—. Cierto.

El primer guardia volvió a meterse la linterna en el cinturón. ¿Cómo podía no haberme visto? Me había enfocado con ella.

Los dos se apartaron de la abertura y dejaron que las puertas se cerraran.

«Por los fuegos de Calamity, ¿qué...?», pensé. ¿Podían no habernos visto en la oscuridad?

Mi tensor se apagó.

Yo me había estado preparando para desintegrar la pared formando un agujero en el que escondernos para salir de su línea de fuego llegado el caso. Pero como no estaba concentrado en el estallido, arranqué un gran pedazo de la pared que tenía delante y mi asidero desapareció repentinamente. Me agarré al borde del agujero que había hecho, logrando a duras penas aferrarme.

Un gran estallido de polvo cayó y llovió sobre Megan. Agarrándome con fuerza al lado del agujero, miré hacia abajo y me la encontré observándome con mala cara, parpadeando para librarse del polvo que le había entrado en los ojos. Parecía querer sacar la pistola.

«¡Calamity!», me dije, sobresaltado.

Megan, con el pañuelo y la piel cubiertos de polvo plateado, me miraba furiosa. Creo que no había visto una expresión como esa nunca en los ojos de nadie; no dirigida a mí, al menos. Fue como si pudiera sentir el odio surgiendo de ella.

Siguió acercando la mano a la pistola que llevaba al costado.

—¿M-Megan?

Se detuvo. No sé qué había visto, pero desapareció repentinamente. Parpadeó y su expresión se suavizó.

—Cuidado con lo que destruyes, Knees —comentó, sacudiéndose el polvo de la cara.

—Sí. —Miré de nuevo el agujero al que me agarraba—. ¡Eh, aquí hay una habitación! —Iluminé el agujero con el móvil para ver mejor.

Era una habitación pequeña, con unas cuantas mesas con ordenadores en una pared y archivadores en la otra. Tenía dos puertas, una de ellas de seguridad, de metal reforzado con cerradura digital.

—Megan, esto es sin duda una habitación. Y no parece que haya nadie. Vamos. —Me aupé y entré arrastrándome.

En cuanto estuve dentro ayudé a Megan a terminar de subir y salir del hueco. Ella vaciló antes de aceptar mi mano y, cuando la hube sacado, pasó de largo sin decir palabra. Parecía haber recuperado su frialdad hacia mí, incluso cierta crueldad.

Me quedé de rodillas junto al negro agujero del hueco del ascensor. No podía librarme de la sensación de que acababa de suceder algo muy extraño. Para empezar, el guardia no nos había visto, y luego Megan había pasado de abrirse a mí a cerrarse por completo en cuestión de

segundos. ¿Después de lo que había compartido conmigo le preocupaba que yo le dijera al Profesor que estaba en contra de matar a Steelheart?

—¿Qué es este lugar? —dijo Megan desde el centro de la habitación.

El techo era tan bajo que casi tenía que encorvarse; yo, desde luego, tendría que hacerlo. Se quitó el pañuelo, que soltó una nube de polvo de metal. Puso mala cara y se sacudió la ropa.

—Ni idea —respondí, comprobando mi móvil y el mapa que había cargado Tia—. La habitación no está en el mapa.

—Techo bajo —dijo Megan—. Puerta de seguridad con código. —Me lanzó la mochila—. Pon un explosivo en el agujero que has hecho. Echaré un vistazo a todo esto.

Busqué un explosivo en la mochila mientras ella abría la puerta sin cerradura de seguridad y me asomé para colocarlo en el agujero que había abierto. Fue entonces cuando vi unos cables en la parte inferior de la pared.

Los seguí y estaba observando un trozo del suelo cuando Megan regresó.

—Hay otras dos habitaciones como esta —dijo—. Desocupadas, pequeñas y pegadas al hueco del ascensor. Lo que se me ocurre es que aquí tendrían que haber estado la caldera y el cuarto de mantenimiento del ascensor, pero ocultaron estas habitaciones y las borraron de los planos del edificio. Me pregunto si habrá espacio entre otras plantas y si hay habitaciones ocultas allí también.

—Mira esto —dije, señalando lo que había descubierto.

Ella se arrodilló a mi lado y miró la pared y los cables.

—Explosivos —dijo.

—La habitación está ya preparada para ser demolida —deduje—. Qué raro, ¿no?

—Sea lo que sea que hay aquí dentro, debe ser importante. Tan importante que merece la pena destruir toda una central eléctrica para impedir que se descubra.

Los dos miramos los ordenadores.

—¿Qué estáis haciendo? —sonó la voz de Cody en nuestros auriculares.

—Hemos encontrado esta habitación y...

—Seguid moviándoos —me interrumpió él—. El Profesor y Abraham se han topado con unos guardias y se han visto obligados a dispararles. Los guardias han caído y han ocultado los cuerpos, pero pronto los echarán en falta. Con suerte, tenemos unos minutos antes de que alguien se dé cuenta de que ya no están de patrulla.

Maldije, rebuscando en el bolsillo.

—¿Qué es eso? —preguntó Megan.

—Uno de esos detonadores universales que le compré a Diamond —respondí—. Quiero ver si funcionan.

Nervioso, usé cinta adhesiva para pegar el borrador a los explosivos que habíamos encontrado bajo el suelo. En el bolsillo llevaba el detonador-bolígrafo.

—Según el mapa que nos dio Tia —dijo Megan—, solo estamos a dos habitaciones del almacén de células de energía, pero un poco por debajo.

Nos miramos antes de separarnos para explorar la habitación oculta. Tal vez no tuviéramos mucho tiempo, pero necesitábamos averiguar al menos qué información contenía. Megan abrió un archivador y sacó un puñado de carpetas clasificadoras. Yo me puse a abrir cajones del escritorio. En uno había un par de chips de datos. Los cogí, los agité ante Megan y los guardé en la mochila. Ella guardó las carpetas y buscó en otro escritorio mientras yo acercaba la mano a la pared y abría un agujero.

Como la habitación oculta estaba entre dos plantas, no estaba seguro de cómo se relacionaba con el resto del edificio. Hice un agujero en dirección hacia donde queríamos ir, pero cerca del techo.

El agujero desembocó en una habitación de la tercera planta, cerca del suelo. Así que nuestra habitación oculta y esa planta se solapaban en parte. Eché un vistazo al mapa y entendí cómo habían escondido la habitación. En los planos, el hueco del ascensor parecía un poco más grande de lo que era en realidad. También incluían un hueco de mantenimiento que en realidad no estaba, lo que explicaba la falta de asideros en el ascensor. Los constructores habían contado con que el hueco de mantenimiento proporcionaría el medio de atender el ascensor, sin saber que era la habitación oculta lo que iría en ese espacio.

Megan y yo subimos por el agujero y llegamos a la tercera planta. Cruzamos una habitación (una especie de sala de reuniones) y luego otra, que era una estación de control. Desintegré la pared y abrí un agujero que nos llevó a un almacén rectangular de techo bajo. Ese era nuestro objetivo, el lugar donde guardaban las células de energía.

—Estamos dentro —le dijo Megan a Cody mientras nos colábamos en la habitación llena de estantes en los cuales había material eléctrico que no queríamos.

Fuimos cada uno hacia un lado, buscando apresuradamente.

—Asombroso —dijo Cody—. Las células de energía tienen que estar en alguna parte. Buscad cilindros altos como la caña de una bota y de unos veinte centímetros de ancho.

Miré las taquillas de la pared del fondo, que tenían cerrojo en las puertas.

—Tal vez ahí dentro —le dije a Megan, acercándome. Me encargué rápidamente de los cerrojos con el tensor y abrí las puertas cuando ella llegó a mi lado. Dentro había un montón alto de cilindros verdes almacenados. Cada cilindro parecía una mezcla de barrilito de cerveza y batería de coche.

—Eso son las células de energía —dijo Cody, aliviado—. Me preocupaba que no hubiera ninguna. Menos mal que he traído mi trébol de cuatro hojas para esta operación.

—¿Un trébol de cuatro hojas? —se extrañó Megan con una mueca mientras sacaba algo de la mochila.

—Claro. De la tierra de mis antepasados.

—Eso es un símbolo irlandés, Cody, no escocés.

—Lo sé —dijo Cody sin perder un segundo—. Tuve que matar a un irlandés para conseguirlo.

Saqué una de las células de energía.

—No son tan pesadas como creía —dije—. ¿Estamos seguros de que será suficiente para alimentar el arma Gauss? Ese bicho necesita un montón de energía.

—Estas células las cargó Conflux —dijo Cody en mi oído—. Son muchísimo más potentes que ninguna otra cosa que nosotros pudiéramos crear o comprar. Si no funcionan, nada lo hará. Coged tantas como podáis.

Tal vez no fueran tan pesadas como yo había creído, pero abultaban lo suyo. Sacamos el resto del equipo de la mochila de Megan y el saquito que habíamos guardado en el fondo. Conseguí meter cuatro células en la mochila mientras Megan pasaba el resto de nuestro equipo (unas cuantas cargas explosivas, algo de cuerda y munición) al saco. También

llevábamos batas de laboratorio para disfrazarnos. No las guardé: sospeché que las necesitaríamos para escapar.

—¿Cómo están el Profesor y Abraham? —pregunté.

—Van hacia la salida —respondió Cody.

—¿Y nuestra extracción? —pregunté—. El Profesor ha dicho que no bajemos por el hueco del ascensor.

—¿Tenéis las batas de laboratorio?

—Claro —respondió Megan—. Pero si salimos a los pasillos, pueden grabar nuestras caras.

—Es un riesgo que tendremos que correr —dijo Cody—. La primera explosión será dentro de dos minutos.

Nos pusimos las batas, y yo me agaché y dejé que Megan me ayudara a ponerme la mochila con las células de energía. Pesaba, pero podía moverme razonablemente bien. A Megan la bata le sentaba tan bien como cualquier cosa. Se echó al hombro el saco, menos pesado, y miró mi rifle.

—Se puede desmontar —le expliqué, y quité la culata del rifle, el cargador y el cartucho de la recámara. Puse el seguro, por si acaso, y lo metí todo en el saco.

Las batas tenían bordado el logotipo de la Central Siete, y ambos llevábamos placas de identidad falsas. Los disfraces no nos habrían servido para entrar (las medidas de seguridad eran demasiado férreas), pero en un momento de caos nos permitirían salir.

El edificio se estremeció con un ruido ominoso: la explosión número uno. Era más para impulsar la evacuación que para causar verdaderos daños.

—¡Vamos! —gritó Cody en nuestros oídos.

Desintegré la cerradura de la puerta de la habitación y los dos salimos corriendo al pasillo. La gente se asomaba a las puertas: parecía una planta muy concurrida, incluso de noche. Algunos formaban parte del personal de limpieza e iban con mono azul, pero otros eran técnicos con bata de laboratorio.

—¡Una explosión! —Hice lo que pude para parecer dominado por el pánico—. ¡Alguien está atacando el edificio!

El caos empezó inmediatamente y nos barrió la multitud que huía del edificio. Unos treinta segundos más tarde, Cody desencadenó la segunda explosión en una planta superior. El suelo tembló y la gente que nos

rodeaba en el pasillo gritó, mirando al techo. Más o menos una docena aferraban sus maletines o sus ordenadores.

Corrimos a toda prisa por los pasillos y bajamos las escaleras, cuidando de mantener la cabeza gacha. Había algo extraño en aquel lugar y, mientras corríamos, me di cuenta de qué era. El edificio estaba limpio. Los suelos, las paredes, las habitaciones; todo demasiado limpio. En el momento de entrar estaba demasiado oscuro para que lo hubiera notado, pero con luz se veía todo prístino. Las calles subterráneas nunca estaban tan limpias. No parecía natural que todo estuviera tan pulcro, tan brillante.

Mientras corríamos quedó claro que el lugar era tan grande que ningún empleado tenía por qué conocer a todos los demás y, aunque según los datos que teníamos los oficiales de seguridad tenían las fotos de todos los empleados y las cotejaban con la base de datos, nadie nos interceptó.

La mayoría de esos oficiales corrían con la cada vez más nutrida multitud, tan preocupados por las explosiones como todos los demás, y eso aplacó mi temor aún más.

Bajamos en tromba el último tramo de escaleras y salimos al vestíbulo.

—¿Qué pasa? —gritó un oficial de seguridad. Estaba de pie junto a la salida, apuntando con la pistola—. ¿Alguien ha visto algo?

—¡Un Épico! —dijo Megan, sin aliento—. Vestido de verde. ¡Lo he visto por el edificio lanzando descargas de energía!

La tercera explosión sacudió el edificio. Una serie de explosiones más pequeñas la siguieron. Otros grupos salían de las escaleras contiguas y de los pasillos de la planta baja.

El guardia soltó una maldición e hizo lo más inteligente: echó a correr también. No esperarían de él que se enfrentara a un Épico: de hecho, podía meterse en un lío si lo hacía, aunque el Épico actuara contra Steelheart. Los hombres corrientes dejaban a los Épicos en paz. Punto. En los Estados Fracturados esa era una ley que se imponía a todas las demás.

Salimos del edificio y llegamos a los terrenos adyacentes. Miré atrás y vi las columnas de humo que brotaban de la enorme estructura. Mientras lo hacía, se produjo otra serie de pequeñas explosiones con destellos verdes en una hilera de ventanas. El Profesor y Abraham no solo habían puesto bombas, sino que habían montado un espectáculo pirotécnico.

—Tiene que ser un Épico —jadeó una mujer que estaba cerca de mí—. ¿Quién sería tan necio como para...?

Le sonreí a Megan y nos unimos a la riada de gente que corría hacia la verja del muro que rodeaba las instalaciones. Los guardias intentaron

contener a la gente, pero cuando la siguiente explosión tuvo lugar renunciaron y abrieron las puertas de la verja. Megan y yo seguimos a los demás hacia las oscuras calles de la ciudad, dejando atrás el humeante edificio.

—Las cámaras de seguridad siguen grabando —nos informó Cody a todos por el canal abierto—. Siguen evacuando el edificio.

—Retén las últimas explosiones —dijo el Profesor tranquilamente—. Pero lanza los panfletos.

Hubo un suave pop detrás: los panfletos que proclamaban que un nuevo Épico había llegado a la ciudad habían sido lanzados desde las plantas superiores y flotaban hacia la ciudad. Limelight, lo llamábamos: el nombre que yo había elegido. El panfleto estaba lleno de propaganda conminando a Steelheart a dar la cara, diciendo que Limelight era el nuevo señor de Chicago Nova.

Megan y yo llegamos a nuestro coche antes de que Cody diera la señal de todo despejado. Subí por el lado del conductor, y Megan me siguió por la misma puerta, empujándome hacia el asiento del acompañante.

—Sé conducir —dije.

—Destrozaste el último coche al rodear una manzana, Knees —dijo ella, poniendo en marcha el vehículo—. Derribaste dos señales, si mal no recuerdo. Y creo que vi los restos de varios cubos de basura mientras huíamos. —Sonreía levemente.

—No fue culpa mía —me excusé, entusiasmado por nuestro éxito mientras miraba a la Central Siete, que se alzaba en el cielo oscuro—. Esos cubos de basura se lo estaban buscando. Tarugos descarados.

—Voy a detonar la grande —dijo Cody en mi oído.

Resonaron una serie de explosiones, también las de los explosivos que Megan y yo habíamos colocado, supuse. El edificio se estremeció y salieron llamas por las ventanas.

—Vaya —dijo Cody, confundido—. No se ha derrumbado.

—Así está bien —respondió el Profesor—. Las pruebas de nuestra incursión han desaparecido y la central no funcionará durante algún tiempo.

—Sí —dijo Cody. Noté la decepción en su voz—. Ojalá hubiera sido un resultado un poco más dramático.

Saqué el bolígrafo detonador del bolsillo. Probablemente no haría nada: los explosivos que habíamos colocado en las paredes seguramente habrían detonado los del suelo. Pulsé el bolígrafo, de todas formas.

La explosión subsiguiente fue unas diez veces más potente que la anterior. Nuestro coche se estremeció y los escombros cayeron sobre la ciudad en una lluvia de cascotes y polvo. Megan y yo nos volvimos en nuestros asientos a tiempo de ver el edificio desmoronarse con un crujido espantoso.

—Guau —dijo Cody—. Mirad eso. Supongo que algunas de las células de energía han estallado.

Megan me miró, luego miró el bolígrafo y puso los ojos en blanco. En segundos corríamos calle abajo en dirección contraria a los camiones de bomberos y de los servicios de emergencia, camino del punto de encuentro con los otros Reckoners.

TERCERA PARTE

Gemí, tirando de la cuerda, mano sobre mano. La polea emitía un quejido de protesta con cada tirón, como si hubiera atado un desdichado ratón a un aparato de tortura y le estuviera dando vueltas alegremente.

Habíamos emplazado la construcción en torno al túnel, en el escondite de los Reckoners, que era la única vía de entrada y de salida. Habían pasado cinco días desde nuestro ataque a la central eléctrica, y habíamos sido discretos todo ese tiempo, planeando nuestro siguiente movimiento: el ataque a Conflux para socavar a Control.

Abraham acababa de volver con suministros, lo cual significaba que yo había dejado de ser uno de los especialistas en tensores del grupo para ser su fuente de trabajo juvenil gratis.

Seguí tirando, el sudor me goteaba por la frente y empezaba a empaparme la camiseta. Por fin el cajón surgió de las profundidades del agujero y Megan tiró de las ruedas de la plataforma y lo metió en la habitación. Solté la cuerda, enviando la plataforma con ruedas y la cuerda al túnel para que Abraham pudiera cargar otro cajón de suministros.

—¿Quieres encargarte del siguiente? —le pregunté a Megan, secándome la frente con una toalla.

—No —me respondió como si tal cosa. Pasó el cajón a una carretilla que empujó para almacenarla con las demás.

—¿Estás segura? —pregunté, con los brazos doloridos.

—Estás haciendo un buen trabajo —dijo ella—. Y el ejercicio es bueno. —Aseguró el cajón y se sentó en una silla; puso los pies sobre la mesa y empezó a tomarse una limonada mientras leía un libro en su móvil.

Sacudí la cabeza. Esa mujer era increíble.

—Considéralo una muestra de caballerosidad —dijo Megan, ausente, pulsando la pantalla para pasar el texto—. Proteger a una chica indefensa del dolor y todo eso...

—¿Indefensa? —pregunté mientras Abraham llamaba. Suspiré, luego empecé a tirar de nuevo de la cuerda.

Ella asintió.

—En sentido abstracto.

—¿Cómo puede alguien estar indefenso en sentido abstracto?

—Hace falta mucho esfuerzo —dijo ella, y tomó un sorbo de su bebida—. Parece fácil, pero no lo es. Igual que el arte abstracto.

Yo gemí.

—¿El arte abstracto? —pregunté, tirando de la cuerda.

—Sí. Ya sabes. Un tipo pinta una raya negra en un lienzo, dice que es una metáfora y lo vende por millones.

—Eso no ha pasado nunca.

Ella me miró, divertida.

—Claro que sí. ¿No aprendiste nada del arte abstracto en la escuela?

—Fui a la escuela en la Fábrica —contesté—. Estudié matemáticas elementales, geografía, historia y aprendí a leer. No había tiempo para nada más.

—Pero antes de eso, antes de Calamity...

—Tenía ocho años y vivía en el centro de Chicago, Megan. Mi educación consistía principalmente en evitar las bandas y mantener la cabeza gacha en clase.

—¿Eso aprendiste cuando tenías ocho años? ¿En la escuela primaria?

Me encogí de hombros y seguí tirando. Ella parecía preocupada por lo que acababa de decirle, pero confieso que a mí me preocupaba lo que había dicho ella. La gente no pagaba tantísimo dinero por cosas tan absurdas, ¿no? Me había dejado patidifuso. Antes de Calamity, la gente era muy rara.

Icé la siguiente caja y Megan saltó de la silla para moverla. No creía que le diera tiempo a leer mucho, pero no parecía molesta por las interrupciones. La miré mientras me tomaba un largo sorbo de agua.

Las cosas habían sido... diferentes entre nosotros desde su confesión en el hueco del ascensor. En muchos aspectos, estaba más relajada conmigo, cosa que no tenía mucho sentido. ¿No tendría que haber sido todo más embarazoso? Me había enterado de que no apoyaba nuestra misión. Eso me parecía bastante importante; pero era una profesional. No estaba de acuerdo en que hubiera que matar a Steelheart, pero no abandonaba a los Reckoners, ni siquiera pedía que la trasladaran a otra

célula. Yo no sabía cuántas había (al parecer solo lo sabían Tia y el Profesor), pero había al menos otra.

Fuera como fuese, Megan seguía en el barco y no dejaba que sus sentimientos la distrajeran del trabajo. Puede que no estuviera de acuerdo en que Steelheart tuviera que morir, pero por lo que yo le había sonsacado, creía en combatir a los Épicos. Era como un soldado que opina que una batalla concreta no es acertada desde el punto de vista táctico, pero que apoya a los generales lo suficiente para librarla de todas formas.

La respetaba por eso. ¡Caray, me gustaba cada vez más! Y aunque no se había mostrado particularmente afectuosa conmigo últimamente, ya no era declaradamente hostil y fría. Eso me dejaba margen de maniobra para utilizar un poco de magia seductora. ¡Ojalá hubiese tenido algo!

Colocó la caja en su sitio y esperé a que Abraham llamara para empezar a tirar de nuevo. Quien apareció en la boca del túnel fue él, sin embargo, que se puso a desmontar el sistema de poleas. Se había curado del disparo del hombro con el reparador, el aparato Reckoner que ayudaba a la carne a recuperarse de forma extraordinariamente rápida.

Yo no sabía mucho al respecto, aunque había hablado con Cody, que lo llamaba «el último de los tres». Había tres piezas de tecnología increíble que los Reckoners tenían de los días del Profesor como científico: los tensores, las chaquetas, el reparador. Por lo que me había dicho Abraham, el Profesor había desarrollado cada elemento y luego lo había robado del laboratorio en el que trabajaba con la intención de iniciar su propia guerra contra los Épicos.

Abraham desmontó las últimas piezas de la polea.

—¿Hemos terminado? —pregunté.

—Así es.

—Había contado más cajas que las que he subido.

—Las otras son demasiado grandes y no pasan por el túnel —respondió Abraham—. Cody las llevará al hangar.

Así era como llamaban al sitio donde guardaban los vehículos. Yo había estado en él. Era una gran cámara en la que había unos cuantos coches y una furgoneta, no tan segura como el escondite: el hangar necesitaba acceso a la ciudad de la superficie, así que no podía formar parte de las calles subterráneas.

Abraham se acercó a la docena de cajas que habíamos llevado al escondite. Se frotó la barbilla, inspeccionándolas.

—Podríamos descargarlas —dijo—. Tengo otra hora libre.

—¿Antes de qué? —le pregunté, acercándome a él.

No me respondió.

—Has estado saliendo mucho estos días —le comenté.

Siguió sin responderme.

—No va a decirte dónde ha estado, Knees —me dijo Megan desde su cómoda posición, junto al escritorio—. Acostúmbrate. El Profesor lo envía a un montón de misiones secretas.

—Pero... —Me sentía herido. Creía haberme ganado mi puesto en el grupo.

—No te apenes, David. —Abraham cogió una palanca para abrir uno de los cajones—. No es una cuestión de confianza. Tenemos que mantener algunas cosas en secreto, incluso dentro del grupo, por si uno de nosotros es capturado. Steelheart tiene su forma de sonsacar lo que ocultas... Nadie excepto el Profesor debe saber todo lo que hacemos.

Era una razón de peso. Por eso seguramente no podía saber nada de las otras células de Reckoners; sin embargo, seguía resultándome molesto. Mientras Abraham abría otra caja, metí la mano en la bolsa que llevaba al cinto y saqué el tensor. Con él, desintegré las tapas de madera de unas cuantas cajas.

Abraham me miró, enarcando una ceja.

—¿Qué? —dije—. Cody me dijo que siguiera practicando.

—Te estás volviendo muy bueno —dijo Abraham. Metió la mano dentro de una caja que yo había abierto y cogió una manzana cubierta de serrín—. Muy bueno. Pero a veces la palanca es más efectiva, ¿eh? Además, puede que queramos volver a utilizar estas cajas.

Suspiré pero asentí. Era... bueno, difícil. Me costaba olvidar la sensación de fuerza que había experimentado durante la incursión en la central eléctrica. Al abrir los agujeros en las paredes y crear aquellos asideros había doblegado la materia a voluntad. Cuanto más utilizaba el tensor, más me entusiasmaban sus posibilidades.

—También es importante evitar dejar pistas de lo que podemos hacer —dijo Abraham—. Imagina si todo el mundo supiera de la existencia de esas cosas, ¿eh? Sería un mundo diferente, más difícil para nosotros.

Asentí, y guardé el tensor.

—Lástima que tuviéramos que dejar ese agujero para que lo viera Diamond.

Abraham vaciló solo un instante.

—Sí —dijo—. Lástima.

Lo ayudé a descargar los suministros. Megan también nos ayudó y se puso a trabajar con su clásica eficacia. Acabó dedicándose a supervisarnos, diciéndonos dónde almacenar cada alimento. Abraham aceptaba sus indicaciones sin quejarse, aunque ella fuera la más joven del equipo.

A mitad del proceso de descarga, el Profesor salió de su habitación. Se acercó a nosotros estudiando los papeles de un clasificador.

—¿Te has enterado de algo, Profesor? —le preguntó Abraham.

—Por una vez, los rumores nos favorecen. —Dejó caer el clasificador sobre la mesa de Tia—. La ciudad bulle con la noticia de que un nuevo Épico ha venido a desafiar a Steelheart. La mitad de la gente habla de eso, mientras que la otra mitad se esconde en el sótano a la espera del enfrentamiento.

—¡Eso es magnífico! —dije.

—Sí. —El Profesor parecía preocupado.

—¿Qué hay de malo entonces? —pregunté.

Indicó el clasificador.

—¿Te dijo Tia lo que contenía uno de esos chips de datos que trajiste de la central eléctrica?

Negué con la cabeza, tratando de ocultar mi curiosidad. ¿Iba a decírmelo? Tal vez eso me diera una pista de lo que había estado haciendo Abraham esos últimos días.

—Propaganda —dijo el Profesor—. Creemos que encontraste un ala de manipulación pública del Gobierno de Steelheart. Los archivos que trajiste son comunicados de prensa, esbozos de rumores para difundir y relatos de hazañas de Steelheart. La mayoría de esas historias y rumores son falsos, por lo que Tia ha podido determinar.

—No sería el primer gobernante que inventa una historia grandiosa para sí —comentó Abraham, guardando algunas latas de carne de pollo en uno de los estantes excavados en la pared del fondo.

—Pero ¿para qué necesita Steelheart hacer algo así? —pregunté, secándome la frente—. Quiero decir... Es prácticamente inmortal. No le hace falta parecer más poderoso de lo que es.

—Es arrogante —contestó Abraham—. Todo el mundo lo sabe. Se le nota en los ojos, en la forma de hablar, en lo que hace.

—Sí —afirmó el Profesor—. Y por eso estos rumores son tan confusos. Los artículos no lo alaban o, si lo hacen, es de un modo extraño. La mayoría describen las atrocidades que ha cometido. Hablan de la gente a la que ha asesinado, de los edificios, incluso de las pequeñas ciudades que supuestamente ha arrasado. Nada de lo cual ha sucedido de verdad.

—¿Está divulgando rumores acerca de que ha arrasado ciudades llenas de gente? —preguntó Megan, preocupada.

—Eso parece —dijo el Profesor. Empezó a ayudarnos a vaciar las cajas. Advertí que desde que él estaba presente Megan había dejado de dar órdenes—. Alguien, al menos, quiere que Steelheart parezca más terrible de lo que es en realidad.

—Tal vez hemos dado con algún grupo revolucionario —dije, ansioso.

—Lo dudo —respondió el Profesor—. ¿Dentro de uno de los principales edificios del gobierno? ¿Con tantísima seguridad? Además, por lo que me dijiste, parece que los guardias conocían ese sitio. De todas formas, muchos de los artículos van acompañados de documentación que confirma que son obra del propio Steelheart. Incluso advierten de su falsedad y de la necesidad de darles sustancia con hechos comprobados.

—Está alardeando e inventándose cosas... —dedujo Abraham—. Solo que ahora su ministerio tiene que hacer que todas esas supuestas acciones parezcan auténticas; en caso contrario, quedará como un idiota.

El Profesor asintió, y yo me sentí abatido. Daba por hecho que habíamos encontrado algo importante. En cambio, todo lo que habíamos descubierto era un departamento dedicado a hacer que Steelheart pareciera bueno. Y más malvado. O algo.

—Así que Steelheart no es tan terrible como le gusta que pensemos —dijo Abraham.

—¡Oh, lo es bastante! —respondió el Profesor—. ¿No te parece, David?

—Más de diecisiete mil muertes confirmadas en su haber —dije, ausente—. Consta en mis anotaciones. Muchas de esas víctimas eran inocentes. Todas no pueden ser inventadas.

—Y no lo son —dijo el Profesor—. Es un individuo terrible y espantoso. Solo quiere asegurarse de que todos lo sepamos.

—¡Qué extraño! —exclamó Abraham.

Rebusqué en la caja de quesos, saqué las piezas envueltas en papel y las puse en el hueco refrigerado, al otro lado de la habitación. Muchos de los alimentos de los Reckoners eran cosas que yo nunca había podido permitirme. Queso, fruta fresca. La mayor parte de la comida de Chicago Nova tenía que ser importada debido a la oscuridad. Era imposible cultivar frutas y verduras en el exterior, y Steelheart mantenía un férreo control sobre las granjas que rodeaban la ciudad.

Alimentos caros. Ya me estaba acostumbrando a comerlos. Era curioso lo rápidamente que me había habituado a ellos.

—Profesor —dije, colocando un queso en el hueco—, ¿se ha preguntado alguna vez si Chicago Nova estará peor sin Steelheart que con él?

Al otro lado de la habitación, Megan se volvió bruscamente hacia mí, pero yo no la miré.

«No le diré que lo dijiste tú, así que deja de mirarme. Solo quiero saberlo».

—Probablemente lo estará —contestó el Profesor—. Durante un tiempo, al menos. La infraestructura de la ciudad se colapsará. Escaseará la comida. A menos que alguien poderoso ocupe el lugar de Steelheart y asegure el control, habrá saqueos.

—Pero...

—¿Querías venganza, hijo? Bien, ese es el precio. No te doraré la píldora. Intentamos no dañar a inocentes, pero cuando matemos a Steelheart, causaremos sufrimiento.

Me senté junto al agujero refrigerante.

—¿Nunca habías pensado en eso? —me preguntó Abraham. Se había sacado de debajo de la camisa aquel colgante que llevaba y lo estaba acariciando—. En todos esos años de planificación, de preparación para matar al hombre al que odiabas, ¿no tuviste en cuenta nunca lo que sucedería en Chicago Nova?

Me ruboricé, pero luego negué con la cabeza. No. No lo había pensado.

—Entonces... ¿qué hacemos?

—Continuar como hasta ahora —respondió el Profesor—. Nuestro trabajo es amputar la carne podrida. Solo entonces podrá empezar a sanar el cuerpo. Pero al principio va a ser muy doloroso.

—Pero...

El Profesor se volvió hacia mí y vi algo en su expresión: un profundo agotamiento, el cansancio de quien lleva librando una guerra mucho, mucho tiempo.

—Es bueno que pienses en esto, hijo. Reflexiona. Preocúpate. Permanece despierto por las noches, asustado por las bajas que causará tu ideología. Te hará bien comprender el precio de la lucha.

»Sin embargo, tengo que advertirte algo: no hay respuestas; no hay decisiones acertadas. Sometimiento a un tirano o caos y sufrimiento. Al final yo elegí lo segundo, aunque me duela en el alma. Si no luchamos, la humanidad está acabada. Lentamente nos convertimos en ovejas de los Épicos, en esclavos y criados... estancados.

»Esto no es solo por venganza o desquite. Es por la supervivencia de nuestra especie. Para que los hombres sean dueños de su propio destino. Yo elijo el sufrimiento y la incertidumbre antes que convertirme en un perrito faldero.

—Todo eso de elegir por uno mismo está muy bien, Profesor —dijo Megan—. Pero usted no elige por usted mismo. Elige por toda la ciudad.

—Así es. —El Profesor guardó algunas latas en el estante.

—En última instancia no serán dueños de su propio destino. Si no los domina Steelheart se las tendrán que apañar solos; al menos hasta que aparezca otro Épico que vuelva a dominarlos.

—Entonces lo mataremos también —repuso el Profesor en voz baja.

—¿A cuántos va a matar? No puede matar a todos los Épicos, Profesor. Tarde o temprano, uno se impondrá. ¿Cree que será mejor que Steelheart?

—Basta, Megan —dijo el Profesor—. Ya hemos hablado de esto, y he tomado mi decisión.

—Chicago Nova es uno de los sitios donde mejor se puede vivir en los Estados Fracturados —continuó Megan, ignorando el comentario del Profesor—. Tendríamos que concentrarnos en los Épicos que no son buenos administradores, en los lugares donde la vida es peor.

—No —dijo el Profesor con más hosquedad.

—¿Por qué no?

—¡Porque ese es el problema! —exclamó—. Todo el mundo habla de lo magnífica que es Chicago Nova. Pero no es magnífica, Megan. ¡Es buena solo en comparación con lo demás! Sí, hay lugares peores; pero mientras este agujero del infierno sea considerado el ideal, nunca llegaremos a ninguna parte. ¡No podemos permitir que nos convenzan de que esto es normal!

La habitación quedó en silencio. Megan estaba sorprendida por el exabrupto del Profesor.

Me senté, cabizbajo. Aquello no era como lo había imaginado. Los gloriosos Reckoners imponiendo justicia a los Épicos. Ni una sola vez se me había pasado por la cabeza el sentimiento de culpa que soportaban, las discusiones, la incertidumbre. Podía ver en ellos el mismo miedo que yo había sentido en la central eléctrica. La preocupación porque tal vez estuviéramos empeorando las cosas y pudiéramos acabar siendo tan malos como los Épicos.

El Profesor se marchó, agitando una mano, frustrado. Oí el roce de la cortina cuando se retiró a su habitación de pensar. Megan lo vio irse, roja de furia.

—No es tan malo, Megan —dijo Abraham en voz baja. Seguía pareciendo tranquilo—. No pasará nada.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Verás, no necesitamos derrotar a todos los Épicos —dijo Abraham. Sujetaba con la mano la cadena con el pequeño colgante—. Solo necesitamos aguantar lo suficiente.

—No voy a escuchar tus tonterías, Abraham —replicó ella—. Ahora no.

Dicho esto, nos dio la espalda, se marchó del almacén por el túnel que conducía a las catacumbas de acero y desapareció.

Abraham suspiró, luego se volvió hacia mí.

—No tienes buen aspecto, David.

—Estoy mareado —confesé—. Creía... Bueno, que si alguien tenía las respuestas serían los Reckoners.

—Nos confundes —dijo Abraham, acercándose a mí—. Confundes al Profesor. No busques en el verdugo el motivo por el que cae su espada. Y el Profesor es el verdugo de la sociedad, el guerrero de la humanidad. Otros vendrán a reconstruirla.

—¿Y eso no te molesta?

—No demasiado —respondió Abraham sencillamente, volviendo a ponerse el colgante—. Pero, claro, yo tengo una esperanza que los demás no tienen.

Vi claramente el colgante. Era pequeño y plateado: una estilizada «S». Me pareció reconocer ese símbolo de alguna parte. Me recordó a mi padre.

—Eres uno de los fieles —aventuré. Había oído hablar de ellos, aunque nunca había conocido a ninguno. La Factoría criaba realistas, no soñadores, y para ser uno de los fieles había que ser un soñador.

Abraham asintió.

—¿Cómo puedes creer todavía que vendrán buenos Épicos? —pregunté—. Me refiero a que han pasado más de diez años.

—Diez años no es tanto —contestó Abraham—. No en el contexto histórico. ¡La especie humana no es tan antigua en comparación! Los héroes vendrán. Algún día tendremos Épicos que no matarán, no odiarán, no dominarán. Estaremos protegidos.

«Idiota», pensé. Fue una reacción visceral, aunque inmediatamente me hizo sentir mal. Abraham no era ningún idiota. Era un hombre sabio, o me lo había parecido hasta ese momento. Pero ¿cómo podía pensar de verdad que habría alguna vez Épicos buenos? Era el mismo razonamiento que había matado a mi padre.

«Aunque él al menos tiene alguna esperanza». ¿Tan malo era desear que existiera un grupo mítico de Épicos heroicos, esperar que acudieran a salvarnos?

Abraham me dio un apretón en el hombro y me sonrió antes de marcharse. Me quedé allí y vi como seguía al Profesor a la habitación de pensar, algo que nunca había visto hacer a ninguno de los demás. Poco después, los oí conversar en voz baja.

Sacudí la cabeza. Pensé en continuar vaciando las cajas, pero no estaba de humor para hacerlo. Miré el túnel que conducía a las catacumbas. Sin pensármelo dos veces, entré en él por si podía encontrar a Megan.

Megan no había llegado muy lejos. La encontré al fondo del túnel, sentada en una pila de cajas viejas, justo fuera del refugio. Me acerqué, dudoso, y me miró con recelo. Su expresión se suavizó al cabo de un instante, y se volvió para seguir escrutando la oscuridad. Tenía el móvil encendido para iluminarse.

Me subí a las cajas y me senté a su lado, pero no hablé. Quería tener las palabras idóneas que decir y, como de costumbre, no se me ocurría nada. El problema era que básicamente estaba de acuerdo con el Profesor, aunque me sintiera culpable por ello. Pese a que no tenía la educación necesaria para predecir qué sucedería en Chicago Nova si su líder era asesinado, sabía que Steelheart era malvado. Ningún tribunal lo condenaría, pero yo tenía derecho a buscar justicia por las cosas que nos había hecho a mí y a los míos.

Así que me quedé allí sentado, tratando de decir algo que no la ofendiera pero que tampoco pareciera una tontería. Es más difícil de lo que parece, y probablemente por eso digo lo primero que me pasa por la cabeza la mayoría de las veces. Cuando me paro a pensar, nunca se me ocurre nada.

—Es un monstruo —dijo Megan al cabo de un rato—. Sé que lo es. Odio que parezca que lo defiendo. Es simplemente que no sé si matarlo va a ser bueno para la misma gente a la que tratamos de proteger.

Asentí. Lo entendía, de verdad que lo entendía. Volvimos a guardar silencio. Mientras permanecíamos allí sentados oía sonidos lejanos en los pasillos, distorsionados por la extraña composición y la acústica de las catacumbas de acero. A veces se podía oír correr el agua, porque las cañerías de la ciudad estaban cerca. En otras ocasiones habría jurado oír ratas, aunque me sorprendía que pudieran vivir ahí abajo. En otros momentos era como si la tierra gimiera en voz baja.

—¿Qué son, Megan? ¿Te lo has preguntado alguna vez?

—¿Te refieres a los Épicos? Hay un montón de teorías.

—Lo sé. Pero ¿qué piensas tú?

No respondió inmediatamente. Un montón de gente tenía sus propias teorías y estaba encantada de contártelas. Los Épicos eran el siguiente paso en la evolución humana, o un castigo enviado por tal o cual dios, o alienígenas. Tal vez el resultado de un proyecto gubernamental secreto; o todo era una patraña y estaban usando la tecnología para fingir que tenían poderes.

La mayor parte de las teorías se venían abajo cuando se cotejaban con los hechos. Personas normales habían adquirido poderes y se habían convertido en Épicos: no eran alienígenas ni nada por el estilo. Había suficientes historias acerca de familiares que manifestaban particulares habilidades. Los científicos decían que no comprendían la genética de los Épicos; pero yo de eso no entiendo mucho. Además, la mayoría de los científicos habían desaparecido o trabajaban para alguno de los Épicos más poderosos.

De todas formas, muchísimos rumores eran absurdos, aunque seguían difundiéndose y probablemente seguirían haciéndolo.

—Creo que son una especie de prueba —dijo Megan.

Fruncí el ceño.

—¿Quieres decir desde un punto de vista religioso?

—No, no una prueba de fe ni nada por el estilo —respondió ella—. Quiero decir una prueba de lo que haríamos si tuviéramos poder. Un poder enorme. ¿Qué nos haría? ¿Cómo lo manejaríamos?

Puse mala cara.

—Si los Épicos son un ejemplo de lo que haríamos con poder, entonces es mejor que nunca lo tengamos.

Ella guardó silencio. Unos momentos más tarde oí otro extraño sonido. Silbidos.

Me volví y me sorprendió ver a Cody caminando por el pasillo. Iba solo, a pie, lo que significaba que había dejado el motocarro que había usado para transportar las cajas de suministros en el hangar. Llevaba el arma al hombro y la gorra de béisbol con el supuesto emblema de su clan escocés. Se llevó una mano a la visera para saludarnos.

—¿Qué, de fiesta? —preguntó. Comprobó su móvil—. ¿Es la hora del té?

—¿Té? —pregunté—. Nunca te he visto tomarlo.

—Suelo tomar palitos de pescado y una bolsa de patatas fritas —dijo Cody—. Es una costumbre británica. Vosotros sois yanquis y no lo entenderíais.

Algo parecía erróneo en esas palabras, pero yo no sabía lo suficiente para contradecirlo.

—¿Por qué esas caras tan serias? —preguntó Cody, subiendo de un salto a las cajas para sentarse junto a nosotros—. Parecéis un par de cazadores de mapaches en un día de lluvia.

«Guau —pensé—. ¿Por qué no se me ocurren comparaciones así?».

—El Profesor y yo hemos discutido —dijo Megan con un suspiro.

—¿Otra vez? Creía que ya lo habíais superado. ¿Por qué ha sido esta vez?

—Por nada de lo que quiera hablar.

—Muy bien, muy bien. —Cody sacó su largo cuchillo de cazador y empezó a limpiarse las uñas—. Nightwielder ha estado en la ciudad. La gente informa de que se lo ha visto en todas partes atravesando paredes y buscando en los cubiles de los facinerosos y los Épicos menores. Ha puesto nervioso a todo el mundo.

—Eso es bueno —dije—. Parece que Steelheart se está tomando la amenaza en serio.

—Tal vez —repuso Cody—. Tal vez. Todavía no ha dicho nada del desafío que le lanzamos, y Nightwielder está comprobando a un montón de gente corriente. Tal vez Steelheart sospecha que alguien intenta soplarle humo en el *kilt*.

—Tal vez deberíamos atacar a Nightwielder —dije—. Ahora conocemos su punto flaco.

—Quizá sea una buena idea —dijo Cody, al tiempo que sacaba un largo y estilizado aparato de su bolsa. Me lo lanzó.

—¿Qué es esto?

—Una linterna de luz ultravioleta. Conseguí encontrar un sitio donde las venden... Bueno, venden bombillas al menos. Las he puesto en las linternas. Tengo listas unas cuantas. Es mejor que estemos preparados por si Nightwielder nos sorprende.

—¿Crees que vendrá aquí? —pregunté.

—Tarde o temprano empezará con las catacumbas de acero —contestó Cody—. Tal vez haya empezado ya. Tener una base defendible no significa nada si Nightwielder decide atravesar las paredes y estrangularnos mientras dormimos.

Alegres pensamientos. Me estremecí.

—Al menos ahora podemos combatirlo —dijo Cody, sacando otra linterna para Megan—. Pero creo que estamos mal preparados. Seguimos sin saber cuál es el punto flaco de Steelheart. ¿Y si en efecto desafía a Limelight?

—Tia encontrará la respuesta —dije—. Tiene un montón de pistas para descubrir qué había en la cámara del banco.

—¿Y Firefight? —preguntó Cody—. Todavía no hemos empezado siquiera a planear cómo enfrentarnos a él.

Firefight, el otro de los grandes Épicos guardaespaldas de Steelheart. Megan me miró, obviamente interesada en escuchar mi respuesta.

—Firefight no será un problema —dije.

—Eso dijiste cuando nos planteaste el asunto. Pero todavía no has dicho por qué.

—Lo he hablado con Tia. Firefight no es lo que pensáis. —Me sentía razonablemente confiado al respecto—. Ven, te lo demostraré.

Cody arqueó una ceja, pero me siguió mientras volvía por el túnel. El Profesor ya sabía lo que decían mis notas, aunque yo no estaba seguro de que lo creyera. Sabía que planeaba una reunión para hablar de Firefight y Nightwielder, pero también que estaba a la espera de lo que consiguiera Tia antes de avanzar demasiado en el plan. Si ella no encontraba una respuesta para matar a Steelheart, lo demás no importaría.

Yo no quería pensar eso. Rendirme en aquel momento por no conocer su flaqueza habría sido como averiguar que han echado a suertes el postre en la Fábrica, solo quedaba un número y, además, no importa, porque Pete se ha colado para robar el postre, así que nadie va a tenerlo de todas formas... ni siquiera Pete, dado que para empezar no había postre. Bueno, algo así. Esa comparación era una mejora en mi progreso.

Una vez llegados al final del túnel, conduje a Cody a la caja donde guardaba mis notas. Las hojeé brevemente y vi que Megan nos había seguido. La expresión de su rostro era inescrutable.

Cogí la carpeta de Firefight, la puse en la mesa y saqué algunas fotos.

—¿Qué sabes de Firefight? —pregunté.

—Es un Épico de fuego —dijo Cody, señalando una foto en la que se veía una silueta de llamas, que despedía un calor tan intenso que el aire a su alrededor se ondulaba. Ninguna foto podía captar en detalle los rasgos de Firefight, ya que estaban hechos de llamas sólidas. De hecho, en todas las fotos que saqué de la carpeta brillaba tanto que distorsionaba la imagen.

—Tiene poderes de fuego Épicos estándar —dijo Megan—. Puede convertirse en llamas... En realidad, casi siempre aparece en forma de

fuego. Puede volar, arrojar llamas con las manos y manipular las existentes. Crea un intenso campo de calor a su alrededor capaz de derretir las balas, aunque es probable que no lo hirieran aunque no se derretieran. Es un ejemplo clásico de Épico de fuego.

—Demasiado básico —dije—. Todo Épico tiene sus pegas. Ninguno posee exactamente el mismo conjunto de poderes. Eso fue lo que primero me llamó la atención. Aquí está la otra pista.

Indiqué la serie de fotografías, cada una de ellas una imagen de Firefight tomada un día distinto, a menudo con Steelheart y su séquito. Aunque Nightwielder salía con frecuencia de misión, Firefight solía quedarse junto a Steelheart para actuar como guardaespaldas de primera línea.

—¿Lo veis? —pregunté.

—¿Ver qué? —preguntó Cody.

—Aquí —dije, señalando a un hombre que estaba junto a los guardias de Steelheart en una de las fotos. Era delgado, lampiño e iba trajeado, con gafas de sol y un sombrero de ala ancha que le cubría la cara.

Señalé la siguiente foto. Aparecía la misma persona. Y la siguiente. Y la siguiente. Su rostro era difícil de distinguir en las otras fotos también: no era el centro de ninguna, y el sombrero y las gafas enmascaraban siempre sus rasgos.

—Esta persona está siempre presente cuando aparece Firefight —observé—. Es sospechoso. ¿Quién es y qué está haciendo ahí?

Megan frunció el ceño.

—¿Qué estás dando a entender?

—Tomad, echad un vistazo a estas —dije. Saqué una serie de cinco fotos tomadas en rápida secuencia. La escena mostraba a Steelheart volando por la ciudad con un séquito de sicarios. Lo hacía a veces. Aunque siempre parecía que estuviera haciendo algo importante, yo sospechaba que en realidad aquellos vuelos eran su versión de un desfile.

Nightwielder y Firefight lo acompañaban, volando a unos tres metros del suelo. Un desfile de coches los seguía, como un convoy militar. No se distinguía ninguna cara, aunque suponía que el sospechoso estaba entre ellos.

Cinco fotos. En cuatro de ellas salía el trío de Épicos volando juntos. Y en una, justo en mitad de la secuencia, la forma de Firefight estaba borrosa y traslúcida.

—¿Firefight puede volverse incorpóreo como Nightwielder? —aventuró Cody.

—No —respondí—. Firefight no es real.

Cody parpadeó.

—¿Qué?

—No es real. Al menos no como nosotros lo entendemos. Firefight es una ilusión increíblemente intrincada e increíblemente astuta. Sospecho que la persona a la que vemos en esas fotos, la que lleva el traje y el sombrero, es el verdadero Épico. Es un ilusionista capaz de manipular la luz para crear imágenes, muy parecido a Refractionary pero mucho más poderoso. Juntos, el verdadero Firefight y Steelheart concibieron la idea de un falso Épico igual que nosotros hemos inventado a Limelight. En estas fotos captamos un momento de distracción, cuando el verdadero Épico no estaba plenamente concentrado en su ilusión y esta casi desapareció.

—¿Un falso épico? —dijo Megan, incrédula—. ¿Para qué? Steelheart no necesita eso.

—Steelheart tiene una extraña psicología —dije—. Confía en mí. Apuesto que lo conozco mejor que nadie aparte de sus aliados más cercanos. Gran parte de lo que hace es para aferrarse al poder, para obligar a la gente a someterse. Nunca duerme en la misma habitación. ¿Por qué necesita hacer eso? Es inmune a todo, ¿no? Es un paranoico; tiene miedo de que alguien descubra su punto débil. Destruyó el banco entero para que no quedara ni rastro de cómo resultó herido.

—Montones de Épicos harían eso —advirtió Cody.

—Eso es porque la mayoría de los Épicos son igualmente paranoicos. Mirad, ¿qué mejor forma de sorprender a posibles asesinos que hacerlos prepararse para un Épico que no existe? Si pasan todo el tiempo planeando cómo matar a Firefight y luego se enfrentan a una ilusión, los pillarán completamente desprevenidos.

—Eso nos pasará a nosotros si tienes razón —dijo Cody—. Combatir a ilusionistas es muy duro. Detesto no poder confiar en lo que ven mis ojos.

—Mira, un Épico ilusionista no lo explica todo —terció Megan—. Hay grabaciones de Firefight derriendiendo balas.

—Firefight hizo que las balas desaparecieran cuando alcanzaron la ilusión, luego hizo que unas balas ilusorias cayeran al suelo. Más tarde los sicarios de Steelheart fueron y esparcieron por el suelo balas derretidas de verdad como prueba. —Saqué otro par de fotos—. Tengo

imágenes donde se los ve haciéndolo. Tengo montañas de documentación sobre esto, Megan. Puedes leerla cuando quieras. Tia está de acuerdo conmigo.

Cogí unas cuantas fotos más del montón.

—Mira esto. Tengo fotos de una vez en que Firefight «quemó» un edificio. Saqué estas fotos yo mismo. ¿Ves cómo lanza el fuego? Si observas las huellas del fuego en las paredes al día siguiente, en este otro grupo de fotos, ves que no coinciden con las andanadas que creó Firefight. Las huellas del fuego reales fueron añadidas por un equipo de trabajadores durante la noche. Apartaron a todo el mundo del escenario, así que no pude fotografiarlos, pero la evidencia del día siguiente está clara.

Megan parecía profundamente preocupada.

—¿Qué? —dijo Cody.

—Como tú has dicho —respondió ella—, los ilusionistas son un incordio. Espero que no tengamos que enfrentarnos a uno.

—No creo que tengamos que hacerlo —dije—. Lo he pensado y repensado y, a pesar de la reputación de Firefight, no parece terriblemente peligroso. No puedo atribuirle ninguna muerte directa, y rara vez pelea. Tiene que deberse a que no quiere revelar su verdadera naturaleza. Tengo las pruebas en estas carpetas. En cuando Firefight aparezca, no tenemos más que disparar al que crea la ilusión, al hombre de las fotos, y toda la fantasía se desmoronará. No debería ser demasiado difícil.

—Puede que tengas razón en lo de las ilusiones —dijo Cody, examinando otro conjunto de fotos—. Pero no estoy seguro de que este tipo que tú dices las cree. Si Firefight fuera listo, crearía la ilusión y luego se volvería invisible.

—Es posible que no pueda —respondí—. No todos los ilusionistas son capaces de eso, ni siquiera los poderosos. —Vacilé—. Pero tienes razón. No podemos saber con certeza quién está creando al falso Firefight; aunque sigo pensando que Firefight no será ningún problema. Todo lo que tenemos que hacer es asustarlo: ponerle una trampa que destape la ilusión. Apuesto a que la amenaza de ser descubierto lo hará huir. Por lo que he podido deducir acerca de él, parece un poco cobarde.

Cody asintió, pensativo.

Megan sacudió la cabeza.

—Creo que te tomas esto demasiado a la ligera —dijo. Parecía furiosa—. Si Steelheart ha estado engañando a todo el mundo todo este tiempo, entonces es posible que Firefight sea aún más peligroso de lo que

pensamos. Hay algo en esta historia que me inquieta: no creo que estemos preparados para ello.

—Estás buscando un motivo para cancelar esta misión —repliqué, molesto con ella.

—Nunca he dicho eso.

—No ha hecho falta. Es...

Me interrumpió un movimiento en el túnel que daba al refugio y me volví a tiempo de ver llegar a Tia con unos vaqueros gastados y su chaqueta de Reckoner. Tenías las rodillas manchadas de polvo. Se incorporó, sonriendo.

—La hemos encontrado.

El corazón me dio un vuelco en el pecho y envió lo que pareció una descarga eléctrica por todo mi cuerpo.

—¿La flaqueza de Steelheart? ¿Has descubierto qué es?

—No —respondió ella; los ojos le brillaban de emoción—. Pero esto debería llevarnos a la respuesta. La he encontrado.

—¿Qué, Tia? —preguntó Cody.

—La cámara del banco.

—Empecé a considerar esa posibilidad cuando contaste tu historia, David —dijo Tia. Todo el grupo la seguía por uno de los túneles de las catacumbas de acero—. Y cuanto más investigaba sobre el banco, más curiosidad sentía. Hay cosas raras.

—¿Cosas raras? —pregunté.

El grupo avanzaba en una tensa piña; Cody delante, Abraham vigilando la retaguardia. Había sustituido su bonita ametralladora por otra similar, pero sin tantas lucecitas ni soniditos.

Me sentía cómodo teniéndolo detrás. Aquellos estrechos confines habrían convertido una ametralladora pesada en algo especialmente letal para cualquiera que intentara acercarse a nosotros: las paredes habrían funcionado como los surcos de ambos lados de una calle de bolera, y Abraham no habría tenido ningún problema para hacer pleno.

—A los Zapadores no se les permitió cavar en la zona del banco —dijo el Profesor, que iba a mi lado.

—Sí —dijo Tia, ansiosamente—. Fue algo muy irregular. Steelheart apenas les dio indicaciones. El caos de estas catacumbas inferiores lo demuestra: su locura los hacía difíciles de controlar. Pero en una orden fue firme: tenían que mantenerse alejados de la zona bajo el banco. Yo no me habría fijado en ese detalle de no ser por tu descripción. Por eso de que Steelheart convirtió en acero casi toda la sala principal del banco antes de que Faultline llegara esa tarde. Sus poderes tenían dos...

—Sí —dije, demasiado nervioso como para no interrumpirla. Faultline era la mujer a quien Steelheart había llevado para que enterrara el banco después de que yo escapara—. Lo sé. Dualidad de poder: dos habilidades de segundo nivel juntas crean una de primero.

Tia sonrió.

—Has estado leyendo mis notas sobre el sistema de clasificación.

—Supongo que es mejor que usemos la misma terminología. —Me encogí de hombros—. No tengo ningún inconveniente en cambiar.

Megan me miró, con la sombra de una sonrisa en las comisuras de los labios.

—¿Qué? —pregunté.

—Empollón.

—Yo no soy...

—No te desconcentres, hijo. —El Profesor le dirigió una dura mirada a Megan, que tenía chispitas en los ojos—. Da la casualidad de que me caen bien los empollones.

—Nunca he dicho que a mí no —respondió Megan alegremente—. Simplemente, me llama la atención que alguien finja ser algo que no es.

«Lo que tú digas», pensé. Faultline era una Épica de primer nivel, según la clasificación de Tia, sin el don de la inmortalidad. Poderosa, por tanto, pero frágil. Tendría que haberlo sabido cuando trató de apoderarse de Chicago Nova unos cuantos años antes: no tenía la menor posibilidad de conseguirlo.

De todas formas, era una Épica con varios poderes menos tremendos que, juntos, creaban lo que parecía un único poder impresionante. En su caso, podía mover la tierra solo en caso de que no fuera demasiado dura. Sin embargo, también tenía la capacidad de convertir la piedra y la tierra corrientes en una especie de polvo arenoso.

Lo que parecía un terremoto provocado por ella era en realidad un reblandecimiento del suelo y el posterior corrimiento de tierra. Había Épicos que causaban terremotos verdaderos, pero irónicamente eran menos poderosos o, en todo caso, menos útiles. Los más fuertes podían destruir una ciudad con sus poderes, pero no enterrar un único edificio o un grupo de personas a voluntad. Las placas tectónicas se desplazan en masa e impiden la precisión.

—¿No lo veis? —preguntó Tia—. Steelheart convirtió la sala principal del banco en acero: las paredes, gran parte del techo y el suelo. Luego Faultline reblandeció el terreno que lo sustentaba y dejó que se hundiera. Empecé a pensar que cabía la posibilidad de que...

—De que estuviera todavía allí —dije en voz baja.

Doblamos una esquina en las catacumbas y Tia se adelantó, apartó unas piezas de chatarra y descubrió un túnel. Yo tenía ya la suficiente práctica para saber que probablemente había sido hecho con sensores. A menos que se controlaran con extrema precisión, abrían túneles circulares, mientras que los Zapadores habían creado pasillos cuadrados o rectangulares.

Ese túnel se abría paso a través del acero en ligero descenso. Cody se asomó y lo iluminó con la linterna.

—Bueno, supongo que ahora sabemos en qué habéis estado trabajando Abraham y tú estas últimas semanas, Tia.

—Teníamos que probar diferentes modos de acercarnos —explicó ella—. No estaba segura de a qué profundidad acabó hundiéndose la sala del banco, ni de si conservó la integridad estructural.

—Pero ¿lo hizo? —pregunté, sintiendo de pronto un extraño aturdimiento.

—¡Lo hizo! —dijo Tia—. Es sorprendente. Venid a ver. —Empezó a bajar por el túnel, que era lo bastante alto para que pudiéramos pasar, aunque Abraham tendría que ir encorvado.

Vacilé. Los demás esperaban a que la siguiera, así que me uní a Tia. Los otros vinieron detrás. Nos iluminábamos solo con los móviles.

No, un momento: había luz más adelante. Apenas la distinguía alrededor de la delgada silueta oscura de Tia. Cuando por fin llegamos al final del túnel, me di de bruces con el recuerdo.

Tia había emplazado unas cuantas luces en rincones y mesas que apenas creaban un brillo espectral en la gran cámara oscura. La sala se había ladeado, y con el suelo inclinado y la perspectiva torcida aumentaba la sensación surrealista.

Me detuve en la boca del túnel. La sala era tal como yo la recordaba y estaba sorprendentemente bien conservada. Las altas columnas, ahora de acero, las mesas dispersas, los mostradores, los escombros; todavía se distinguía el mosaico del suelo, aunque solo por la forma, porque en vez de ser de mármol y piedra, era de un tono plateado uniforme, con protuberancias y hendiduras.

Casi no había polvo, aunque algunas motas flotaban perezosamente en el aire, creando pequeños halos alrededor de las linternas blancas que Tia había colocado.

Al darme cuenta de que seguía detenido en la boca del túnel, bajé a la sala. «Oh, caray...», pensé, el pecho encogido. Agarré el rifle con fuerza, aunque sabía que no había peligro. Los recuerdos se me agolparon en la mente.

—Visto con perspectiva —estaba explicando Tia, a la que yo escuchaba solo a medias—, creo que no tendría que haberme sorprendido encontrar esto tan bien conservado. Los poderes de Faultline crearon una especie de cojín de tierra mientras la sala se hundía, y Steelheart convirtió casi toda esa tierra en metal. Las otras habitaciones del edificio resultaron dañadas durante el ataque al banco y se derrumbaron a medida que la estructura se hundía. Pero esta y la cámara adyacente fueron irónicamente conservadas por los poderes de Steelheart.

Por casualidad habíamos entrado por la parte frontal del banco. Antes había unas grandes y hermosas puertas de cristal que resultaron destruidas por el tiroteo y los rayos de energía. A ambos lados, el suelo estaba lleno de escombros de acero y huesos de acero de las víctimas de Deathpoint. Avancé siguiendo el camino que Steelheart había tomado para entrar en el edificio.

«Ahí están los mostradores donde trabajaban los contables», pensé, mirando al frente. Una parte había sido destruida; el niño que yo había sido gateó por ese hueco para llegar a la cámara. El techo estaba roto y deformado, pero la cámara acorazada ya era de acero antes de la intervención de Steelheart. Ahora que lo pensaba, eso podía haber preservado su contenido, debido a la manera en que funcionaba su capacidad de transfiguración.

—La mayor parte de los escombros son de cuando se cayó el techo —dijo Tia a mi espalda, y su voz resonó en la enorme cámara—. Abraham y yo hemos limpiado cuanto hemos podido. Había entrado mucha tierra por la pared rota y el techo, que llenaba parte de la sala. Usamos los tensores con ese montón e hicimos un agujero en el rincón del suelo: da a un pequeño hueco bajo el edificio. Metimos el polvo ahí.

Bajé tres escalones hacia la sección inferior de la planta. Allí, en el centro de la sala, era donde Steelheart se había enfrentado a Deathpoint. «Esta gente es mía...». Me volví hacia la izquierda instintivamente. Agazapado junto a la columna, encontré el cadáver de la mujer cuyo hijo había muerto en sus brazos. Me estremecí. Era una estatua de acero. ¿Cuándo había muerto? ¿Cómo? No lo recordaba. ¿A causa de una bala perdida, tal vez? De no haber estado ya muerta no se habría convertido en acero.

—Lo que salvó de verdad este lugar —continuó Tia—, fue la Gran Transfiguración: cuando Steelheart convirtió toda la ciudad en acero. Si no hubiera hecho eso, la tierra habría llenado esta sala por completo. Aparte de eso, probablemente habría hundido el techo. Sin embargo, la Transfiguración convirtió los restos de la sala en acero, así como la tierra de alrededor. El resultado fue que encerró la sala, preservándola como una burbuja en un estanque helado.

Continué avanzando hasta que vi el cubículo de las hipotecas donde me había escondido. Los cristales eran opacos, pero me asomé al frontal abierto. Entré y pasé los dedos por la mesa. Era todo más pequeño de lo que yo recordaba.

—Los archivos de las compañías aseguradoras no han sido concluyentes —continuó Tia—, pero había una reclamación por el terremoto. ¿De verdad los dueños del banco creían que la compañía de seguros iba a indemnizarlos por eso? Es absurdo. Aunque, claro, en aquellos tiempos todavía había mucha incertidumbre respecto a los Épicos. De todas

formas, eso me llevó a investigar los registros sobre la destrucción del banco.

—¿Y eso te trajo hasta aquí? —preguntó Cody. Su voz surgió de la oscuridad mientras recorría el perímetro de la sala.

—No, en realidad no. Me llevó a descubrir algo curioso: una tapadera. Si no pude encontrar nada en los informes de las compañías aseguradoras ni lista alguna del contenido de la cámara fue porque la gente de Steelheart ya había recopilado y escondido esa información. Me di cuenta de que, como que él había puesto especial empeño en esconderla, yo nunca encontraría nada de utilidad en los archivos. Nuestra única posibilidad sería entrar en el banco que Steelheart creía enterrado fuera del alcance de cualquiera.

—Es una buena suposición —dijo Cody, pensativo—. Sin los tensores... o algún tipo de poder Épico como el que tenían los Zapadores, llegar aquí habría sido casi imposible. ¿Abrirse paso a través de quince metros de acero sólido?

Los Zapadores habían empezado siendo humanos normales a quienes les había dado sus extraños poderes un Épico, Digzone, un dador como Conflux. No... les había ido bien del todo. Por lo visto no todos los poderes Épicos estaban hechos para ser utilizados por manos mortales.

Yo seguía en el cubículo. Los huesos del hombre de las hipotecas estaban allí, esparcidos por el suelo, alrededor del escritorio, asomando de los escombros. Todo era de metal.

No quería mirar, pero tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo.

Me volví. Momentáneamente confundí el pasado y el presente. Mi padre estaba allí de pie, decidido, empuñando la pistola para defender a un monstruo. Explosiones, gritos, polvo, gritos, fuego.

Miedo.

Parpadeé, temblando, con la mano en el frío acero de la pared del cubículo. La sala olía a polvo y vejez, pero tuve la sensación de poder oler la sangre, de poder oler el terror.

Salí del cubículo y me acerqué al lugar donde se había plantado Steelheart, empuñando una simple pistola, el brazo extendido hacia mi padre. Bang. Un disparo. Recordaba su sonido, aunque no sabía si era mi mente la que había construido ese recuerdo. Para entonces las explosiones me habían dejado sordo.

Me arrodillé junto a la columna. Un montículo de escombros plateados lo cubría todo delante de mí, pero yo tenía el tensor. Los demás continuaron hablando, pero yo no les prestaba atención y sus palabras

se convirtieron en un murmullo de fondo. Activé el tensor, acerqué la mano y, con mucho cuidado, empecé a desintegrar escombros.

No tardé mucho: la mayor parte estaba compuesta por un gran trozo de panel del techo. Lo destruí, luego me detuve.

Allí estaba.

Mi padre yacía desplomado contra la columna, con la cabeza ladeada. La herida de bala estaba petrificada en los pliegues de acero de su camisa. Todavía tenía los ojos abiertos. Parecía una estatua esculpida con increíble detalle: incluso se le notaban los poros de la piel.

Me quedé allí, incapaz de moverme, impotente incluso de bajar el brazo. Después de diez años, el rostro familiar me resultó doloroso. No tenía fotos de él ni de mi madre: no me había atrevido a volver a casa después de haber sobrevivido, aunque Steelheart no supiera quién era yo. Me pudieron la paranoia y el trauma.

Ver su cara me trajo a la memoria todo aquello. Parecía tan... normal. Normal de un modo que no existía desde hacía años; de un modo que el mundo ya no se merecía.

Me abracé, pero seguí mirando el rostro de mi padre. No podía apartar los ojos de él.

—¿David? —El Profesor se arrodilló junto a mí.

—Mi padre... —susurré—. Murió contraatacando, pero para proteger a Steelheart. Y ahora aquí estoy yo, tratando de matar al ser al que él rescató. Tiene gracia, ¿verdad?

El Profesor no respondió.

—En cierto modo —dije—, todo esto es culpa suya. Deathpoint iba a matar a Steelheart por la espalda.

—No habría podido —dijo el Profesor—. Deathpoint no sabía lo poderoso que era Steelheart. Nadie lo sabía entonces.

—Supongo que es verdad. Pero mi padre fue un necio. No creyó que Steelheart fuera malvado.

—Tu padre pensaba lo mejor de la gente —alegó el Profesor—. Llámalo necedad, pero yo nunca lo consideraría un defecto. Fue un héroe, hijo. Se enfrentó a Deathpoint, un Épico que mataba por capricho, y lo mató. Si por ello dejó vivir a Steelheart... Bueno, Steelheart no había hecho cosas terribles en ese momento. Tu padre no era capaz de prever el futuro. Uno no puede temer tanto lo que pueda suceder como para no estar dispuesto a actuar.

Miré los ojos sin vida de mi padre y asentí.

—Esa es la respuesta —susurré—. La respuesta a lo que Megan y usted estuvieron discutiendo.

—No es su respuesta, pero es la mía, y tal vez la tuya —dijo el Profesor. Me dio una palmada en el hombro y fue a unirse al resto de los Reckoners, que esperaban cerca de la cámara.

Yo no tenía previsto volver a ver el rostro de mi padre. Me había marchado aquel día sintiéndome un cobarde, oyéndole suplicarme que echara a correr y escapara. Había vivido diez años con una sola emoción: la necesidad de venganza. La necesidad de demostrar que no era un cobarde.

Ahora estaba allí. Al mirar a aquellos ojos de acero, supe que a mi padre no le habría interesado la venganza, pero que habría matado igualmente a Steelheart de haber tenido ocasión para acabar con los asesinatos. Porque a veces hay que ayudar a los héroes.

Me levanté. No sé cómo, en aquel momento supe que la cámara acorazada del banco y su contenido eran una pista falsa. No habían sido la fuente de la flaqueza de Steelheart. Había sido mi padre, o algo que él tenía.

Me alejé del cadáver para reunirme con los demás.

—... mucho cuidado cuando abramos las cajas de la cámara —estaba diciendo Tia—. No queremos destruir lo que pueda haber dentro.

—No creo que vaya a servir de nada —dije, con lo que atraje todas las miradas—. No creo que el contenido de la cámara tenga nada que ver.

—Dijiste que Steelheart miró hacia la cámara cuando reventó —dijo Tia—. Y sus agentes se esforzaron mucho por obtener y ocultar cualquier lista de lo que hubiera ahí dentro.

—No creo que él supiera cómo pudieron herirlo —dije—. Un montón de Épicos no conocen su punto flaco de entrada. Steelheart hizo que su gente reuniera todos esos archivos y los analizara para intentar descubrir el suyo.

—Entonces, tal vez encontró la respuesta —comentó Cody, encogiéndose de hombros.

Arqueeé una ceja.

—Si hubiera descubierto que esta cámara contenía algo que lo hacía vulnerable, ¿creéis que este sitio seguiría aquí?

Los otros se quedaron callados. No, no habría seguido allí. En tal caso, Steelheart habría destruido el lugar, por muchas dificultades que hubiera entrañado hacerlo. Yo estaba cada vez más seguro de que no era un objeto lo que lo había debilitado: había sido algo de la propia situación.

El rostro de Tia se ensombreció: probablemente deseaba que le hubiera mencionado la idea antes de pasarse días excavando. Sin embargo, no habría podido evitar que lo hiciera, puesto que nadie me había dicho que lo estuviera haciendo.

—Bueno —dijo el Profesor—. Vamos a registrar esta cámara. La teoría de David tiene mérito, pero también la teoría de que algo de aquí dentro lo debilitó.

—¿Encontraremos algo? —preguntó Cody—. Todo se ha convertido en acero. No sé qué vamos a poder reconocer si todo está fundido y unido.

—Algunas cosas tal vez hayan conservado su forma original —dijo Megan—. De hecho, es bastante probable que lo hicieran. Los poderes de transfiguración de Steelheart quedan aislados por el metal.

—¿Quedan cómo? —preguntó Cody.

—Aislados por el metal —repetí yo—. Crea una especie de... campo de transfiguración que se extiende y cambia las sustancias no metálicas igual que el sonido viaja por el aire o las ondas se mueven en una charca de agua. Si la onda golpea el metal, sobre todo el hierro o el acero, se detiene. Steelheart puede influir en otros metales, pero el campo se mueve más despacio. El acero lo detiene por completo.

—Entonces, las cajas de estos depósitos de seguridad... —dijo Cody, al tiempo que entraba en la cámara.

—Podrían haber aislado su contenido —terminó Megan por él, siguiéndolo—. Un poco se habrá transformado: la onda que creó la Transfiguración era enormemente poderosa. No obstante, creo que encontraremos algo, sobre todo porque la cámara en sí era metálica y funcionaría como aislante primario. —Miró por encima del hombro y me pilló mirándola—. ¿Qué? —me preguntó.

—Empollona —le dije.

Curiosamente, se puso como un tomate.

—Presto atención a Steelheart. Quería estar familiarizada con sus poderes, ya que íbamos a venir a la ciudad.

—No he dicho que sea malo —dije alegremente, entrando en la cámara con el tensor preparado—. No ha sido más que una puntualización.

Nunca una mirada fulminante me había sentado tan bien.

El Profesor se echó a reír.

—Muy bien —dijo—. Cody, Abraham, David, desintegrad las tapas de las cajas, pero no destruyáis el contenido. Tia, Megan y yo iremos sacándolas y registrándolas por si contienen algo interesante. A trabajar, esto nos va a llevar un buen rato...

—Bueno —dijo Cody, contemplando el montón de gemas y joyas—, si con esto no hemos conseguido nada más, al menos me he hecho rico. Es un fracaso con el que puedo vivir.

Tia bufó, rebuscando entre las joyas. Los cuatro, incluido el Profesor, estábamos sentados ante un gran escritorio, en uno de los cubículos. Megan y Abraham montaban guardia, vigilando el túnel que daba a la cámara del banco.

Había una sensación de reverencia en la habitación, como si tuviera la obligación de ser respetuoso, y creo que los demás sentían lo mismo. Hablaban en voz baja. Todos excepto Cody. Intentó inclinar hacia atrás la silla mientras alzaba un gran rubí, pero naturalmente las patas de acero estaban pegadas al suelo.

—Eso podría haberte hecho rico en otros tiempos, Cody —dijo Tia—, pero ahora tendrías problemas para venderlo.

Era cierto. Las joyas prácticamente ya no tenían ningún valor. Había un par de Épicos capaces de crear piedras preciosas.

—Tal vez —dijo Cody—, pero el oro sigue teniendo valor. —Se rascó la cabeza—. Aunque no estoy seguro de por qué. No se puede comer, y a la mayoría de la gente lo que le interesa es eso.

—Es común —contestó el Profesor—. No se oxida, es maleable y difícil de falsificar. Todavía no hay ningún Épico que pueda crearlo. La gente necesita un medio de comerciar, sobre todo entre reinos o en las fronteras entre ciudades. —Acarició una cadena de oro—. Pero Cody tiene razón.

—¿La tengo? —Cody parecía sorprendido.

El Profesor asintió.

—Nos enfrentemos o no a Steelheart, el oro que hemos recuperado aquí puede servir para financiar a los Reckoners durante años.

Tia había dejado el cuaderno en la mesa y le daba golpecitos con el bolígrafo, ausente. En las otras mesas de los cubículos de las hipotecas habíamos dejado lo que habíamos encontrado en la cámara. Las tres cuartas partes del contenido de las cajas habían sido recuperables.

—Sobre todo tenemos un montón de testamentos —dijo Tia, abriendo una lata de refresco de cola—, acciones, pasaportes, copias de carnés de conducir...

—Podríamos llenar una ciudad entera de identidades falsas si quisiéramos —indicó Cody—. Imaginad qué divertido.

—Lo segundo en importancia es el mencionado montón de joyas, tanto valiosas como no —continuó Tia—. Si algo de lo de aquí dentro afectara a Steelheart, por una simple cuestión de volumen tendría que pertenecer a este conjunto.

—Pero no pertenece a él —dije.

El Profesor suspiró.

—David, sé lo que...

—Lo que quiero decir —lo interrumpí— es que lo de las joyas no tiene sentido. Steelheart no atacó otros bancos, ni ha hecho nada, directa o indirectamente, para prohibir que la gente lleve joyas en su presencia. Las joyas son tan comunes entre los Épicos que habría tenido que tomar medidas.

—Estoy de acuerdo —dijo Tia—, aunque solo en parte. Es posible que hayamos pasado algo por alto. Steelheart ha demostrado ser sutil en el pasado; tal vez haya hecho un embargo secreto de un tipo concreto de gema. Lo investigaré, pero creo que David tiene razón. Si algo afectó de verdad a Steelheart, entonces es probable que sea una de las otras cosas guardadas.

—¿Cuántas hay? —preguntó el Profesor.

—Más de trescientas —respondió Tia con una mueca—. La mayor parte son recuerdos sin ningún valor material. Cualquiera de esas cosas podría ser nuestra culpable, teóricamente. Pero cabe además la posibilidad de que sea algo que llevara alguno de los presentes en la sala. O podría ser, como parece pensar David, algún factor de la situación.

—Es muy raro que el punto flaco de un Épico sea la proximidad de algo mundano —dije, encogiéndome de hombros—. A menos que un objeto de la cámara emitiera algún tipo de radiación, o una luz, o un sonido... algo que llegara a Steelheart. Las posibilidades son tan difusas como el responsable.

—De todas formas, Tia, examina los artículos —dijo el Profesor—. Tal vez encontremos alguna relación con algo que Steelheart haya hecho en la ciudad.

—¿Y la oscuridad? —preguntó Cody.

—¿La oscuridad de Nightwielder?

—Claro. Siempre me ha parecido raro que esto esté tan oscuro.

—Probablemente sea debido al mismo Nightwielder —dije—. No quiere que la luz del sol lo ilumine y lo vuelva corpóreo. No me extrañaría que formase parte del trato entre ellos, que sea uno de los motivos por los que Nightwielder sirve a Steelheart. El Gobierno de Steelheart proporciona infraestructura (comida, electricidad, prevención de delitos) para compensar la perpetua oscuridad.

—Supongo que eso tiene sentido —aceptó Cody—. Nightwielder necesita oscuridad, pero no puede tenerla a menos que haya una buena ciudad donde trabajar. Más o menos igual que un gaitero necesita que lo apoyen para subirse a los peñascos y tocar.

—¿Un gaitero? —pregunté.

—¡Oh, por favor, que no empiece otra vez! —exclamó Tia, llevándose una mano a la cabeza.

—Uno que toca la gaita —me explicó Cody.

Lo miré sin entender nada.

—¿Nunca has oído hablar de las gaitas? —me preguntó Cody, sorprendido—. ¡Son tan escocesas como los *kilts* y el vello pelirrojo de los sobacos!

—Ah... ¿y? —dije.

—Pues eso —repuso Cody—. Steelheart tiene que caer para que volvamos a educar a los niños adecuadamente. Esto es una ofensa contra la dignidad de mi tierra de origen.

—Magnífico —dijo el Profesor—. Me alegro de que tengamos la motivación adecuada. —Acarició absorto la mesa.

—Estás preocupado —dijo Tia. Parecía conocer muy bien al Profesor.

—Cada vez nos acercamos más a un enfrentamiento. Si continuamos este curso de acción, atraeremos a Steelheart, pero no podremos combatirlo.

Todos permanecemos callados. Alcé la cabeza y miré el alto techo. Las frías luces blancas no alcanzaban a iluminar el fondo de la sala. Hacía frío y el silencio pesaba.

—¿Hasta dónde podríamos llegar?

—Bueno —dijo el Profesor—, podríamos atraerlo a un enfrentamiento con Limelight y no aparecer.

—Eso sería divertido, en cierta manera —advirtió Cody—. Dudo de que le tomen el pelo a Steelheart muy a menudo.

—Reaccionará mal a la vergüenza —explicó el Profesor—. Ahora mismo los Reckoners son una espina, una molestia. Solo hemos llevado a cabo tres ataques en su ciudad y nunca hemos matado a nadie vital para su organización. Si huimos, se sabrá lo que hemos hecho. Abraham y yo hemos dejado pruebas que demostrarán que estamos detrás de esto: era el único modo de asegurarnos de que nuestra victoria, si es que vencemos, no se atribuya a un Épico en vez de a hombres normales.

—Entonces, si huimos... —dijo Cody.

—Steelheart sabrá que Limelight era un invento y que los Reckoners buscaban un modo de asesinarlo —respondió Tia.

—Bueno —dijo Cody—, la mayor parte de los Épicos ya quieren asesinarlos. Así que tal vez no cambie nada.

—Esto será peor —dije, mirando al techo—. Steelheart mató a los miembros de los equipos de rescate, Cody. Es un paranoico. Nos dará caza si descubre lo que hemos estado haciendo. La idea de que intentemos llegar hasta él, de que investiguemos su punto flaco... No se lo tomará a la ligera.

Las sombras fluctuaron y, cuando me volví, vi que Abraham se acercaba a nuestro cubículo.

—Me ha pedido que lo avisara cuando fuera la hora, Profesor.

El Profesor comprobó el móvil, luego asintió.

—Deberíamos regresar al escondite. Que todo el mundo coja un saco y lo llene con las cosas que hemos encontrado. Las clasificaremos más adelante, en un entorno más controlado.

Nos levantamos de los asientos. Cody dio una palmadita en la cabeza del cliente del banco, muerto e inmovilizado en acero, desplomado contra la pared del cubículo. Al salir, Abraham dejó algo sobre la mesa.

—Para ti.

Era una pistola.

—No soy bueno con... —Me callé. Me resultaba familiar. «La pistola que recogió mi padre».

—La he encontrado entre los escombros, junto a tu padre —dijo Abraham—. La Transfiguración convirtió la culata en metal, pero casi todas las piezas eran ya de buen acero. Le he quitado el cargador y he vaciado la recámara; la corredera y el gatillo todavía funcionan. No me fiaría del todo hasta que la haya repasado de arriba abajo cuando estemos en la base, pero hay bastantes posibilidades de que sea todavía un arma de fiar.

Cogí la pistola. Era el arma que había matado a mi padre. Tenerla en las manos no me parecía adecuado.

Pero, por lo que sabía, era también la única arma que había herido a Steelheart.

—No podemos saber si fue algo que tenía el arma lo que permitió que Steelheart resultara herido —dijo Abraham—. Creo que merece la pena investigarlo. La desmontaré, la limpiaré y comprobaré los cartuchos. Deberían estar bien, aunque quizás haya que cambiarles la pólvora si los casquillos no la aislaron de la Transfiguración. Si todo está bien, puedes usarla. Si se te presenta la oportunidad, puedes intentar dispararle con ella.

Asentí, dándole las gracias, y luego corrí a coger un saco para cargar con mi parte de lo que habíamos encontrado.

—El de la gaita es el sonido más sublime que hayas oído jamás —explicó Cody, gesticulando mucho mientras recorríamos el pasillo hacia el escondite—. Una sonora mezcla de potencia y fragilidad maravillosa.

—Suenan a gatos moribundos en una licuadora —me dijo Tia.

Cody parecía melancólico.

—Sí, y qué hermosa melodía, chavala.

—Espera —dije, alzando un dedo—. Esas gaitas... Para hacerlas tenéis... ¿cómo dijiste?: «Solo hay que matar un dragón pequeño, que son totalmente reales y nada mitológicos. Siguen viviendo en las Tierras Altas de Escocia en la actualidad».

—Sí —respondió Cody—. Es importante escoger uno pequeño. Los grandes son demasiado peligrosos, ¿sabes?, y de sus vejigas no se hacen buenas gaitas. Pero tienes que matarlo tú mismo. Un gaitero tiene que haber matado su propio dragón. Es la tradición.

—Después, hay que sacarle la vejiga y unirle... ¿cómo era?

—Cuernos tallados de unicornio para el soplete, el puntero, el roncón y el ronquete —dijo Cody—. Bueno, se puede utilizar también algo menos escaso, como el marfil. Pero, si quieres ser un purista, tienen que ser cuernos de unicornio.

—Delicioso —dijo Tia.

—Gran palabra has escogido —dijo Cody—. Naturalmente, es un término de origen escocés. Viene de Dál Riata, el antiguo y grandioso reino escocés de las leyendas. Vaya, si creo que una de las grandes melodías de gaita es de esa época: *Abharsair e d'a chois e na Dùn Èideann*.

—¿Abharqué? —pregunté.

—*Abharsair e d'a chois e na Dùn Èideann* —repitió Cody—. Es un título dulcemente poético que en realidad no tiene traducción...

—Significa «El diablo bajó a Edimburgo» en gaélico escocés —dijo Tia, inclinándose hacia mí pero hablando lo bastante fuerte para que Cody la oyera.

Cody, por una vez, se quedó de piedra.

—¿Hablas gaélico escocés, chavala?

—No —respondió Tia—. Pero busqué el significado la última vez que contaste esta historia.

—Ah... eso hiciste, ¿eh?

—Sí. Aunque tu traducción es cuestionable.

—Bueno, siempre he dicho que eras lista, chavala. Sí, en efecto. —Tosió en su mano—. Ah, mira. Hemos llegado a la base. Continuaré la historia más tarde.

Los demás ya habían llegado al escondite y Cody se apresuró a reunirse con ellos; luego siguió a Megan túnel arriba.

Tia sacudió la cabeza y fue conmigo hacia el túnel. Entré el último, tras asegurarme de que las cuerdas y los cables que ocultaban la entrada estuvieran en su sitio. Conecté los sensores ocultos de movimiento que nos alertarían si entraba alguien y me dispuse a subir.

—No sé, Profesor. No lo sé —estaba diciendo Abraham en voz baja. Los dos se habían pasado el trayecto de vuelta caminando delante de los demás y hablando en susurros. Yo había tratado de acercarme a escuchar, pero Tia me había puesto una mano en el hombro para impedírmelo.

—¿Y? —preguntó Megan, cruzándose de brazos mientras todos nos reuníamos en torno a la mesa principal—. ¿Qué ocurre?

—A Abraham no le gusta cómo van los rumores —dijo el Profesor.

—La opinión pública acepta nuestra historia de Limelight —dijo Abraham—. Están asustados y nuestro ataque a la central eléctrica ha surtido efecto: hay apagones por toda la ciudad. Sin embargo, no veo ninguna prueba de que Steelheart se lo haya tragado. Control está peinando las calles subterráneas. Nightwiilder recorre la ciudad. Todo lo que oigo de nuestros informadores es que Steelheart está buscando a un grupo de rebeldes, no a un Épico rival.

—Entonces, contraataquemos con furia —dijo Cody, cruzándose de brazos y apoyándose en la pared, junto al túnel—. Matemos a unos cuantos Épicos más.

—No —dije yo, recordando mi conversación con el Profesor—. Tenemos que concentrarnos más. No podemos eliminar Épicos al azar: tenemos que pensar como alguien que intenta hacerse con la ciudad.

El Profesor asintió.

—Con cada ataque que llevemos a cabo sin que Limelight aparezca abiertamente Steelheart recelará más.

—¿Vamos a dejarlo? —preguntó Megan, con un deje de ansiedad que, obviamente, trataba de ocultar.

—Ni por asomo —respondió el Profesor—. Tal vez acabe por decidir que tenemos que abandonar. Si no estamos lo bastante seguros del punto flaco de Steelheart, puede que lo haga. Pero no hemos llegado a eso todavía. Vamos a continuar con este plan. Sin embargo, tenemos que hacer algo grande, preferiblemente con la aparición de Limelight. Tenemos que presionar a Steelheart tanto como podamos y sacar a la luz ese temperamento suyo. Obligarlo a salir.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Tia.

—Es hora de matar a Conflux —dijo el Profesor—. Y de hundir Control.

Conflux.

En muchos aspectos era la espina dorsal del dominio de Steelheart. Una figura misteriosa incluso en comparación con Firefight y Nightwielder.

Yo no tenía buenas fotos de Conflux. Las pocas por las que había pagado una fortuna eran poco nítidas. Ni siquiera sabía si era real.

La furgoneta se sacudía recorriendo las oscuras calles de Chicago Nova. Íbamos apretujados dentro: yo sentado en el asiento del acompañante; Megan al volante; Cody y Abraham detrás. El Profesor nos precedía en un vehículo distinto y Tia nos brindaba apoyo desde la base, vigilando los vídeos espía de las calles de la ciudad. Era un día frío y la calefacción de la furgoneta no funcionaba: Abraham no había llegado a arreglarla.

Las palabras del Profesor resonaban en mi mente. «Ya habíamos pensado antes en atacar a Conflux, pero lo descartamos porque lo consideramos demasiado peligroso. Todavía conservamos los planes que hicimos. No es menos peligroso ahora, pero estamos metidos hasta el cuello. No hay motivo para no seguir adelante».

¿Era real Conflux? Mi impresión era que sí. Del mismo modo que había indicios de que Firefight era una invención, los había de que Conflux era un ente real. Un Épico poderoso pero frágil.

«Steelheart maneja a Conflux —había dicho el Profesor—. No permite que pase nunca demasiado tiempo en un mismo sitio, pero lo traslada siguiendo una rutina. Suele utilizar una limusina blindada con seis guardias y escolta de dos motoristas. Si estamos atentos y esperamos a que use esa comitiva, podemos atacarlo en la calle durante el desplazamiento».

Los indicios. Ni siquiera con las centrales térmicas obtenía Steelheart energía suficiente para abastecer la ciudad; sin embargo, producía de algún modo aquellas células de combustible. Las unidades blindadas mecanizadas no llevaban fuente de energía, como tampoco muchos helicópteros. Que esa energía se la suministraban directamente miembros de alto rango de Control no era ningún secreto. Todo el mundo lo sabía.

Él estaba ahí fuera. Un dador capaz de producir energía suficiente para abastecer vehículos, llenar baterías e incluso iluminar buena parte de la ciudad. Era un poder asombroso, pero no más que los de Nightwielder y Steelheart. Los Épicos más poderosos tenían su propia escala de fuerza.

La furgoneta se sacudió y agarré el rifle: lo sujetaba bajo, con el seguro puesto y la boca del cañón hacia el suelo y la puerta. Fuera de la vista, pero a mano. Por si acaso.

Tia había visto el tipo adecuado de comitiva y nos habíamos puesto en marcha. Megan nos llevaba a un punto en el que nuestro camino se cruzaría con la limusina de Conflux. Su mirada era intensa como siempre, aunque había en sus ojos una tensión particular. No era miedo, sino... ¿Preocupación, tal vez?

—Crees que no deberíamos hacer esto, ¿verdad? —le pregunté.

—Creo que lo dejé claro —respondió Megan, sin alterarse ni desviar los ojos de la carretera—. Steelheart no tiene por qué caer.

—Estoy pensando en Conflux concretamente —dije—. Estás nerviosa. Normalmente no estás nerviosa.

—Considero que no sabemos lo suficiente sobre él. No deberíamos atacar a un Épico del que ni siquiera tenemos fotografías.

—Pero estás nerviosa.

Siguió conduciendo, la mirada al frente y agarrando con férrea firmeza el volante.

—No pasa nada —dije—. Yo me siento como un ladrillo de gachas.

Me miró, frunciendo el ceño. Nos quedamos callados. Luego Megan se echó a reír.

—No, no —dije—. ¡No es una tontería! Mira, se supone que un ladrillo es fuerte, ¿no? Pero si hicieran a escondidas uno de gachas y todos los demás ladrillos no lo supieran, andaría por ahí considerándose débil cuando todos los demás son fuertes. Se quedaría aplastado cuando lo colocaran en la pared, tal vez parte de las gachas se mezclarían con ese material con el que pegan los ladrillos.

Megan se reía aún con más ganas, tantas que apenas podía respirar. Traté de seguir explicándome, pero acabé sonriendo. Creo que no la había visto nunca reír, reír de verdad. No soltar una risita, no hacer una mueca burlona, sino reírse de verdad. Casi se le habían saltado las lágrimas cuando logró controlarse. Creo que tuvimos suerte de que no chocara contra un poste o algo.

—David —dijo, entre jadeos—, creo que eso es lo más ridículo que he oído decir a nadie. Lo más exageradamente ridículo.

—Hum...

—Caray —dijo ella, resoplando—. Lo necesitaba.

—Ah, ¿sí?

Asintió.

—¿Podemos... fingir que lo he dicho por eso, entonces?

Me miró, sonriendo, con chispitas en los ojos. La tensión seguía presente en ellos, pero había remitido un poco.

—Claro —respondió—. Quiero decir que los chistes malos son un arte, ¿no? Así que ¿por qué no los malos símiles?

—Exactamente.

—Y si son un arte, tú eres un maestro pintor.

—Bueno, en realidad no, porque el símil tiene demasiado sentido. Tendría que ser... no sé: un as de la aviación o algo así. —Ladeé la cabeza—. Aunque también tiene un poco de sentido. —¡Caray, hacerlo mal adrede también era difícil! Menuda injusticia.

—¿Estáis bien ahí arriba? —preguntó la voz de Cody en nuestros oídos. La parte trasera de la furgoneta estaba separada de la cabina por una partición de metal, como si fuera un vehículo de reparto. Había en ella una ventanita, pero Cody prefería comunicarse por móvil.

—Estamos bien —respondió Megan—. Solo mantenemos una conversación teórica sobre paralelismos lingüísticos.

—No te interesaría —dije—. No hay escoceses.

—Bueno —dijo Cody—, en realidad, la lengua original de mi tierra madre...

Megan y yo nos miramos, luego echamos mano cada uno a su móvil y lo hicimos callar.

—Hazme saber cuándo termina, Abraham —dije por el mío.

Abraham suspiró al otro lado de la línea.

—¿Quieres cambiar de sitio conmigo? Desde luego me gustaría silenciar a Cody ahora mismo. Lamentablemente, es difícil cuando lo tienes sentado a tu lado.

Me eché a reír, luego miré a Megan. Seguía sonriendo. Verla sonreír me hacía sentirme como si hubiera conseguido algo grandioso.

—Megan —dijo la voz de Tia en nuestros oídos—, sigue recto. El convoy avanza por su ruta sin desviarse. Deberíais interceptarlo dentro de unos quince minutos o así.

—De acuerdo.

Fuera las farolas fluctuaron, igual que las luces de un complejo de apartamentos por el que pasábamos. Otro amago de apagón.

Hasta el momento no había habido saqueos. Control patrullaba las calles, y la gente estaba demasiado asustada. Pasado un cruce, vi una gran unidad blindada mecanizada avanzando por una calle lateral. De seis metros de altura, con unos brazos que eran más bien cañones de ametralladora, la unidad mecanizada iba acompañada por un núcleo de control formado por cinco hombres. Un soldado llevaba un arma energética pintada de rojo vivo como advertencia. Unos cuantos disparos de aquel cacharro podían arrasar un edificio.

—Siempre he querido pilotar una de esas unidades blindadas —comenté mientras seguíamos.

—No es muy divertido —dijo Megan.

—¿Lo has hecho? —pregunté, sorprendido.

—Sí. Dentro se está muy apretado, y son de respuesta muy lenta. —Vaciló—. Admito que disparar ambos cañones giratorios a discreción es bastante divertido, de un modo algo primario.

—Todavía podremos hacerte olvidar esas pistolas.

—Ni hablar —dijo ella, palpando la pistolera—. ¿Y si me quedo atrapada en un sitio estrecho?

—Entonces te defiendes con el cañón del rifle —propuse—. Si están demasiado lejos, siempre es mejor tener un arma con la que golpear.

Me miró impasible mientras seguía conduciendo.

—Manejar un rifle es demasiado lento. No te permite ser espontánea.

—Y eso lo dice la que se queja cuando los demás improvisan.

—Me quejo cuando tú improvisas —dijo ella—. Cuando improviso yo no es lo mismo. Además, no todas las pistolas son inapropiadas. ¿Has disparado alguna vez una MT 318?

—Bonita pistola —admití—. Si tuviera que llevar una, consideraría una MT. El problema es que es tan poco potente que bien puedes tirar las balas a la gente directamente. Les harías el mismo daño.

—Si eres buen tirador, no importa la potencia que tenga un arma.

—Si eres buen tirador —dije solemnemente, llevándome una mano al pecho—, probablemente ya estés usando un rifle.

Ella hizo una mueca.

—¿Y qué pistola elegirías, si pudieras?

—La Jennings calibre 44.

—¿Una Spitfire? —preguntó ella, incrédula—. Esas disparan con tanta precisión como si lanzaras un puñado de balas al fuego.

—Cierto. Pero si estoy usando un arma corta, es que tengo a alguien delante. Puede que no disponga de otra oportunidad de disparar, así que querré abatirlo rápido. En ese caso la precisión no importa, ya que está demasiado cerca de todas formas.

Megan simplemente puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Eres un caso perdido. Solo te basas en suposiciones. Se puede ser igual de preciso con un arma corta que con un rifle, y puedes usarla en radios más cortos. En cierto modo, porque es más difícil, la gente verdaderamente habilidosa emplea pistola. Cualquier tarugo puede acertar con un rifle.

—No me creo que digas eso.

—Lo digo, y estoy conduciendo, así que yo decido cuándo se acaba la discusión.

—Pero... ¡eso no tiene sentido!

—No hace falta. Es un ladrillo de gachas.

—¿Sabéis? —dijo Tia en nuestros oídos—. Podéis llevar cada uno un rifle y una pistola.

—Esa no es la cuestión —dije exactamente al mismo tiempo que Megan—. No lo entiendes.

—Lo que queráis —respondió Tia. La oí tomar un sorbo de su refresco de cola—. Diez minutos. —Su tono decía que estaba aburrida de nuestra discusión. Sin embargo, no podía ver que los dos estábamos sonriendo.

«Caray, me gusta esta chica», pensé, mirando a Megan, que parecía creer haber ganado la discusión.

Pulsé el botón de silencio para todos en mi móvil.

—Lo siento —dije.

Megan me miró, arqueando una ceja.

—Por haber hecho lo que les he hecho a los Reckoners —dije—. Por hacer que todos sigan un camino distinto al que tú querías. Por arrastraros a esto.

Ella se encogió de hombros, luego pulsó su botón de silencio.

—Lo he superado.

—¿Qué ha cambiado?

—Resulta que te aprecio demasiado para odiarte, Knees. —Me miró—. No dejes que se te suba a la cabeza.

No me preocupaba mi cabeza. Mi corazón, por otro lado, era otra cuestión. Una oleada de sorpresa me recorrió. ¿Había dicho eso de verdad?

Sin embargo, antes de que pudiera derretirme demasiado, mi móvil destelló. El Profesor intentaba contactar con nosotros. Le di un rápido golpecito.

—Permaneced atentos, vosotros dos —nos dijo. Parecía un poco receloso—. Mantened las líneas abiertas.

—Sí, señor —dije inmediatamente.

—Ocho minutos —informó Tia—. El convoy ha girado a la izquierda en Frewanton. Girad a la derecha en el próximo cruce para continuar por la ruta de intercepción.

Megan se centró en la conducción, impidiendo que me concentrara demasiado en ella, así que repasé el plan mentalmente unas cuantas veces.

«Vamos a hacerlo de manera simple —había dicho el Profesor—. Nada de alardes. Conflux es frágil. Es alguien que planea, que organiza, que tira de los hilos, pero no tiene poderes que lo protejan.

»Nos acercaremos al convoy y Abraham usará el zahorí para determinar si en realidad viaja un Épico poderoso en el coche. La furgoneta se posiciona delante del convoy. Abrimos las puertas de la parte posterior, donde irá Cody disfrazado.

»Cody apunta con las manos. Abraham dispara con el arma Gauss desde detrás. En la confusión, esperamos que parezca que ha disparado un rayo con las manos. Alcanzamos la limusina dejando solo restos y huimos. Los guardias motorizados supervivientes pueden difundir la historia».

Funcionaría, o eso esperábamos. Sin Conflux para suministrar energía a los soldados de Control, tanto la armadura mecanizada como las armas energéticas y los helicópteros dejarían de funcionar. Las células de combustibles se agotarían y la ciudad se quedaría sin energía.

—Nos estamos acercando —dijo Tia en voz baja en nuestros oídos—. La limusina gira a la derecha por Beagle. Profesor, usa la formación beta. Estoy segura de que se dirigen al centro, y eso significa que girarán hacia la calle Finger. Megan, tú sigue según lo previsto.

—Entendido —respondió el Profesor—. Iba para allá.

Dejamos atrás un parque ya abandonado en los antiguos tiempos. Se notaba por las hierbas y ramas caídas transformadas en acero. Solo las muertas habían cambiado: Steelheart no podía modificar la materia viva. La ropa de una persona no solía transformarse, pero el terreno que hubiera a su alrededor sí lo hacía.

Este tipo de rareza era común en los poderes de los Épicos y una de las cosas que no tenían sentido desde un punto de vista científico. Tanto un cuerpo muerto como uno vivo eran muy similares, científicamente. Sin embargo, uno resultaba afectado por los más extraños poderes Épicos mientras que el otro no.

Mi aliento empañó la ventanilla mientras nos alejábamos del parque infantil, donde ya no era seguro jugar. Las hierbas eran trozos puntiagudos de metal. El acero de Steelheart no se oxidaba, pero podía quebrarse, dejando bordes afilados.

—Muy bien —dijo el Profesor unos minutos más tarde—. Estoy subiendo por el exterior del edificio. Megan, quiero que me repitas nuestros planes de contingencia.

—Nada va a salir mal —dijo Megan, y su voz sonó a mi lado y por el comunicador de mi oído.

—Siempre sale algo mal —contestó el Profesor. Lo oí jadear mientras escalaba, a pesar de que llevaba cinturón gravatónico para ayudarse—. Planes de contingencia.

—Si Tia o usted dan la orden —dijo Megan—, abortamos y nos separamos. Usted creará una distracción. Los cuatro de la furgoneta nos dividiremos en dos grupos e iremos en direcciones opuestas, preparados para encontrarnos en el punto gamma.

—Eso es lo que no entiendo —dije—. ¿Cómo vamos a ir exactamente en direcciones opuestas? Solo tenemos una furgoneta.

—¡Oh, llevamos una pequeña sorpresa aquí atrás, chaval! —dijo Cody; yo le había vuelto a dar paso al abrir el canal para el Profesor y los demás—. Lo cierto es que me gustaría que algo saliese mal. Me apetece usarlo.

—Nunca desees que algo salga mal —dijo Tia.

—Pero espéralo siempre —añadió el Profesor.

—Eres un paranoico, viejo —dijo Tia.

—Tienes toda la razón —respondió el Profesor, con voz ahogada, probablemente porque iba cargado con el lanzacohetes. Yo había dado por hecho que pondrían a Cody en esa posición con un rifle de precisión, pero el Profesor dijo que prefería tener a alguien más fuerte en una situación en la que Control podía estar implicado. Diamond se habría sentido orgulloso.

—Te estás acercando, Megan —informó Tia—. Deberías alcanzarlos dentro de unos minutos. Mantén la velocidad: la limusina va más rápido que de costumbre.

—¿Sospechan algo? —preguntó Cody.

—Serían idiotas si no lo hicieran —dijo Abraham en voz baja—. Yo diría que Conflux tendrá mucho más cuidado desde ahora.

—Merece la pena el riesgo —dijo el Profesor—. Tened cuidado.

Asentí. Con cortes de energía continuos por toda la ciudad, inutilizar Control crearía el caos. Eso obligaría a Steelheart a dar un paso al frente e impedir con mano dura saqueos y tumultos, de modo que tendría que aparecer de un modo u otro.

—Nunca ha temido combatir a otros Épicos —comenté.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el Profesor.

—De que Steelheart se enfrentará a otros Épicos sin ningún problema. Pero no le gusta sofocar tumultos personalmente. Siempre se sirve de Control para esos menesteres. Asumimos que es porque no quiere tomarse la molestia de hacerlo, pero ¿y si es por algo más? ¿Y si tiene miedo del fuego cruzado?

—¿Eso quién? —preguntó Abraham.

—No es un Épico. Se me acaba de ocurrir que puede que Steelheart tenga miedo de que lo hieran accidentalmente. ¿Y si esa es su flaqueza? Mi padre lo hirió, pero no lo apuntaba a él. ¿Y si solo puede herirlo una bala dirigida a otra persona?

—Es posible —dijo Tia.

—Tenemos que permanecer concentrados —respondió el Profesor—. David, aparca esa idea por el momento. Ya volveremos a ella.

Tenía razón. Me estaba distrayendo, como un conejo que resuelve problemas de matemáticas en vez de estar atento a los zorros.

Sin embargo...

«Si tengo razón, nunca correría peligro en un combate directo de uno contra uno. Se ha enfrentado a otros Épicos con impunidad. Lo que parece temer es un gran tiroteo durante el cual vuelen las balas». Tenía lógica. Era una cosa sencilla, pero la mayoría de los puntos flacos de los Épicos eran sencillos.

—Reduce un poco —dijo Tia en voz baja.

Megan obedeció.

—Ahí viene...

Un estilizado coche negro salió de la calle oscura que teníamos delante para encaminarse en la misma dirección que nosotros. Lo flanqueaban un par de motocicletas: buena seguridad, pero no exagerada. Sabíamos por el plan original de los Reckoners para atacar a Conflux que esa comitiva era probablemente la suya. No obstante, utilizaríamos el zahorí para asegurarnos.

Seguimos detrás de la limusina. Estaba impresionado: aunque no sabíamos hacia dónde se dirigía la limusina, Tia y Megan lo habían calculado de tal forma que se incorporó a nuestra calle en lugar de nosotros a la suya. Así pareceríamos mucho menos sospechosos.

Mi trabajo era mantener los ojos abiertos y, si las cosas salían mal, disparar para que Megan pudiera seguir conduciendo. Saqué unos binoculares del bolsillo y eché un vistazo a la limusina de delante.

—¿Bien? —preguntó el Profesor en mi oído.

—Parece bien.

—Voy a detenerme junto a ellos en el siguiente semáforo —dijo Megan—. Parecerá natural. Estate preparado, Abraham.

Me guardé los binoculares en el bolsillo y traté de no parecer nervioso. El siguiente semáforo estaba en verde, así que Megan continuó detrás de la limusina a una distancia segura. Sin embargo, el próximo semáforo se puso en rojo antes de que la limusina lo alcanzara.

Paramos lentamente a su izquierda.

—Hay un Épico cerca con toda seguridad —dijo Abraham desde la parte trasera de nuestra furgoneta. Silbó en voz baja—. Y poderoso. Muy poderoso. El zahorí se está concentrando. Tendré más datos en un segundo.

Uno de los motoristas nos miró. Llevaba un casco de Control y un subfusil ametrallador a la espalda. Traté de vislumbrar algo a través de las ventanas de la limusina, de distinguir a Conflux. Siempre me había preguntado qué aspecto tendría.

Los cristales tintados me lo impidieron, pero al avanzar vi a una mujer sentada en el asiento del acompañante que me resultó vagamente familiar. Ella me miró a los ojos y luego apartó la mirada.

Traje sastre, pelo moreno corto. Era la ayudante de Nightwielder, la que lo había acompañado a ver a Diamond. Probablemente era un enlace con Control: tenía sentido que estuviera en la limusina.

Que me hubiera mirado a los ojos, sin embargo, me hizo sospechar. Tendría que haberme reconocido. Tal vez lo había hecho pero no le sorprendía verme.

Pasamos de largo el semáforo en verde y sentí una punzada de alarma.

—Profesor, creo que es una trampa.

En ese momento, Nightwielder atravesó el techo de la limusina con los brazos abiertos y líneas de oscuridad salieron de los dedos hacia la noche.

La mayoría de la gente no ha visto nunca a un gran Épico «en toda su gloria». Así lo llaman cuando invocan sus poderes al máximo, cuando se elevan en su poderío, sus emociones reducidas a la ira y la furia.

Hay un brillo en ellos. El aire se vuelve afilado, como si se llenara de electricidad. Los corazones se detienen. El viento contiene la respiración. El salto de Nightwielder hacía de esta la tercera vez que yo veía algo similar.

Iba vestido de noche y la negrura giraba en volutas a su alrededor. Su cara era pálida, traslúcida, con los ojos como ascuas y los labios fruncidos en una mueca de odio. Era la mueca de un dios apenas tolerante incluso con sus aliados. Había venido a destruir.

Al mirarlo, el terror se apoderó de mí.

—¡Calamity! —maldijo Megan, apretando el acelerador a fondo y haciendo virar a un lado la furgoneta mientras las sombras saltaban de Nightwielder hacia nosotros. Se movían como dedos espectrales.

—¡Abortad! —ordenó Tia—. ¡Salid de ahí!

No había tiempo. Nightwielder se movió en el aire, ignorando cosas como el viento y la gravedad. Voló como un espectro delante de su coche y se nos acercó. Sin embargo, él no era el auténtico peligro: el auténtico peligro eran aquellos tentáculos de oscuridad. La furgoneta no podía esquivarlos todos, los había a docenas.

Olvidando mi miedo, apunté con el rifle. La furgoneta se sacudía y se estremecía. Volutas de oscuridad se alzaron envolviendo el vehículo.

«Idiota», pensé. Solté el rifle y me metí la mano en el bolsillo de la chaqueta. ¡La linterna! Muerto de pánico, la encendí y apunté directamente el haz hacia la cara de Nightwielder cuando se acercó flotando a mi ventana. Volaba con la cara por delante, como si nadara en el aire.

La reacción fue inmediata. Aunque la linterna daba poca luz visible, la cara de Nightwielder perdió inmediatamente su incorporeidad. Aquellos ojos se apagaron y la oscuridad desapareció alrededor de su cabeza. El rayo de luz invisible penetró los oscuros tentáculos como un láser un rebaño de ovejas.

A la luz ultravioleta, el rostro de Nightwielder no parecía divino, sino frágil, humano y muy, muy sorprendido. Meforcé por coger el rifle

para dispararle, pero era demasiado difícil de manejar y tenía la pistola de mi padre en la sobaquera, de modo que no podía desenfundarla sin soltar la linterna.

Nightwielder me miró apenas un segundo con los ojos muy abiertos, llenos de terror, y huyó en un parpadeo, apartándose de la furgoneta y virando hacia un lado. No estuve seguro, pero me pareció que perdía altura cuando lo apuntaba con la linterna, como si todos sus poderes se estuvieran debilitando.

Desapareció por una calle adyacente y las sombras que se habían estado moviendo alrededor de la furgoneta se retiraron con él. Tuve la impresión de que no iba a volver pronto, no después del susto que acababa de darle.

El fuego de ametralladoras estalló a nuestro alrededor y las balas impactaron en el costado de la furgoneta con tañidos metálicos. Maldije y me agaché mientras mi ventana se hacía añicos. Los motoristas habían abierto fuego. Ahora que estaba agachado, vi una cosa terrible: un helicóptero negro de Control salía de detrás de los edificios comerciales que teníamos delante, cobrando altura.

—¡Calamity, Tia! —gritó Megan, girando el volante—. ¿Cómo no has visto eso?

—No lo sé —respondió Tia—. Yo...

Una bola de luz seguida de una larga columna de humo serpenteó en el cielo y explotó en el costado del helicóptero. El aparato se ladeó en el aire, lamido por las llamas. Llovieron trozos de metal. Con las aspas perdiendo velocidad, el aparato empezó a caer.

«Un lanzacohetes —pensé—. Del Profesor».

—Nada de pánico. —La voz del Profesor era firme—. Podemos sobrevivir a esto. Cody, Abraham, preparaos para separaros.

—¡Profesor! —dijo Abraham—. Creo que...

—¡Vienen cuatro helicópteros más! —lo interrumpió Tia exaltada—. Seguramente los tenían ocultos en almacenes, a lo largo de la ruta de la limusina. No sabían dónde íbamos a atacar: ese era el más cercano. Yo... Megan, ¿qué estás haciendo?

El helicóptero estaba fuera de control. Brotaba humo de un lado, giraba en círculo descendente hacia la calzada, justo delante de nosotros. Megan no cedió; pisó a fondo el acelerador, inclinada sobre el volante y lanzó la furgoneta en un frenético acelerón hacia donde iba a caer el helicóptero.

Me tensé, pegado al asiento y agarrando la puerta, muerto de pánico. ¡Se había vuelto loca!

No había tiempo para poner objeciones. Las balas llovían prácticamente sobre nosotros, la calle era un borrón. Megan pasó con la furgoneta por debajo del helicóptero justo antes de que este se estrellara contra la calzada. La tierra bajo nosotros tembló.

Algo chirrió de un modo espectral contra el techo de la furgoneta, metal contra metal, y giramos de lado, golpeando la pared de un edificio de ladrillo y arrastrando mi lado de la furgoneta. Ruido, caos, chispas. Mi puerta se soltó. Los ladrillos rechinaron contra el acero apenas a unos centímetros de mí. Pareció durar una eternidad.

Un segundo después, la furgoneta se detuvo. Temblando, inspiré profundamente. Estaba cubierto de pedacitos de cristal de seguridad: el parabrisas se había hecho trizas.

Megan respiraba entrecortadamente al volante, con la cara crispada y los ojos muy abiertos. Me miró.

—¡Calamity! —exclamé, al tiempo que echaba un vistazo por el retrovisor al helicóptero en llamas. Había chocado contra la calzada justo después de que pasáramos por debajo, bloqueando a los motoristas e impidiendo la persecución—. ¡Calamity, Megan! ¡Eso ha sido asombroso!

Megan sonrió de oreja a oreja.

—¿Estáis bien ahí atrás? —preguntó, mirando por la ventanita de la parte trasera de la furgoneta.

—Es como si hubiera estado en una centrifugadora —se quejó Cody, gimiendo—. Creo que el escocés ha caído a mis pies y el americano ha flotado hasta mis orejas.

—Profesor —dijo Abraham—, todavía tenía el zahorí conectado tras la huida de Nightwielder y estaba localizando Épicos. Tengo lecturas confusas, pero hay otro Épico en esa limusina. Tal vez un tercero. Eso no tiene sentido...

—No, sí que lo tiene —dijo Megan, que abrió rápidamente su puerta y saltó a la calle—. Estaban trasladando de verdad a Conflux: no sabían si atacaríamos o no. Solo querían estar preparados por si lo hacíamos. Iba en ese coche. Eso es lo que notabas, Abraham. Probablemente también iba un tercer Épico menor como medida de seguridad.

Solté rápidamente el cinturón de seguridad y al palpar me di cuenta de que el lado derecho de la furgoneta había desaparecido mientras

rozábamos contra la pared. Me estremecí, luego salí por el lado de Megan.

—Daos prisa, vosotros cuatro —dijo el Profesor. Oí un motor acelerando en su extremo de la conexión—. Esos otros helicópteros están ya casi encima de vosotros, y las motos darán la vuelta.

—Los estoy viendo —dijo Tia—. Tenéis como mucho un minuto.

—¿Dónde está Nightwielder?

—David lo ha espantado con una linterna —dijo Megan, buscando en la parte de atrás de la furgoneta y abriendo las puertas.

—Buen trabajo —dijo el Profesor.

Sonreí con satisfacción mientras llegaba a la parte trasera de la furgoneta. Lo hice justo a tiempo de ver a Cody y a Abraham sacar de ella una caja enorme. No los había visto cargarla, porque lo habían hecho en el hangar.

Cody llevaba una chaqueta verde oscura y gafas, el uniforme que habíamos diseñado para Limelight. Clavé los ojos en lo que había dentro de la caja: tres relucientes motocicletas verdes.

—¡Las motos de la tienda de Diamond! —exclamé, señalando—. ¡Las compraste!

—Pues claro que sí —dijo Abraham, mientras pasaba la mano por el estilizado acabado verde oscuro de una de las motos—. No iba a dejar escapar unas máquinas como estas.

—Pero... ¿si me dijiste que no!

Abraham se echó a reír.

—He oído cómo conduces, David. —Sacó una rampa de la parte trasera de la furgoneta y bajó una moto para Megan. Ella montó y la puso en marcha. Unos pequeños óvalos en los laterales brillaron en verde. Los había visto en la tienda de Diamond.

«Gravatónicos —pensé—. ¿Para que las motos sean más livianas, tal vez?». Los gravatónicos no podían hacer volar las cosas, pero se usaban para reducir el retroceso o para que los artículos pesados fueran más fáciles de mover.

Abraham bajó otra moto.

—Ibas a conducir una, David —dijo Cody, sacando rápidamente las cosas de la parte de atrás de la furgoneta, incluido el zahorí—. Pero quien yo me sé ya se ha cargado la furgoneta.

—Nunca habría dejado atrás los helicópteros, de todas formas —dijo Megan—. Dos tendremos que compartir la moto.

—Yo llevaré a David —dijo Cody—. Coge ese paquete, chaval. ¿Dónde están los cascos?

—¡Rápido! —exclamó Tia impaciente.

Salté a coger el paquete que me había indicado Cody. Pesaba.

—¡Puedo pilotar yo! —dije.

Megan me miró mientras se ponía el casco.

—Te cargaste dos señales tratando de doblar una esquina.

—¡Eran señales pequeñas! —me excusé, colgándome el paquete y corriendo hacia la moto de Cody—. ¡Y estaba sometido a mucha presión!

—¿De verdad? —replicó Megan—. ¿Más o menos como ahora?

Vacilé. «Guau. Se lo he puesto en bandeja».

Cody y Abraham arrancaron. Solo había tres cascos. No pedí uno: con suerte, mi chaqueta de Reckoner sería suficiente.

Antes de poder acercarme a Cody, oí el sonido de un helicóptero por encima de nuestras cabezas. Una furgoneta blindada de Control apareció por una bocacalle con un agente en la torreta de la ametralladora que abrió fuego.

—¡Calamity! —Cody aceleró a tope mientras las balas alcanzaban el suelo a su alrededor. Yo me caí junto a los restos de nuestra furgoneta.

—¡Sube! —me gritó Megan; era la que estaba más cerca—. ¡Vamos!

Corrí a gachas hasta su motocicleta, me subí de un salto detrás de ella y me agarré a su cintura cuando aceleraba. Salimos a toda velocidad, zigzagueando por el callejón mientras las motos de Control salían rugiendo por otra bocacalle.

Perdimos de vista a Cody y a Abraham en un segundo. Me agarré con fuerza a Megan, algo que admito deseé poder haber hecho en

circunstancias menos peligrosas. La mochila de Cody me golpeaba la espalda.

«Me he dejado el rifle en la furgoneta», advertí con pesar. No me había dado cuenta con las prisas por recoger el paquete de Cody y subir a la moto.

Me sentí fatal, como si hubiera abandonado a un amigo.

Salimos del callejón y Megan se incorporó a una calle y aceleró hasta lo que me pareció una velocidad demencial. El viento me daba en la cara con tanta fuerza que tuve que agacharme y apretarme contra la espalda de Megan.

—¿Adónde vamos? —chillé.

Por fortuna, aún teníamos los móviles y los auriculares. Aunque no podía oírla directamente, su voz sonó en mi oído.

—¡Hay un plan! ¡Cada cual va por un camino distinto y nos reunimos luego!

—Pero vas en la dirección equivocada —dijo Tia, exasperada—. ¡Y Abraham también!

—¿Dónde está la limusina? —preguntó Abraham. Incluso con su voz en mi oído, me costaba oírlo debido al viento.

—Olvida la limusina —ordenó el Profesor.

—Todavía puedo ir por Conflux —dijo Abraham.

—No importa.

—Pero...

—Se acabó —decidió el Profesor con voz dura—. Huyamos.

Huimos.

Megan pilló un bache y yo di un bote, pero me agarré con fuerza. Pensé frenético cuando comprendí lo que estaba diciendo el Profesor. Un Épico que hubiese querido realmente derrotar a Steelheart no habría huido de Control: habría podido encargarse él solo de unos cuantos pelotones.

Al huir demostrábamos lo que éramos en realidad. Steelheart ya no se enfrentaría nunca a nosotros en persona.

—Entonces quiero hacer algo —dijo Abraham—; quiero hacerle daño antes de abandonar la ciudad. La mitad de Control va a perseguirnos. Esa limusina no está protegida y tengo algunas granadas.

—Jon, déjale que lo intente —pidió Tia—. Esto ya es un desastre. Al menos podemos hacer que le cueste algo a Steelheart.

Las luces de los semáforos eran un borrón. Oía las motos detrás de nosotros y me arriesgué a mirar por encima del hombro. «¡Calamity!», pensé. Estaban cerca, sus faros iluminaban la calle.

—No lo conseguirás —le dijo el Profesor a Abraham—. Tienes a los de Control encima.

—Nosotros los despistaremos —dije.

—Espera —dijo Megan—. ¿Nosotros qué?

—Gracias —dijo Abraham—. Reuníos conmigo en la Cuarta y Nodell, a ver si podéis quitarme algo de presión.

Megan trató de volver la cabeza y mirarme a través de la visera de su casco.

—¡Sigue conduciendo! —la urgí.

—Tarugo —replicó ella, y tomó la siguiente curva sin aminorar.

Grité, con la sensación de que íbamos a matarnos. La moto se puso casi en paralelo con el suelo, deslizándose por la calle, pero los gravatónicos del lateral brillaron con fuerza impidiendo que volcáramos. A medias patinamos y a medias recorrimos la esquina, casi como si estuviéramos sujetos a ella por un cable.

Nos enderezamos y dejé de gritar.

Hubo una explosión detrás de nosotros y la calle de acero tembló. Miré por encima del hombro, mi pelo agitándose al viento. Una de las motos negras de Control acababa de tomar mal la curva a toda velocidad y era un caos humeante pegado a un edificio de acero. Sus gravatónicos no eran tan buenos como los nuestros, si tenía.

—¿Cuántas hay? —preguntó Megan.

—Ahora tres. No, espera, hay dos más. Cinco. ¡Caray!

—Magnífico —murmuró Megan—. ¿Cómo esperas exactamente que aliviemos la presión de Abraham?

—No lo sé. ¡Improvisa!

—Están
emplazando barricadas en las calles cercanas —nos advirtió Tia—. Jon,
helicóptero en la Diecisiete.

—Voy para allá.

—¿Qué va a hacer? —pregunté.

—Intentar mantenerlos con vida —dijo el Profesor.

—Caray —maldijo Cody—. Barricada en la Octava. Cojo un callejón
para llegar a Marston.

—No —replicó Tia—. Intentan que vayas por allí. Da la vuelta. Puedes
escapar hacia las calles subterráneas en Moulton.

—De acuerdo —dijo Cody.

Megan y yo salimos a una gran avenida y, un segundo más tarde, la
moto de Abraham salió muy inclinada de una bocacalle, delante de
nosotros, casi a ras del suelo; los gravatónicos impedían que volcara
por completo. Fue impresionante: las ruedas giraban y saltaban chispas
de debajo. Gracias a los mecanismos gravatónicos las ruedas pudieron
agarrarse al firme y la moto se enderezó, pero solo después de un largo
deslizamiento.

«Apuesto a que podría conducir una de esas cosas —me dije—. No
parece demasiado difícil». Era como resbalar en una cáscara de plátano
y doblar una esquina a ciento veinte kilómetros por hora. Chupado.

Miré por encima del hombro. Llevábamos al menos una docena de
motos negras detrás, aunque íbamos demasiado rápido para que se
atrevieran a dispararnos. Todo el mundo tenía que concentrarse en la
conducción. Probablemente ese era el objetivo de ir tan rápido.

—¡Unidad blindada! —exclamó Tia—. ¡Justo delante!

Apenas tuvimos tiempo de reaccionar cuando un gigante blindado sobre
dos patas y de seis metros de altura salió a la calle y abrió fuego con
ambas ametralladoras giratorias. Las balas alcanzaron la pared del
edificio de acero, a nuestro lado, creando una lluvia de chispas.
Mantuve la cabeza gacha y los dientes apretados mientras Megan le
daba una patada a una palanca de la moto y nos enviaba en un largo
deslizamiento gravatónico, casi paralelo al suelo, para pasar bajo las
balas.

El viento me tiraba de la chaqueta, las chispas me cegaban. Apenas
pude distinguir dos enormes pies de acero a cada lado cuando pasamos

bajo las patas del blindado. Megan hizo que la moto trazara un amplio giro doblando una esquina. Abraham rodeó el blindado por un lado, pero su moto dejaba un rastro de humo.

—Me han dado —dijo.

—¿Estás bien? —preguntó Tia, alarmada.

—La chaqueta me ha conservado de una pieza —refunfuñó Abraham.

—Megan —dije en voz baja—. No tiene muy buen aspecto. —Abraham perdía velocidad y se había llevado una mano al costado.

Ella lo miró y volvió rápidamente a la carretera.

—Abraham, cuando lleguemos a la siguiente curva, quiero que te metas en el primer callejón. Están tan atrás que puede que no lo vean. Yo seguiré recto y los atraeré.

—Se preguntarán dónde me he metido —dijo Abraham—. Es...

—¡Hazlo! —le ordenó Megan bruscamente.

Él no puso más objeciones. Doblamos la siguiente esquina, pero tuvimos que reducir velocidad para no dejar atrás a Abraham. Vi que sangraba y que su moto estaba llena de agujeros de bala. Era asombroso que siguiera funcionando.

Cuando describimos la curva, Abraham se volvió hacia la derecha. Megan aceleró y el viento se convirtió en un aullido mientras nos lanzábamos por una calle oscura. Me arriesgué a mirar atrás y casi perdí el paquete de Cody, que me resbaló por el hombro. Tuve que soltar una mano de Megan un momento y sujetarlo, lo cual me desequilibró y casi di con los huesos en el suelo.

—Ten cuidado —masculló Megan.

—Vale —dije, confundido. En ese momento de tensión, me pareció ver otra moto verde como la nuestra siguiéndonos de cerca.

Miré de nuevo. Las motos de Control parecían haber picado y nos seguían a nosotros y no a Abraham. Sus faros eran una ola de luz en la calle, los cascos de los agentes reflejaban la luz de las farolas. De la moto fantasma que me parecía haber visto no había ni rastro.

—Caray —dijo Tia—. Megan, han levantado barricadas por todas partes, sobre todo en los lugares que conducen a las calles subterráneas. Parece que han deducido que vamos a intentar escapar por ahí.

A lo lejos vi el destello de una explosión en el cielo y otro helicóptero empezó a escupir humo. Sin embargo, otro venía hacia nosotros: una silueta negra con luces que parpadeaban contra el cielo oscuro.

Megan aceleró.

—¿Megan? —dijo Tia, apremiante—. Vas directa hacia a una barricada.

Megan no respondió. Noté que se ponía más y más rígida entre mis brazos. Se inclinó hacia delante y la intensidad pareció impulsarla.

—¡Megan! —chillé, advirtiendo las luces que destellaban por delante mientras Control emplazaba su barricada: coches, furgonetas, camiones; una docena o más de soldados, una unidad mecanizada.

»¡MEGAN! —grité.

Ella se estremeció un momento, soltó una imprecación y desvió la moto mientras los disparos rociaban la calle a nuestro alrededor. Nos internamos en un callejón, la pared a escasos centímetros de mi codo; llegamos a la calle siguiente y describimos una amplia curva, lanzando chispas para doblar la esquina.

—Estoy fuera —dijo Abraham en voz baja, gimiendo—. Abandono la moto. Puedo llegar a uno de los escondites. No me han visto, pero han venido unos soldados que se han apostado en la escalera después de que yo pasara.

—Caray —murmuró Cody—. ¿Estás siguiendo las líneas de audio de Control, Tia?

—Sí —respondió esta última—. Están confundidos. Creen que es un ataque a gran escala contra la ciudad. El Profesor sigue derribando helicópteros y nos hemos dispersado todos en direcciones distintas. Control cree estar luchando contra docenas, tal vez contra centenares de insurgentes.

—Bien —dijo el Profesor—. Cody, ¿estás a salvo?

—Sigo esquivando motos —respondió él—. He terminado por dar la vuelta. —Vaciló—. Tia, ¿dónde está la limusina? ¿Sigue por ahí?

—Se dirige al palacio de Steelheart.

—Yo también voy hacia allí. ¿Por qué calle?

—Cody... —dijo el Profesor.

Disparos procedentes de atrás interrumpieron la conversación. Vi las motos, cuyos pilotos disparaban ametralladoras. Íbamos ya más

despacio; Megan nos había llevado a un barrio de mala muerte, de calles más estrechas, y tenía que describir constantemente giros y quiebros.

—Megan, eso es peligroso —dijo Tia—. Hay un montón de callejones sin salida por ahí.

—El callejón sin salida está en dirección opuesta —respondió Megan. Parecía haberse recuperado del lapsus mental que la había llevado a enfilar directamente hacia la barricada.

—Voy a tener problemas para guiarte —dijo Tia—. Intenta girar a la derecha.

Megan inició la maniobra, pero una moto que se acercaba se dispuso a cortarnos el paso mientras el soldado nos disparaba con un subfusil ametrallador con una mano. Megan soltó una maldición y aminoró, permitiendo que el soldado nos adelantara. Luego se internó en un callejón de la izquierda. A punto estuvimos de chocar con un gran contenedor de basura que consiguió rodear. Deduje que apenas íbamos a treinta kilómetros por hora.

«Apenas a treinta», pensé. A treinta kilómetros por hora por callejones estrechos mientras nos disparaban. Seguía siendo una locura, pero un tipo diferente de locura.

Podía agarrarme bastante bien con un solo brazo a esa velocidad, mientras el paquete de Cody rebotaba contra mi espalda. Probablemente tendría que haberlo dejado caer a esas alturas. Ni siquiera sabía qué contenía...

Lo palpé y noté algo. Me lo puse con cuidado delante, entre Megan y mi cuerpo. Me sujeté a la moto con las rodillas, solté a Megan y descorrí la cremallera.

Dentro estaba el arma Gauss. Con forma de rifle de asalto normal, quizás un poco más largo, llevaba una de las células de energía. Se la habíamos conectado a un lado. La saqué. Con la célula de energía pesaba, pero podía manejarla.

—¡Megan! —dijo Tia—. Barricada delante.

Entramos en otro callejón y casi perdí el arma mientras me agarraba a Megan con un brazo.

—¡No! —dijo Tia—. ¡A la derecha no! Hay...

Una motocicleta nos siguió. Las balas alcanzaron la pared justo por encima de mi cabeza. Y el callejón terminaba en un muro. Megan trató de frenar.

No pensé. Agarré el arma con las dos manos, me eché hacia atrás y pasé el cañón por encima del hombro de Megan.

Disparé contra el muro.

El muro que teníamos delante estalló en un relámpago de energía verde. Megan trató de girar con la moto y frenar. Nos deslizamos a través del agitado humo verde, con los guijarros chirriando bajo nuestros neumáticos, y salimos a la calle del otro lado, donde nos detuvimos. Megan, que se había preparado para el impacto, estaba desconcertada.

El motorista de Control surgió de entre el humo. Volví hacia él el arma Gauss y le volé la moto. El disparo convirtió la motocicleta entera en un destello de energía verde, desintegrándola junto con parte del agente, que rodó por el suelo.

El arma era sorprendente: no tenía retroceso y los disparos desintegraban en vez de reventar. Dejaba pocos escombros y producía un gran espectáculo de luces y un montón de humo.

Megan se volvió hacia mí, con una sonrisa en los labios.

—Ya era hora de que empezaras a hacer algo útil ahí atrás.

—Vamos —dije. Del callejón llegaba el sonido de más motos.

Megan aceleró nuestra moto y nos lanzó en zigzag por las estrechas calles del suburbio. No podía volverme para disparar hacia atrás, así que me agarré a su cintura con una mano y apoyé el arma sobre su hombro para afianzarla, usando la mira de hierro, con la telescópica plegada.

Salimos rugiendo de un callejón hacia una barricada. Abrí un agujero en un camión y le pegué un tiro a una pata de la unidad blindada. Los soldados se dispersaron, chillando; algunos trataban de disparar mientras pasábamos a toda velocidad por la abertura que había practicado. La unidad blindada se desplomó y Megan la esquivó para meterse en un callejón oscuro. Gritos y maldiciones sonaron detrás de nosotros mientras algunas de las motos que nos perseguían se sumaban a la confusión.

—Buen trabajo —dijo en nuestros oídos la voz de Tia, otra vez tranquila—. Creo que puedo llevaros a las calles subterráneas. Hay un antiguo túnel más adelante, al pie de un sumidero. Puede que tengáis que abriros paso a través de algunos muros.

—Creo que puedo disparar contra un par de muros —dije—. A no ser que sepan esquivar mis disparos.

—Ten cuidado —me advirtió el Profesor—. Esa arma consume tanta energía como Tia latas de cola. Esa célula podría dar suministro a una ciudad pequeña, pero con ella podrás hacer, como mucho, una docena de disparos. Abraham, ¿sigues con nosotros?

—Estoy aquí.

—¿Estás en el escondite?

—Sí. Vendándome la herida. No es demasiado grave.

—Yo juzgaré eso. Estoy cerca. Cody, ¿situación?

—Veo la limusina —dijo Cody en mi oído mientras Megan doblaba otra esquina—. Casi me he librado de mis perseguidores. Tengo un tensor. Golpearé la limusina con una granada, luego usaré el tensor para abrirme paso hasta las calles subterráneas.

—No es una opción —dijo el Profesor—. Tardarías demasiado tiempo en abrirte paso hasta tan abajo.

—¡Muro! —exclamó Tia.

—Lo tengo —dije, abriendo un agujero en el muro del fondo de un callejón. Desembocamos en un patio trasero y abrí otro agujero en otra pared por el que pudimos pasar al patio contiguo. Megan giró a la derecha y se metió por un paso muy estrecho entre dos casas.

—A la izquierda —dijo Tia cuando llegamos a la calle.

—Profesor —dijo Cody—. Veo la limusina. Puedo atacarla.

—Cody, no...

—Voy a disparar, Profesor —insistió Cody—. Abraham tiene razón. Steelheart va a venir por nosotros después de esto. Tenemos que hacerle tanto daño como podamos, mientras podamos.

—De acuerdo.

—Girad a la derecha —dijo Tia.

Giramos.

—Voy a enviaros a través de un edificio grande —dijo Tia—. ¿Podrás hacerlo?

Los disparos impactaron en la pared, a nuestro lado, y Megan maldijo, encogiéndose más. Yo sostenía el arma Gauss con manos sudorosas,

sintiéndome terriblemente expuesto porque daba la espalda al enemigo. Oía las motos detrás.

—Parece que os quieren a los dos —informó Tia en voz baja—. Están dirigiendo un montón de recursos hacia vosotros, y... ¡Calamity!

—¿Qué?

—Acabo de perder la señal de vídeo —dijo Tia—. Algo va mal. ¿Cody?

—Estoy un poco ocupado —gruñó él.

Sonaron más disparos detrás. Algo alcanzó la moto, sacudiéndonos, y Megan soltó un juramento.

—¡El edificio, Tia! —exclamé—. ¿Cómo encontramos ese edificio? Los despistaremos dentro.

—Segunda a la derecha —nos informó Tia—. Luego recto hasta el final. Es un antiguo centro comercial, y el sumidero está justo detrás. Estaba buscando otras rutas, pero...

—Eso servirá —dijo Megan, cortante—. David, prepárate para abrir un hueco.

—Listo —dije, reafirmando el arma, aunque era más difícil, ya que ella había aumentado la velocidad.

Doblamos una esquina, luego nos volvimos hacia una gran estructura plana situada al fondo de la carretera. Yo recordaba vagamente los centros comerciales de los días anteriores a Calamity. Eran mercados cubiertos.

Megan conducía rápido y enfilaba directamente hacia allí. Apunté con cuidado y arrasé unas puertas de acero. Atravesamos el humo y entramos en la densa negrura de un edificio abandonado. El faro de la moto iluminaba tiendas a ambos lados.

El lugar había sido saqueado hacía mucho tiempo, aunque aún quedaban en las tiendas muchos artículos. La ropa de acero no era particularmente útil.

Megan serpenteó fácilmente por los pasillos despejados del centro comercial y subió por una escalera mecánica petrificada hasta la primera planta. Por todo el edificio resonaron motores cuando las motocicletas de Control nos siguieron.

Parecía que Tia ya no podía continuar guiándonos, pero daba la impresión de que Megan sabía lo que estaba haciendo. Desde la galería superior disparé contra las motos que nos seguían. Alcancé el suelo ante ellas, arrancando un pedazo, lo que hizo que varias resbalaran y las

demás corrieran a ponerse a cubierto. Ninguna parecía conducida por un piloto tan hábil como Megan.

—Muro delante —dijo Megan.

Lo arrasé, luego miré el contador de energía del costado del arma. El Profesor tenía razón: la había agotado rápidamente. Nos quedaban un par de disparos como mucho.

Saltamos al aire libre y los gravatónicos de la moto entraron en funcionamiento, suavizando nuestra caída hasta la calle. De todas formas, aterrizamos con un fuerte golpe: la moto no estaba diseñada para saltos tan altos. Gemí, con la espalda y las piernas doloridas por el impacto. Megan se lanzó inmediatamente hacia delante por el estrecho callejón de detrás del centro comercial.

Vi que el suelo terminaba ante nosotros. El sumidero. Solo teníamos que...

Un reluciente helicóptero negro surgió del sumidero delante de nosotros y las ametralladoras giratorias de sus costados empezaron a rotar.

«Ni hablar», pensé, alzando el arma Gauss con ambas manos y apuntando. Megan se agachó más y la moto llegó al borde del barranco. El helicóptero empezó a disparar. Veía el casco del piloto a través del cristal de la cabina.

Disparé.

A menudo había soñado con hacer cosas increíbles. Me había imaginado cómo sería trabajar con los Reckoners, combatir a los Épicos, hacer cosas en lugar de quedarme sentado pensando en ellos. Con ese disparo, finalmente tuve mi oportunidad.

Floté en el aire, contemplando una máquina letal de cien toneladas, y apreté el gatillo. Acerté a reventar la cabina del helicóptero, desintegrándola junto con el piloto que iba dentro. Por un momento me sentí como deben sentirse los Épicos: como un dios.

Y entonces me caí del sillín.

Tendría que haberlo previsto: descender en caída libre por un barranco de seis metros con ambas manos en el arma y ninguna en la moto lo hacía inevitable. No diré que me hiciera gracia caer y romperme las piernas o probablemente algo peor.

Pero ese disparo... Ese disparo había valido la pena.

No sentí mucho la caída. Fue todo muy rápido. Golpeé el suelo un instante después de advertir que me había separado del asiento, y oí el crujido seguido de una explosión ensordecedora y una oleada de calor.

Me quedé aturdido, con la vista desenfocada. Los restos del helicóptero ardían cerca.

De repente, Megan me sacudió. Tosí, me di la vuelta y la miré. Se había quitado el casco, así que le vi la cara. En su hermoso rostro se notaba que estaba preocupada por mí. Eso me hizo sonreír.

Me decía algo. Los oídos me zumbaban y entorné los ojos, tratando de leerle los labios. Apenas logre oír sus palabras:

—¡Arriba, tarugo! ¡Levántate!

—No se debe sacudir a alguien que ha sufrido una caída —murmuré—. Puede que tenga la espalda rota.

—Tendrás la cabeza rota si no empiezas a moverte.

—Pero...

—Idiota. Tu chaqueta ha amortiguado el golpe. ¿Recuerdas? Esa que llevas para que no te maten. Se supone que compensa estupideces como soltarte de mí en el aire.

—No era mi intención soltarte —murmuré—. Eso jamás.

Ella se detuvo.

Un momento. ¿Acababa yo decir eso en voz alta?

«La chaqueta —pensé, agité los dedos de los pies y luego alcé ambos brazos—. El escudo de la chaqueta me ha salvado y todavía nos persiguen».

¡Calamity! ¡Sí que era un tarugo! Me puse de rodillas y dejé que Megan me ayudara a levantarme. Tosí unas cuantas veces, pero recuperé enseguida la estabilidad. Me solté de ella y caminaba ya con bastante firmeza cuando llegamos a la moto, con la que Megan había aterrizado sin estrellarla.

—Espera —dije, mirando alrededor—. ¿Dónde está...?

El arma Gauss yacía rota en varios pedazos tras caer y golpear una roca de acero. Me sentí agobiado, aunque sabía que el arma no nos era ya tan útil. No podíamos usarla para fingir que éramos un Épico; no una vez que Control me había visto dispararla.

De todas formas, era una lástima perder un arma tan buena, sobre todo después de haberme dejado el rifle en la furgoneta. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre.

Me subí a la moto detrás de Megan, que se puso de nuevo el casco. La pobre máquina estaba bastante arañada y abollada, con el parabrisas resquebrajado. Uno de los gravatónicos del lado derecho, un óvalo del tamaño de la palma de la mano, no se encendía ya como los demás. Pero la moto arrancó y el motor rugió cuando Megan nos condujo quebrada abajo hacia un gran túnel que había más adelante. Parecía que daba acceso al sistema de alcantarillado, aunque había un montón de cosas confusas en Chicago Nova desde la Gran Transfiguración y la creación de las calles subterráneas.

—Eh, ¿cómo estáis? —dijo Cody suavemente en nuestros oídos. Por algún milagro yo había conservado el móvil y el auricular durante la caída—. Está pasando algo raro. Algo muy, muy raro.

—Cody —preguntó Tia—, ¿dónde estás?

—Limusina fuera de combate —dijo él—. He disparado a un neumático y se ha estampado contra una pared. He tenido que liquidar a seis soldados antes de poder acercarme.

Megan y yo nos internamos en el túnel; la oscuridad aumentó. El suelo descendía. Estaba vagamente familiarizado con la zona y supuse que nos conduciría hasta las calles subterráneas cercanas a la calle Gibbons, una zona relativamente poco poblada.

—¿Qué hay de Conflux? —le preguntó el Profesor a Cody.

—No estaba en la limusina.

—Tal vez uno de los agentes de Control a los que has matado fuera Conflux —dijo Tia.

—No —respondió Cody—. Lo he encontrado en el maletero.

La línea quedó en silencio un momento.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó el Profesor.

—Bueno, no —dijo Cody—. Tal vez llevaran a otro Épico atado en el maletero. Sea como sea, el zahorí dice que este tipo es muy poderoso. Está inconsciente.

—Mátalo —dijo el Profesor.

—No —intervino Megan—. Tráelo.

—Creo que ella tiene razón, Profesor —dijo Cody—. Si está atado, no puede ser tan fuerte. O eso o han usado su punto flaco para dejarlo fuera de combate.

—Pero no conocemos su punto flaco —insistió el Profesor—. Acaba con su miseria.

—No voy a dispararle a un tipo inconsciente, Profesor. Aunque sea un Épico.

—Entonces déjalo.

Yo me sentía dividido. Los Épicos se merecían morir, todos ellos. Pero ¿por qué estaba inconsciente? ¿Qué estaban haciendo con él? ¿Era Conflux siquiera?

—Jon —dijo Tia—, tal vez lo necesitemos. Si es Conflux, podría contarnos cosas. Podríamos incluso utilizarlo contra Steelheart o negociar nuestra huida.

—Se supone que no es muy peligroso —admití, hablando por la línea. Me sangraba el labio. Me lo había mordido en la caída y, ahora que era un poco más consciente de las cosas, me daba cuenta de que me dolía una pierna y el costado me latía. Las chaquetas ayudaban, pero distaban mucho de ser perfectas.

—Bien —dijo el Profesor—. Escondite siete, Cody. No lo lles a la base. Déjalo atado, amordazado y con los ojos vendados. No hables con él. Tenemos que ocuparnos de esto juntos.

—Bien —dijo Cody—. Me pongo a ello.

—Megan y David —dijo el Profesor—, quiero que...

Perdí el resto de sus palabras cuando una andanada de disparos estalló a nuestro alrededor. La moto, cascada como estaba, derrapó y se desplomó.

Justo por el lado con los gravatónicos rotos.

Sin los gravatónicos, la moto se comportó como cualquier moto normal al caer de lado a gran velocidad.

Lo cual no es bueno.

Me solté inmediatamente, la moto resbaló debajo de mí mientras mi pierna golpeaba el suelo y la fricción me impelía hacia atrás. Megan no tuvo tanta suerte en la caída. Quedó atrapada bajo la moto, cuyo peso la aplastó contra el suelo. El aparato chocó finalmente contra la pared del pasillo tubular de acero.

El túnel osciló. La pierna me ardía de dolor. Cuando rodé hasta detenerme y las cosas dejaron de temblar, me di cuenta de que seguía vivo. Me pareció increíble.

Detrás de nosotros, en un hueco que habíamos dejado atrás, dos hombres con armaduras completas de Control salieron de las sombras. En el borde del hueco había unas débiles lucecitas. Gracias a esas luces vi que los soldados parecían relajados. Juraría que oí a uno de ellos reírse mientras le decía algo a su compañero por la unidad de comunicación del casco. Daban por hecho que después de semejante choque Megan y yo estaríamos muertos, o al menos incapacitados para pelear.

«A Calamity con todo eso», pensé, con las mejillas encendidas de furia. Sin pararme a pensar, saqué la pistola que llevaba en la sobaquera, la que había matado a mi padre, y disparé cuatro veces contra los hombres, casi a quemarropa. No apunté hacia el pecho porque llevaban armadura. El punto débil era el cuello.

Ambos cayeron. Tomé una bocanada de aire, con la mano y la pistola temblando delante de mí. Parpadeé unas cuantas veces, sorprendido de haberlos alcanzado. Tal vez Megan tuviera razón respecto a las pistolas.

Gemí, luego conseguí sentarme. Llevaba la chaqueta de Reckoner hecha jirones; muchos diodos de su cara interna, los que generaban el campo protector, humeaban o se habían soltado por completo. Tenía una abrasión fea en una pierna. Aunque me dolía a rabiar, no era demasiado profunda. Pude ponerme en pie tambaleándome y caminar. Más o menos.

El dolor era bastante desagradable.

«¡Megan!». El pensamiento se abrió paso a través de la bruma, y, por estúpido que fuera, no comprobé si los dos soldados estaban realmente

muertos o no. Me acerqué cojeando hasta el lugar donde la moto caída había chocado contra la pared. La única luz era la de mi móvil. Hice a un lado los restos y encontré a Megan debajo, con la chaqueta aún en peor estado que la mía.

No tenía buen aspecto. No se movía, tenía los ojos cerrados y el casco resquebrajado hasta la mitad. La sangre le corría por la mejilla. Era del color de sus labios. Tenía el brazo torcido en un ángulo extraño y todo el costado, de la pierna al torso, manchado de sangre. Me arrodillé, aturdido, mientras la fría e impasible luz de mi móvil revelaba horribles heridas allá donde la enfocaba.

—¿David? —La voz de Tia sonó suavemente en el móvil, que seguía en su bolsillo de la chaqueta. Era un milagro que todavía funcionara a pesar de haber perdido el auricular—. ¿David? No consigo contactar con Megan. ¿Puedo saber qué está pasando?

—Megan está herida. Su móvil ha desaparecido. Se habrá roto, probablemente. —Lo llevaba en la chaqueta, que había quedado casi por completo destrozada.

«La respiración. Tengo que ver si respira. —Me agaché, tratando de usar la pantalla del móvil para captar su aliento. Luego le busqué el pulso—. Estoy en estado de shock. No pienso con claridad». ¿Se podía actuar cuando no estabas pensando con claridad?

Apreté los dedos contra el cuello de Megan. La piel estaba pegajosa.

—¡David! —dijo Tia urgentemente—. David, hay actividad en los canales de Control. Saben dónde estáis. Múltiples unidades se dirigen hacia vosotros. De Infantería y blindados. ¡Marchaos!

Encontré el pulso. Débil, irregular, pero estaba allí.

—Está viva —dije—. ¡Tia, está viva!

—¡Tenéis que salir de ahí, David!

Mover a Megan podía no ser bueno para ella, pero dejarla sería muchísimo peor. Si se la llevaban la torturarían y la ejecutarían. Me quité la chaqueta hecha jirones y la utilicé para vendarme la pierna. Mientras trabajaba palpé algo que llevaba en el bolsillo. Lo saqué. El bolígrafo explosivo y los detonadores.

En un momento de lucidez, pegué un detonador en la célula de combustible de la moto. Había oído que las podías desestabilizar y hacer estallar, si sabías lo que estabas haciendo... lo cual no era mi caso. Pero me pareció buena idea. No tenía otra. Me sujeté el móvil a la muñeca. Luego, tras tomar aliento, aparté de un empujón la moto destrozada (la rueda delantera se había soltado) y levanté a Megan.

El casco roto se le cayó y se quebró contra el suelo. Los cabellos de Megan cayeron en cascada sobre mi hombro. Pesaba más de lo que parecía. Suele pasar. Aunque era pequeña, era compacta, densa. Decidí que probablemente no le gustaría oírme describirla de esa forma.

Me la cargué sobre los hombros y avancé tambaleándome por el túnel. Las diminutas luces amarillas que colgaban a intervalos del techo apenas daban luz suficiente para ver, ni siquiera para un habitante de las calles subterráneas como yo.

Pronto mis hombros y mi espalda empezaron a quejarse. Seguí avanzando, un pie delante del otro. No me movía muy rápido. Tampoco pensaba muy bien.

—David. —La voz del Profesor, tranquila, intensa.

—No voy a dejarla —dije con los dientes apretados.

—No querría que hicieras una cosa así —dijo el Profesor—. Antes preferiría que plantaras cara e hicieras que Control os abatiera a los dos.

No resultaba muy reconfortante.

—Pero no vamos a llegar a eso, hijo —prosiguió—. La ayuda va de camino.

—Creo que los oigo —dije. Por fin había llegado al final del túnel, que daba a una estrecha encrucijada de calles subterráneas. No había edificios, solo pasillos de acero. Yo no conocía bien esa zona de la ciudad.

El techo era sólido, sin aberturas al exterior como las que había en la zona donde me crié. Lo que oía resonar a la derecha eran definitivamente gritos. Oí sonidos metálicos detrás, pies de acero pisoteando el suelo de acero. Más gritos. Habían encontrado la moto.

Me apoyé contra la pared, cambiando el peso de Megan, luego pulsé el botón del bolígrafo. Me sentí aliviado al escuchar un pop cuando la célula de combustible de la moto estalló. Hubo gritos. Tal vez me había llevado a alguno por delante con la explosión. Si tenía suerte, pensarían que me ocultaba cerca de los restos de la moto y les había lanzado una granada o algo.

Cargué otra vez con Megan y giré a la izquierda en el cruce. Su sangre me había empapado la ropa. Probablemente ya estaba muerta...

No. No quería pensar en eso. Un pie delante del otro. La ayuda estaba de camino. El Profesor había prometido que venía ayuda. Y vendría. El Profesor no mentía. Era Jonathan Phaedrus, fundador de los Reckoners,

un hombre a quien comprendía. Si había alguien en el mundo en quien consideraba que podía confiar, era en él.

Caminé unos cinco minutos antes de verme obligado a detenerme. El túnel que tenía delante terminaba en un muro de acero. Era un callejón sin salida. Miré por encima del hombro y vi moverse luces y sombras. No podía escapar por ahí.

El pasillo era ancho, medía unos veinte pasos de anchura, y alto. Había material de obra en el suelo, antiguo, aunque la mayor parte parecía haber sido robado ya por los oportunistas. Quedaban unos cuantos montones de ladrillos rotos y bloques de cemento. Alguien había estado construyendo allí más habitaciones recientemente. Bueno, quizá nos permitieran escondernos.

Me acerqué y escondí a Megan detrás del montón más grande, luego cambié mi móvil a modo manual de respuesta. El Profesor y los demás no podrían oírme a menos que yo tocara la pantalla para transmitir, pero tampoco descubrirían mi posición al intentar contactar conmigo.

Me agazapé detrás de los ladrillos. El montículo no me ocultaba por completo, pero era mejor que nada. Acorralado, sin armas ni manera de...

De repente, me sentí como un idiota. Rebusqué en el bolsillo de mi pantalón. Saqué triunfante mi tensor. Tal vez pudiera abrirme paso hasta las catacumbas de acero, o incluso cavar a un lado y encontrar un camino más seguro.

Me puse el guante, y entonces advertí que el tensor estaba roto. Lo miré con desesperación y frustración. Lo llevaba en el bolsillo de la pierna que me había golpeado al caer y el bolsillo se había agujereado. Al tensor le faltaban dos dedos y los componentes electrónicos estaban destrozados: las piezas colgaban como los ojos en las cuencas de un zombi de una antigua película de terror.

Casi me eché a reír mientras me sentaba. Los soldados de Control buscaban por los pasillos. Gritos. Pisadas. Linternas. Se acercaban.

Mi móvil parpadeó suavemente. Reduje el volumen y luego pulsé la pantalla y me lo acerqué a la boca.

—¿David? —preguntó Tia en voz muy baja—. David, ¿dónde estás?

—He llegado al fondo del túnel —susurré, el móvil pegado a la boca—. He girado a la izquierda.

—¿A la izquierda? Eso es un callejón sin salida. Tienes que...

—Lo sé. Había soldados en las otras direcciones. —Miré a Megan, que yacía en el suelo. Comprobé de nuevo su carótida.

Seguía teniendo pulso. Cerré aliviado los ojos. «No es que eso importe ahora».

—¡Calamity! —maldijo Tia. Oí disparos y di un respingo, creyendo que eran en mi posición. Pero no. Los oía por el móvil.

—¿Tia? —susurré.

—Están aquí —respondió ella—. No te preocupes por mí. Puedo defender esta posición. David, tienes que...

—¡Eh, tú! —llamó una voz desde la encrucijada.

Me agaché, pero el montón de ladrillos no era lo bastante grande para ocultarme por completo a menos que me tendiera completamente en el suelo.

—¡Hay alguien ahí! —gritó la voz. Potentes linternas de Control enfocaron hacia mí. La mayoría estarían adosadas a los cañones de los rifles de asalto.

Mi móvil parpadeó. Lo pulsé.

—David. —Era la voz del Profesor. Parecía cansado—. Usa el tensor.

—Está roto —susurré—. Se ha estropeado en el choque.

Silencio.

—Inténtalo de todas formas —instó el Profesor.

—Profesor, está inutilizado.

Me asomé por encima de los ladrillos. Un montón de soldados se reunían al otro lado de la encrucijada. Algunos se arrodillaban y apuntaban con sus armas en mi dirección, los ojos en la mira. Me agaché.

—Hazlo —ordenó el Profesor.

Suspiré, luego apoyé la mano contra el suelo. Cerré los ojos, pero me costaba concentrarme.

—¡Levanta los brazos y avanza despacio! —gritó una voz en el pasillo—. Si no sales, nos veremos obligados a abrir fuego.

Traté de ignorarlos como pude. Me concentré en el tensor, en las vibraciones. Momentáneamente me pareció notar algo: un leve zumbido, grave, poderoso.

Cesó. Aquello era una estupidez. Era como intentar taladrar un agujero en la pared usando una botella de refresco.

—Lo siento, Profesor —dije—. Está roto del todo. —Comprobé el cargador de la pistola de mi padre. Quedaban cinco balas. Cinco preciosas balas que podrían herir a Steelheart. Nunca tendría ocasión de averiguarlo.

—¡Te estás quedando sin tiempo, amigo! —me gritó el soldado.

—Tienes que aguantar —me instó el Profesor. Su voz sonaba frágil con el volumen tan bajo.

—Deberías irte, Tia —dije, preparándome.

—Ella estará bien —insistió el Profesor—. Abraham va de camino para ayudarla, y el escondite fue diseñado para resistir ataques. Puede sellar la entrada e impedirles el acceso. David, tienes que aguantar hasta que yo llegue.

—Me encargaré de que no nos cojan con vida, Profesor —prometí—. La seguridad de los Reckoners es más importante que mi vida. —Busqué en el costado de Megan, saqué su pistola y le quité el seguro. SIG Sauer P226, calibre 40. Bonita arma.

—Ya voy, hijo —dijo el Profesor en voz baja—. Aguanta todo lo que puedas.

Eché un vistazo. Los agentes avanzaban sin dejar de apuntarme. Probablemente querían capturarme con vida. Bueno, tal vez eso me permitiera eliminar a unos cuantos antes de caer.

Alcé la pistola de Megan y solté una serie de disparos rápidos. Tuvieron el efecto pretendido: los agentes se dispersaron para ponerse a cubierto. Algunos dispararon a su vez, y las lascas saltaron a mi alrededor cuando los ladrillos se rompieron bajo el fuego de las armas automáticas.

«Bueno, se acabó eso de esperar que me quisieran con vida».

Estaba sudando.

—Una forma cojonuda de marcharnos, ¿eh? —le dije a Megan, me agaché y disparé a un agente que se había acercado demasiado.

Creo que una bala le atravesó la armadura, porque cojeaba cuando saltó para ponerse a cubierto tras unos cuantos barriles oxidados.

Me agaché de nuevo. Los disparos de los rifles de asalto sonaban como petardos en una lata metálica. Lo cual, ahora que lo pensaba, era más o menos en lo que estábamos. «Voy mejorando». Sonreí amargamente mientras cambiaba el cargador de la pistola de Megan.

—Lamento dejarte tirada —le dije a su forma inmóvil. Su respiración se había vuelto más entrecortada—. Te mereces sobrevivir a esto, aunque yo no lo haga.

Traté de seguir disparando, pero los disparos de los hombres de Control me obligaron a agacharme antes de poder hacerlo. Jadeé, limpiándome la sangre de la mejilla. Algunas lascas me habían alcanzado y me habían rasgado la piel.

—¿Sabes? —dije—. Creo que me enamoré de ti el primer día. Qué estúpido, ¿no? Amor a primera vista. Menudo tópico.

Disparé tres veces, pero los soldados eran cada vez más intrépidos. Habían deducido que estaba solo y que no llevaba más que una pistola. Probablemente seguía con vida porque había volado la moto y temían que tuviera explosivos.

—Ni siquiera sé si puedo llamarlo amor —susurré, mientras volvía a cargar—. ¿Estoy enamorado? ¿Es solo encaprichamiento? Nos conocemos desde hace menos de un mes y me has tratado como a una mierda la mitad de las veces. Pero aquel día que luchamos contra Fortuity y también ese día en la central eléctrica me pareció que teníamos algo... Un... No sé. Algo juntos. Algo que yo quería. —Miré su figura pálida e inmóvil—. Creo que hace un mes te habría dejado con la moto porque quería vengarme de él con todas mis fuerzas.

¡Bam, bam, bam!

El montón de ladrillos se estremeció, como si los soldados intentaran abrirse paso a través de ellos para alcanzarme.

—Eso me da un poco de miedo —dije en voz baja, sin mirar a Megan—. Por cierto, gracias por hacer que me preocupara por algo distinto a Steelheart. No sé si te amo. Pero, sea cual sea esta emoción, es la más fuerte que he sentido en años. Gracias. —Disparé a discreción, pero me retiré cuando una bala me rozó el brazo.

El cargador estaba vacío. Suspiré, dejé caer la pistola de Megan y empuñé la de mi padre. Entonces apunté hacia ella.

Vacilé con el dedo en el gatillo. Sería un acto de piedad. Mejor una muerte rápida que sufrir torturas y ser ejecutada. Hice un esfuerzo por apretar el gatillo.

«Caray, está preciosa», pensé. Tenía el lado limpio de sangre vuelto hacia mí, con el pelo dorado suelto, la piel clara y los ojos cerrados, como si estuviera dormida.

¿Podía hacerlo de verdad?

Los disparos habían cesado. Me arriesgué a mirar por encima del montón de ladrillos medio desmoronado. Dos formas enormes avanzaban mecánicamente por el pasillo. Así que habían traído unidades blindadas. En parte me sentí orgulloso por haber representado un problema tan grande para ellos. El caos que los Reckoners habíamos causado ese día, la destrucción que habíamos creado entre los sicarios de Steelheart, los había llevado a un uso excesivo de la fuerza. Habían enviado un pelotón de veinte hombres y dos armaduras mecanizadas a eliminar a un tipo que solo poseía una pistola.

—Es hora de morir —susurré—. Creo que lo haré mientras disparo una pistola a una armadura blindada de cuatro metros y medio de altura. Al menos será una muerte teatral.

Inspiré profundamente, prácticamente rodeado por los agentes de Control, que se arrastraban hacia mí por el pasillo oscuro. Empecé a incorporarme, apuntando con mi arma a Megan con más firmeza esta vez. Le dispararía y luego obligaría a los soldados a abatirme.

Advertí que mi móvil parpadeaba.

—¡Fuego! —gritó un soldado.

El techo se derritió.

Lo vi claramente. Estaba mirando el túnel porque no quería mirar a Megan mientras le disparaba. Vi claramente cómo un círculo en el techo se convertía en una columna de polvo negro que caía en una lluvia de acero desintegrado. Como arena de una enorme espita, las partículas golpearon el suelo y se elevaron en una nube.

Cuando la bruma de acero se despejó, el dedo me temblaba sin haber apretado el gatillo todavía. Una figura se alzó entre el polvo: había caído desde arriba. Llevaba un gabán negro (fino como una bata de laboratorio), pantalones oscuros, botas negras y anteojos.

El Profesor había llegado, y llevaba un tensor en cada mano. Las luces verdes brillaban fantasmagóricas.

Los agentes abrieron fuego, lanzando una tormenta de balas por el pasillo. El Profesor alzó la mano e hizo un gesto con el brillante tensor. Casi pude sentir zumbir el aparato.

Las balas reventaron en el aire y alcanzaron al Profesor convertidas en pedacitos de metal no más peligrosos que granitos de arena. Lo rociaron a él y el suelo a su alrededor: las que fallaron se desintegraron en el aire, captando la luz. De pronto comprendí por qué se había puesto anteojos.

Me levanté, boquiabierto, la pistola olvidada en mi mano. Yo creía que era bueno con mi tensor, pero destruir esas balas... Eso iba más allá del alcance de mi comprensión.

El Profesor no dio tiempo de recuperarse a los sorprendidos soldados. No llevaba ninguna arma que yo pudiera ver, pero saltó por encima del polvo y se abalanzó hacia ellos. Las unidades mecanizadas empezaron a disparar, usando las ametralladoras giratorias, como si no pudieran creer lo que habían visto y pensaran que un calibre superior sería más efectivo.

Más balas reventaron en el aire, destruidas por el tensor del Profesor. Sus pies se deslizaron por el polvo del suelo y llegó junto a los soldados de Control.

Atacó a los hombres blindados con los puños.

Abrí los ojos como platos cuando lo vi abatir a un soldado de un puñetazo en la cara. El casco del hombre se hizo polvo con su golpe. «Está desintegrando la armadura al atacar». El Profesor giró entre dos soldados, moviéndose ágilmente, y descargó un puñetazo en el vientre de uno de ellos antes de pivotar y dar un codazo en la pierna de otro. El polvo saltó por los aires cuando las armaduras les fallaron, desintegrándose justo antes de que el Profesor golpeará.

Cuando terminó el giro, apoyó una mano en la pared de la sala de acero. El metal pulverizado se esparció y algo largo y fino cayó del muro a su mano. Una espada, tallada en el acero por una andanada de tensor increíblemente precisa.

El acero reverberó cuando el Profesor atacó a los desconcertados agentes. Algunos trataron de seguir disparando y otros atacaron con bastones, que el Profesor destruyó con la misma facilidad que había destruido las balas. Empuñaba la espada en una mano y con la otra lanzaba rayos casi invisibles que reducían a la nada el metal y el kevlar. El polvo surgía de los soldados que se le acercaban demasiado, haciendo que resbalaran y tropezaran, desequilibrados de pronto cuando los cascos se derretían en sus cabezas y la armadura corporal se desgajaba.

La sangre volaba delante de las linternas de alta potencia y los hombres caían. Habían pasado apenas unos segundos desde que el Profesor había entrado en el lugar, pero más de una docena de soldados habían caído ya.

Las unidades blindadas habían sacado los cañones de energía que llevaban montados en el hombro, pero el Profesor se había acercado ya demasiado. Cruzó a la carrera una nube de polvo de acero y avanzó a gachas, moviéndose con obvia familiaridad. Se desvió hacia un lado y sacudió el antebrazo, aplastando la pata de la unidad blindada. Saltó polvo detrás de ella cuando el brazo del Profesor la atravesó por completo.

Se deslizó hasta detenerse, todavía sobre una rodilla. El blindado se desplomó con un golpe sordo y resonante mientras el Profesor saltaba hacia delante y atravesaba con su puño la pata del segundo aparato. Cuando lo sacó, la pata se dobló y acabó por romperse mientras la unidad se desplomaba de lado disparando una descarga azul amarillenta que derretió una porción del suelo.

Un temerario miembro de Control trató de atacar al Profesor, que estaba de pie encima de los blindados caídos. El Profesor no se molestó en usar la espada. Lo esquivó y le descargó un puñetazo. Vi el puño acercarse a la cara del soldado y la visera del casco desintegrarse justo antes del impacto del Profesor.

El soldado cayó. El pasillo quedó en silencio. Chispeantes copos de acero flotaban en los rayos de luz como nieve a medianoche.

—Me llaman Limelight —dijo el Profesor con voz potente y segura—. Que sepa vuestro amo que estoy más que molesto por verme obligado a pelear con vosotros, gusanos. Por desgracia, mis lacayos son necios incapaces de seguir las órdenes más simples.

»Decidle a vuestro amo que se han acabado los juegos y los bailes. Si no viene a enfrentarse conmigo él mismo, desmantelaré esta ciudad pieza por pieza hasta que logre encontrarlo.

El Profesor pasó de largo ante los soldados restantes sin dirigirles siquiera una mirada.

Caminó hacia mí, dándoles la espalda. Me puse en tensión, a la espera de que intentaran algo, pero no lo hicieron. Se acobardaron. Los hombres no luchaban contra los Épicos. Les habían enseñado que así era y lo llevaban marcado a fuego.

—Eso ha sido genial —dije en voz baja.

—Recoge a la chica.

—No puedo creer que...

El Profesor me miró y vi finalmente sus rasgos. La mandíbula apretada, los ojos que parecían arder de intensidad. Había desdén en aquellos ojos, y verlo hizo que retrocediera sorprendido.

El Profesor temblaba con los puños cerrados, como si estuviera conteniendo algo terrible.

—Recoge a la chica —me repitió, acentuando cada palabra.

Asentí desconcertado, me guardé la pistola en el bolsillo y recogí a Megan.

—¿Jon? —La voz de Tia sonó en su móvil; el mío seguía en modo silencioso—. Jon, los soldados se han retirado de mi posición. ¿Qué está pasando?

El Profesor no respondió. Agitó una mano con el tensor y el suelo se derritió ante nosotros. El polvo se escurrió como la arena de un reloj, revelando un túnel improvisado a los niveles inferiores.

Lo seguí por el túnel y escapamos.

CUARTA PARTE

—Abraham, más sangre —dijo Tia, trabajando frenética.

Abraham, con el brazo en cabestrillo manchado de rojo por su propia sangre, corrió al frigorífico.

Megan yacía en la mesa de reuniones de acero, en la sala principal de nuestro escondite. En el suelo, donde yo los había arrojado, había montones de papeles y algunas de las herramientas de Abraham. Estaba sentado a un lado, sintiéndome impotente, exhausto y aterrado. El Profesor nos había abierto paso hasta el escondite desde atrás: la entrada principal la había sellado Tia con algunas clavijas de metal y un tipo especial de granada incendiaria.

Yo no entendía gran cosa de lo que estaba haciendo Tia mientras atendía a Megan, con vendajes e intentos de sutura. Al parecer, Megan tenía heridas internas que Tia encontraba aún más inquietantes que las enormes cantidades de sangre que había perdido.

Podía ver el rostro de Megan vuelto hacia mí, con los ojos de ángel cerrados suavemente. Tia le había quitado casi toda la ropa, revelando la gravedad de sus heridas, unas heridas horribles.

Resultaba extraño que su rostro estuviera tan sereno. Pero creía entenderlo. Yo mismo estaba aturdido.

«Un paso tras otro...». La había llevado de regreso al escondite. Esa experiencia era un borrón, un borrón de dolor y miedo, de angustia y mareo.

El Profesor no se había ofrecido a ayudar ni una sola vez y había estado a punto de dejarme atrás en varias ocasiones.

—Toma —le dijo Abraham a Tia. Traía otra bolsa de sangre.

—Cuélgala —dijo Tia, distraída, sin dejar de trabajar en el costado de Megan, al otro lado de donde yo estaba. Veía sus guantes quirúrgicos manchados de sangre reflejando la luz. No había tenido tiempo para cambiarse y tenía la ropa que solía llevar (una chaqueta sobre una blusa y vaqueros) manchada de regueros rojos. Trabajaba con intensa concentración, pero su voz traicionaba el pánico.

El móvil de Tia emitía un suave pitido: tenía servicio médico, y lo había colocado sobre el pecho de Megan para detectar los latidos de su corazón. Lo cogía de vez en cuando para hacerle rápidas ecografías de abdomen. La parte de mi cerebro que todavía podía pensar estaba

impresionada por la preparación de los Reckoners. Ni siquiera sabía que Tia tuviera formación médica, mucho menos que dispusiéramos de un banco de sangre y de equipo quirúrgico.

«No debería tener ese aspecto tan vulnerable —pensé, parpadeando para espantar las lágrimas que no sabía que se me estaban formando—. Así desnuda sobre la mesa. Megan es más fuerte. ¿No deberían cubrirla un poco con una sábana o algo mientras trabajan?».

Sin apenas ser consciente de ello, me levanté a coger algo para taparla, por una cuestión de pudor, pero luego me di cuenta de la inutilidad de mi acción. Cada segundo era crucial y no podía entrometerme y distraer a Tia.

Me senté. Estaba cubierto de sangre de Megan. Ya no la olía porque el olfato se me había acostumbrado.

«Tiene que ponerse bien —pensé, aturdido—. La he salvado. La he traído aquí. Tiene que ponerse bien ahora mismo. Es así como funciona».

—Esto no debería estar sucediendo —dijo Abraham en voz baja—. El reparador...

—No funciona con todo el mundo —repuso Tia—. No sé por qué. ¡Ojalá lo supiera, maldita sea! Nunca ha funcionado bien con Megan, igual que siempre ha tenido problemas con los tensores.

«¡Deja de hablar de sus flaquezas!», le grité mentalmente.

Los latidos del corazón de Megan se iban haciendo cada vez más débiles. Los oía, amplificados por el teléfono de Tia: bip, bip, bip. Sin poder contenerme, me puse en pie. Me volví hacia la habitación de pensar del Profesor. Cody no había vuelto al escondite: seguía vigilando al Épico capturado en un lugar aparte, tal como le habían ordenado. Pero el Profesor estaba en la habitación contigua. Se había metido en ella nada más llegar, sin mirarnos siquiera a Megan ni a mí.

—¡David! —exclamó Tia bruscamente—. ¿Qué haces?

—Yo... yo... —tartamudeé, tratando de encontrar las palabras—. Voy a llamar al Profesor. Él hará algo. La salvará. Sabe qué hacer.

—Jon no puede hacer nada —dijo Tia—. Siéntate.

La brusca orden se abrió paso en mi confusión. Me senté y contemplé los ojos cerrados de Megan mientras Tia trabajaba, maldiciendo en voz baja. Las maldiciones casi iban al ritmo del corazón de Megan. Abraham permaneció de pie a un lado, impotente.

Contemplé sus ojos. Contemplé su rostro tranquilo y sereno mientras los pitidos se hacían más débiles. Finalmente se detuvieron. No hubo ninguna línea plana en el móvil. Solo un silencio preñado de significado. La nada repleta de datos.

—Está... —dije, parpadeando para espantar las lágrimas—. Quiero decir... La he traído hasta aquí, Tia...

—Lo siento —me respondió. Se llevó una mano a la cara, manchándose de sangre la frente, suspiró y se apoyó en la pared, exhausta.

—Haz algo —le pedí. No era una orden sino una súplica.

—He hecho cuanto he podido —dijo Tia—. Ha muerto, David.

Silencio.

—Las heridas eran graves —continuó Tia—. Tú has hecho también todo lo que has podido. No es culpa tuya. Para ser sinceros, aunque la hubieras traído aquí inmediatamente, no sé si habría sobrevivido.

—Yo... —No podía pensar.

La cortina crujió. Me volví. El Profesor estaba en la puerta de su habitación. Se había cepillado el polvo de la ropa e iba pulcro y digno en agudo contraste con los demás. Volvió los ojos hacia Megan.

—¿Ha muerto? —preguntó. Su voz se había suavizado un poco, aunque seguía sin sonar como de costumbre.

Tia asintió.

—Recoged todo lo que podáis —dijo el Profesor, echándose una mochila al hombro—. Vamos a abandonar esta posición. Corremos peligro.

Tia y Abraham asintieron, como si hubieran estado esperando esa orden. Abraham se detuvo para colocar una mano sobre el hombro de Megan e inclinar la cabeza. Luego se tocó el colgante del cuello y corrió a recoger sus herramientas.

Cogí una manta del petate de Megan (no tenía sábanas) y me acerqué para cubrirla. El Profesor me miró y pareció a punto de poner pegos a tan frívola acción, aunque se mordió la lengua. Coloqué la manta sobre los hombros de Megan, pero dejé su cabeza al descubierto. No sé por qué la gente cubre la cabeza de los muertos. La cara es lo único que queda que sigue bien. La acaricié con los dedos. La piel estaba aún cálida.

«Esto no está sucediendo —pensé aturdido—. Los Reckoners no fallan así».

Por desgracia, los hechos, mis propios hechos, inundaban mi mente. Los Reckoners sí que fallaban, sus miembros sí que morían. Lo había investigado. Lo había estudiado. Sucedió.

Pero no debería haberle sucedido a Megan.

«Tengo que encargarme de que se ocupen de su cadáver», pensé, inclinándome para cogerla en brazos.

—Deja el cadáver —me ordenó el Profesor.

No le hice caso. Entonces sentí que me agarraba por el hombro. Miré con ojos llorosos y vi su expresión de dureza. Los ojos, muy abiertos y llenos de furia, se suavizaron mientras lo miraba.

—Lo hecho, hecho está —dijo el Profesor—. Quemaremos este agujero y será un entierro adecuado para ella. Además, intentar llevarnos el cuerpo nos retrasaría, tal vez haría que nos matasen. Es probable que los soldados sigan vigilando la entrada. No podemos saber cuánto tardarán en descubrir el nuevo agujero que he abierto ahí atrás. —Vaciló—. Está muerta, hijo.

—Tendría que haber corrido más rápido —susurré, oponiéndome frontalmente a lo que había dicho Tia—. Tendría que haber podido salvarla.

—¿Estás furioso? —me preguntó el Profesor.

—Yo...

—Abandona la culpa. Abandona la negación. Steelheart es quien le ha hecho esto a Megan. Es nuestro objetivo. Ese tiene que ser tu objetivo. No tenemos tiempo para la pena: solo tenemos tiempo para la venganza.

Asentí. Muchos habrían considerado esas palabras una equivocación, pero a mí me sirvieron. El Profesor tenía razón. Si me dejaba vencer por el desánimo y el dolor, moriría. Necesitaba algo para sustituir esas emociones, algo fuerte: furia contra Steelheart; eso valdría. Me había quitado a mi padre y ahora me había quitado a Megan. Tenía la deprimente sensación de que, mientras viviera, seguiría quitándose todo lo que yo amara.

Odiar a Steelheart. Usar ese odio para continuar. Sí, podía hacer eso. Asentí.

—Recoge tus notas —dijo el Profesor—, y luego guarda el creador de imágenes. Nos marchamos dentro de diez minutos y destruiremos todo lo que dejemos aquí.

Me volví para contemplar el nuevo túnel que el Profesor había abierto para entrar en el escondite. Una viva luz roja brillaba al fondo, una pira funeraria para Megan. La carga que Abraham había colocado era lo bastante potente para derretir el acero. Se notaba el calor desde la distancia a la que estábamos.

Si los agentes de Control conseguían entrar en el escondite, lo único que encontrarían serían restos y polvo. Nos habíamos llevado todo lo posible, y Tia había dejado un poco más en un hueco oculto que había hecho abrir a Abraham en un pasillo cercano. Por segunda vez en un mes, veía arder un hogar que había conocido.

Este se llevaba algo muy apreciado consigo. Quise decir adiós, susurrarlo o al menos pensarlo. No pude articular la palabra. Supongo que no estaba preparado.

Me volví y seguí a los demás hasta perderme en la oscuridad.

Una hora más tarde seguía caminando por el oscuro pasillo, con la cabeza gacha y la mochila a la espalda. Estaba tan cansado que apenas podía pensar.

Sin embargo, cosa extraña, por fuerte que hubiera sido mi odio durante un breve espacio de tiempo, ya solo era tibio. Sustituir a Megan por odio parecía mal negocio.

Había movimiento delante y Tia se detuvo. Se había cambiado rápidamente la ropa manchada de sangre. También me había obligado a hacer lo mismo antes de abandonar el escondite. Me había lavado las manos también, aunque seguía teniendo sangre reseca bajo las uñas.

—Eh —me dijo Tia—. Tienes aspecto de estar bastante cansado.

Me encogí de hombros.

—¿Quieres hablar?

—De ella no. Ahora mismo... no.

—Muy bien. ¿De otra cosa, entonces?

«Algo que te distraiga», daba a entender su tono.

Bueno, tal vez; pero la única otra cosa de la que yo quería hablar era casi igualmente inquietante.

—¿Por qué está el Profesor tan cabreado conmigo? —pregunté en voz baja—. Parecía indignado por haber tenido que venir a rescatarme.

Eso me enfermaba. Cuando me había hablado por el móvil me había dado ánimos, decidido a ayudarme. Después parecía otra persona y así seguía mientras caminaba solo delante del grupo.

Tia siguió mi mirada.

—El Profesor tiene algunos... malos recuerdos asociados a los tensores, David. Detesta utilizarlos.

—Pero...

—No está cabreado contigo —dijo Tia—, y no está molesto por haber tenido que rescatarte, no importa lo que pueda parecer. Está cabreado consigo mismo. Únicamente necesita un poco de tiempo a solas.

—Pero es buenísimo con los tensores, Tia.

—Lo sé —respondió ella en voz baja—. Lo he visto. Hay problemas que no puedes comprender, David. A veces hacer cosas que solíamos hacer nos recuerda lo que fuimos, y no siempre para bien.

Eso no tenía mucho sentido para mí. Pero, claro, mi mente no estaba exactamente más despejada que nunca.

Llegamos por fin al nuevo refugio, mucho más pequeño que el escondite. Consistía únicamente en dos habitaciones pequeñas. Cody nos recibió hablando en voz baja. Obviamente, le habían informado de lo sucedido. Nos ayudó a llevar el equipo a la sala principal del nuevo escondite.

Conflux, el jefe de Control, estaba allí cautivo, en alguna parte. ¿De verdad creíamos que podríamos retenerlo? ¿Formaba todo eso parte de otra trampa? Supuse que el Profesor y Tia sabían lo que estaban haciendo.

Mientras trabajaba, Abraham flexionó el brazo en el que había recibido el tiro. Los pequeños diodos del reparador destellaban en sus bíceps y el agujero de la bala ya estaba cubierto por una costra. Una noche durmiendo con los diodos y podría usar el brazo sin problema por la mañana. Unos cuantos días y la herida solo sería una cicatriz.

«Sin embargo —pensé, entregándole la mochila a Cody y arrastrándome por el túnel para llegar a la sala superior—, a Megan no le ha servido. Nada de lo que hemos hecho le ha servido».

Había perdido a un montón de conocidos en los últimos diez años. La vida en Chicago Nova no era fácil, sobre todo para los huérfanos. Pero ninguna pérdida me había afectado tan profundamente desde la muerte de mi padre. Supongo que eso era algo positivo: estaba empezando a preocuparme de nuevo por los demás. A pesar de todo, era una putada en ese momento.

Cuando salí del túnel de entrada y llegué al nuevo escondite, el Profesor estaba diciendo que nos fuéramos todos a dormir. Quería que descansáramos antes de tratar con el Épico cautivo. Mientras preparaba mi saco de dormir, oí que les decía a Cody y Tia algo acerca de inyectarle al Épico cautivo un sedante para que permaneciera inconsciente.

—¿David? —preguntó Tia—. Estás herido. Debería conectarte el reparador y...

—Viviré —dije. Podían curarme al día siguiente. No me importaba en este momento. Me tendí en el saco y me volví de cara a la pared. Luego dejé por fin que las lágrimas salieran a raudales.

Unas dieciséis horas más tarde yo estaba sentado en el suelo del nuevo escondite, comiendo un cuenco de cereales con pasas, con los diodos del reparador conectados a la pierna y el costado. Habíamos tenido que dejar casi toda nuestra comida buena y nos nutríamos de la que había almacenada en la nueva guarida.

Los otros Reckoners me dejaban tranquilo. Me pareció extraño, ya que todos conocían a Megan desde hacía más tiempo que yo. No es que ella y yo hubiéramos compartido nada especial, aunque parecía estar más simpática conmigo.

De hecho, ahora que lo pensaba, mi reacción a su muerte parecía algo tonta. No era más que un chico enamorado, pero dolía. Mucho.

—¡Eh, Profesor! —dijo Cody, sentado delante de un portátil—. Tendrías que ver esto, colega.

—¿Colega? —preguntó el Profesor.

—Tengo parte de australiano. El abuelo de mi padre tenía un cuarto de *aussie*. Llevaba tiempo intentando probar cómo suena.

—Eres un hombrecito extraño, Cody —dijo el Profesor. Había vuelto casi a la normalidad; quizás estaba un poco más solemne, como todos los demás, Cody incluido. Perder a un compañero de equipo no era una experiencia agradable, aunque yo tenía la sensación de que ellos ya habían pasado por aquello otras veces.

El Profesor estudió la pantalla un momento y arqueó una ceja. Cody pulsó, luego volvió a pulsar.

—¿Qué pasa? —preguntó Tia.

Cody le dio la vuelta al portátil. Ninguno de nosotros tenía silla: estábamos sentados en los sacos de dormir. Aunque el escondite era más pequeño que el otro, a mí me parecía vacío. No éramos suficientes para llenarlo.

La pantalla era azul con unas sencillas letras mayúsculas negras: ESCOGE HORA Y EMPLAZAMIENTO. IRÉ.

—Esto es todo lo que se puede ver en cualquiera de los cien canales de entretenimiento de la red de Steelheart —dijo Cody—. Aparece en todos

los móviles que se conectan y en todas las pantallas informativas de la ciudad. Algo me dice que hemos llamado su atención.

El Profesor sonrió.

—Esto es bueno. Nos deja escoger el lugar de la pelea.

—Suele hacerlo —confirmé, mirando mis cereales—. Dejó elegir a Faultline. Es su modo de enviar un mensaje: esta ciudad es suya y le da igual que intentes encontrar un terreno que te sea favorable. Te matará de todas formas.

—A mí me bastaría con no trabajar a ciegas —dijo Tia. Sentada en el rincón, tenía conectado el móvil a su tableta de modo que la pantalla aumentara lo que salía en la del teléfono—. Es frustrante. ¿Cómo descubrieron que había pirateado su sistema de cámaras? Tengo todos los accesos bloqueados, todos los resquicios sellados. No puedo ver nada de lo que pasa en la ciudad.

—Escogeremos un lugar donde podamos emplazar nuestras propias cámaras —dijo el Profesor—. No estarás ciega cuando nos enfrentemos a él. Se...

El móvil de Abraham sonó. Lo cogió.

—La alarma de proximidad indica que nuestro prisionero empieza a moverse, Profesor.

—Bien. —El Profesor se puso en pie mirando hacia la entrada de la habitación más pequeña, en la que estaba nuestro prisionero—. Ese misterio lleva reconcomiéndome todo el día.

Cuando se dio la vuelta, sus ojos se posaron en mí, y capté en ellos un atisbo de culpa.

Pasó de largo rápidamente y empezó a dar órdenes. Íbamos a interrogar al prisionero apuntándolo directamente con un haz de luz. Cody se pondría detrás y le apoyaría el cañón de la pistola en la cabeza. Todo el mundo tenía que llevar la chaqueta puesta. Me habían dado una de repuesto de cuero negro, un par de tallas más grande de lo necesario.

Los Reckoners empezaron a moverse para iniciar el interrogatorio. Cody y Tia entraron en la habitación del prisionero, seguidos por el Profesor. Yo me metí una cucharada de cereales en la boca y advertí que Abraham se quedaba en la habitación principal.

Se me acercó e hincó una rodilla en tierra.

—Vive, David —me dijo en voz baja—. Vive tu vida.

—Lo estoy haciendo —gruñí.

—No. Estás dejando que Steelheart viva tu vida por ti. La controla a cada paso. Vive tu propia vida. —Me dio una palmadita en el hombro, como si eso lo arreglara todo, y luego me indicó que lo acompañara a la otra habitación.

Suspiré, me puse en pie y lo seguí.

El prisionero era un hombre de unos sesenta años, delgado, calvo y de piel oscura. Giraba la cabeza, tratando de averiguar dónde estaba, aunque seguía amordazado y con los ojos vendados. No resultaba amenazador, atado de aquel modo a una silla. Naturalmente, muchos Épicos «no amenazadores» podían matar con poco más que el pensamiento.

Se suponía que Conflux no tenía ese tipo de poderes. Pero, claro, también se suponía que Fortuity no tenía habilidades aumentadas. Además, ni siquiera sabíamos si era Conflux o no. Reflexioné sobre la situación, lo cual era bueno. Al menos me impedía pensar en Megan.

Abraham enfocó la cara del cautivo con una gran linterna roja. Muchos Épicos necesitaban tener línea de visión para usar sus poderes contra alguien, así que mantener al hombre desorientado tenía un propósito muy útil. El Profesor le hizo una seña a Cody, que le quitó la venda de los ojos y la mordaza al prisionero y luego dio un paso atrás y le apuntó a la cabeza con una 357.

El prisionero parpadeó ante la luz, después miró a su alrededor. Se rebulló en la silla.

—¿Quién eres? —preguntó el Profesor, de pie junto a la luz, allí donde el prisionero no distinguía sus rasgos.

—Edmund Sense —respondió. Hizo una pausa—. ¿Y tú?

—Eso no te importa.

—Bueno, puesto que me tiene prisionero, me parece que me importa bastante.

Edmund tenía una voz agradable, con un leve acento indio. Parecía nervioso: sus ojos no dejaban de moverse.

—Eres un Épico —dijo el Profesor.

—Sí —respondió Edmund—. Me llaman Conflux.

—El jefe, «la cabeza», de las tropas de Control de Steelheart —dijo el Profesor. Los demás permanecemos en silencio, como nos habían dicho

que hiciéramos, para no darle al hombre ninguna pista de cuántos éramos en la habitación.

Edmund se echó a reír.

—¿Cabeza? Sí, supongo que podríamos decirlo así. —Se echó hacia atrás, cerrando los ojos—. Aunque sería más adecuado decir que soy su «corazón», o tal vez solo su «pila».

—¿Por qué estabas en el maletero de ese coche? —preguntó el Profesor.

—Porque me estaban trasladando.

—¿Y sospechabas que podían atacar la limusina? ¿Por eso te escondiste en el maletero?

—Joven —dijo Edmund, de buen humor—, si hubiera querido esconderme, ¿me habría hecho maniatar, amordazar y vendar los ojos?

El Profesor guardó silencio.

—Deseas pruebas de que soy quien digo ser —prosiguió Edmund con un suspiro—. Bueno, preferiría no obligarte a que me lo saques a golpes. ¿Tienes un aparato mecánico que se haya quedado sin energía? Que no tenga nada de batería.

El Profesor miró a Tia, que rebuscó en su bolsillo y le tendió una linternita. El Profesor la probó y vio que no emitía luz. Vaciló y finalmente nos indicó que saliéramos de la habitación. Cody se quedó apuntando con la pistola a Edmund, pero los demás, el Profesor incluido, nos retiramos a la habitación principal.

—Puede que sea capaz de sobrecargarla y hacerla explotar —dijo el Profesor en voz baja.

—Pero necesitamos pruebas de su identidad —dijo Tia—. Si puede cargarla tocándola, entonces es Conflux u otro Épico con un poder muy similar.

—O alguien a quien Conflux ha pasado sus habilidades —razoné yo.

—El zahorí indica que es un Épico poderoso —intervino Abraham—. Lo hemos probado antes con agentes de Control a los que Conflux pasó poderes y no indicaba nada.

—¿Y si es un Épico diferente? —preguntó Tia—. Uno con algunos poderes recibidos de Conflux para demostrarse capaz de dar energía a las cosas y hacernos creer que es él. Podría hacerse el inofensivo y, cuando menos lo esperemos, volver todos sus poderes contra nosotros.

El Profesor sacudió lentamente la cabeza.

—No lo creo. Eso es demasiado retorcido, y demasiado peligroso. ¿Por qué iba a pensar que decidiríamos secuestrar a Conflux? Podríamos haberlo matado cuando lo encontramos. Creo que este hombre es quien dice ser.

—Pero, entonces, ¿por qué estaba en el maletero? —preguntó Abraham.

—Probablemente nos lo dirá si se lo preguntamos —dije—. Hasta ahora no ha puesto demasiadas pegas.

—Eso es lo que me preocupa —comentó Tia—. Es demasiado fácil.

—¿Fácil? —pregunté—. Megan murió para que pudiéramos capturar a este tipo. Quiero oír lo que tenga que decir.

El Profesor me miró, dando golpecitos con la linterna contra su palma. Asintió, y Abraham cogió una larga vara de madera a la que ató la linterna. Regresamos a la habitación. El Profesor usó la vara para tocar con la linterna la mejilla de Edmund.

Inmediatamente la bombilla se encendió. Edmund bostezó y trató de acomodarse.

El Profesor apartó de él la linterna. Continuaba encendida.

—He recargado la batería —dijo Edmund—. ¿Será suficiente para persuadirte de que me des algo de beber?

—Hace dos años —dije, dando un paso adelante a pesar de las órdenes del Profesor—, en julio, estuviste implicado en un proyecto a gran escala por cuenta de Steelheart. ¿Cuál fue?

—No tengo muy buena memoria... —respondió el hombre.

—No debería costarte recordarlo. La gente de la ciudad no lo sabe, pero algo extraño le sucedió a Conflux.

—¿En verano? Veamos... ¿Eso fue cuando me sacaron de la ciudad? —Edmund sonrió—. Sí, recuerdo la luz del sol. Por algún motivo, él necesitaba que diera energía a algunos tanques de combate.

Había sido una ofensiva contra Dialas, un Épico de Detroit que había puesto furioso a Steelheart cortando parte de su suministro de alimentos. La participación de Conflux se había llevado muy en secreto. Pocos sabían de ella.

El Profesor me miraba. Un montón de detalles de mis notas sobre Conflux empezaban a tener sentido. ¿Por qué no se lo veía nunca? ¿Por

qué lo transportaban de esa forma? ¿Por qué el velo, el misterio? No era únicamente por la fragilidad de Conflux.

—Estás prisionero —dije.

—Pues claro que lo está —afirmó el Profesor, pero Conflux asintió.

—No —le dije al Profesor—. Siempre ha estado prisionero. Steelheart no lo está utilizando como lugarteniente, sino como fuente de energía. Conflux no está al mando de Control, es solo...

—Una pila —explicó Edmund—. Un esclavo. Es cierto, puede decirlo. Estoy acostumbrado. Soy un esclavo valioso; por cierto, es una posición envidiable. Sospecho que no pasará mucho tiempo antes de que él nos encuentre y os mate a todos por secuestrarme. —Sonrió con tristeza—. Lo siento. Odio que la gente se pelee por mí.

—Todo este tiempo... —dije—. ¡Caray!

Steelheart no podía permitir que se supiera lo que estaba haciendo con Conflux. En Chicago Nova los Épicos eran casi sagrados. Cuanto más poderosos, más derechos tenían. Eran la base del Gobierno. Los Épicos aceptaban un orden jerárquico porque sabían, aunque estuvieran al final de la cola, que seguían siendo mucho más importantes que la gente corriente.

Pero allí teníamos a uno que era un simple esclavo, una simple central de energía. Aquello tenía muchísimas implicaciones para todos en Chicago Nova. Steelheart era un mentiroso.

«Supongo que no debería sorprenderme demasiado —pensé—. Después de todo lo que ha hecho, esto es un asunto menor». A pesar de todo, era importante, o tal vez era que yo me aferraba a lo primero que distraía mi atención de Megan.

—Desconéctalo —dijo el Profesor.

—¿Perdona? —dijo Edmund—. ¿Que desconecte qué?

—Eres un dador —dijo el Profesor—. Un Épico transferidor. Retira tu energía de la gente a la que se la has dado. Retírala de las unidades mecanizadas, los helicópteros, las centrales eléctricas. Quiero que desconectes a todas las personas a las que les has dado tu poder.

—Si lo hago —respondió Edmund, dubitativo—, Steelheart no estará muy contento conmigo cuando me recupere.

—Puedes decirle la verdad —dijo el Profesor, alzando una pistola con una mano para que apuntara delante del punto de luz—. Si te mato, el

poder desaparecerá. No tengo miedo de dar ese paso. Recupera tu poder, Edmund. Luego seguiremos hablando.

—Muy bien —respondió Edmund.

Y, sin más, desconectó Chicago Nova.

—En realidad, no me considero un Épico —dijo Edmund, inclinándose hacia delante sobre la improvisada mesa. La habíamos hecho con una caja y un tablón, y estábamos sentados en el suelo para comer—. Me capturaron y me utilizaron por la energía solo un mes después de mi transformación. Bastión era el nombre de mi primer amo. Os aseguro que se puso muy desagradable cuando descubrió que no podía traspasarle mi poder.

—¿A qué crees que se debe eso? —pregunté, mordiendo un poco de tasajo.

—No lo sé —respondió Edmund, alzando las manos. Le gustaba gesticular mucho mientras hablaba. Había que tener cuidado, no fuera a ser que te diera un puñetazo accidental en el hombro durante una exclamación particularmente enfática sobre el sabor de un buen curry.

No representaba más peligro que ese. Aunque Cody estaba siempre cerca con el rifle preparado, Edmund no se había mostrado provocador en lo más mínimo. Parecía agradable, al menos cuando no mencionaba horribles e inevitables muertes a manos de Steelheart.

—Así ha sido siempre para mí —continuó Edmund, señalándome con su cuchara—. Solo puedo dárselo a humanos corrientes, y tengo que tocarlos para hacerlo. Nunca he podido darle mis poderes a un Épico. Lo he intentado.

Cerca de nosotros, el Profesor, que traía provisiones, se detuvo. Se volvió hacia Edmund.

—¿Qué has dicho?

—No puedo dar poderes a otros Épicos —informó Edmund, encogiéndose de hombros—. Así es como funcionan los poderes.

—¿Sucedo lo mismo con otros dadores? —preguntó el Profesor.

—Nunca he conocido a ninguno —respondió Edmund—. Los dadores son raros. Si hay otros en la ciudad, Steelheart nunca me ha dejado conocerlos. No le molestó que no pudiera darle mis poderes, se contentó con utilizarme como pila.

El Profesor parecía preocupado. Continuó su camino, y Edmund me miró, alzando las cejas.

—¿A qué ha venido eso?

—No lo sé —contesté, igualmente confundido.

—Bueno, siguiendo con mi historia: a Bastión no le gustó que no pudiera darle poderes, así que me vendió a un tipo llamado Insulation. Siempre me pareció que era un nombre de Épico estúpido.

—No tanto como El Brass Bullish Dude —dije.

—¿Estás de guasa? ¿De verdad hay un Épico que se llama así?

Asentí.

—Lo hubo. En Los Ángeles. Ahora está muerto, pero te sorprenderías de los nombres estúpidos que se les ocurren a un montón de ellos. Unos poderes cósmicos increíbles no equivalen a un cociente intelectual alto... ni siquiera a un buen sentido de la teatralidad. Recuérdate que te hable alguna vez de la Pink Pinkness.

—Ese nombre no suena tan mal —comentó Edmund, sonriendo—. Quizá sea un poco pomposo, pero hace sonreír. Me gustaría conocer a un Épico al que le guste sonreír.

«Estoy hablando con uno», pensé. Todavía no lo había asimilado del todo.

—Bueno, ella no sonrió mucho tiempo —dije—. Lo consideraba un buen nombre, pero...

—¿Qué?

—Intenta decirlo rápido varias veces —sugerí.

Él lo intentó y sonrió de oreja a oreja.

—Vaya, sí que es un galimatías.

Sacudí asombrado la cabeza mientras continuaba comiendo tasajo. ¿Cómo interpretar a Edmund? No era el héroe que las personas como Abraham y mi padre buscaban, ni de lejos. Palidecía cuando hablábamos de enfrentarnos a Steelheart. Era tan tímido que solía pedir permiso para hablar antes de expresar una opinión.

No, no era un héroe nacido para luchar por los derechos de los hombres, pero era casi igual de importante. Yo nunca había conocido, ni leído, ni escuchado siquiera una historia de un Épico que encajara tan poco en el estereotipo. En Edmund no había arrogancia ninguna, ningún odio, ningún desprecio.

Era sorprendente. En parte seguía pensando: «¿Esto es todo lo que hemos conseguido? Por fin encuentro a un Épico que no quiere matarme ni esclavizarme, y es un viejo indio de voz suave al que le gusta la leche azucarada».

—Perdiste a alguien, ¿verdad? —preguntó Edmund.

Levanté bruscamente la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por reacciones como esa, para empezar. Además de por el hecho de que todos en tu grupo parecen andar sobre papel de aluminio arrugado tratando de no hacer ningún sonido.

«Caray. Buena comparación. “Caminar sobre papel de aluminio arrugado”». Tendría que acordarme de ella.

—¿Quién era la chica? —preguntó Edmund.

—¿Quién ha dicho que fuera una mujer?

—La expresión de tu cara, hijo —dijo Edmund, y entonces sonrió.

No respondí, aunque en parte fue debido a que intentaba desterrar el aluvión de recuerdos que cruzaba mi mente. Megan mirándome con mala cara. Megan sonriendo. Megan riendo apenas unas horas antes de morir. «Idiota. Solo la trataste un par de semanas».

—Yo maté a mi esposa —dijo Edmund, ausente, echándose hacia atrás y contemplando el techo—. Fue un accidente. Electrifiqué la encimera intentando darle energía al microondas. Qué estúpido, ¿verdad? Quería un burrito congelado. Sara murió por eso. —Dio un golpecito sobre la mesa—. Espero que la tuya muriera por un motivo mejor.

«Eso dependerá de lo que hagamos», pensé.

Dejé a Edmund sentado a la mesa y le hice una señal a Cody, que estaba de pie junto a la pared fingiendo muy bien no estar haciendo guardia. Entré en la otra habitación, donde el Profesor, Tia y Abraham estaban reunidos en torno a la tableta de Tia.

Estuve a punto de ir a buscar a Megan, porque pensé instintivamente que estaría montando guardia fuera del escondite, ya que todos los demás estaban dentro. Idiota. Me uní al grupo, mirando por encima del hombro de Tia la pantalla ampliada del móvil. Lo cargaba con una de las células de combustible que habíamos robado de la central. Cuando Edmund retiró sus habilidades, la energía de la ciudad se había agotado, incluida la de los cables que recorrían las catacumbas de acero.

La tableta mostraba un antiguo complejo de apartamentos de acero.

—No me gusta —dijo el Profesor, señalando los números de un lado de la pantalla—. El edificio de al lado está habitado todavía. No voy a tener un enfrentamiento con un gran Épico habiendo gente tan cerca.

—¿Y delante de su palacio? —preguntó Abraham—. No se esperará eso.

—Dudo de que espere nada en concreto —dijo Tia—. Además, Cody ha hecho algunas exploraciones. Los saqueos han comenzado, así que Steelheart ha replegado Control a las inmediaciones de su palacio. En realidad solo le queda la infantería, pero es suficiente. Nunca lograremos llegar para hacer ningún preparativo. Y vamos a necesitar preparar la zona para enfrentarnos a él.

—El Campo del Soldado —dijo en voz baja.

Se volvieron hacia mí.

—Mirad —dije, acercando la mano y desplazando el mapa de la ciudad. Parecía muy primitivo en comparación con las imágenes de cámaras en tiempo real que habíamos estado empleando.

Detuve la imagen en una antigua zona de la ciudad prácticamente abandonada.

—El antiguo estadio de fútbol —dije—. Nadie vive cerca ni hay nada que saquear en la zona, así que no habrá nadie por allí. Podemos usar los sensores para abrir un túnel desde un punto cercano de las calles subterráneas. Eso nos permitirá llevar a cabo los preparativos con tranquilidad, sin miedo a que nos espíen.

—Es una zona muy descubierta —expuso el Profesor, frotándose la barbilla—. Preferiría enfrentarme a él en un edificio antiguo, donde podamos confundirlo y atacarlo desde muchos puntos.

—Podremos también aquí —dije—. Casi con toda seguridad aterrizará en medio del campo. Podríamos colocar un francotirador en las gradas superiores y excavar unos cuantos túneles con cuerdas para pasar de las gradas al interior del estadio. Podemos sorprender a Steelheart y sus sicarios abriendo túneles donde no se lo esperan. Además, su gente estará muy poco familiarizada con el terreno, mucho menos que con un bloque de apartamentos.

El Profesor asintió lentamente.

—Todavía no hemos abordado la verdadera cuestión —planteó Tia—. Todos lo estamos pensando. Bien podríamos hablar de ello.

—La flaqueza de Steelheart —dijo Abraham en voz baja.

—Somos demasiado efectivos para nuestro propio bien —dijo Tia—. Lo tenemos donde queríamos y podemos conseguir que salga a luchar contra nosotros. Podemos tenderle una emboscada perfectamente. Pero, al final, ¿importará nada de todo eso?

—Entonces esta es la cuestión —dijo el Profesor—. Escuchadme todos. Esta es la situación. Podríamos retirarnos ahora. Sería un desastre: todo el mundo averiguaría que intentamos matarlo y fracasamos. Eso podría hacer tanto daño como bien haría acabar con él. La gente pensaría que los Épicos son invencibles de verdad, que ni siquiera nosotros podemos enfrentarnos a alguien como Steelheart.

»Aparte de eso, Steelheart se encargaría de darnos caza personalmente. No es de los que se rinden con facilidad. Dondequiera que vayamos, siempre tendremos que estar alerta y preocupados por él. Sin embargo, podríamos irnos. No conocemos su punto flaco, no con absoluta seguridad. Tal vez sea mejor que nos retiremos mientras podamos.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Cody.

—Continuamos adelante con el plan —respondió el Profesor—. Hacemos cuanto podamos para matarlo, ponemos a prueba todas las pistas que David recuerda. Preparamos una trampa en el estadio que combine todas esas posibilidades y corremos el riesgo. Será el ataque más inseguro de todos los que hemos hecho. Una de las pistas podría funcionar, pero lo más probable es que no lo haga ninguna, y nos habremos enzarzado en una lucha con uno de los Épicos más poderosos del mundo. Probablemente nos matará.

Todos permanecemos sentados, en silencio. No. No podía terminarse de aquel modo, ¿verdad?

—Quiero intentarlo —dijo Cody—. David tiene razón. Ha tenido razón todo el tiempo. Escabullirnos, matar a Épicos menores... Eso no va a cambiar el mundo. Tenemos una oportunidad con Steelheart. Al menos tenemos que intentarlo.

Sentí una oleada de alivio.

Abraham asintió.

—Mejor morir aquí, teniendo una posibilidad de derrotar a esa criatura, que huir.

Tia y el Profesor intercambiaron una mirada.

—Tú también quieres hacerlo, ¿verdad, Jon? —preguntó Tia.

—O luchamos contra él aquí, o los Reckoners están acabados —dijo el Profesor—. Nos pasaríamos huyendo el resto de la vida. Además, dudo

de que yo pudiera vivir conmigo mismo si huyera, después de todo lo que hemos pasado.

Asentí.

—Al menos tenemos que intentarlo. Por Megan.

—Apuesto a que ella lo encontraría irónico —comentó Abraham. Lo miramos y se encogió de hombros—. Era la que no quería hacer este trabajo. No sé qué opinaría de que dediquemos el resultado final a su memoria.

—A veces eres deprimente, Abe —dijo el Profesor.

—La verdad no es deprimente —dijo Abraham con su voz levemente cargada de acento—. Lo verdaderamente deprimente son las mentiras que uno quiere aceptar.

—Eso dice el hombre que todavía cree que los Épicos nos salvarán —dijo el Profesor.

—Caballeros —interrumpió Tia—, basta. Creo que todos estamos de acuerdo. Vamos a intentarlo por ridículo que sea. Procuraremos matar a Steelheart sin tener idea de cuál es su punto flaco.

Uno a uno, todos asentimos. Teníamos que intentarlo.

—Yo no voy a hacer esto por Megan —dije por fin—, pero lo voy a hacer, en parte, debido a ella. Si tenemos que levantarnos y morir para que la gente sepa que todavía hay alguien que lucha, que así sea. Profesor, dice usted que le preocupa que nuestro fracaso desanime a la gente. No lo creo. Oirán nuestra historia y se darán cuenta de que hay una opción distinta a obedecer las órdenes de los Épicos. Puede que no seamos nosotros quienes matemos a Steelheart; pero, aunque fracasemos, podríamos ser la causa de su muerte. Algún día.

—No estés tan seguro de que vamos a fracasar —dijo el Profesor—. Si esto me pareciera un suicidio seguro, no permitiría que siguiéramos adelante. Como he dicho, no pretendo basar nuestra esperanza de matarlo en una sola suposición. Lo intentaremos todo. Tia, ¿qué te dice el instinto que funcionará?

—Algo de la cámara blindada del banco. Uno de esos artículos es especial. Ojalá supiera cuál.

—¿Los trajiste cuando abandonamos el antiguo escondite?

—Traje los más raros —dijo ella—. Guardé el resto en el hueco que hicimos fuera. Podemos recogerlos. Que yo sepa, Control no los ha encontrado.

—Lo cogeremos todo y lo esparciremos por aquí —dijo el Profesor, señalando al suelo de acero del estadio, antaño de tierra—. David tiene razón: aquí es donde Steelheart se posará con toda seguridad. No tenemos por qué saber en concreto qué lo debilitó: podemos traerlo y usarlo todo.

Abraham asintió.

—Buen plan.

—¿Qué crees tú que funcionó en el banco? —le preguntó el Profesor.

—Si tuviera que aventurarme, diría que fue la pistola del padre de David o las balas que esta disparó. Todas las armas son ligeramente distintas. Tal vez fuera la composición concreta del metal.

—Eso es bastante fácil de probar —dije—. Llevaré el arma y, en cuanto pueda, le dispararé. No creo que funcione, pero estoy dispuesto a intentarlo.

—Bien —aprobo el Profesor.

—¿Y tú que crees, Profesor? —preguntó Tia.

—Creo que fue porque el padre de David era uno de los fieles —dijo el Profesor en voz baja. No miró a Abraham—. Por necios que sean, son necios solemnes. La gente como Abraham ve el mundo de manera distinta a los demás. Así que tal vez fue el modo en que el padre de David veía a los Épicos lo que le permitió herir a Steelheart.

Reflexioné sobre aquello.

—Bueno, no debería ser demasiado difícil tampoco para mí dispararle —dijo Abraham—. De hecho, probablemente deberíamos intentarlo todos, y todo lo demás que se nos ocurra.

Me miraron.

—Sigo pensando que es el fuego cruzado —dije—. Creo que Steelheart solo puede ser herido por alguien que no pretende herirlo.

—Eso es más difícil de preparar —dijo Tia—. Si tienes razón, probablemente no funcionará si cualquiera de nosotros le dispara, ya que todos lo queremos muerto.

—De acuerdo —dijo el Profesor—. Pero es una buena teoría. Tenemos que encontrar un modo de hacer que sus propios soldados lo hieran por accidente.

—Tendría que traer a los soldados, para empezar —repuso Tia—. Ahora que está convencido de que hay un Épico rival en la ciudad, puede que solo traiga a Nightwielder y Firefight.

—No —repuse yo—. Vendrá con soldados. Limelight ha estado usando sicarios y Steelheart querrá estar preparado: querrá tener sus propios soldados para ocuparse de las distracciones. Además, aunque quiera enfrentarse a Limelight en persona, también querrá testigos del enfrentamiento.

—Estoy de acuerdo —dijo el Profesor—. Sus soldados probablemente tendrán órdenes de no disparar a menos que los ataquen. Podemos asegurarnos de que se vean obligados a contraatacar.

—Entonces tendremos que entretener a Steelheart el tiempo suficiente para iniciar un buen fuego cruzado —dijo Abraham. Hizo una pausa—. En realidad, tenemos que entretenerlo durante todo el fuego cruzado. Si lo considera una simple emboscada de soldados, se marchará volando y dejará que Control se ocupe del asunto. —Abraham miró al Profesor—. Limelight tendrá que aparecer.

El Profesor asintió.

—Lo sé.

—Jon... —dijo Tia, tocándole el brazo.

—Es lo que debe hacerse —respondió él—. También necesitaremos un modo de enfrentarnos a Nightwielder y Firefight.

—Os digo que Firefight no será un problema. Es...

—Sé que no es lo que parece, hijo. Lo acepto. Pero ¿has combatido alguna vez a un ilusionista?

—Claro —dije—. Con Cody y Megan.

—Ese era débil —dijo el Profesor—. Pero supongo que te da idea de lo que esperar. Firefight será más fuerte. Mucho más fuerte. Casi desearía que fuera solo otro Épico de fuego.

Tia asintió.

—Debería ser una prioridad. Necesitaremos frases en código, por si envía versiones ilusorias a los otros miembros del grupo para confundirnos. Y tendremos que estar atentos por si hay muros falsos o falsos miembros de Control para confundirnos, ese tipo de cosas.

—¿Creéis que Nightwielder aparecerá siquiera? —preguntó Abraham—. Por lo que he oído, el truquito de David con la linterna lo hizo correr como un conejo delante del halcón.

El Profesor nos miró a Tia y a mí.

Me encogí de hombros.

—Puede que no —dije.

Tia asintió.

—Es difícil comprender a Nightwielder.

—Deberíamos estar preparados para enfrentarnos a él de todas formas —propuse—. Pero no me molestaré si no aparece.

—Abraham —dijo el Profesor—, ¿crees que podrías preparar un par de reflectores de rayos ultravioleta usando las células de energía extra? Deberíamos armarnos todos con algunas de esas linternas también.

Guardamos silencio, y tuve la impresión de que todos estábamos pensando lo mismo. A los Reckoners les gustaban las operaciones extremadamente bien planeadas, ejecutadas solo después de semanas o meses de preparativos. Sin embargo, íbamos a intentar abatir a uno de los Épicos más poderosos del mundo con poco más que unas baratijas y unas linternas.

Era lo que teníamos que hacer.

—Creo que deberíamos elaborar un buen plan de extracción por si nada de esto funciona —dijo Tia.

No parecía que el Profesor estuviera de acuerdo. Se le había ensombrecido la cara: sabía que si ninguna de aquellas ideas nos valía para matar a Steelheart, nuestras probabilidades de sobrevivir eran mínimas.

—Un helicóptero será lo mejor —dijo Abraham—. Sin Conflux, Control está varado en tierra. Si usamos una célula de energía, o incluso si conseguimos que Conflux nos suministre potencia para un helicóptero...

—Eso estaría bien —dijo Tia—. Pero seguiremos teniendo que retirarnos en algún momento.

—Bueno, aún tenemos a Diamond bajo custodia —dijo Abraham—. Podríamos coger algunos de sus explosivos.

—Espera —dije, confundido—. ¿Bajo custodia?

—Hice que Abraham y Cody lo apresaran la noche de vuestro pequeño encuentro —dijo el Profesor, ausente—. No podíamos arriesgarnos a que dijera lo que sabía.

—Pero dijo usted que él nunca...

—Vio hacer un agujero con los tensores, y Nightwielder te consideraba relacionado con él. En el momento en que te hubiera visto en una de nuestras operaciones, habría ido por Diamond. Fue tanto por su seguridad como por la nuestra.

—Entonces, ¿qué va a hacer usted con él?

—Darle mucho de comer —respondió el Profesor—, y sobornarle para que se mantenga al margen. Lo inquietó mucho aquel encuentro y creo que se alegró de que nos lo lleváramos. —El Profesor vaciló—. Le prometí que le permitiría echar un vistazo a los tensores a cambio de que se quedara en uno de nuestros escondites hasta que todo esto acabe.

Me senté contra la pared de la habitación, inquieto. El Profesor no lo había dicho, pero leí la verdad en su tono: que se conociera la existencia de los tensores cambiaría la manera en que actuaban los Reckoners. Aunque derrotáramos a Steelheart, habían perdido algo grande: ya no podrían colarse en los sitios de manera inesperada. Sus enemigos podrían planear, vigilar, preparar.

Yo había provocado el final de una época. No parecían hacerme responsable de ello, pero no podía evitar sentirme un poco culpable. Era como el tipo que lleva a la fiesta el cóctel de gambas en mal estado que hace que todos los invitados se pasen una semana vomitando.

—De todas formas —dijo Abraham, señalando la pantalla de la tableta de Tia—, podríamos excavar un tramo bajo el terreno de juego con los tensores, dejar unos dos o tres centímetros de acero y llenarlo todo de explosivos. Si tenemos que salir por piernas, lo volamos. Tal vez nos llevemos por delante a algunos soldados y la confusión y el humo nos sirvan para cubrir nuestra huida.

—Suponiendo que Steelheart no nos persiga y derribe el helicóptero en pleno vuelo —dijo el Profesor.

Guardamos silencio.

—Así que ¿el aguafiestas era yo? —preguntó Abraham.

—Lo siento —respondió el Profesor—. Tú finge que he dicho algo mojigato sobre la verdad.

Abraham sonrió.

—Es un plan viable —dijo el Profesor—. Aunque tal vez nos convenga planear algún tipo de explosión como señuelo, a lo mejor en el palacio, para hacerlo salir. Abraham, dejo que te encargues de eso. Tia, ¿puedes enviar un mensaje a Steelheart a través de estas redes sin que te rastreen?

—Debería poder hacerlo.

—Bien, dale la respuesta de Limelight. Dile: «Estate preparado la noche del tercer día. Sabrás el lugar llegado el momento».

Ella asintió.

—¿Tres días? —dijo Abraham—. No es mucho tiempo.

—En realidad, no hay mucho que preparar —contestó el Profesor—. Además, más tiempo sería demasiado sospechoso: probablemente espera que nos enfrentemos a él esta noche. Esto tendrá que valer.

Los Reckoners asintieron y los preparativos para nuestra última batalla comenzaron. Permanecí sentado, cada vez más ansioso. Por fin iba a tener ocasión de enfrentarme a él. Matarlo con aquel plan parecía casi tan imposible como siempre, pero por fin tendría mi oportunidad.

Las vibraciones me sacudían hasta el alma, que parecía responder a ellas. Inspiré, dando forma al ruido con la mente. Extendí la mano y envié la música hacia fuera: una música que solo yo oía, una música que solo yo controlaba.

Abrí los ojos. Una porción del túnel que tenía delante se desplomó convertida en fino polvo. Llevaba mascarilla, aunque el Profesor seguía asegurándome que respirar ese material no era tan malo como yo creía.

Llevaba el móvil atado a la frente, proyectando una luz brillante. El pequeño túnel abierto en el acero era estrecho, pero yo iba solo, así que podía moverme por él sin dificultad.

Como siempre, usar el tensor me recordaba el día en que con Megan me infiltré en la central eléctrica. Me recordaba el hueco del ascensor donde ella había compartido conmigo cosas que no parecía haber compartido con muchos. Yo le había preguntado a Abraham si sabía que era de Portland y se había sorprendido. Dijo que nunca hablaba de su pasado.

Recogí en un cubo el polvo de acero, lo acarreeé túnel abajo y lo vacié. Lo hice varias veces, luego volví a excavar con el tensor. Los otros quitaban el polvo el resto del camino.

Añadí unos cuantos palmos al túnel, luego comprobé mi móvil para ver cómo iba. Abraham había colocado otros tres encima para crear una especie de sistema de triangulación que me permitiera abrir aquel túnel con precisión. Tenía que dirigirme un poco más a la derecha y luego hacia arriba.

«La próxima vez que escoja un lugar para emboscar a un Épico —pensé—, voy a elegir uno que esté más cerca de los túneles ya abiertos en las calles subterráneas».

El resto del equipo había estado de acuerdo con Abraham en que había que minar el terreno con explosivos y también querían unos cuantos túneles ocultos que condujeran al perímetro. Yo estaba seguro de que nos serían útiles cuando nos enfrentáramos a Steelheart; sin embargo, construir todo aquello era agotador.

Casi lamenté haber demostrado tanto talento con el tensor. Casi. Seguía pareciéndome asombroso poder agujerear el acero sólido con las manos. No sabía de pirateo informático como Tia, ni explorar tan bien como Cody, ni arreglar la maquinaria como Abraham. Con aquello al menos tenía una función en el grupo.

«Naturalmente —pensé mientras desintegraba otra sección de la pared —, la habilidad del Profesor hace que la mía parezca un grano de arroz, y ni siquiera cocido». Básicamente, yo realizaba aquella función porque él no quería. Eso reducía mi grado de satisfacción.

Se me ocurrió una idea. Alcé la mano, invocando las vibraciones del tensor. ¿Cómo había hecho el Profesor para crear aquella espada? Golpeando la pared, ¿no? Intenté imitar el movimiento, golpeando con el puño el túnel y dirigiendo mentalmente el estallido de energía del tensor.

No creé una espada: varios puñados de polvo cayeron de un agujero en la pared, seguidos por un pedazo de acero alargado vagamente parecido a una zanahoria.

«Bueno. Es un principio, supongo».

Recogí la zanahoria y vi una luz que se movía en el pequeño túnel. De una rápida patada lancé la zanahoria al montón de polvo y volví al trabajo.

El Profesor llegó poco después.

—¿Cómo va?

—Medio metro más —dije—. Luego podré abrir el hueco para los explosivos.

—Bien —respondió el Profesor—. Intenta que sea largo y estrecho. Queremos canalizar la explosión hacia arriba, no hacia el túnel.

Asentí. El plan era debilitar el «techo» del hueco, que se encontraría justo debajo del centro de El Campo del Soldado. Sellaríamos los explosivos en su interior con un cuidadoso trabajo de la soldadora de Cody para dirigir la explosión hacia donde quisiéramos.

—Sigue —dijo el Profesor—. Por ahora, me encargaré de retirar el polvo.

Asentí, agradecido por la oportunidad de pasar más tiempo con el tensor. Era el de Cody. Me lo había dado, ya que el mío seguía siendo un despojo como los ojos colgantes de un zombi. No le había preguntado al Profesor por los dos que él llevaba. No me había parecido prudente.

Trabajamos en silencio durante un rato, yo arrancando pedazos de acero, el Profesor retirando el polvo. Encontró mi espada-zanahoria y me miró extrañado. Esperé que no me viera ruborizarme con tan poca luz.

Al cabo de un rato mi móvil sonó, indicándome que me acercaba a la profundidad adecuada. Con cuidado, marqué el perímetro de un agujero

a la altura de mi hombro. Luego acerqué la mano y creé un hueco estrecho en el que introducir los explosivos.

El Profesor regresó, cargado con su cubo, y vio lo que había hecho. Comprobó su móvil, mirando al techo, y luego golpeó suavemente el metal con un martillito. Asintió para sí, aunque yo no noté ninguna diferencia de sonido.

—¿Sabe? —dije—. Estoy seguro de que estos tensores desafían las leyes de la física.

—¿Qué? ¿Quieres decir que destruir metal sólido con los dedos no es normal?

—Más que eso. Creo que hay menos polvo del que debería producirse. Se asienta y ocupa menos espacio que el acero, pero eso sería imposible a menos que fuera más denso que el acero, y no es el caso.

El Profesor gruñó, llenando otro cubo.

—Con los Épicos, nada tiene sentido —dije, sacando unas brazadas de polvo del agujero que estaba haciendo—. Ni siquiera sus poderes. —Vacilé—. Especialmente sus poderes.

—Muy cierto —respondió el Profesor. Continuó llenando cubos—. Te debo una disculpa, hijo, por mi comportamiento.

—Tia me lo explicó —dije rápidamente—. Me contó que en el pasado le sucedió algo con los tensores. Tiene lógica. No importa.

—No, sí que importa. Pero es lo que me sucede cuando uso los tensores. Yo... Bueno, como dijo Tia, cosas de mi pasado. Lamento el modo en que actué. No había justificación alguna, sobre todo considerando por lo que acababas de pasar.

—No fue tan terrible —añadí—. Como se portó usted, quiero decir. —«El resto fue horrible». Intenté no pensar en aquella larga caminata con una chica moribunda en brazos. Una chica moribunda a la que no salvé. Insistí—: Estuvo usted sorprendente, Profesor. No debería utilizar los tensores solo cuando nos enfrentemos a Steelheart. Debería utilizarlos todo el tiempo. Piense en lo que...

—BASTA.

Callé. El tono de su voz provocó una puñalada de sorpresa que me corrió por la espalda.

El Profesor inspiró y espiró profundamente, las manos enterradas en polvo de acero. Cerró los ojos.

—No hables así, hijo. No me hace ningún bien. Por favor.

—De acuerdo —dije con cautela.

—Simplemente acepta mi disculpa, si quieres.

—Claro.

El Profesor asintió y volvió al trabajo.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dije—. No mencionaré, ya sabe. No directamente, al menos.

—Adelante, pues.

—Bueno, inventó usted estas cosas. Cosas sorprendentes. El reparador, las chaquetas. Por lo que me cuenta Abraham, tenía esos aparatos cuando fundó los Reckoners.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué no creó algo más? Otra clase de arma basada en los Épicos. Quiero decir que vende usted conocimiento a gente como Diamond y él lo vende a su vez a los científicos que están trabajando para crear tecnología como esta. Me parece que tiene que ser usted tan bueno como muchos de ellos. ¿Por qué vender el conocimiento en lugar de usarlo usted mismo?

El Profesor trabajó en silencio durante unos minutos, luego se acercó para ayudarme a retirar polvo del agujero que estaba haciendo.

—Es una buena pregunta. ¿Se la has hecho a Abraham o a Cody?

Hice una mueca.

—Cody habla de demonios o de hadas que dice que los irlandeses robaron descaradamente a sus antepasados. No sé si lo dice en serio.

—No lo dice en serio. Le gusta ver cómo reacciona la gente cuando dice ese tipo de cosas.

—Abraham piensa que es porque ahora no tiene usted un laboratorio como antes. Sin el equipo adecuado, no puede diseñar tecnología nueva.

—Abraham es un hombre muy reflexivo. ¿Qué crees tú?

—Creo que si puede usted encontrar los recursos para comprar o robar explosivos, motos e incluso helicópteros cuando los necesita, entonces podría conseguirse un laboratorio. Tiene que haber otro motivo.

El Profesor se limpió las manos de polvo y se volvió para mirarme.

—Muy bien. Ya veo adónde quieres ir a parar. Puedes hacerme una pregunta sobre mi pasado.

Lo dijo como si fuera un regalo, una especie de... penitencia para él. Me había tratado mal por algo sucedido en el pasado. La recompensa que me daba era un trozo de ese pasado.

Me pilló completamente desprevenido. ¿Qué quería saber? ¿Le preguntaba cómo se le habían ocurrido los tensores? ¿Le preguntaba qué era lo que le impedía querer utilizarlos? Parecía estar preparándose para protegerse.

«No quiero hacerlo pasar por esto —pensé—. No si lo afecta tanto». Tampoco hubiese querido que nadie me hiciera recordar lo que le había sucedido a Megan.

Decidí escoger algo más benigno.

—¿Qué era usted? —pregunté—. Antes de Calamity, ¿cuál era su profesión?

El Profesor pareció sorprendido.

—¿Esa es tu pregunta?

—Sí.

—¿Estás seguro de querer saberlo?

Asentí.

—Era profesor de ciencias de segundo curso —dijo el Profesor.

Abrí la boca para reírme del chiste, pero el tono de su voz me hizo vacilar.

—¿De verdad? —pregunté por fin.

—De verdad. Un Épico destruyó la escuela. Estábamos... estábamos todavía en horario de clase. —Miró hacia la pared, borrando la emoción de su rostro. Se estaba poniendo una máscara.

Y yo que pensaba que la pregunta que le había hecho era algo inocente.

—Pero los tensores y el reparador... Trabajó en un laboratorio en algún momento, ¿no?

—No. Los tensores y el reparador no me pertenecen. Los otros dan por hecho que yo los inventé. No fue así.

Esa revelación me dejó de piedra.

El Profesor se dio media vuelta para poder recoger sus cubos.

—En realidad no soy profesor universitario. Solo era maestro. Acabé enseñando ciencias por accidente. Era la enseñanza lo que amaba. Al menos cuando pensaba que sería suficiente para cambiar las cosas.

Se marchó túnel abajo, dejándome sumido en un mar de dudas.

—Ya está. Podéis daros la vuelta.

Me volví, ajustándome la mochila que llevaba a la espalda. Cody, encaramado en una escalera, se quitó la máscara de soldador y se secó la frente con la mano con la que no sujetaba el soplete. Habían pasado unas horas desde que había terminado de abrir el hueco bajo el terreno de juego. Cody y yo nos habíamos pasado esas horas abriendo agujeros y túneles más pequeños por todo el estadio, y Cody soldaba donde era necesario.

Nuestro proyecto más reciente era hacer el nido del francotirador, que sería mi puesto al principio de la batalla. Estaba delante del segundo nivel de las gradas, en la zona oeste del estadio, más o menos en la línea de las cincuenta yardas. No queríamos ser visibles desde arriba, así que yo había utilizado el tensor para abrir un espacio bajo el suelo dejando apenas tres centímetros de metal encima y abierto menos dos palmos cerca de la parte delantera para asomar la cabeza y los hombros y poder apuntar con el rifle por el agujero.

Cody soltó el asidero de la escalera y sacudió el armazón de metal que acababa de soldar al pie de la zona que yo había ahuecado. Asintió, aparentemente satisfecho. Me sostendría cuando me tumbara allí al acecho, en mi nido de francotirador. El suelo de esa sección de la grada era demasiado fino para abrir un hueco lo suficientemente grande en el que ocultarse: el armazón era nuestra solución a ese problema.

—Y ahora, ¿dónde? —pregunté, mientras Cody bajaba de la escalera—. ¿Y si hacemos el agujero para escapar en la tercera grada?

Cody se colgó al hombro las herramientas de soldadura. Tenía la espalda acalambrada y se estiró para relajarse.

—Abraham ha llamado para informar que ahora va a ocuparse de los focos ultravioleta —dijo—. Ha terminado hace un rato de colocar los explosivos bajo el terreno de juego, así que ya es hora de que vaya a soldar allí un par de cosas. Podrás encargarte del siguiente agujero tú

solo, pero te ayudaré a llevar la escalera. Buen trabajo con estos agujeros hasta ahora, chaval.

—Así que ¿ahora soy otra vez «chaval»? —pregunté—. ¿Qué ha pasado con lo de «colega»?

—Me he dado cuenta de una cosa —dijo Cody, mientras plegaba la escalera y la cogía por un extremo—. Sobre mis antepasados australianos.

—¿Sí? —Agarré la escalera por el otro extremo, lo seguí y pasamos de la primera grada de asientos al interior del estadio.

—Procedían de Escocia. Así que, si quiero ser auténtico, tengo que hablar australiano con acento escocés.

Seguimos caminando por aquel espacio negro como boca de lobo situado bajo las gradas: una especie de gran pasillo curvo que creo que llamaban vestíbulo. El extremo inferior planeado para el siguiente agujero de huida estaba en uno de los baños, al fondo del pasillo.

—Acento australiano-escocés de Tennessee, ¿eh? —dije—. ¿Lo estás practicando?

—¡Demonios, no! —exclamó Cody—. No estoy loco, chaval. Solo soy un poco excéntrico.

Sonreí, luego volví la cabeza para mirar el terreno de juego.

—Vamos a intentarlo en serio, ¿verdad?

—Más nos vale. Aposté veinte pavos con Abraham a que ganaríamos.

—Es que me cuesta creerlo. Me he pasado diez años planeando este día, Cody. Más de media vida. Ahora el momento ha llegado. No se parece a nada que hubiera imaginado, pero ha llegado.

—Deberías sentirte orgulloso —dijo Cody—. Los Reckoners llevan más de un lustro haciendo lo que hacen. Ningún cambio, ninguna sorpresa, ningún gran riesgo. —Se rascó la oreja izquierda—. A menudo me preguntaba si nos estábamos quedando estancados. Nunca pude reunir argumentos suficientes para sugerir un cambio. Hizo falta que viniera alguien de fuera para sacudirnos un poquito.

—¿Atacar a Steelheart es «sacudiros un poquito»?

—Bueno, no es que nos hayas metido en una locura realmente peligrosa, como robarle a Tia sus refrescos de cola.

Fuera de los servicios, soltamos la escalera y Cody se fue a comprobar los explosivos de la pared de enfrente. Pretendíamos usarlos como

distracción: Abraham los haría estallar cuando fuera necesario. Vacilé, luego saqué uno de mis borradores explosivos.

—A lo mejor tendría que poner uno de estos —dije—. Por si necesitamos que una segunda persona haga volar los explosivos.

Cody miró la carga, frotándose la barbilla. Sabía a qué me refería. Solo necesitaríamos que una segunda persona volara los explosivos si Abraham caía. No me gustaba la idea, pero después de lo de Megan... Bueno, me parecía que todos éramos mucho más frágiles que antes.

—¿Sabes? —dijo Cody, cogiendo la carga—, donde realmente me gustaría tener refuerzos es con los explosivos de debajo del terreno de juego. Son los más importantes: son los que van a cubrir nuestra retirada.

—Supongo —dije.

—¿Te importa si cojo esto y lo pego allá abajo antes de sellarlo?

—No, siempre y cuando el Profesor esté de acuerdo.

—Le gustan los planes de contingencia —dijo Cody, metiéndose la carga en el bolsillo—. Tú ten a mano ese boli tuyo. Y no lo pulses por accidente.

Se fue hacia el túnel de debajo del terreno de juego y yo metí la escalera en los servicios para ponerme a trabajar.

Saqué el puño al aire y me agaché mientras el polvo de acero caía a mi alrededor. «De modo que así lo hizo», pensé, flexionando los dedos. No había descubierto el truco de la espada, pero mejoraba golpeando y desintegrando cosas con el puño. Tenía que ver con manipular las ondas de sonido del tensor de modo que siguieran mi mano en movimiento, creando una especie de... envoltura alrededor.

Bien hecho, la onda corría por mi puño. Más o menos como el humo sigue tu mano si lo atraviesas. Sonreí, sacudiendo la mano. Por fin lo había descubierto. Y en buena hora. Me dolían bastante los nudillos.

Terminé el agujero con una descarga más ligera con el tensor, acercando la mano desde lo alto de la escalera para esculpir el agujero. Por él vi un cielo completamente negro. «Algún día me gustaría volver a ver el sol», pensé. Lo único que había allá arriba era negrura. Negrura y Calamity, ardiendo en la distancia, directamente encima, como un terrible ojo rojo.

Me bajé de la escalerilla y salí a la segunda grada. Experimenté un súbito e irreal destello de recuerdo. Me había sentado cerca de allí la única vez que había ido a ese estadio. Mi padre había ahorrado mucho para comprar las entradas. No recordaba contra qué equipo

jugábamos, pero sí el sabor del perrito caliente que me compró mi padre, y su alegría, y su emoción.

Permanecí agachado entre los asientos, por si acaso. Los drones espía de Steelheart probablemente estaban fuera de servicio desde que la ciudad se había quedado sin energía, pero tal vez tuviera patrullas por la ciudad buscando a Limelight. Era aconsejable permanecer fuera de la vista lo máximo posible.

Saqué una cuerda de la mochila y la até a la pata de uno de los asientos de acero; luego volví al agujero y bajé por la escalera al cuarto de baño de debajo de la segunda grada. Tras dejar la cuerda colgando para escapar más rápido de lo que podría hacerlo por la escalera, metí esta y la mochila vacía en uno de los cubículos y volví a los asientos.

Abraham me estaba esperando allí, apoyado en la entrada de los asientos inferiores, con los musculosos brazos cruzados y una expresión pensativa.

—¿Todas las luces ultravioleta están colocadas ya? —pregunté.

Abraham asintió.

—Habría sido maravilloso usar los focos del propio estadio.

Me eché a reír.

—Me hubiera gustado ver eso: hacer funcionar un puñado de focos con las bombillas convertidas en acero y fundidas con los casquillos.

Los dos nos quedamos allí un rato, contemplando nuestro campo de batalla. Comprobé el móvil. Era por la mañana temprano: planeábamos citar a Steelheart a las cinco de la tarde. Era de esperar que sus soldados estuvieran agotados de impedir saqueos toda la noche sin ningún vehículo de apoyo ni armaduras de energía. Los Reckoners solían trabajar de noche, de todas formas.

—Faltan quince minutos para marcharnos —advertí—. ¿Ha terminado de soldar Cody? ¿Han vuelto el Profesor y Tia?

—Cody ha terminado la soldadura y se dirige a su posición —respondió Abraham—. El Profesor llegará de un momento a otro. Han conseguido un helicóptero y Edmund le ha dado a Tia la capacidad para cargarlo de energía. Lo ha llevado fuera de la ciudad para dejarlo posado donde no delate nuestra situación.

Si las cosas salían mal, ella cronometraría su vuelta para recogernos mientras estallaban los explosivos. También haríamos estallar una cortina de humo desde las gradas para cubrir nuestra huida.

Sin embargo, yo estaba de acuerdo con el Profesor. No podías volar más rápido que Steelheart ni abatirlo con un helicóptero. Aquel era el enfrentamiento final. Lo derrotábamos allí o moríamos.

Mi móvil destelló y una voz me habló al oído.

—He vuelto —dijo el Profesor—. Tia ya está preparada. —Vaciló un momento—. Hagámoslo.

Como mi puesto estaba justo en la parte delantera de la tercera grada, si hubiera estado de pie me habría asomado al borde del nivel más bajo de los asientos. Agazapado en mi agujero improvisado, no obstante, no podía verlos, aunque tenía una buena visión del terreno de juego. En una posición lo suficientemente elevada para ver lo que pasaba en el estadio, también contaba con una vía de acceso al terreno de juego si tenía que intentar dispararle a Steelheart con la pistola de mi padre. El túnel y la cuerda que había emplazado más adelante, en la grada, me llevarían hasta allí rápidamente.

Bajaría y trataría de sorprenderlo, llegado el caso. Sería como intentar sorprender un león con una pistola de agua.

Me acurruqué en mi puesto, esperando. Llevaba el tensor en la mano izquierda y la pistola en la derecha. Cody me había dado un rifle, pero lo tenía a mi lado.

En el cielo, los fuegos artificiales llameaban en el aire. Cuatro puntos en lo alto del estadio lanzaban enormes chorros de chispas. No sé dónde había encontrado Abraham los fuegos artificiales, que eran de color verde, pero la señal indudablemente sería vista y reconocida como tal.

Ese era el momento. ¿Acudiría Steelheart de verdad?

Los fuegos artificiales empezaron a apagarse.

—Tengo algo —dijo Abraham en nuestros oídos, acentuando las sílabas incorrectamente con su leve acento. Ocupaba la posición de francotirador más alta, y Cody, la más baja. Cody era mejor tirador, pero Abraham necesitaba estar más alejado de la pelea. Su función era encender los focos o hacer volar los explosivos estratégicamente—. Sí, ahí vienen. Veo un convoy de camiones de Control. Todavía no hay rastro de Steelheart.

Enfundé la pistola de mi padre y acerqué la mano al rifle para cogerlo. Me parecía demasiado nuevo. Un rifle tenía que ser un arma usada, querida. Familiar. Solo entonces sabes que puedes confiar en él, cómo dispara, cuándo es posible que se atasque, hasta qué punto es preciso. Las armas, como los zapatos, son peores si están completamente nuevas.

A pesar de todo, no podía confiar solo en la pistola. Tenía problemas para alcanzar todo lo que fuera más pequeño que un tren de carga con una de esas. Necesitaría acercarme a Steelheart si quería intentarlo. Se había decidido que dejáramos a Abraham y Cody poner a prueba las

otras teorías antes de arriesgarnos a enviarme a mí para que me acercara.

—Se están aproximando al estadio —me dijo Abraham al oído—. Los he perdido.

—Yo puedo verlos, Abraham. Cámara seis —dijo Tia. Aunque estaba fuera de la ciudad en el helicóptero, con la capacidad que le había dado Edmund de generar energía, controlaba un puñado de cámaras que habíamos emplazado para espiar y grabar la batalla.

—Los tengo —informó Abraham—. Sí, se están desplegando. Creía que iban a entrar directamente, pero no.

—Bien —informó Cody—. Eso hará más fácil conseguir entablar un fuego cruzado.

«Si es que Steelheart aparece», pensé. Aquello era a la vez mi temor y mi esperanza. Si no aparecía, significaría que no consideraba a Limelight una amenaza, lo cual facilitaría mucho la huida de los Reckoners de la ciudad. La operación sería un fracaso, pero no por no haberlo intentado. Casi deseaba que ese fuera el caso.

Si Steelheart aparecía y nos mataba a todos, la sangre de los Reckoners mancharía mis manos por haberlos llevado a aquella situación, algo que antes me habría dado igual pero que ahora me reconcomía. Escruté el campo de fútbol sin ver nada. Miré hacia atrás, hacia las gradas superiores.

Capté un atisbo de movimiento en la oscuridad: lo que parecía un destello dorado.

—Chicos —susurré—. Creo que he visto a alguien ahí arriba.

—Imposible —dijo Tia—. He estado vigilando todas las entradas.

—Te digo que he visto algo.

—Cámara catorce... quince... David, no hay nadie ahí arriba.

—Conserva la calma, hijo —dijo el Profesor. Estaba escondido en el túnel que habíamos hecho bajo el terreno de juego y saldría solo cuando apareciera Steelheart. Habíamos acordado no intentar hacer estallar los explosivos de allí abajo hasta haber probado todas las otras formas de matar a Steelheart.

El Profesor llevaba puestos los sensores. Yo notaba que esperaba no tener que utilizarlos.

Esperamos. Tia y Abraham fueron describiéndonos en voz baja los movimientos de los agentes de Control. Los soldados de infantería

rodearon el estadio, aseguraron todas las salidas que conocían y empezaron a entrar lentamente. Emplazaron baterías en varios puntos de las gradas, pero no nos encontraron. El estadio era excesivamente grande y estábamos demasiado bien ocultos. Se pueden construir un montón de escondites interesantes si eres capaz de excavar túneles donde todo el mundo da por hecho que es imposible hacerlo.

—Conéctame con los altavoces —dijo el Profesor en voz baja.

—Hecho —respondió Abraham.

—¡No he venido a combatir gusanos! —gritó el Profesor, y su voz resonó por todo el estadio, amplificadas por los altavoces que habíamos colocado—. ¿Este es el valor del poderoso Steelheart? ¿Envía a hombrillos con pistolas de juguete a molestarme? ¿Dónde estás, emperador de Chicago Nova? ¿Tanto me temes?

El estadio quedó en silencio.

—¿Veis las posiciones que los soldados han ocupado en las gradas? —nos preguntó Abraham a través de la línea—. Es algo deliberado. Se aseguran de no herirse con fuego amigo. Vamos a tener problemas para pillar a Steelheart en fuego cruzado.

Yo no dejaba de mirar por encima del hombro. No vi más movimientos en los asientos de atrás.

—Ah —dijo Abraham en voz baja—. Ha funcionado. Ahí viene. Lo veo en el cielo.

Tía silbó suavemente.

—Ya lo tenemos, chicos. Empieza la fiesta de verdad.

Esperé, usando la mira del rifle para escrutar el cielo. Acabé por localizar un punto de luz en la oscuridad que se iba acercando. Gradualmente, se convirtió en tres figuras que volaban hacia el centro del estadio. Nightwielder flotaba, amorfo. Firefight aterrizó junto a él, una forma humanoide ardiente, tan brillante que me dejaba en la retina imágenes residuales.

Steelheart aterrizó entre ambos. Me quedé sin respiración, completamente inmóvil.

Había cambiado poco en la década transcurrida desde la destrucción del banco. Tenía la misma expresión arrogante, llevaba el mismo pelo perfectamente peinado. Aquel cuerpo inhumanamente musculoso envuelto en la capa negra y plateada... Sus puños brillaban con un suave resplandor amarillo y volutas de humo brotaban de ellos. Había

un atisbo de plata en su pelo. Los Épicos envejecían más despacio que la gente normal, pero lo hacían también.

El viento se arremolinaba en torno a Steelheart, levantando el polvo que se había acumulado sobre el terreno acerado. Descubrí que no podía apartar la mirada de él. El asesino de mi padre estaba allí por fin. No pareció ver las baratijas de la cámara del banco. Las habíamos repartido por el centro del terreno de juego, mezcladas con la basura que habíamos llevado para disimular.

Los artículos estaban tan cerca de él como lo habían estado en el banco. El dedo me tembló en el gatillo del rifle: ni siquiera me había dado cuenta de haberlo puesto en él. Con cuidado, lo retiré. Quería ver a Steelheart muerto, pero no tenía que ser por mi mano. Tenía que permanecer escondido. Mi deber era dispararle con la pistola, y estaba demasiado lejos en ese momento. Si disparaba y fallaba el tiro, me habría descubierto.

—Supongo que yo empiezo la fiesta —dijo Cody en voz baja. Iba a disparar el primero para poner a prueba la teoría de los contenidos de la cámara blindada, ya que desde su posición era más fácil retirarse.

—Afirmativo —dijo el Profesor—. Dispara, Cody.

—Muy bien, tarugo —le dijo Cody en voz baja a Steelheart—. Veamos si ha merecido la pena traer todas esas cosas hasta aquí...

Un disparo resonó en el aire.

Me centré en la cara de Steelheart a través de la mira del rifle. Podría jurar que vi, muy claramente, la bala alcanzarlo en la sien y revolverle el pelo. Cody acertó de pleno, pero la bala ni siquiera le arañó la piel.

Steelheart no parpadeó.

Control reaccionó inmediatamente: los hombres gritaron, tratando de determinar el origen del disparo. Los ignoré, centrado en Steelheart. Era todo lo que importaba.

Siguieron más disparos: Cody se estaba asegurando de haber dado en el blanco.

—¡Caray! —exclamó—. No he visto ninguno, pero alguno tiene que haberle dado.

—¿Puede confirmarlo alguien? —preguntó el Profesor con urgencia.

—Blancos confirmados —dije yo, todavía observando a través de la mira—. No ha funcionado.

Oí a Tia mascullar una maldición.

—Cody, muévete —dijo Abraham—. Han localizado tu posición.

—Segunda fase —dijo el Profesor con la voz firme. Ansioso, pero con aplomo.

Steelheart se volvió tranquilamente, las manos brillando, para contemplar el estadio. Era un rey inspeccionando sus dominios. La segunda fase implicaba que Abraham hiciera estallar algunas distracciones y tratara de conseguir un fuego cruzado. Mi papel era avanzar con la pistola y colocarme en posición. Queríamos mantener la posición de Abraham en secreto el mayor tiempo posible y usar los explosivos para intentar desplazar a los agentes de Control.

—Abraham —dijo el Profesor—, haz que esos...

—¡Nightwielder se mueve! —lo interrumpió Tia—. ¡Y Firefight también!

Aparté con esfuerzo el ojo de la mira. Firefight se había convertido en un trazo de luz ardiente que se dirigía hacia una de las entradas al vestíbulo situadas bajo las gradas. Nightwielder se movía en las alturas.

Volaba directamente hacia donde yo estaba.

«Imposible —pensé—. No puede...».

Los agentes de Control empezaron a disparar desde sus posiciones, pero no contra Cody. Disparaban hacia las gradas. Me quedé desconcertado hasta que explotaron los primeros focos ultravioleta.

—¡Nos han pillado! —grité, retirándome—. ¡Están disparando a los focos!

—¡Caray! —exclamó Tia mientras los focos iban estallando uno por uno, alcanzados por diversos miembros de Control—. ¡Es imposible que los hayan localizado todos!

—Aquí pasa algo raro —dijo Abraham—. Voy a hacer estallar la primera carga de distracción.

El estadio se estremeció mientras me echaba el rifle al hombro y salía de mi agujero. Subí corriendo un tramo de escaleras de las gradas.

Los disparos de abajo sonaban suaves en comparación con lo que yo había experimentado unos días antes en los túneles.

—¡Nightwielder va hacia ti, David! —me avisó Tia—. ¡Sabía dónde estabas oculto! Deben de haber estado vigilando este lugar.

—Eso no tiene sentido —dijo el Profesor—. Nos habrían detenido antes, ¿no?

—¿Qué está haciendo Steelheart? —preguntó Cody, jadeando mientras corría.

Yo apenas escuchaba. Corrí hacia el agujero de huida sin mirar por encima del hombro. Las sombras de los asientos a mi alrededor empezaron a estirarse. Los tentáculos crecían como dedos alargados. En mitad de aquello, algo desparramó chispas por los escalones que tenía delante.

—¡Un francotirador de Control! —dijo Tia—. ¡Te tiene en el punto de mira, David!

—Lo tengo —dijo Abraham.

No pude distinguir el disparo de Abraham con el tiroteo, pero no hubo más disparos detrás de mí. Sin embargo, era posible que Abraham se hubiera descubierto.

«¡Caray!», pensé. Aquello se estaba yendo a Calamity muy rápido. Llegué a la cuerda y eché mano a mi linterna. Las sombras estaban

vivas y se acercaban. Encendí la linterna y apunté con ella para destruir las sombras que rodeaban el agujero, luego me agarré a la cuerda con una mano y me deslicé hacia abajo. Por fortuna, la luz ultravioleta neutralizaba las sombras de Nightwielder además de a él.

—Sigue detrás de ti —me avisó Tia—. Te...

—¿Qué? —pregunté frenético, agarrando la cuerda con el guante del tensor, los pies enrollados en ella para frenar la caída. Atravesé una zona al aire libre bajo la tercera grada de asientos, sobre la segunda. Mi mano se calentó por la fricción, pero el Profesor decía que el tensor podía soportarlo sin romperse.

Bajé por el agujero de la segunda grada y atravesé el techo de los servicios, saliendo a la completa oscuridad del vestíbulo. Allí estaban los chiringuitos de comida y bebida. Antiguamente la pared exterior era de cristal, pero ahora era de acero, naturalmente, de modo que el estadio había quedado cerrado como un almacén.

Todavía oía disparos lejanos, resonando levemente en los huecos confines del estadio. Mi linterna proyectaba principalmente luz ultravioleta a través del filtro, pero alumbraba con un leve resplandor azul.

—Nightwielder se ha metido en las gradas —me susurró Tia—. Lo he perdido. Creo que lo ha hecho para ocultarse de las cámaras.

«Así que no somos los únicos que utilizamos ese truco», pensé, con el corazón redoblando en mi pecho. Había ido por mí. Tenía que vengarse: sabía que yo era quien había descubierto su punto flaco.

Iluminé ansiosamente con la linterna a mi alrededor. Tendría encima a Nightwielder en un segundo, aunque debía saber que yo iba armado con una luz ultravioleta. Era de esperar que eso lo hiciera andarse con cautela. Desenfundé la pistola de mi padre, empuñando la linterna con una mano y el arma con la otra, con mi nuevo rifle colgado al hombro.

«Tengo que seguir moviéndome —pensé—. Si consigo mantenerme por delante de él, podré despistarlo». Teníamos túneles para entrar y salir de lugares como los servicios, las oficinas, los vestuarios y los chiringuitos de comida y bebida.

La linterna ultravioleta daba muy poca luz visible, pero yo me había criado en las calles subterráneas. Me bastaba. Tenía el extraño efecto de hacer que las cosas blancas brillaran con una luz fantasmal, y me preocupaba que eso me descubriera. ¿Debía desconectar la linterna y guiarme por el tacto?

No. Era también mi única arma contra Nightwielder. No iba a quedarme a ciegas cuando me enfrentaba a un Épico que podía estrangularme con

sombras. Avancé despacio por el pasillo parecido a una tumba. Tenía que...

Me detuve. ¿Qué había en la oscuridad, más adelante? Enfoqué la linterna hacia allí. La luz iluminó restos de basura que se habían fundido con el suelo durante la Gran Transfiguración, unas barras retráctiles para controlar las colas, unos cuantos carteles congelados en la pared. Basura algo más reciente, que brillaba blanca y espectral. ¿Qué había...?

Mi luz se posó sobre una mujer que esperaba en silencio delante de mí. Tenía una hermosa melena que sabía que era dorada con luz normal, un rostro que parecía demasiado perfecto, teñido de azul por el rayo ultravioleta, como esculpido en hielo por un maestro. Curvas y labios carnosos, ojos grandes. Unos ojos que yo conocía.

Megan.

Antes de que tuviera tiempo de hacer algo más que quedarme boquiabierto, las sombras a mi alrededor empezaron a agitarse. Me lancé hacia un lado mientras varias sombras acuchillaban el aire, saltando hacia mí. Aunque parecía que Nightwielder podía dar vida a las sombras, en realidad exudaba una bruma negra que se arremolinaba en la oscuridad. Eso era lo que podía manipular.

Controlaba muy bien unos cuantos tentáculos, pero solía optar por manejar gran número de ellos, porque resultaba más intimidatorio, tal vez. Controlar tantos era más difícil, así que solo podía agarrar, apretar o apuñalar con ellos. Cada mancha de oscuridad a mi alrededor empezó a formar picos que buscaban mi sangre.

Los fui esquivando y acabé rodando por el suelo para evitar los ataques. Dar una voltereta en un suelo de acero no es una experiencia cómoda. Cuando me levanté, la zona de la cadera me escocía.

Salté por encima de las barras de control, sudando y enfocando la linterna hacia cualquier sombra sospechosa. Sin embargo, no podía apuntar hacia todas partes a la vez y tenía que girar constantemente para evitar las que quedaban a mi espalda. Prestaba poca atención a la charla de los otros Reckoners en mi oído; estaba demasiado ocupado tratando de que no me mataran para comprender gran cosa de lo que decían, en cualquier caso. Parecía que imperaba el caos. El Profesor se había descubierto para llamar la atención de Steelheart; Abraham había sido localizado por su disparo para salvarme. Tanto Cody como él huían, combatiendo contra los soldados de Control.

Una explosión sacudió el estadio, el estallido viajó por el pasillo y me arrolló como una Coca-Cola rancia por una pajita. Me lancé por encima de la última de las barras de acero y enfoqué frenético con la luz, deteniendo puñalada tras puñalada de oscuridad.

Megan ya no estaba donde la había visto. Casi llegué a creer que había sido una alucinación, pero solo casi.

«No puedo seguir aguantando», pensé mientras una lanza negra me golpeaba la chaqueta y era repelida por el escudo protector. La noté atravesando la manga, y los diodos de la chaqueta empezaron a destellar. Aquella chaqueta era mucho más débil que la anterior que había usado. Tal vez fuera un prototipo.

En efecto, la siguiente lanza que me alcanzó atravesó la chaqueta y me desgarró la piel. Maldije, enfocando con la linterna otra mancha de

negra y escurridiza oscuridad. Nightwielder iba a acabar pronto conmigo si no cambiaba de táctica.

Tenía que luchar con más inteligencia. «Nightwielder tiene que poder verme para usar sus lanzas conmigo», pensé. Por tanto, aunque el pasillo pareciera vacío, estaba cerca.

Tropecé, lo cual me salvó de una lanza que a punto estuvo de arrancarme la cabeza. «Idiota», me dije. Él podía atravesar las paredes. No descubriría su posición, apenas tenía que asomarse. Todo lo que yo debía hacer era...

«¡Allí!», pensé, al ver el atisbo de una frente y unos ojos que me miraban desde la pared del fondo. Era bastante estúpido, desde luego: como un niño en una piscina que se cree invisible porque está prácticamente sumergido.

Lo apunté con la luz y traté de disparar al mismo tiempo. Por desgracia, había cambiado de manos para poder sujetar la linterna con la derecha, lo cual me obligó a disparar con la izquierda. ¿He mencionado lo que pienso de las pistolas y su precisión?

El tiro salió desviado. Muy desviado. Más cerca estuve de darle a un pájaro que volaba sobre el estadio que a Nightwielder. Pero la linterna funcionó. No estaba seguro de qué sucedería si perdía sus poderes mientras estaba en fase de atravesar un objeto. Por desgracia, eso no lo mató: retiró la cara de la pared en cuanto recuperó la corporeidad.

Yo no sabía qué había al otro lado de aquella pared. Estaba frente al terreno de juego. ¿Daba el exterior, entonces? No podía entretenerme en buscarlo en el mapa de mi teléfono. Corrí hacia un chiringuito cercano. Habíamos abierto un túnel desde él, serpenteando a través del suelo. Era de esperar que, si seguía moviéndome mientras Nightwielder estaba en el exterior, le costaría localizarme cuando se asomara de nuevo.

Entré en el chiringuito y me arrastré por el túnel.

—Chicos —susurré por el móvil mientras lo hacía—. He visto a Megan.

—¿Cómo? —preguntó Tia.

—He visto a Megan. Está viva.

—David —dijo Abraham—. Está muerta. Todos lo sabemos.

—Os estoy diciendo que la he visto.

—Firefight intenta engañarte —me dijo Tia.

Mientras me arrastraba sentí un profundo abatimiento. Naturalmente: una ilusión. Pero algo no encajaba.

—No sé —dije—. Los ojos eran exactos. No creo que una ilusión pueda ser tan detallada, tan parecida a la persona viva.

—Los ilusionistas no serían gran cosa si no pudieran crear marionetas realistas —explicó Tia—. Tienen que... ¡Abraham, a la izquierda no! Por el otro lado. De hecho, lanza allí una granada si puedes.

—Gracias —dijo él, resoplando levemente. Oí una explosión por partida doble: una de las dos veces por su micrófono. Una zona alejada del estadio se estremeció—. La tercera fase es un fracaso, por cierto. He podido dispararle a Steelheart justo después de descubrirme. No ha servido de nada.

La tercera fase era la teoría del Profesor: que uno de los fieles podía herir a Steelheart. Si las balas de Abraham habían rebotado, entonces no era acertada. Solo nos quedaban dos posibilidades. La primera era mi teoría del fuego cruzado; la otra, la de que la pistola de mi padre o sus balas eran de algún modo especiales.

—¿Cómo le va al Profesor? —preguntó Abraham.

—Está aguantando —respondió Tia.

—Está luchando contra Steelheart —dijo Cody—. Solo he podido ver un poco, pero... ¡Caray! Me desconecto un momento. Casi los tengo encima.

Me agazapé en el estrecho túnel, tratando de adivinar qué estaba pasando. Todavía oía muchos disparos y alguna que otra explosión.

—El Profesor está distrayendo a Steelheart —informó Tia—, pero todavía no tenemos ningún disparo de fuego cruzado confirmado.

—Lo estamos intentando —dijo Abraham—. Procuraré que el siguiente grupo de soldados me siga por el pasillo y dejaré que Cody los engañe para que le disparen a través del terreno de juego. Eso podría funcionar. David, ¿dónde estás? Puede que necesite hacer estallar una distracción o dos para espantar a los soldados que están a cubierto en tu lado.

—Estoy en el túnel de los segundos chiringuitos —dije—. Saldré al terreno de juego, cerca del oso. —Se trataba de un oso de peluche enorme que había formado parte de alguna campaña de promoción durante la liga de fútbol y que se había convertido en acero como todo lo demás.

—Entendido —dijo Abraham.

—David —me dijo Tia—, si has visto una ilusión, eso significa que tenías encima a Firefight y a Nightwielder. Por un lado eso es bueno: nos estábamos preguntando dónde se había metido Firefight. Pero es malo para ti: tienes que enfrentarte a dos Épicos poderosos.

—Os digo que no ha sido una ilusión —sostuve, maldiciendo mientras trataba de cambiar de mano la pistola y la linterna. Busqué en el bolsillo del pantalón y saqué la cinta adhesiva. Mi padre me había dicho que siempre tuviera a mano cinta adhesiva. A medida que había ido creciendo, no dejaba de sorprenderme lo acertado que había sido aquel consejo—. Era real, Tia.

—David, piensa lo que dices un momento. ¿Cómo puede haber llegado Megan aquí?

—No lo sé. Tal vez ellos... hicieron algo para resucitarla...

—Quemamos todo lo que había en el escondite. La incineramos.

—Tal vez quedó ADN —dije—. Tal vez tienen a un Épico capaz de devolver a alguien a la vida o algo así.

—La paradoja de Durkon, David. Te estás esforzando demasiado.

Terminé de pegar la linterna al cañón de mi rifle; no encima, sino a un costado, porque quería usar la mira. Desequilibraba el arma y era molesto, pero me sentía más a gusto que con la pistola, que me guardé en la sobaquera.

Durkon, un científico que había estudiado y reflexionado sobre los Épicos durante los primeros días, había señalado que, como los Épicos desafiaban las leyes de la física, para ellos era posible literalmente cualquier cosa. Había señalado también el peligro de dar por supuesto que cualquier pequeña irregularidad fuera consecuencia de los poderes de los Épicos. A menudo ese modo de pensar no llevaba a ninguna parte.

—¿Has oído hablar alguna vez de un Épico capaz de devolver la vida a otra persona? —preguntó Tia.

—No —admití. Algunos podían curar, pero ninguno resucitar a alguien.

—¿Y no fuiste tú quien comentó que probablemente nos enfrentábamos a un ilusionista?

—Sí. Pero ¿cómo sabían qué aspecto tenía Megan? ¿Por qué no usaron a Cody o a Abraham para distraerme, a alguien que sepan que está aquí?

—La tendrían en vídeo, del día del ataque a Conflux —dijo Tia—. La están utilizando para confundirte, para desquiciarte.

Desde luego, Nightwielder había estado a punto de matarme mientras yo miraba a la Megan fantasma.

—Tenías razón respecto a Firefight —continuó Tia—. En cuanto ese Épico de fuego estaba fuera de la vista de los agentes de Control, ha desaparecido de mis imágenes de vídeo. Era solo una ilusión para confundirnos. El verdadero Firefight es otro. David, están intentando jugar contigo para que Nightwielder pueda matarte. Acéptalo. Estás dejando que la esperanza te nuble el juicio.

Tenía razón. ¡Caray, sí que la tenía! Me detuve en el túnel, inspirando profundamente y soltando despacio el aire, obligándome a aceptarlo. Megan estaba muerta. Los sicarios de Steelheart estaban jugando conmigo. Eso me irritaba. No: me ponía furioso.

También me planteaba otro problema. ¿Por qué arriesgarse a desvelar así la naturaleza de Firefight? ¿Por qué dejar que desapareciera si era probable que tuviéramos el lugar vigilado? ¿Por qué usar una ilusión de Megan? Esas cosas revelaban lo que era Firefight.

Sentí un escalofrío. Lo sabían. Sabían que íbamos por ellos, así que no necesitaban fingir. «También sabían que instalamos las luces ultravioleta y dónde nos escondíamos algunos de nosotros».

Algo extraño estaba pasando.

—Tia, creo...

—¿Queréis dejar de farfullar? —se quejó el Profesor, con voz dura y áspera—. Necesito concentrarme.

—Tranquilo, Jon —lo reconfortó Tia—. Lo estás haciendo bien.

—¡Bah! Idiotas. Todos vosotros.

«Está usando los tensores —pensé—. Es casi como si lo convirtieran en otra persona».

No había tiempo para pensar en eso. Simplemente esperaba que todos viviéramos lo suficiente para que el Profesor pudiera pedirnos disculpas. Salí del túnel tras unas altas cajas de acero y escruté el pasillo con la linterna montada en el rifle.

Me salvé del golpe de pura chiripa. Me pareció ver algo a lo lejos y avancé hacia ello, tratando de iluminarlo mejor. Tres lanzas de oscuridad me atacaron. Una me resbaló por la espalda de la chaqueta y me cortó. Unos milímetros más y me habría seccionado la espina dorsal.

Jadeé, dándome la vuelta. Nightwielder estaba cerca, en la cavernosa sala. Le disparé, pero no sucedió nada. Maldije, acercándome más el rifle a la cara con la luz ultravioleta enfocada hacia delante.

Nightwielder sonrió diabólicamente cuando le disparé una bala a la cara. Nada. La luz ultravioleta no funcionaba. Me quedé paralizado por el pánico. ¿Me había equivocado respecto a su flaqueza? Pero antes había funcionado. ¿Por qué...?

Me volví, deteniendo a duras penas un puñado de lanzas. La luz las dispersó en cuanto las tocó, así que todavía funcionaba. Entonces, ¿qué estaba sucediendo?

«Es una ilusión —pensé, sintiéndome estúpido—. ¡Tarugo! ¿Cuántas veces voy a picar con lo mismo?». Escruté las paredes. En efecto, capté un atisbo de Nightwielder, que surgía de una de ellas y se me acercaba. Se retiró antes de que pudiera disparar, y la oscuridad volvió a quedar inmóvil.

Esperé, sudando, concentrado en aquel punto. Tal vez asomara de nuevo. El falso Nightwielder estaba a mi derecha, impasible. Firefight se encontraba en algún lugar de la habitación, invisible. Podía dispararme. ¿Por qué no lo hacía?

Nightwielder volvió a asomarse, y disparé, pero desapareció en un abrir y cerrar de ojos, y el tiro rebotó en la pared. Probablemente volvería a atacarme desde otra parte, decidí, así que eché a correr. Mientras lo hacía, descargué un culatazo contra el falso Nightwielder. Como esperaba, lo atravesé y la aparición onduló débilmente como una imagen proyectada.

Sonaron explosiones. Abraham maldijo en mi oído.

—¿Qué? —preguntó Tia.

—El fuego cruzado no funciona —dijo Cody—. Hemos logrado que un grupo de soldados se dispararan entre sí a través del humo, sin darse cuenta de que Steelheart estaba en medio.

—Al menos una docena de impactos lo han alcanzado —informó Abraham—. Esa teoría está descartada. Repito, un disparo accidental no lo hiere.

«¡Calamity! —pensé. ¡Estaba tan seguro de esa teoría! Apreté la mandíbula, todavía corriendo—. No vamos a poder matarlo. Todo esto habrá sido para nada».

—Me temo que puedo confirmarlo —dijo Cody—. Yo también he visto cómo lo alcanzaban las balas. Ni siquiera se ha dado cuenta. —Hizo una pausa—. Profesor, es usted una máquina. Tenía que decirlo.

La única respuesta del Profesor fue un gruñido.

—David, ¿cómo te va con Nightwielder? —me preguntó Tia—. Te necesitamos para activar la cuarta fase: dispararle a Steelheart con la pistola de tu padre. Es todo lo que nos queda.

—¿Cómo me va con Nightwielder? —pregunté—. Tirando a mal. Iré para allá en cuanto pueda.

Seguí corriendo por el gran vestíbulo descubierto, bajo las gradas. Tal vez si podía salir tuviera más posibilidades. Había demasiados lugares donde ocultarse allí dentro.

«Me estaba esperando cuando ha salido de ese túnel —pensé—. Tienen que estar escuchando nuestras conversaciones. Por eso sabían tanto sobre nuestra estrategia inicial».

Eso, naturalmente, era imposible. Las señales de los móviles eran imposibles de pinchar. La Fundación Knighthawk se aseguraba de ello. Además, los Reckoners tenían su propia red.

Excepto...

El móvil de Megan. Todavía estaba conectado a nuestra red. ¿Les había mencionado yo al Profesor y a los demás que lo había perdido en la caída? Había dado por hecho que se había roto, pero si no había sido así...

«Escucharon nuestros preparativos —pensé—. ¿Mencionamos por la línea que Limelight no era real?». Me devané los sesos tratando de recordar nuestras conversaciones de los tres últimos días. No recordaba nada. Tal vez hubiéramos hablado de ello, tal vez no. Los Reckoners solían ser circunspectos en sus conversaciones por la red, extremadamente cuidadosos.

Dejé de cavilar cuando divisé una figura en el pasillo, delante de mí. Aminoreé el paso, apuntando con el rifle. ¿Qué intentaría Firefight esta vez?

Otra imagen de Megan, allí de pie. Llevaba vaqueros y una camisa rosa ajustada (pero no la chaqueta de los Reckoners), el cabello dorado recogido en una cola de caballo que le llegaba hasta los hombros. Atento, por si Nightwielder me atacaba por la espalda, seguí adelante. La ilusión me miró con expresión neutra, sin moverse.

¿Cómo podía localizar a Firefight? Probablemente el tipo era invisible. No estaba seguro de que tuviera ese poder, pero era lógico que así fuera.

Por mi mente pasaron modos de descubrir a un Épico invisible. Debía prestar atención para oírlo o tenía que empañar el aire con algo. Harina, tierra, polvo... ¿Podría usar el tensor? El sudor me corría por la frente. Odiaba saber que alguien me estaba observando: alguien a quien yo no podía ver.

¿Qué hacer? Mi plan inicial para Firefight era revelarle que conocía su secreto, asustarlo como había hecho con Nightwielder durante el ataque a Conflux. Eso no funcionaría ahora. Sabía que íbamos por él. Tenía que asegurarse de que los Reckoners morían para ocultar su secreto. «¡Calamity, Calamity, Calamity!».

La ilusión de Megan volvió la cabeza, siguiéndome con los ojos mientras yo intentaba vigilar todas las esquinas de la sala, atento al menor movimiento.

La ilusión frunció el ceño.

—Te conozco —dijo.

Era la voz de Megan. Me estremecí. «Un Épico ilusionista poderoso podría crear sonidos además de imágenes —me dije—. Sé que es así. No debe sorprenderme».

Pero era su voz. ¿Cómo conocía Firefight su voz?

—Sí... —dijo ella, acercándoseme—. Te conozco. Algo sobre... rodillas. —Entornó los párpados—. Ahora debería matarte.

Knees. Firefight no podía saber eso, ¿verdad? ¿Me había llamado así Megan alguna vez por el móvil? No podían haber estado escuchando entonces, ¿verdad?

Vacilé, apuntando con el rifle a la ilusión, ¿o era Megan? Nightwielder llegaría de un momento a otro. No podía quedarme allí, pero tampoco correr.

Ella avanzaba hacia mí con expresión arrogante, como si fuera la dueña del mundo. No era la primera vez que Megan se comportaba así, pero esta vez había algo más. Su porte era más confiado, aunque había fruncido los labios, perpleja.

Yo tenía que saberlo. Tenía que saberlo.

Bajé el arma y salté hacia delante. Ella reaccionó demasiado despacio y le agarré el brazo.

Era real.

Un segundo después, el pasillo explotó.

Tosí, rodando. Estaba en el suelo, los oídos me zumbaban. Montones de basura ardían cerca. Parpadeé para espantar las imágenes residuales de mis retinas y sacudí la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —croé.

—¿David? —dijo Abraham en mi oído.

—Una explosión —dije, gimiendo y poniéndome en pie. Miré a mi alrededor. Megan. ¿Dónde estaba? No la veía por ninguna parte.

Era real. Yo la había tocado. Eso significaba que no era una ilusión, ¿verdad? ¿Me estaba volviendo loco?

—¡Calamity! —exclamó Abraham—. Creía que estabas en el otro extremo del vestíbulo. ¡Has dicho que ibas en dirección oeste!

—Corría para escapar de Nightwielder. He corrido en la dirección equivocada. Soy un tarugo, Abraham. Lo siento.

Mi rifle. Vi la culata asomando de un montón de basura cercano. Tiré de ella. El resto del rifle había desaparecido. «¡Caray! —pensé—. Me está costando la vida conservarlos últimamente».

Encontré el resto del rifle cerca. Tal vez funcionara, pero sin culata tendría que disparar desde la cadera. La linterna, sin embargo, seguía sujeta al cañón y encendida, así que cogí lo que quedaba del arma.

—¿Cómo estás? —me preguntó Tia, con voz tensa.

—Un poco aturdido —contesté—, pero bien. No estaba lo bastante cerca para que me golpeará algo más que la onda expansiva.

—Se amplifica en estos pasillos —dijo Abraham—. ¡Calamity, Tia! Estamos perdiendo el control de la situación.

—¡Malditos seáis todos! —gritó el Profesor, con ferocidad—. Quiero a David aquí ahora mismo. ¡Tráeme esa pistola!

—Voy en tu ayuda, chaval —dijo Cody—. Quédate ahí.

Una idea me asaltó de pronto. Si Steelheart y su gente nos estaban escuchando por nuestra línea privada, podía aprovecharme de ello.

La idea pugnó con mi deseo de ir a buscar a Megan. ¿Y si estaba herida? Tenía que estar por allí, en alguna parte, y parecía que había un montón de escombros más en el pasillo. Tenía que ver si...

No. No podía permitir que me engañaran. Tal vez había sido Firefight con la cara de Megan para distraerme.

—De acuerdo —le dije a Cody—. ¿Conoces los servicios que hay cerca de la posición de la cuarta bomba? Voy a esconderme allí hasta que llegues.

—Entendido —dijo Cody.

Salí corriendo, esperando que Nightwielder, dondequiera que estuviese, hubiera quedado desorientado por la explosión. Me acerqué a los servicios que le había mencionado a Cody, pero no entré en ellos como había dicho, sino que localicé un lugar cercano y usé el tensor para abrir un agujero en el suelo. Allí estaría relativamente bien oculto pero tendría una buena perspectiva del resto del pasillo, servicios incluidos.

Hice un agujero profundo y me metí dentro como me había enseñado el Profesor, usando el polvo para cubrirme. Pronto fui como un soldado en su trinchera, cuidadosamente oculto. Puse el móvil en modo silencioso y enterré mi medio rifle justo bajo la superficie del polvo, de modo que la luz de la linterna no se viera.

Me dediqué a vigilar la puerta de aquel servicio. El pasillo estaba en silencio, iluminado solo por la basura que ardía.

—¿Hay alguien ahí? —llamó una voz desde el pasillo—. Estoy herida...

Me puse rígido. Era Megan.

«Es un truco. Tiene que serlo».

Escruté el espacio apenas iluminado. Al otro lado del pasillo, vi un brazo cubierto por una montaña de escombros de la explosión. Trozos de acero, algunas vigas caídas del techo. El brazo se agitaba y le sangraba la muñeca. Al mirar con más atención distinguí su cara y su torso en la oscuridad. Parecía que justo empezaba a moverse, como si hubiera quedado brevemente inconsciente por la explosión.

Estaba atrapada. Estaba herida. Tenía que moverme, ¡ir a ayudarla! Me estremecí, pero me obligué a permanecer en mi sitio.

—Por favor —pidió ella—. Por favor, que alguien me ayude.

No me moví.

—¡Oh, Calamity! ¿Esta sangre es mía? —Se debatió—. No puedo mover las piernas.

Cerré los ojos con fuerza. ¿Cómo estaban haciendo eso? No sabía en qué confiar.

«Firefight lo está haciendo de algún modo —me dije—. Ella no es real».

Abrí los ojos. Nightwielder salía del suelo, delante del cuarto de baño. Parecía confundido, como si hubiera estado dentro buscándome. Sacudió la cabeza y caminó por el pasillo, buscando alrededor.

¿Era realmente él o una ilusión? ¿Era real algo de todo aquello? El estadio se estremeció con otra explosión, pero los disparos fuera se apagaban. Yo tenía que hacer algo, con rapidez, o Cody se toparía con Nightwielder.

Nightwielder se detuvo en el centro del pasillo y se cruzó de brazos. Su calma habitual se había quebrado y parecía molesto. Finalmente, habló.

—Estás por aquí en alguna parte, ¿verdad?

¿Me atrevería a disparar? ¿Y si era la ilusión? Podía hacerme matar por el verdadero Nightwielder si me descubría. Me volví cuidadosamente, examinando las paredes y el suelo. No vi nada más que oscuridad surgiendo de las sombras cercanas, tentáculos que se movían como animales vacilantes en busca de comida, poniendo a prueba el aire.

Si Firefight estaba fingiendo ser Megan, entonces dispararle a ella pondría fin a las ilusiones. Me quedaría solo con el verdadero Nightwielder, dondequiera que estuviese. Pero había muchas posibilidades de que la Megan caída fuera una completa ilusión. ¡Caray, hasta las vigas podían ser una ilusión! ¿Las habría derribado una explosión lejana?

Sin embargo, ¿y si ese era Firefight con la cara de Megan para que, si yo la tocaba, la sintiera como real? Alcé la pistola de mi padre y apunté a su rostro ensangrentado. Vacilé, el corazón martilleando en mis oídos. Sin duda Nightwielder oiría aquel martilleo. Era todo lo que yo podía oír. ¿Qué haría para llegar a Steelheart? ¿Dispararle a Megan?

«Ella no es real. No puede serlo. Pero ¿y si lo es?».

Latidos como truenos.

Mi respiración contenida.

Sudor en la frente.

Tomé una decisión y salí de un salto del agujero, empuñando el rifle en la mano izquierda, con la linterna iluminando hacia delante, y la pistola en la derecha. Disparé con ambas armas.

A Nightwielder, no a Megan.

Él se volvió hacia mí cuando la luz lo alcanzó, con los ojos muy abiertos, y las balas lo atravesaron. Abrió la boca horrorizado y la sangre le chorreó por la espalda; por su espalda sólida. Cayó, volviéndose de nuevo traslúcido en cuanto salió del haz de mi linterna. Golpeó el suelo y empezó a hundirse en él.

Solo se hundió hasta la mitad. Se quedó allí detenido, con la boca abierta y el pecho sangrando. Se solidificó lentamente, casi como si una cámara lo fuera enfocando, semihundido en el suelo de acero.

Oí un chasquido y me volví. Megan estaba allí de pie, con un arma en la mano. Una pistola P226 como las que le gustaba llevar. La otra versión de ella, la que estaba atrapada entre los escombros, se desvaneció repentinamente. También se desvanecieron las vigas.

—Nunca me cayó bien —dijo Megan, indiferente, mirando el cadáver de Nightwielder—. Me has hecho un favor. Negación plausible y todo eso.

La miré a los ojos. Yo conocía esos ojos. Los conocía. No comprendía cómo podía estar sucediendo, pero era ella.

«Nunca me cayó bien...».

—Calamity —susurré—. Tú eres Firefight, ¿verdad? Siempre lo has sido.

Ella no dijo nada, aunque sus ojos fluctuaron hacia mis armas: el rifle todavía apoyado en la cadera, la pistola en la otra mano. Se crispó.

—Firefight no es un hombre —concluí—. Es... una mujer. —Noté que tenía los ojos abiertos como platos—. Ese día, en el hueco del ascensor, cuando los guardias estuvieron a punto de capturarnos, no vieron nada en el hueco. Tú creaste una ilusión.

Ella seguía mirando mis armas.

—Y luego, cuando íbamos en las motos —dije—, creaste una ilusión de Abraham conduciendo con nosotros para distraer a la gente que nos seguía e impedir que vieran que el de verdad huía a un lugar seguro. Es lo que vi detrás de nosotros después de que se marchara. —¿Por qué estaba mirando mis armas?—. Pero el zahorí te analizó e indicaba que no eras una Épica. No... espera. Ilusiones. Hiciste que mostrara lo que querías. Steelheart sabía que los Reckoners venían a la ciudad. Te envió con el fin de que te infiltraras. Eras la más nueva del grupo, antes de mi

incorporación. Nunca quisiste atacar a Steelheart. Dijiste que creías en su gobierno.

Ella se lamió los labios, luego susurró algo. No parecía haber estado escuchando nada de lo que yo le había dicho.

—Caray —murmuró—. No puedo creer que funcionara y todo.

«¿Qué?».

—Le has dado jaque mate... —susurró—. Ha sido increíble.

¿Darle jaque mate? ¿A Nightwielder? ¿De qué estaba hablando? Me miró y lo recordé. Estaba repitiendo una de nuestras primeras conversaciones, después de que ella le disparara a Fortuity. Tenía un rifle en la cadera y una pistola. Igual que yo para abatir a Nightwielder. Ver aquello parecía haber despertado algo en ella.

—David —dijo—, te llamas así, y me parece que eres un incordio. —Por lo visto recordaba a duras penas quién era yo. ¿Qué le había pasado a su memoria?

—¿Debo darte las gracias? —le pregunté.

Una explosión sacudió el estadio y ella echó un vistazo por encima del hombro. Seguía apuntándome con su arma.

—¿De qué lado estás, Megan? —le pregunté.

—Del mío —repuso inmediatamente, pero se llevó la otra mano a la cabeza, insegura.

—Alguien nos delató a Steelheart —dije—. Alguien le avisó de que íbamos a atacar a Conflux, y alguien le dijo que habíamos pinchado las cámaras de la ciudad. Hoy alguien nos ha estado escuchando, informándolo de todos nuestros movimientos. Has sido tú.

Ella me miró de nuevo, y no lo negó.

—Pero también utilizaste tus ilusiones para salvar a Abraham —dije—. Y mataste a Fortuity. Puedo entender que Steelheart quisiera que confiáramos en ti y te permitiera matar a uno de sus Épicos menores. Fortuity había caído en desgracia de todas formas. Pero ¿por qué traicionarnos y luego ayudar a Abraham a escapar?

—No lo sé —susurró ella—. Yo...

—¿Vas a dispararme? —pregunté, mirando el cañón de su pistola.

Ella vaciló.

—Idiota. Desde luego no sabes hablar con las mujeres, ¿verdad, Knees?
—Ladeó la cabeza, como sorprendida por sus palabras. Bajó la pistola, me dio la espalda y echó a correr.

«Tengo que seguirla —pensé, dando un paso adelante. Otra explosión sonó en el exterior—. No. —Aparté la mirada de su silueta a la fuga—. Tengo que salir a ayudar».

Pasé de largo ante el cadáver de Nightwielder, todavía semisumergido en acero, inmovilizado, con la sangre corriéndole por el pecho, y me dirigí hacia la salida más cercana para desembocar en el terreno de juego.

O, en este caso, en el campo de batalla.

—¡Encuéntrame a ese muchacho idiota y pégale un tiro de mi parte, Cody! —gritó el Profesor en mi oído cuando volví a conectar el sonido del móvil.

—Nos retiramos, Jon... —manifestó Tia, interrumpiéndolo—. Voy de camino con el helicóptero. Tres minutos para mi llegada. Abraham se encargará de la explosión de cobertura.

—Abraham puede irse al infierno —escupió el Profesor—. Voy a llegar hasta el final.

—No puedes combatir a un gran Épico, Jon —replicó Tia.

—¡Haré lo que quiera! Voy a... —Su voz se cortó.

—Lo he eliminado de la conexión —nos dijo Tia a los demás—. Esto no me gusta. Nunca lo había oído llegar tan lejos. Tenemos que sacarlo de ahí como sea o lo perderemos.

—¿Perderlo? —preguntó Cody, confuso.

Oí disparos en la línea, cerca de él, y los mismos disparos resonando más adelante en el ancho pasillo. Seguí corriendo.

—Lo explicaré más tarde —dijo Tia, de un modo que en realidad significaba: «Ya encontraré la mejor manera de esquivar esa pregunta más tarde».

«Allí», pensé, viendo un destello de luz delante. Fuera estaba oscuro, pero no tanto como en los túneles del interior del estadio. Los disparos sonaban más fuertes.

—Voy a sacaros de ahí —continuó Tia—. Abraham, necesito que detones esos explosivos del terreno de juego cuando te lo diga. ¿Has encontrado ya a David, Cody? Ten cuidado, Nightwielder podría estar detrás de ti.

«Cree que he muerto porque no he respondido», pensé.

—Estoy aquí —dije.

—¡David! —dijo Tia, aliviada—. ¿Estado de las cosas?

—Nightwielder eliminado —dije, llegando al túnel que daba al campo, uno de los que los equipos utilizaban cuando salían a jugar—. La luz

ultravioleta ha funcionado. Creo que Firefight ya no está. Yo... lo he obligado a huir.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Bueno... Lo explicaré más tarde.

—Muy bien —dijo Tia—. Faltan unos dos minutos para la extracción. Reúnete con Cody.

No respondí: estaba contemplando el terreno de juego. «Un campo de batalla, sí», pensé, conmovido. Los cuerpos de los soldados de Control yacían esparcidos como basura abandonada. Ardían fuegos en varios lugares, de los que se elevaban columnas de humo en volutas hacia el cielo oscuro. Brillaban bengalas rojas en el terreno de juego, que los soldados habían encendido para ver mejor. Habían volado pedazos de la grada y la cancha; cicatrices negras marcaban el acero antaño plateado.

—Habéis estado librando una guerra —susurré.

Entonces vi a Steelheart.

Cruzaba el terreno de juego con los labios separados y los dientes apretados, la cara contraída en una mueca. Con su brillante mano extendida, lanzó disparo tras disparo hacia alguien que tenía delante: el Profesor, que corría detrás de uno de los banquillos. Andanada tras andanada estuvieron a punto de alcanzarlo, pero él esquivaba y se lanzaba entre ellas, increíblemente ágil. Atravesó una pared del estadio: sus tensores la desintegraron creando una abertura para que él pasara.

Steelheart gritó molesto, lanzando rayos hacia el agujero. El Profesor apareció un momento más tarde, atravesando otra pared, rodeado de polvo de acero. Arrojó con una mano una serie de burdas dagas hacia Steelheart: probablemente las había arrancado del acero mismo. Rebotaron sin más en el gran Épico.

El Profesor parecía frustrado, como si estuviera molesto por no poder herir a Steelheart. Por mi parte, estaba más que sorprendido.

—¿Ha estado haciendo esto todo el rato? —pregunté.

—Sí —contestó Cody—. Como he dicho, este hombre es una máquina.

Escruté el terreno a mi derecha y localicé a Cody tras unos escombros. Apuntaba con el rifle a un grupo de soldados de Control desde los asientos de la primera grada. Habían emplazado una gran ametralladora detrás de unos escudos antiimpacto, y Cody parecía atrapado, lo cual explicaba por qué no había podido ir a buscarme. Me

guardé la pistola en la cartuchera y quité la linterna del cañón de mi rifle.

—Casi he llegado, caballeros —dijo Tia—. No más intentos de matar a Steelheart. Todas las fases abortadas. Tenemos que aprovechar esta oportunidad y marcharnos mientras podamos.

—No creo que el Profesor vaya a marcharse —dijo Abraham.

—Yo me encargaré de él —dijo Tia.

—Bien —respondió Abraham—. ¿Dónde vas a...?

—Chicos —interrumpí—. Tened cuidado con lo que decís por la conexión general. Creo que nuestras líneas están pinchadas.

—Imposible —dijo Tia—. Las redes móviles son seguras.

—No si tienes acceso a un móvil autorizado —contesté—. Y Steelheart puede haber recuperado el de Megan.

Se produjo el silencio en la línea.

—¡Caray! —saltó Tía—. Soy una idiota.

—Ah, por fin algo que tiene lógica —dijo Cody, disparando un tiro a los soldados—. Ese móvil...

Algo se movió en la abertura del edificio, detrás de Cody. Maldije y apunté con el rifle, pero sin la culata era muy difícil atinar. Apreté el gatillo cuando un soldado de Control saltaba. Fallé. Disparó una descarga.

No hubo ningún sonido de Cody, aunque vi manar la sangre.

«¡No, no, no!», pensé, echando a correr. Disparé de nuevo. Esta vez herí al soldado en el hombro. La bala no le atravesó la armadura, pero el controlador se volvió para apuntarme, olvidándose de Cody.

Disparó. Levanté la mano izquierda, la del tensor. Lo hice de manera casi instintiva. Me fue más difícil crear la canción esa vez, y no supe por qué.

Pero hice que funcionara. Solté la canción.

Sentí que algo chocaba contra mi palma, y una vaharada de polvo de acero cayó de mi mano. Me escoció mucho y del tensor saltaron chispas. Al cabo de un instante sonaron disparos y el soldado cayó. Abraham apareció por la esquina, detrás del hombre.

Disparos desde arriba. Avancé pegado al suelo hasta la zona de cobertura de Cody, que estaba jadeando, con los ojos muy abiertos. Había resultado herido varias veces: tres en la pierna, una en el vientre.

—Cúbrenos —dijo Abraham con su voz tranquila, sacando una venda que ató en torno a la pierna de Cody—. Tia, Cody está malherido.

—Estoy aquí —repuso ella. En medio del caos, no había advertido el ruido del helicóptero—. He creado nuevos canales de móvil usando un enlace directo con cada uno de vosotros: eso es lo que tendría que haber hecho desde el momento en que Megan perdió su móvil. Abraham, tenemos que salir de aquí. Ya.

Me asomé por encima de los escombros. Los soldados bajaban por las gradas para alcanzarnos. Abraham se sacó tranquilamente una granada del cinturón y la arrojó al pasillo, detrás de nosotros, por si alguien intentaba sorprendernos de nuevo. Explotó y oí gritos.

Después de cambiar mi rifle por el de Cody, abrí fuego sobre los soldados que avanzaban. Algunos corrieron a ponerse a cubierto, pero otros continuaron adelante con intrepidez. Sabían que nos estábamos quedando sin recursos. Seguí disparando, aunque mi recompensa final fueron unos chasquidos. Cody se había quedado casi sin munición.

—Toma. —Abraham me entregó su gran rifle de asalto—. Tia, ¿dónde estás?

—Cerca de vuestra posición —respondió ella—. Justo fuera del estadio. Retroceded y salid.

Cody seguía consciente, aunque se limitaba a maldecir su suerte con los párpados apretados. Asentí mirando a Abraham. Cubriría su retirada. Cogí el rifle de asalto. Para ser sinceros, siempre había querido disparar aquella arma.

Fue muy gratificante. El retroceso era suave, y el arma, menos pesada de lo que parecía. La coloqué en el pequeño trípode y la dejé disparando en modo automático. Docenas de balas atravesaron a los soldados que intentaban alcanzarnos. Abraham llevó a Cody hacia la salida.

El Profesor y Steelheart seguían luchando. Abatí a otro soldado. Las balas de gran calibre de Abraham podían con la mayoría de las armaduras de los hombres de Control. Mientras disparaba, noté la pistola en la sobaquera, contra mi costado.

No habíamos intentado dispararla. Era la última de nuestras supuestas bazas para derrotar a Steelheart. Sin embargo, era imposible que pudiera alcanzarlo desde tanta distancia, y Tia había decidido sacarnos de allí antes de que lo intentáramos, anulando la operación.

Eliminé a otro soldado. El estadio tembló cuando Steelheart lanzó una serie de descargas contra el Profesor. «No puedo huir ahora —pensé—, a pesar de lo que diga Tia: tengo que probar la pistola».

—Estamos en el helicóptero —dijo la voz de Abraham en mi oído—. David, hora de moverse.

—Aún no he probado la cuarta fase —dije, arrodillándome y disparando de nuevo contra los soldados. Uno me arrojó una granada, pero yo ya me retiraba hacia el pasillo—. Y el Profesor sigue ahí fuera.

—Vamos a abortar la misión —dijo Tia—. Retírate. El Profesor escapará utilizando los tensores.

—Nunca dejaré atrás a Steelheart —dije—. Además, ¿de verdad quieres huir sin probar esto? —Pasé el dedo por la pistola en su funda.

Tia no respondió.

—Voy a intentarlo —dije—. Si la cosa se pone fea, marchaos.

Crucé el campo y volví a los pasillos de debajo de las gradas, empuñando el rifle de asalto de Abraham y escuchando los gritos de los soldados a mis espaldas. «Steelheart y el Profesor han ido en esta dirección —pensé—. Solo necesito dar la vuelta y acercarme lo suficiente para dispararle. Puedo hacerlo desde atrás».

Funcionaría. Tenía que funcionar.

Los soldados me seguían. El arma de Abraham tenía acoplado un lanzagranadas. ¿Y munición? Había que dispararlas para que explotaran, pero podía usar mi bolígrafo detonador y una goma para hacer estallar una.

No hubo suerte. El rifle no tenía granadas. Solté un taco. Entonces vi el control de fuego remoto del arma. Sonreí, me paré, me volví y dejé el rifle en el suelo, en equilibrio contra un trozo de acero. Pulsé el control y eché a correr.

El rifle empezó a disparar, rociando de balas el pasillo, detrás de mí. Probablemente no causara muchos daños, pero lo único que necesitaba era un poco de ventaja. Oí a los soldados gritándose unos a otros que se pusieran a cubierto.

Eso me valdría. Llegué a otra abertura y salí corriendo al terreno de juego.

El humo lo llenaba todo. Las andanadas de Steelheart parecían fundirse después de golpear, iniciando fuegos en cosas que supuestamente no tendrían que haber ardido. Alcé la pistola, y en un fugaz instante me

pregunté qué diría Abraham cuando se enterara de que había perdido su rifle otra vez.

Divisé a Steelheart, que me daba la espalda, distraído por el Profesor. Corrí con todas mis fuerzas, dejando atrás nubes de humo, saltando sobre los escombros.

Steelheart empezó a volverse mientras me acercaba. Vi sus ojos, imperiosos y arrogantes. Sus manos parecían arder de energía. Me detuve en medio del humo, con los brazos temblorosos, sujetando el arma: el arma que había matado a mi padre. La única que había herido al monstruo que tenía delante.

Disparé tres veces.

Las tres balas dieron en el blanco, y las tres rebotaron en Steelheart como guijarros contra un tanque.

Bajé la pistola. Steelheart me señaló con una mano en torno a cuya palma brillaba la energía. No me importó.

«Se acabó —pensé—. Lo hemos intentado todo». Yo no sabía su secreto. No lo había sabido nunca.

Había fracasado.

Lanzó un rayo de energía y mi instinto primario me forzó a moverme. Lo esquivé dando una voltereta y el rayo golpeó el suelo, a mi lado, levantando una lluvia de metal derretido. El suelo se estremeció y la andanada descontroló mis movimientos. Aterricé con fuerza en el duro suelo.

Acabé por detenerme y me quedé allí, aturdido. Steelheart avanzó. Los ataques del Profesor le habían destrozado la capa, pero no parecía más que levemente molesto. Se cernió sobre mí, extendiendo la mano.

Era majestuoso, tenía que reconocerlo incluso mientras me preparaba para morir a sus manos. Los jirones de la capa negra y plateada, ondeando, hacían que de algún modo pareciera más real. El rostro de rasgos clásicos, cuadrado, con una barbilla que cualquier defensa habría envidiado; un cuerpo atlético, musculoso pero no de culturista. Aquello no era exageración: era perfección.

Me estudió, con la mano brillando.

—Ah, sí —dijo—. El niño del banco.

Parpadeé, sorprendido.

—Recuerdo todo y a todos —me dijo—. No te sorprendas. Soy divino, muchacho. No olvido. Te creía muerto y bien muerto. Un cabo suelto. Odio los cabos sueltos.

—Mataste a mi padre —susurré. Una estupidez por mi parte, pero fue todo lo que se me ocurrió.

—He matado a un montón de padres —replicó Steelheart—. Y a madres, hijos, hijas... Tengo derecho a hacerlo.

El brillo de su mano se hizo más intenso. Me preparé para lo que me esperaba.

El Profesor atacó a Steelheart por la espalda.

Rodé de lado por instinto mientras los dos golpeaban el suelo cerca de mí. El Profesor quedó encima, con la ropa quemada, rasgada y ensangrentada. Tenía su espada, y empezó a golpear con ella la cara de Steelheart.

El Épico se rio mientras el arma lo golpeaba: su cara melló la espada.

«Me estaba hablando para atraer al Profesor —comprendí, atónito—. Lo...».

Steelheart empujó al Profesor. Con un ínfimo esfuerzo lo lanzó a tres metros de distancia. El Profesor cayó al suelo y gimió.

Se levantó viento y Steelheart se incorporó flotando, saltó en el aire, aterrizó sobre una rodilla y descargó un puñetazo en la cara del Profesor.

Sangre roja salpicó a su alrededor.

Grité, me puse de pie y corrí hacia el Profesor. Pero el tobillo me falló y me desplomé. Entre lágrimas de dolor, vi a Steelheart golpear de nuevo.

Rojo. ¡Cuánto rojo!

El gran Épico se incorporó, sacudiendo la mano ensangrentada.

—Tienes algo a tu favor, pequeño Épico —le dijo al Profesor caído—. Creo que me has molestado más que nadie.

Me arrastré hasta el Profesor. Tenía la parte izquierda del cráneo aplastada; los ojos abiertos miraban sin ver. Estaba muerto.

—¡David! —dijo Tia en mi oído. Había disparos en su extremo de la conexión. Control había encontrado el helicóptero.

—Vete —susurré.

—Pero...

—El Profesor ha muerto —dije—. Yo también soy hombre muerto. Vete.

Silencio.

Saqué del bolsillo el bolígrafo explosivo. Estábamos en el centro del terreno de juego. Cody había colocado mi detonador encima del montón

de explosivos, que estaba justo debajo de nosotros. Bien, haría volar a Steelheart por los aires, aunque no sirviera de nada.

Varios soldados de Control corrieron hacia Steelheart, informando sobre el perímetro. Oí que el helicóptero ascendía para marcharse. También oí a Tia llorando por la línea.

Conseguí arrodillarme junto al cadáver del Profesor.

«Mi padre muriendo ante mis ojos. Yo arrodillado a su lado. Vete, huye...».

Al menos esta vez no había sido un cobarde. Alcé el bolígrafo, acariciando el botón. La explosión me mataría, pero no dañaría a Steelheart. Había sobrevivido a otras explosiones. Sin embargo, me llevaría a unos cuantos soldados por delante. Eso merecía la pena.

—No —dijo Steelheart a sus tropas—. Yo me encargo de él. Este es... especial.

Lo miré, parpadeando asombrado. Había alzado el brazo para alejar a los agentes de Control.

Había algo extraño a lo lejos, detrás de él, asomando por encima del borde del estadio. Fruncí el ceño. ¿Luz? Pero si la ciudad no estaba en aquella dirección... Además, la ciudad no había producido nunca una luz tan intensa. Rojos, anaranjados, amarillos. Era como si el mismo cielo ardiera.

Parpadeé a través de la neblina de humo. La luz del sol. Nightwielder había muerto. Estaba saliendo el sol.

Steelheart se volvió y retrocedió, alzando un brazo para protegerse de la luz. Abrió la boca, sorprendido. Luego la cerró, apretando la mandíbula.

Se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos de ira.

—Será difícil sustituir a Nightwielder —gruñó.

Arrodillado en el centro del terreno de juego, miré la luz. Aquel hermoso brillo, aquel poderoso algo que había más allá...

«Hay cosas más grandes que los Épicos —pensé—. Están la vida y el amor y la naturaleza misma».

Steelheart avanzó hacia mí.

«Donde hay villanos, habrá héroes. —La voz de mi padre—. Espera. Vendrán».

Steelheart levantó una mano brillante.

«A veces, hijo, hay que ayudar a los héroes...».

Y de repente lo entendí.

El conocimiento se abrió camino en mi mente, como el ardiente resplandor del sol. Lo supe. Lo comprendí.

Sin mirarla siquiera, cogí la pistola de mi padre. La acaricié durante un momento y apunté directamente a Steelheart.

Él hizo una mueca y la miró.

—¿Bien?

Vacilé, la mano y el brazo me temblaban. El sol iluminaba a Steelheart a contraluz.

—Idiota —dijo él. Me agarró la mano y me aplastó los huesos. Apenas sentí el dolor. La pistola cayó al suelo con un tañido. Steelheart hizo un gesto y el aire giró en el suelo, formando un pequeño remolino bajo la pistola que la alzó hasta sus dedos. Me apuntó con ella.

Lo miré. Un asesino recortado por la luz brillante. Visto así, era solo una sombra. Oscuridad. La nada ante el verdadero poder.

Los hombres de ese mundo, Épicos incluidos, desaparecerían con el tiempo. Es posible que yo fuera un gusano para él, pero él también era un gusano en el grandioso plan del universo.

En su mejilla había una cicatriz diminuta. La única imperfección de su cuerpo. Un regalo del hombre que había creído en él. Un regalo de un hombre mejor de lo que Steelheart sería jamás o comprendería nunca.

—Tendría que haber tenido más cuidado ese día —dijo Steelheart.

—Mi padre no te temía —susurré.

Steelheart se puso rígido, con la pistola apuntándome a la cabeza mientras yo permanecía allí arrodillado, ensangrentado, ante él. Solía usar el arma de su enemigo para deshacerse de él. Le gustaba. Era parte de la rutina. El viento agitó el humo a nuestro alrededor.

—Ese es el secreto —dije—. Nos mantienes a oscuras. Alardeas de tus terribles poderes. Matas, permites que los Épicos maten, vuelves las armas de los hombres contra ellos mismos. Incluso difundes rumores falsos sobre lo horrible que eres, como si no te molestaras en ser tan malo como puedes ser. Quieres que tengamos miedo de ti...

A Steelheart los ojos estaban a punto de salirse de las órbitas.

—... porque solo puede herirte alguien que no te tema —dije—. Sin embargo, esa persona no existe, ¿verdad? Te aseguras de ello. Incluso los Reckoners, incluso el Profesor, incluso yo: todos te tememos. Pero conozco a alguien que no te tiene miedo, ni te lo ha tenido nunca.

—Tú no sabes nada —gruñó.

—Lo sé todo —susurré. Sonreí.

Steelheart apretó el gatillo.

Dentro de la pistola, el percutor golpeó la bala. La pólvora explotó y la bala saltó hacia delante, lista para matar.

Golpeó lo que yo había metido en el cañón: un fino bolígrafo con un pulsador, lo suficientemente pequeño para caber dentro. Un detonador conectado a los explosivos que había bajo nuestros pies.

La bala alcanzó el botón del bolígrafo y lo pulsó.

Juro que vi desarrollarse la explosión. Cada latido de mi corazón pareció durar una eternidad. El fuego, de un rojo terrible para igualar la pacífica belleza del amanecer, se canalizó hacia arriba y el suelo de acero se desgarró como si hubiera sido de papel.

El fuego consumió a Steelheart y todo cuanto tenía a su alrededor. Destrozó su cuerpo mientras abría la boca para gritar. La piel se le desgajó, los músculos le ardieron, los órganos se le hicieron trizas. Volvió la mirada hacia el cielo, consumido por un volcán de fuego y furia que se abría a sus pies. En esa fracción de segundo, Steelheart, el más grande de todos los Épicos, murió.

Solo podía matarlo alguien que no lo temiera.

Él mismo había apretado el gatillo.

Él mismo había causado la detonación.

Y, como aquella arrogante mueca de autosuficiencia implicaba, Steelheart no se temía a sí mismo. Era, quizá, la única persona viva que no lo hacía.

En realidad, yo no tenía tiempo para sonreír en ese momento, pero lo hice de todas formas mientras el fuego venía hacia mí.

Contemplé la agitada masa roja, naranja y negra. Una muralla de fuego y destrucción. La contemplé hasta que se desvaneció. Dejó una negra cicatriz en el suelo, delante de mí, rodeando un agujero de cinco palmos de ancho: el cráter de la explosión.

Me quedé mirándolo y descubrí que seguía vivo. Lo admito: fue el momento más asombroso de mi vida.

Alguien gimió detrás de mí. Me volví y vi que el Profesor se incorporaba para sentarse en el suelo. Llevaba la ropa ensangrentada y tenía unos cuantos arañazos en la piel, pero su cráneo estaba entero. ¿Me había equivocado al valorar la gravedad de sus heridas?

Tenía la mano extendida con la palma hacia delante. El tensor que mostraba en ella estaba prácticamente hecho pedazos.

—Caray —dijo—. Unos centímetros más y no habría podido detenerlo. —Tosió en su palma—. Eres un tarugo afortunado.

Mientras hablaba, los arañazos de su piel se sanaron. «El Profesor es un Épico —pensé—. El Profesor es un Épico. ¡Eso ha sido un escudo de energía que ha creado para bloquear la explosión!»,

Se puso en pie tambaleándose y contempló el estadio. Unos cuantos soldados de Control echaron a correr cuando lo vieron levantarse. Parecían no querer formar parte de lo que quiera que estuviese sucediendo en el centro del terreno de juego.

—¿Cuánto...? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo?

—Desde Calamity —dijo el Profesor, doblando el cuello—. ¿Crees que una persona corriente podría haber resistido tanto tiempo contra Steelheart como yo esta noche?

Naturalmente que no.

—Los inventos son todos de pega, ¿verdad? —dije, comprendiendo—. ¡Es usted un dador! Nos dio sus habilidades. Habilidades de escudo en forma de chaqueta, habilidad curadora en forma del reparador y poderes destructivos en forma de tensores.

—No sé por qué lo hice —dijo el Profesor—. Patéticos pequeños... —gruñó, llevándose la mano a la cabeza. Apretó la mandíbula y gruñó.

Retrocedí, sobresaltado.

—¡Es tan difícil luchar! —se quejó entre dientes—. Cuanto más lo usas, más... ¡Arrrrr! —Se arrodilló, sujetándose la cabeza. Guardó silencio un instante y esperé, sin saber qué decir. Cuando levantó la cabeza, parecía más controlado—. Lo doy... —dijo—, porque si lo uso... me hace esto.

—Puede combatirlo, Profesor —dije. Era lo adecuado—. Lo he visto hacerlo. Es usted un buen hombre. No deje que lo consuma.

Él asintió, inspirando profundamente y espirando despacio.

—Tómalo. —Me tendió la mano.

Dudé antes de coger su mano con mi mano sana; la otra la tenía aplastada. Debería haber sentido dolor, pero estaba demasiado conmocionado.

No me sentí diferente, aunque el Profesor pareció más controlado. Los huesos de mi mano herida se soldaron. Al cabo de segundos fui capaz de flexionar los dedos perfectamente.

—Tengo que dividirlo entre vosotros —explicó—. No parece... afectaros tan profundamente como a mí. Pero si se lo doy todo a una persona, cambia.

—Por eso Megan no podía utilizar los tensores —dije—. Ni el reparador.

—¿Qué?

—¡Oh, lo siento! No lo sabe usted. Megan es una Épica también.

—¿Qué?

—Es Firefight... —le expliqué, sintiendo un pequeño escalofrío—. Usó sus poderes de ilusión para engañar al zahorí. Espere, el zahorí...

—Tía y yo lo programamos para que me excluyera —dijo el Profesor—. Da un falso negativo sobre mí.

—¡Ah! Bueno, creo que Steelheart envió a Megan a infiltrarse en los Reckoners. Pero Edmund dice que él no podía dar sus poderes a otros Épicos, así que... sí. Por eso ella no ha podido usar jamás los tensores.

El Profesor sacudió la cabeza.

—Cuando dijo eso en el escondite, me dio que pensar. Nunca había intentado darle los míos a otro Épico. Tendría que haber visto que... Megan.

—No podía saberlo —le conforté.

El Profesor controló la respiración, luego asintió. Me miró.

—No pasa nada, hijo. No tengas miedo. Esta vez está pasando rápido. —Vaciló—. Creo.

—Me parece bien —dije, poniéndome en pie.

El aire olía a explosivos: a pólvora, humo y carne quemada. La creciente luz del sol se reflejaba en las superficies de acero, a nuestro alrededor. Me resultaba casi cegadora, y el sol ni siquiera había alcanzado su cenit.

El Profesor contempló la luz del sol como si no hubiera reparado antes en ella. Sonrió y se fue pareciendo cada vez más a su antiguo yo. Cruzó el terreno de juego hacia algo que había entre los escombros.

«La personalidad de Megan cambia también cuando usa sus poderes —pensé—. En el hueco del ascensor, en la moto... cambiaba. Se volvía más atrevida, más arrogante, incluso más odiosa». Había pasado rápidamente en cada ocasión, pero apenas había empleado sus poderes, así que tal vez los efectos en ella eran más débiles.

Si eso era cierto, entonces el tiempo que había pasado con los Reckoners (cuando necesitaba tener cuidado y no emplear sus habilidades para no descubrirse) le había servido para no verse afectada. La gente entre la que se había infiltrado la había vuelto en cambio más humana.

El Profesor regresó con algo en la mano. Un cráneo ennegrecido y calcinado. El metal brillaba bajo el hollín. Un cráneo de acero. Lo volvió hacia mí. Tenía una marca en el hueso de la mejilla derecha, como el rastro dejado por una bala.

—Hum —dije, cogiéndolo—. Si la bala pudo dejarle el hueso marcado, ¿por qué no ha destruido el cráneo la explosión?

—No me sorprendería que su muerte haya activado su capacidad de transfiguración —dijo el Profesor—, convirtiendo lo que quedaba de él mientras moría, sus huesos, o algunos de ellos, en acero.

Eso era aventurar mucho; pero, claro, alrededor de los Épicos sucedían cosas raras, sobre todo cuando morían.

Mientras yo miraba el cráneo, el Profesor llamó a Tia. Capté distraído sonidos de llanto, exclamaciones de alegría y una conversación que acabó haciendo que ella volviera en el helicóptero a recogernos. Alcé la cabeza y caminé hacia el túnel de entrada al estadio.

—¿David? —me llamó el Profesor.

—Ahora mismo vuelvo —dije—. Quiero hacer una cosa.

—El helicóptero estará aquí dentro de un momento. Mejor que no estemos aquí cuando Control llegue en tromba a ver qué ha sucedido.

Eché a correr, pero no me puso más pegas. Me adentré en la oscuridad y puse al máximo la luz de mi móvil para iluminar los altos y cavernosos pasillos. Pasé de largo ante el cadáver de Nightwielder, semihundido en acero. También pasé de largo por el lugar donde Abraham había detonado los explosivos.

Reduje el paso, contemplando los chiringuitos y los baños. No tenía mucho tiempo y me sentí como un idiota. ¿Qué esperaba encontrar? Ella se había marchado. Se...

Voces.

Me detuve y me volví al pasillo en penumbra. Localicé su origen y avancé hasta una puerta de acero abierta que daba a lo que parecía un cuarto trastero. La voz me resultaba familiar. No era la de Megan, sino...

—... te mereces sobrevivir a esto, aunque yo no lo haga —decía. Siguieron unos disparos lejanos—. ¿Sabes? Creo que me enamoré de ti el primer día. Qué estúpido, ¿no? Amor a primera vista. Menudo tópico.

Sí, yo conocía esa voz. Era la mía. Me detuve en la puerta, sintiéndome como en un sueño mientras escuchaba mis propias palabras, palabras pronunciadas mientras defendía el cuerpo moribundo de Megan. Seguí escuchando mientras toda la escena se repetía hasta el final.

—No sé si te amo —continuó mi voz—. Pero, sea cual sea esta emoción, es la más fuerte que he sentido en años. Gracias.

La grabación terminó y empezó otra vez desde el principio.

Entré en el cuartito. Megan estaba sentada en el suelo, en un rincón, mirando fijamente el móvil que tenía en las manos. Redujo el volumen cuando entré, pero no dejó de mirar la pantalla.

—Tengo un canal secreto de vídeo y audio —susurró—. Llevo la cámara en la piel, encima de un ojo. Se activa si cierro los párpados demasiado tiempo o si mi ritmo cardíaco aumenta mucho o se reduce mucho. Envía los datos a uno de mis depósitos de la ciudad. Empecé a usarlo después de morir unas cuantas veces. La reencarnación siempre me desorienta. Ver qué me llevó a la muerte me ayuda.

—Megan, yo...

¿Qué podía decir?

—Megan es mi verdadero nombre —dijo ella—. ¿No es gracioso? Me pareció que podía decírselo a los Reckoners, porque esa persona, la persona que yo era, está muerta. Megan Tarash. Nunca tuvo nada que ver con Firefight. No era más que otro ser humano corriente.

Me miró, y a la luz de la pantalla de su móvil vi lágrimas en sus ojos.

—Me llevaste en brazos todo el camino —susurró—. Lo vi cuando renací esta vez. Que lo hicieras no tenía sentido para mí. Pensaba que seguramente necesitabas algo de mí. Ahora entiendo por qué lo hiciste.

—Tenemos que irnos, Megan —dije, dando un paso adelante—. El Profesor podrá explicártelo mejor que yo, pero ahora ven conmigo.

—Mi mente cambia —susurró ella—. Cuando muero, renazco de la luz un día después. En un lugar cualquiera. No donde quedó mi cuerpo, no donde perdí la vida, pero cerca. Es diferente cada vez. No me siento yo misma, ahora que esto ha pasado. No quiero ser así. No tiene sentido. ¿En qué confías tú, David? ¿En qué confías cuando tus propios pensamientos y emociones parecen odiarte?

—El Profesor puede...

—Alto —dijo, levantando una mano—. No te acerques más. Déjame. Tengo que pensar.

Avancé.

—¡Alto!

Las paredes desaparecieron y las llamas nos envolvieron. Noté que el suelo se agitaba bajo mis pies, mareándome. Me tambaleé.

—Tienes que venir conmigo, Megan.

—Da otro paso y me pegaré un tiro —dijo ella, acercando la mano a una pistola que tenía cerca, en el suelo—. Lo haré, David. La muerte no es nada para mí. Ya no.

Retrocedí, las manos arriba.

—Tengo que pensar en esto —murmuró de nuevo, mirando el móvil.

—David. —Una voz en mi oído. La voz del Profesor—. David, nos vamos ya.

—No utilices tus poderes, Megan —le pedí—. Por favor. Tienes que comprenderlo. Son ellos los que te cambian. No los uses durante unos cuantos días. Escóndete y tu mente se despejará.

Ella siguió mirando la pantalla. La grabación empezó otra vez.

—Megan...

Me apuntó con la pistola sin dejar de mirar el móvil, con las mejillas arrasadas de lágrimas.

—¡David! —gritó el Profesor.

Le di la espalda y corrí hacia el helicóptero. No sabía qué otra cosa hacer.

Epílogo

He visto sangrar a Steelheart.

Lo he visto gritar. Lo he visto arder. Lo he visto morir en un infierno, y fui yo quien lo mató. Sí, la mano que apretó el detonador fue la suya, pero no me importa y nunca me ha importado de quién fue la mano que le quitó la vida. Yo lo hice posible. Tengo su cráneo para demostrarlo.

Con el cinturón de seguridad atado, me asomé desde mi asiento por la puerta abierta del helicóptero, con el pelo alborotado, mientras despegábamos. Cody se estabilizaba rápidamente en el asiento trasero, para asombro de Abraham. Yo sabía que el Profesor le había dado una gran porción de su poder sanador. Si estaba en lo cierto acerca de la capacidad regenerativa de los Épicos, ese poder podría curar a Cody prácticamente de cualquier cosa, siempre y cuando aún respirara cuando le fuese transferido.

Surcamos el aire ante un ardiente sol amarillo, dejando el estadio quemado, calcinado, arrasado, pero con el olor del triunfo. Mi padre me dijo que El Campo del Soldado llevaba ese nombre en honor a los caídos en combate. Acababa de ser el escenario de la batalla más importante desde Calamity. Aquel nombre nunca me había parecido más apropiado.

Sobrevolamos una ciudad que veía luz natural por primera vez en una década. La gente salía a la calle para mirar el cielo.

Tia pilotaba el helicóptero sujetando con una mano el brazo del Profesor, como si no pudiera creer que estuviera de verdad con nosotros. Él miraba por la ventanilla, y me pregunté si veía lo mismo que yo. No habíamos salvado la ciudad, todavía no. Habíamos matado a Steelheart, pero surgirían otros Épicos.

Yo no aceptaba que tuviéramos que abandonar a la población. Habíamos eliminado la fuente de autoridad de Chicago Nova: teníamos que asumir esa responsabilidad. Yo no abandonaría mi hogar al caos, no ahora; ni siquiera por los Reckoners.

Contraatacar tenía que ser algo más que matar Épicos. Tenía que haber algo más. Algo que implicara al Profesor y Megan, quizá.

Los Épicos pueden ser derrotados; algunos, tal vez, incluso redimidos. No sé cómo conseguirlo exactamente, pero pretendo seguir intentándolo hasta que encontremos una respuesta o hasta que muera.

Sonreí mientras dejábamos atrás la ciudad. «Los héroes vendrán... aunque tal vez tengamos que echarles una mano».

Siempre había dado por hecho que la muerte de mi padre sería el capítulo más trascendental de mi vida. Solo en ese momento, con el cráneo de Steelheart en la mano, me daba cuenta de que no había estado luchando por venganza ni por redención. No había estado luchando por la muerte de mi padre.

Luchaba por sus sueños.

Agradecimientos

Esta novela ha tardado lo suyo en cocerse. Se me ocurrió por primera vez durante una gira de promoción en... ¿2007? En el largo trayecto hasta conseguir terminar el libro, un montón de gente me ha prestado ayuda a lo largo de los años. ¡Espero no olvidarme de nadie!

Gracias principalmente a mi estupenda editora, Krista Marino, por su eficaz dirección de este proyecto. Ha sido un maravilloso recurso y ha realizado una labor de edición de primera fila, llevando este libro de su fase embrionaria al producto pulido final. También debería acordarme de ese pillo de James Dashner, que tuvo la amabilidad de llamarla y presentármela.

Otros que merecen un hurra son: Michael Trudeau (que hizo un trabajo soberbio de corrección del texto) y, en Random House, Paul Samuelson, Rachel Weinick, Beverly Horowitz, Judith Haut, Dominique Cimina y Barbara Marcus. También Christopher Paolini, por sus comentarios y ayuda con el libro.

Como siempre, deseo dar las gracias a mi agente, Joshua Bilmes, que no se rio demasiado cuando le dije que quería escribir este libro antes de dedicarme a los otros veinte proyectos que tenía en ese momento, y a Eddie Schneider, que se ocupa de vestir mejor que nadie y de tener un nombre que tengo que buscar cada vez que quiero incluirlo en los agradecimientos. En cuanto a la película *Steelheart* (estamos trabajando duro), gracias a Joel Gotler, Brian Lipson, Navid McIlhargey, y el superhombre Donald Mustard.

Gracias al incombustible Peter Ahlstrom, mi ayudante editorial, un fan de este libro desde el principio. Fue, editorialmente, el primero que puso las manos en el proyecto, y gran parte de su éxito se lo debo a él. Tampoco quiero olvidar a mi equipo editor del Reino Unido/Irlanda/Australia, incluidos John Berlyne y John Parker, de la Agencia Zeno, ni a Simon Spanton y mi publicista/madre-en-el-Reino-Unido, Jonathan Weir, de Gollancz.

Otros con poderes épicos que leyeron y me brindaron sus comentarios (o solo un gran apoyo) son: Dominique Nolan (el chiflado de superreferencia oficial de Dragonsteel), Brian McGinley, David West, Peter (de nuevo) y Karen Ahlstrom, Benjamin Rodriguez y Danielle Olsen, Alan Layton, Kaylynn ZoBell, Dan *Escribí postapocalíptico antes que tú* Wells, Kathleen Sanderson Dorsey, Brian Hill, Brian *Ahora me debes royalties*, Brandon Delambre, Jason Denzel, Kalyani Poluri, Kyle Mills, Adam Hussey, Austin Hussey, Paul Christopher, Michelle Walker y Josh Walker. Sois todos maravillosos.

Finalmente, como siempre, quiero dar las gracias a mi encantadora esposa Emily y a mis tres destructores pequeños, que son una constante inspiración para saber cómo un Épico podría acabar destruyendo una ciudad (o el salón).

BRANDON SANDERSON



BRANDON SANDERSON. Nacido el 19 de diciembre de 1975, creció en Lincoln, Nebraska. Vive en Utah con su esposa e hijos y enseña escritura creativa en la Universidad Brigham Young.

En 2005 debutó ante los lectores con *Elantris*, la novela que marcó un auténtico hito en el género de la fantasía épica e inició el Cosmere, el fascinante universo que comparten la mayoría de sus obras.

Desde entonces Sanderson ha publicado *El aliento de los dioses* (2009), una novela en un solo volumen en la línea de *Elantris* y ha iniciado una magna y descomunal decalogía, «*El Archivo de las Tormentas*», de la que ya ha publicado las dos primeras entregas, *El camino de los reyes* (2010) y *Palabras radiantes* (2014).

Con *El imperio final*, publicada en 2006, empezó una saga imprescindible del Cosmere, «*Nacidos de la Bruma*» (*Mistborn*), de la que ya forman parte, *El pozo de la ascensión* (2007), *El héroe de las eras* (2008), *Aleación de Ley* (2011) y *Sombras de identidad* (2015), y que previsiblemente estará formada por cuatro trilogías y una novela intermedia.

Más allá del Cosmere, Sanderson es también autor de la trilogía «*The Reckoners*», «*Infinity Blade*» («*La Espada Infinita*»), *El Rithmatista* (2013) y de la serie para jóvenes iniciada con *Alcatraz contra los bibliotecarios malvados* (2007).

Además Brandon fue elegido por Harriet McDougal Rigney, en 2007, como el continuador de *A Memory of Light*, el volumen final de la famosa serie «La rueda del tiempo» que el fallecido Robert Jordan no pudo terminar. Finalmente Sanderson, con el beneplácito de la viuda de Jordan, lo convirtió en una trilogía, *La tormenta* (2009), *Torres de Medianoche* (2010) y *Un recuerdo de luz* (2013).

Notas

[1] Juego de palabras intraducible. PhD significa «doctor universitario» en inglés y Phaedrus contiene las mismas consonantes. (*N. del T.*) <<

[2] Abraham hace un juego de palabras entre el nombre del épico irlandés, Rick O'Shea y ricochet, el rebote de una bala. (*N. del T.*) <<

